EPI
LA
COLMENA
Raúl A. Ortega Cazalla

(2ª PARTE)

LA COLMENA

Raúl A. Ortega Cazalla

Mi agradecimiento a Juan B. Sánchez. Mateo y Alfonso Roldán Losada, por su colaboración en la portada del libro.

INDICE

NO DEBERÍAN ESTAR ALLÍ
OSCURO AMANECER
EL MIEDO LE ALIMENTA
EL NIÑO
LA ESCAPADA
LOBOS
LA LLAMADA
SECTOR DOCE
EL HECHICERO NOCTURNO
EL REENCUENTRO
LA MISIÓN
¿SUEÑOS?
NOS SIGUEN
GRIZ
NUEVOS VIPERS
9 DÍAS
EL INCIDENTE
EL VUELO
PATRICK
LA ISLA
LA TORMENTA
LA BÚSQUEDA
EL LABORATORIO
DE VUELTA AL INFIERNO
EL CAMPAMENTO
ALGO NOS ACECHA
NADA ES LO QUE PARECE
EL RÍO
EL ÁRBOL
EL LOCALIZADOR
LA PIRÁMIDE
TENTÁCULOS
EL TRIÁNGULO DEL DRAGÓN

GUARDIANES
LA CAVERNA
UNDERWORLD
LAS CAVERNAS DEL INFIERNO
LOS DEMONIOS EXISTEN
MISKUD
LA COLMENA
¡EXTRACCIÓN!
¡OS ARREPENTIRÉIS!
GLOSARIO DE TÉRMINOS

NO DEBERÍAN ESTAR ALLÍ

No sé exactamente por qué estoy escribiendo estas líneas, ya que jamás podré difundir lo que allí pasó. Quizá lo hago por calmar mi conciencia por los que allí dejamos. Obligarme a no olvidar lo que allí sucedió o por si aquello que llevo dentro se apoderara de mí algún día, con la esperanza de que alguien lea este relato y descubran que un día fui humano. Puede que esa sea la clave para salvaros.

Mi nombre es Eric Orcan.

Podría hablar de muchas cosas, pero probablemente, lo más importante sería explicar de dónde vengo, ya que de ahí parte todo; mi infancia, los valores que intentaron inculcarme desde pequeño, aunque para esto tendría que hablar de mi familia.

¿Qué podría decir de ella? Nací en Ohio, Estados Unidos, de padre español y madre norteamericana.

Mi abuelo materno era marine y, por aquellos tiempos, estaba destacado en la base naval de Rota, en España. Mi padre era piloto de helicóptero del ejército. Por caprichos del destino, entablaron cierta amistad durante unos ejercicios tácticos de colaboración entre ejércitos. Un día, mi abuelo lo invitó a comer a casa y allí se conocieron mi madre y él. Seis meses después se casaron y un par de años más tarde nací yo.

Mi vida fue un salto constante entre los dos continentes. Cuando mi abuelo se retiró, volvió a Bluegrass, donde su familia tenía un enorme rancho. Allí se dedicó a gestionarlo, utilizando un pequeño helicóptero para desplazarse por su vasta extensión de tierra, localizar reses perdidas o, simplemente, disfrutar del paisaje. Así aprendí a volar, acompañándole en sus incesantes vuelos, dejándome coger los mandos de aquella pequeña aeronave de vez en cuando.

En mi adolescencia, no fui precisamente un chico ejemplar. Mi fase escolar la pasaba en España junto a mis padres, pero en vacaciones no tardaba en volver a Ohio. Allí estaba mucho menos controlado por ellos. Mi abuelo, al igual que mi padre, se esforzaba en sacar provecho de mí. Me enseñó a rastrear animales, utilizando viejas artes indias, hablar distintos idiomas, disparar con todo tipo de armas. Por entonces, todo aquello lo veía como un juego, haciéndolos enfadar más de una ocasión, ya que no me tomaba nada en serio. Cuando esto sucedía, me escapaba con mi tía Katie a Florida. Allí me dedicaba a

surfear con los amigos e ir de fiesta en fiesta buscando chicas, lo que terminaba de rematar los enfados de ambos.
Mi padre era buen conocedor de varios estilos de artes marciales coreanas e hizo que los estudiara con distintos maestros. Siempre decía que debía seguir el Do, el camino, esto me ayudaría a centrarme. El problema es que no fui capaz de apreciar muchas de estas lecciones, hasta que por desgracia falleció en un accidente de tráfico.
Unos años después de la muerte de mi padre me trasladé a España, donde Miguel Tejedor, un viejo amigo de mi familia, apodado como Grizzly por su enorme fuerza y tamaño, me había ofrecido trabajo como piloto de helicóptero. Al poco tiempo de empezar a trabajar en Surskies, la empresa donde Griz ejercía como instructor de vuelo, me dio la posibilidad de hacer un trabajo en una recóndita isla, en aguas fronterizas entre Colombia y Panamá, lo que, para mí como piloto novel, era una gran oportunidad.
La isla tenía una flora y fauna que diferían radicalmente de todo lo conocido hasta el momento. NORVIX, la empresa norteamericana que contrató el servicio del helicóptero se dedicaba a la investigación farmacéutica, así como para el ejército, investigando en distintos campos, aunque esta información era bastante opaca.
Supuestamente mi misión era sencilla, transportar equipos de investigación a puntos remotos de la isla, donde el acceso por tierra era prácticamente imposible.
Al llegar a la isla conocí a los Vipers; Kosuke, Snake, Vlad, Skud… los cuales formarían parte del equipo que debía ser helitransportado. También pude conocer a los doctores Fisher e Ivanova.
Ellos me mostraron lo que podría ser el descubrimiento del siglo XXI, el G21. No estaba claro lo que era ni de dónde provenía, aunque por su composición, todo apuntaba a que podría ser de origen alienígena. No sabíamos con certeza si era un mineral, un parásito o un ser vivo latente; el caso es que aquel o aquello que se infectaba con G21, se recuperaba rápidamente de heridas infringidas, aumentaba su inteligencia exponencialmente, desarrollaba hipertrofia muscular aumentando consecuentemente su fuerza e inclusive la flora podía sufrir evoluciones extraordinarias. Pero también tenía su lado oscuro, un lado terrible.
No todos regresamos de aquel lugar, aunque lo peor es lo que traje de allí, lo que vive latente dentro de mí.
¿Lo que sucedió? No sé bien por dónde empezar.

CAPÍTULO 1

OSCURO AMANECER

-¿Alpha seis de Alpha dos?
Entre llamada y llamada, un molesto ruido resuena por la radio.
-Alpha seis de Alpha dos, ¿me recibes?
Tras unos segundos de interminable espera, con voz jadeante, el líder de Alpha 2 vuelve a interrogar impacientemente por el micrófono que porta en su casco.
-Alpha seis, Alpha seis de Alpha dos, ¿me recibes?
Una voz ronca, casi ininteligible, contesta a su llamada.
-Alpha dos, aquí… le… con dificultad.

Solo son unos cientos de metros los que separan a estos dos equipos, pero su cercanía al núcleo hace que sus transmisiones no funcionen correctamente. Constantes interferencias les impiden tener una comunicación fluida, además, hay que sumar la dificultad de avanzar por esta enrevesada jungla. Dratnu Dua pone a prueba su resistencia a cada paso que dan.
A pesar de que NORVIX les ha suministrado los últimos equipos; los cuales les mantienen a salvo de los incesantes ataques de todo tipo de insectos y arácnidos que habitan en esta selva, cada metro que avanzan es una prueba de valor. Este lugar no perdona el error.
Sobrevolados constantemente por dos enormes helicópteros Black Hawk, los poderosos pájaros metálicos baten sus palas, sus grandes alas giratorias, emitiendo un sonido que proporciona a los equipos de tierra una falsa sensación de seguridad. Sus uniformes son una versión mejorada de los que portaron *los vipers* en este mismo lugar hace ya unos meses y que, a alguno de ellos, solo a alguno, le permitió sobrevivir. Ahora, las protecciones de sus vestimentas en espalda, articulaciones y antebrazos han sido reforzadas e, incluso, se ha disminuido el peso de los equipos. El nuevo repelente anti-insectos que incorporan los uniformes, parece que, por fin, funciona contra los diminutos vampiros que, sedientos de sangre, acechan entre líquenes y musgos, esperando ansiosos su oportunidad de clavar sus quelíceros o aguijones en la piel de los soldados. Muchos de estos insectos han sufrido extraordinarias mutaciones, evoluciones que hubiesen llevado siglos o hubiesen sido imposibles en nuestro planeta.
También las armas que portan estos soldados, son versiones mejoradas de las que en su día usaron Kosuke o Snake. Solo hay un problema, ellos son los soldados de Doyle, no son vipers y su destreza en el campo de batalla no es su mejor aliado.

-Alpha dos de Águila uno, ¿me copias? –pregunta el piloto de uno de helicópteros.
-Adelante Águila uno. Te copio cinco, cinco –responde el líder de Alpha dos.
-Alpha dos, estamos encima de vuestras cabezas. La visibilidad no es demasiado buena, pero os tenemos a la vista.
-¿Podéis ver a Alpha seis? Nuestra comunicación con ellos es francamente mala –interroga con cierta inquietud, el líder del equipo de tierra.
-Nosotros no, pero Águila dos los sobrevuela y tienen buen enlace. Si tenéis dificultades de comunicación, actuaremos como relé.
-Copiado Águila dos. Así lo haremos, si continúan las interferencias.
Mientras prosiguen el avance, el nerviosismo entre los miembros de los equipos terrestres es evidente. Son conscientes de que otros muchos han sido asesinados por esta jungla maldita.
En determinados momentos, tienen la sensación de que la propia selva cobra vida, alimentándose de aquellos que osan entrar en sus dominios.
Aunque está amaneciendo, la frondosidad de la arboleda que rodea a los soldados apenas deja pasar la luz. Solo algunos atrevidos rayos de sol consiguen atravesar ramas, lianas y hojas, hasta impactar tímidamente contra el suelo. Un suelo húmedo, cubierto por descoloridas hojas putrefactas que se mezclan con raíces y ramas que intentan brotar, abriéndose paso a duras penas en su particular lucha por el apreciado el sol. La altura de los árboles y el grosor de sus troncos exceden de todo lo que aquellos soldados han visto jamás. Al avance de los hombres, la hojarasca parece agitarse. Mientras caminan en silencio por aquella espesa y mullida alfombra de vegetación marchita, el único ruido es el sonido lejano de aquellos helicópteros, entremezclados con sus pisadas. Las podridas hojas crujen y, bajo ellas, se pueden entrever pequeños animales deslizándose por la superficie o bajo ella. Orquídeas de llamativos colores se entrelazan con líquenes y musgos de maravillosos matices que, como el resto de las plantas, han aprendido a trepar por los desmesurados troncos, buscando la apreciada luz. Pero no es el suelo de esta jungla lo que preocupa a los soldados, según los informes que recibieron antes de iniciar la misión y relatos que han escuchado de unos y otros en el campamento, el peligro viene de cualquier parte. El terror se esconde entre la alta vegetación, en la copa de los árboles e incluso en la niebla, hasta que es demasiado tarde.
Aunque estos soldados visten uniformes y ostentan graduaciones militares, el particular ejército de Doyle, el auto nombrado ejército de NORVIX, en realidad, no es un verdadero ejército, no son militares sino contratistas. Algunos de ellos proceden del ejército y tienen

formación militar, incluso experiencia en misiones, pero la gran mayoría de estos soldados han tenido una más que deficiente formación.

-Sargento, cierre más el despliegue, nadie debe perder de vista a su compañero–ordena el líder de Alpha dos.
-¡Sí, señor! –contesta el sargento, mientras da las órdenes oportunas a sus soldados para que no abran tanta distancia entre hombres.
Ambos equipos discurren en sendas paralelas buscando un mismo objetivo, el núcleo.
-¿Qué es ese olor? –pregunta uno de los soldados que camina en vanguardia.
-¡Dios mío! –se escucha en la radio, por un instante, en un sonido entrecortado.
Todos los soldados se paran en su posición al unísono, intentando identificar de dónde ha venido esa emisión.
No tardarán mucho en descubrirlo.
El helicóptero que sobrevuela sus cabezas empieza a dar vueltas sobre sí mismo, como si sus pilotos hubieran perdido el control.
-Águila uno, ¿qué sucede? –pregunta el líder de Alpha dos.
Su respuesta solo son gritos de desesperación. Ambos pilotos, así como los artilleros que se sitúan en las ametralladoras laterales de la aeronave, tienen sus manos apoyadas en la cabeza gritando desesperadamente, como si un intenso dolor les impidiera hacer otra cosa. Por sus fosas nasales y oídos empieza a brotar sangre, hasta que el helicóptero se desploma sobre los árboles, mientras gira sobre sí mismo. Al impactar contra el suelo, forma una enorme bola de fuego que acaba con la vida de uno de los soldados de Alpha dos e hiriendo a otros tantos.
Por un momento, el líder de Alpha dos, no reacciona. Se limita a buscar con su mirada al segundo helicóptero, al cual consigue localizar mirando hacia el cielo, entre los huecos de los árboles. Este parece maniobrar también de forma errática. Es como si intentara huir de algo. Vira bruscamente a izquierdas, dirección al campamento base, pero la forzada maniobra lo hace descender peligrosamente, tocando con una de sus palas en las ramas de los árboles. Instantes después se convierte en una bola de fuego, como su predecesor.

-¡Teniente! ¡Teniente! –una voz resuena en su cabeza, como un terrible eco que le trae de vuelta a la realidad.
Es el sargento, que arrastra por las cinchas a uno de los heridos del helicóptero, apartándolo de las llamas. Después de alejarlo unos metros, se da cuenta que su esfuerzo ha sido en vano, ya que lo único que está arrastrando es un cadáver.

-Jimmy, ¿qué demonios está pasando? –dice el teniente al sargento, llamando a este por su nombre.
Por la expresión de su cara, el teniente parece fuera de sí, sobrepasado por la situación.
-¡Nos están atacando teniente, debe reorganizar a los hombres! –exclama el sargento.
Casi simultáneamente a sus palabras, *algo* brota del suelo con la rapidez de un guepardo y secciona la cabeza del sargento. El cuerpo sin cabeza cae arrodillado, mientras sus brazos convulsionantes aún sujetan las cinchas del compañero abatido en el accidente de la aeronave.
Paulatinamente, el teniente se recobra de su estado de shock. Ahora las puede ver. Multitud de sombras se desplazan a increíble velocidad entre los árboles que lindan a un lado y otro del sendero. Observa inmóvil, como los soldados aterrados disparan en todas direcciones, sin tener un blanco definido.
Pese al caos que hay a su alrededor, un ligero sonido llama su atención. Parece como un chasquido que se repite una y otra vez, como el que se produciría si utilizáramos unas pinzas metálicas. Girándose sobre sí mismo, en el tronco de un gran árbol que se encuentra a unos escasos metros, hay algo que destaca; una masa gelatinosa semitransparente que se mueve lentamente. Incapaz de saber lo que es, lentamente levanta su fusil, intentando no hacer movimientos bruscos, para mirar a través del visor térmico de su arma.
Ahora lo puede ver con claridad; instintivamente da dos pasos atrás sin dejar de apuntar. Si hay algo a lo que se asemeje este ser, a algo que haya en la tierra, podría ser a una gigantesca mantis religiosa del tamaño de un perro mediano. Aparta su vista de la cámara térmica y lo mira directamente, pero es casi imposible verlo, ya que su camuflaje consiste en volverse prácticamente transparente. Aun sabiendo que está ahí, cuesta identificarlo, solo se aprecia una ligera silueta.
Moviendo lentamente su mano izquierda, la desplaza por debajo de su fusil para seleccionar el cañón de impulsos.
-Cómete esto –susurra el teniente, mientras aprieta el gatillo.
El sonido del cañón no es nada del otro mundo, pero el impacto que produce sobre ese ser sí que lo parece. Lo parte en dos y, no solo a él, también al árbol en el que está apoyado.
Mientras continúan cayendo hojas y ramas partidas, el soldado se acerca para ver mejor a la bestia. Al morir, esta ha perdido parte de su camuflaje y se ha tornado en un color verdoso. Aunque su tórax y abdomen han quedado por un lado y su cabeza por otro, con la punta de su bota vuelve a unirlos. Efectivamente, parece un insecto gigante,

con unas pinzas como cuchillas que pueden llegar a medir unos cuarenta centímetros. El ser ha perdido algunos miembros en la explosión, pero debe tener seis patas y un abdomen enorme en relación con su cuerpo.
Un chasquido similar al que escuchó momentos antes, ahora resuena a sus espaldas. Gira rápidamente ciento ochenta grados, apuntando con su fusil. No hay nada. Al menos, nada visible para el ojo humano. Vuelve a mirar por el visor térmico y puede ver cerca de una decena, acercándose lenta pero inexorablemente hacia él, con sus pinzas levantadas dando chasquidos, como si se tratara de una macabra danza antes de atacar.
Abre fuego sobre uno de ellos, pero el cañón de impulsos tarda unos segundos en recargarse nuevamente. Pasa a modo fusil, para disparar sobre algunos, aunque solo consigue retenerlos un instante, no lo suficiente. Sus balas parecen ineficaces contra las armaduras de estos seres. Uno, dos, tres de estos demonios de la jungla se abalanzan sobre el teniente que, en su agonía, escucha por el equipo de radio como Alpha seis solicita ayuda desesperadamente.
Mientras multitud de estos seres sacian su sed de sangre sobre el cuerpo todavía vivo del teniente, otro ser, otra bestia, se acerca a él. Un ser bípedo, diferente a los demás, que lo mira desde una altura de más de dos metros.

-¡Eric! ¡Eric, despierta! –dice una voz femenina.
Al abrir los ojos la veo, mostrando un semblante preocupado.
-No pasa nada, estoy bien.
-Cariño estás ardiendo –dice, mientras toca mi frente empapada en sudor-. ¿Otra vez esa pesadilla?
-No estoy seguro de que sean pesadillas.

CAPÍTULO 2

EL MIEDO LE ALIMENTA

-¿Qué hora es? –pregunto, algo más calmado.
-Son cerca de las siete. ¿A qué hora te tienes que levantar?
-Hoy entro de guardia en el sanitario, así que ya voy tarde –respondo, mientras de un salto me levanto de la cama.
-Deberías ir al médico, últimamente te pasa muy a menudo –dice Rocío, mostrando algo de preocupación en el tono de voz.
-No te preocupes, solo es estrés. El regreso de Panamá, el cambio al servicio sanitario, un nuevo modelo de helicóptero; han sido muchos cambios últimamente. Este fin de semana libro, si quieres pillamos una casa rural y nos vamos unos días al campo –comento, mientras me meto en la ducha.
-Ok, perfecto –contesta Rocío, mientras asoma su cabeza por la puerta del baño.
-Pues hecho.
-¿Y no tienes tiempo para otros menesteres? –dice con mirada lasciva, mientras se empieza a desnudar-. ¿Quizá esto te baje algo la temperatura?
-Para eso siempre hay tiempo –contesto con una sonrisa, abriendo la puerta de la mampara.

07:35 horas. Servicio aéreo sanitario.
-¡Buenos días, Sergio!
-¡Buenos días, Eric! –contesta el mecánico de la aeronave, que gira las palas del rotor, mientras pasa la inspección prevuelo.
-¿Sabes a quién tenemos hoy de equipo médico? –pregunto, cuando me alejo hacia el departamento de operaciones del aeropuerto, para ver la meteorología y NOTAMs.
-Creo que a Cristina e Inma.
-Ok.

Poco después, me reúno con él en la aeronave.
-Hoy llegamos a los cuarenta grados –digo, mientras me subo a la cabina del helicóptero.
-Sí, no son las ocho de la mañana y ya se nota como empieza a apretar el sol –contesta, en una conversación banal que suele ser rutinaria todas las mañanas.
-Sergio, pongo batería –aviso al mecánico.
-Ok.
Al hacer esto, las pantallas de nuestro EC-135 se empiezan a encender,

a la vez que un pitido por el audio del casco me avisa que la aeronave está comprobando sistemas.
-¡Buenos días! –dice una voz femenina, que asocio a Cristina sin tener que mirar.
-¿Podemos acercarnos? –pregunta Rafa, a la vez que levanta la mano.
-Sí, si hoy me invitas a un café –respondo bromeando, mientras levanto el pulgar.
Conforme terminamos de inspeccionar la aeronave, ellos comprueban los equipos médicos que van instalados en la bodega de carga.

-¿Habéis terminado? –pregunta Rafa, mientras estiba una mochila.
-Oye Rafa, ¿hoy no venía Inma Molina?
-Sí, pero me ha pedido que le haga el día.
-Ok. Coffe time? –pregunto.
-Coffe time! –responde Cristina con una sonrisa.

La cafetería del aeropuerto es un local sencillo y no demasiado acogedor, pero da su uso sirviendo desayunos y comidas al personal que trabaja en el aeropuerto o a pasajeros que esperan su embarque. Al ser un aeropuerto pequeño no hay demasiada afluencia de vuelos, por lo que, en el local, salvo momentos puntuales como el desayuno, no suele haber más de cinco o seis personas.
-¡Buenos días, Antonio! –dice Sergio al entrar en la cafetería.
Antonio, el camarero y dueño del bar, es un hombre de barriga prominente; un hombre de buen comer, como se suele decir por esta tierra.
Rápidamente se dirige a nuestra mesa para tomarnos nota.
-¡Buenos días señora y señores! ¿Lo de siempre? –pregunta sonriente.
-A mí, además del café, ponme una tostada, que no me ha dado tiempo a desayunar –digo, mientras me masajeo los ojos aclarando mi visión.
-¿Qué estuviste haciendo anoche, que te veo todavía adormilado? –bromea Rafa.
Más bien, qué he estado haciendo esta mañana, pienso. Aunque me limito a sonreírle.
Entre risas y chistes malos, mostrar algún mensaje gracioso que hemos recibido en el móvil o un vistazo rápido al periódico local, transcurre nuestro desayuno. Poco después, el equipo médico se encuentra en su estancia y nosotros en la nuestra.
Las estancias son aún más sencillas que la cafetería, ya que estas se limitan a unas mesas para poder trabajar con los ordenadores, un par de sillones enfrentados a una televisión y un balcón que da a la pista de aterrizaje. Entre la estancia de la tripulación y la del equipo médico, se encuentra otra pequeña habitación que hace las veces de

cocina y comedor. Presidida esta por una mesa central, con un mantel de plástico que me recuerda a uno que tenía mi abuela en el rancho de Ohio. La habitación no mide más allá de ocho o nueve metros cuadrados. Esta cumple con su finalidad para aquel que quiera traerse la comida, calentarla o guardar algún menester en el frigorífico.

Las horas se suceden, una tras otra y otra tras una. Mientras Sergio busca algo en el manual de la aeronave, me dedico a escribir un relato que jamás llegaré a publicar, ya que el contrato de confidencialidad que firmé con NORVIX me prohíbe sacar a la luz lo que pasó en aquella isla. Como si de un viejo diario se tratara, este me servirá para no olvidar lo que allí pasó o a cada uno de los que allí estuvimos y con los que compartí la mayor experiencia de mi vida. Incluso le he dado un nombre, le he llamado, "G21. No deberían estar allí".
Conforme lo escribo; Ivanova, Vlad, Snake y muchos otros vuelven a mi mente como si fuera ayer. No ha pasado todavía un año desde que volví de Panamá. Al principio, intenté borrar de mi cabeza muchos acontecimientos que allí sucedieron. El problema es que algo regresó conmigo.
Desde que volví de la isla, algo vive dentro de mí. No sé explicar lo que es, pero los sueños, las pesadillas, se repiten con más asiduidad y, luego está "*lo otro*".
De repente, el teléfono de guardia empieza a sonar.
-Helicóptero de Emergencia Sanitaria, dígame –contesto de inmediato.
-Buenos días, soy Sara, te llamo desde el centro de coordinación de Jaén, tenemos un tráfico en la nacional cuarta, a unos cinco kilómetros de la Carolina. La Guardia Civil está en el lugar.
-¿Sabemos coordenadas?
-Todavía no, pero te las paso en vuelo –responde.
-Ok, salimos para allá.
Cuando salgo de nuestra estancia, veo a Cristina que también sale de la suya hablando por teléfono, seguida por Rafa, por lo que me dirijo directamente al helicóptero. Al llegar a la aeronave, Sergio ya ha quitado las fundas y está dando una vuelta alrededor de la aeronave para hacer una última comprobación. En solo unos minutos, estamos despegando dirección al accidente.
-¿Qué sabemos? –interrogo a Rafa y Cristina.
-Parece que hay involucrados un camión y un coche. Al parecer, el coche se incorporó a la autovía, no se dio cuenta que venía un camión y este se lo llevó puesto –comenta Cristina.
-¿Quién iba dentro del coche? –pregunto.
-Una mujer y un niño pequeño de unos seis años, así que ya veremos lo que nos encontramos. Los bomberos van de camino.
-Ok.

Cristina ha pronunciado la palabra mágica, un niño. A pesar de ser profesionales, a todos nos sobrecoge un accidente en el que se ven involucrados niños. Después de todo, somos humanos.
El vuelo continúa, aunque más silencioso de lo normal.
Poco antes de llegar a las coordenadas que me dieron, bajo la mirada hacia la autovía y veo una gran hilera de vehículos, lo que me hace presagiar que estamos llegando al lugar del siniestro. Efectivamente, unos kilómetros más adelante brillan los rotativos de la Guardia Civil, ambulancias y varios vehículos de bomberos.
La Guardia Civil nos ha dejado una distancia de seguridad en la propia autovía, para poder tomar con la aeronave. Tras hacer una órbita de reconocimiento, sin demasiada demora, iniciamos la aproximación al punto de toma.
Una vez en tierra, el equipo médico baja para atender a los heridos, mientras Sergio y yo terminamos el proceso de parada de los motores.
Cuando desciendo del helicóptero, algo sucede en mi cabeza. Puedo sentir el dolor de los heridos, el sentimiento de culpa del camionero que se encuentra sentado en la cuneta sollozando, incluso al asustado niño atrapado en el vehículo. Todos estos sentimientos de golpe me hacen tambalear y, por un momento, casi me hacen perder el equilibrio.
-¿Te encuentras bien? –pregunta Sergio, que camina junto a mí-. Estás muy pálido.
-Sí. Creo que he tropezado con algo –contesto, mientras intento aclarar mi mente, ya que mis propias palabras resuenan en mi cabeza como un repetitivo eco-. Por favor, pídele a la Guardia Civil los datos de los vehículos.
-Sí, voy a ello –responde, sin dejar de mirarme.
-Estoy bien, no te preocupes. Anda, tírale –digo, con una forzada sonrisa.

Hasta que mi mente se aclara, mantengo una distancia prudencial con el siniestro, mientras en mi cabeza no paran de resonar las voces de auxilio. Tras un instante de incertidumbre, como si de un sonar se tratara, soy capaz de direccionar todos estos pensamientos, todos estos sentimientos, todo este dolor. Desde más de cuarenta metros, puedo oírlos perfectamente.
Al caminar hacia los vehículos, paso junto al camionero que con las manos seca sus lágrimas constantemente, más como un acto nervioso que por necesidad. Puedo sentir la energía que desprende y que podría utilizar en mi propio beneficio, como hacían esos seres de la isla, pero en su estado probablemente lo mataría.
La sed de esta energía vital es casi irresistible, noto como mis

pulsaciones se aceleran, el calor invade mi cuerpo. Percibo en mí, el mismo olor que desprendían esos demonios antes de atacar. Me doy cuenta de que cuando un humano está en una situación límite, desprende una energía que para estos seres es como un elixir; ahora también para mí. De ahí que en aquella jungla nos hostigaran antes de atacarnos. Creo que se alimentaban de nuestro miedo.

CAPÍTULO 3

EL NIÑO

No quiero que nadie perciba mi estado de excitación. Soy consciente que mi mirada de depredador me delataría, por lo que cubro mis ojos con unas gafas de sol, que hasta ese momento portaba en mi mano.
Al aproximarme por la parte trasera del camión, el accidente no parece gran cosa, pero conforme lo voy rodeando por el costado derecho, me sorprende la dantesca imagen. Prácticamente ha engullido al coche, como si de una gran bestia metálica se tratara.
El enorme camión se ha montado sobre el pequeño vehículo, aplastándolo literalmente, siendo ahora este un amasijo de hierros cruzados. Los servicios de emergencias se enfrentan a un metálico puzle para liberar a los ocupantes. El tiempo corre en su contra. Al avanzar un poco más, veo como los bomberos ya han conseguido sacar a la madre que se encuentra tumbada en una camilla. Cristina y Rafa, arrodillados junto a ella, se desviven por salvarle la vida.
Al mirar alrededor, observo que hay otros vehículos involucrados en el accidente, aunque parece que de menos consideración. Estos ya están siendo atendidos por otros medios que se han desplazado al lugar. Al volver a dirigir la mirada hacia el camión, puedo oír en mi cabeza la angustia del niño, como un sollozo que me martillea en las sienes.
Por el otro costado, lo que horas antes fue un coche, ahora se convirtió en una siniestra prisión. Varios bomberos se afanan en cubrir con una manta la cara y brazos del pequeño, antes de disponerse a cortar la deformada puerta, que daría cierto acceso al interior del vehículo. Al agacharme lo puedo ver, no para de llorar desconsolado, mientras llama a su madre una y otra vez.
Aunque ninguna herida parece que revista gravedad, el suelo está empapado de combustible y hay parte del camión que ha empezado a arder. Miro previamente a un lado y a otro, para comprobar si alguien me ve y muevo algunos hierros que me impiden llegar hasta él, como si estos fueran de cartón.
-¿Qué hace usted ahí? ¡Salga inmediatamente! –dice uno de los bomberos, que se ha percatado de mi intención.
Sin hablar con él, le miro fijamente.
-Está bien, tenga cuidado –responde con un tono mucho menos altivo, a una frase que nunca pronuncié. A continuación, levanta la radial con la que se dispone a cortar el marco de la puerta.
Mientras escucho el chirrío de los metales cortados por la sierra, avanzo lentamente hasta el pequeño. Mi mano toca su pequeña mano temblorosa. Inicialmente, esto parece no producir efecto, pero solo unos segundos después, escucha mis pensamientos. Mi consuelo lo

invade, lo evade de la situación que ha vivido, que está viviendo. Su pequeño y dulce rostro manchado de sangre y de lágrimas resecas, se gira hacia mí.
-¿Eres un ángel? –pregunta con voz calmada y algo sonriente.
A pesar del enorme ruido que produce la sierra seccionando una y otra parte del amasijo metálico, puedo escuchar perfectamente su voz, sus pensamientos, que se aíslan de todo lo demás.
-Estoy aquí para ayudaros. Ahora todo está bien –contesto.
Al momento, puedo notar como su mano deja de temblar.
De repente, el habitáculo se ilumina por completo. Los bomberos han quitado la manta que cubría al niño y el radiante sol vuelve a ocupar su lugar. Poco a poco, mi mano se va separando de la suya. Con sumo cuidado, y ayudados por Rafa, lo van extrayendo. Mientras lo sacan, el pequeño no para de sonreírme.
Al salir hacia atrás del vehículo, mi antebrazo izquierdo roza uno de los cortantes metales, que como estalactitas brotan del arrugado techo, desgarrando el mono de vuelo y mi piel bajo él, que sangra igual que la de cualquier humano, aunque a diferencia de estos, apenas siento dolor.
No es un corte profundo, más bien superficial, pero sangra lo suficiente como para teñir de rojo toda la manga de mi azul mono de vuelo.
Me separo a una distancia prudencial del ajetreo de unos y otros, y vuelvo a la aeronave, esperando instrucciones e intentando taponar con gasas la superficial herida.
Poco después, se acerca Cristina empapada en sudor, que no se percata de mi leve incidente.
-Eric, vamos a trasladar a la madre a Córdoba. ¿A cómo estamos de crona? –interroga.
-A unos veinticinco minutos –respondo, después de mirar en el plano.
-Ok –contesta.
-¿Cómo está el niño?
-Bien. Ha sido un milagro. No tiene ni un rasguño. Las manchas de sangre deben de ser de su madre –dice, conforme se aleja hacia la ambulancia que nos traerá a la mujer al helicóptero.

Minutos después, volamos dirección al hospital.
-¿Cómo está la mujer? –pregunta Sergio a través de la interfonía de la aeronave.
-Dada la gravedad del accidente, ha sido poco. Tiene fracturas en ambas piernas, tabique nasal y contusiones por todo el cuerpo, pero nada de extrema gravedad. Viendo como quedó el coche, parece imposible que alguien pudiera sobrevivir a eso –explica Cristina.
-Lo que sí que es increíble es lo del chaval. Ni un solo rasguño –

comenta Rafa, mientras lee periódicamente las lecturas de las constantes vitales de la paciente a la doctora.
-Pues el camionero tenía un sentimiento de culpa horrible. El pobre, no hacía nada más que pensar que podían haber sido su mujer y su hijo, que lo tenía que haber evitado… -comento.
-¿Es que has hablado con él? –pregunta Cristina.
-¿Eh? No, creo que me lo comentó uno de los agentes –contesto algo balbuceante.
Una vez en el helipuerto del hospital, una ambulancia nos traslada al acceso de urgencias. Al bajar de la ambulancia me encuentro de bruces con Juanma, uno de los enfermeros que también hace guardias en el helicóptero. Apartándonos a un lado para dejar trabajar al equipo que mueve la camilla en la que reposa la mujer, Juanma me interroga.
-¿Qué hacéis por aquí? –pregunta sonriente.
-Venimos de un tráfico en la nacional cuarta –respondo.
-¿El de la Carolina? –pregunta, cuando se fija en mi antebrazo.
-El mismo -contesto, sin llegar a terminar la frase.
-¿Qué te ha pasado en el brazo? –dice, sujetándome la muñeca.
-No es nada.
-Esto hay que curarlo inmediatamente, déjame ver. ¿Cómo te lo has hecho? –pregunta, mientras me desliza con cuidado la manga del mono de vuelo hacia el codo.
-Pues me rocé con uno de los hierros del vehículo del accidente.
-¡Serás jodido! ¡Me la has colado! Pero ¿toda esta sangre? –dice riendo.
Al mirar mi antebrazo, incluso yo me sorprendo. La herida ha desaparecido; solo quedan manchas resecas de sangre en piel y tela, pero nada más.
-¡Has caído! –digo bromeando-. No es sangre, es algún tipo de retardante que han echado los bomberos sobre el motor del vehículo y con el que me he debido manchar.
-Pues no lo dejes en la piel, ve a lavarte enseguida –dice con voz casi paternal.
-Ok. Voy ahora mismo –respondo, para despedirme de él.
Alejándome por el pasillo, toco mi antebrazo sorprendido. Donde antes había una herida, ahora solo queda sangre seca que al desprenderla con la uña descubre una piel limpia, sin el menor atisbo de cicatriz.
Caminando hacia los servicios, recuerdo las palabras de Fisher cuando recuperaron mi cuerpo:
…No me hablaste de las graves lesiones que tuviste en tu pierna de joven, por suerte, cicatrizaron perfectamente…
…doctor, jamás tuve una fractura, ni en la pierna ni en ninguna otra parte

de mi cuerpo…
Chocando conmigo adrede, alguien me saca de mi sonambulismo.
-¡Comandante, hay que mirar por donde se va! –dice Gabi, otro de los médicos que hace servicio en la aeronave.
-¡Pero bueno! ¿Os habéis puesto todos de acuerdo para venir hoy aquí? –pregunto sonriente-. ¿A qué habéis venido?
-Un señor con dolor torácico –explica el doctor-. He visto a Cristina y me ha dicho que venís de un tráfico un poco complicadillo.
-Sí, al final no ha ido del todo mal para lo que podía haber sido.
-¡Buenas Eric! –dice Vicky, que llega poco después.
-¿Tenéis tiempo para un café rápido? –pregunto.
-No, te lo agradecemos. Hoy llevamos un día de no parar, mira las horas que son y todavía no hemos comido. Lo apunto para cuando coincidamos de guardia –dice Gabi.
Antes de irse, y a pesar de que intentaba ocultar mi antebrazo cruzando mis muñecas por la espalda, Vicky lo señala.
-¿Qué te ha pasado? –pregunta con cierta inquietud.
-No es nada, solo es algún tipo de retardante que utilizaron los bomberos para sofocar el fuego del coche. Iba precisamente a lavarme el brazo.
-Pues también te has desgarrado el uniforme.
-Sí. La novia se va a enfadar conmigo.
-¡Cómo que la novia! ¿Es que tú no sabes lavar y coser? –replica Vicky, alzándome la voz.
-Me voy, me voy.
-¡No huyas cobarde! –dice Gabi entre risas.
Al salir de los servicios, me remango el uniforme hasta los codos, para evitar que nadie más se pueda fijar en el tejido desgarrado.
-Eric, ¿quieres algo? –pregunta Sergio, que se cruza conmigo al salir de la cafetería con una botella de agua en la mano.
Casi a la vez, oigo la voz de un niño.
-Es él, el ángel –dice el niño señalándome, mientras camina de la mano de una de las sanitarias del hospital.
-Sí, cariño, ese es el piloto que ha traído a tu mamá –dice sonriendo la mujer de bata blanca, que actúa como improvisada guía por los laberínticos pasillos del hospital.
Al acercarme a ellos, el niño agarra mi mano sin dejar de mirarme.
-¿Cómo se encuentra? –pregunto en voz baja.
-Físicamente está bien, no tiene ni un solo rasguño, pero emocionalmente me preocupa. No muestra ningún sentimiento. Lo llevo con la psicóloga hasta que vengan sus familiares –responde también en voz baja.
-Toma Eduardo, para que te acuerdes de mí –digo, cuando me agacho y desprendo de su velcro un parche que porto en mi hombro derecho,

en el que aparece bordado un helicóptero y las siglas H.E.M.S.
Sin dejar de sonreír, lo recoge de mi mano.
-Debemos irnos Eduardo, tengo unas cuantas chuches para ti –dice la mujer, que lentamente lo aparta de mí, para alejarse por uno de los pasillos.
-¿Cómo sabías su nombre? –pregunta Sergio, cuando termina de hidratarse.
-Lo ponía en la pegatina que llevaba en su pecho.
-¡Ah! No le he visto ninguna pegatina –contesta, sin darle mayor importancia, mientras caminamos hacia la salida de urgencias.

CAPÍTULO 4

LA ESCAPADA

07:35 horas. Viernes, 24 de febrero.
-¿Dónde vamos? –pregunta Rocío, mientras terminamos de cargar el todoterreno.
-En carretera te lo digo, impaciente –respondo desde el otro lado del coche, con una marcada sonrisa en mi rostro.
-¿Cómo has conseguido que mi padre te prestara su todoterreno, su bien más preciado?
-Su bien más preciado, va sentada en el asiento del copiloto. Diciéndole a dónde tenía pensado llevarte, fue motivo más que suficiente para que me lo dejara, ya que mi TT se iba a quedar atascado en cualquiera de esos caminos.
-¡Va! ¡Dímelo ya! –replica, tras golpear mi pierna cuando ocupo el asiento del conductor.
-Está bien, coge el plano que hay en la guantera.
-¿Este?
-El mismo. Busca Zamora.
-¿Zamora? –responde con incredulidad, mientras desliza su dedo por el mapa de carreteras-. Aquí está.
-OK. Ahora busca Villardeciervos –digo, mientras arranco el vehículo.
Mirándome con cara de extrañeza, vuelve a desplazar su dedo por el plano hasta localizarlo.
-¿Por qué me miras así?
-No sé, quizá me ha sorprendido la facilidad que has tenido para encontrar los dos puntos.
-¿Por qué soy mujer? –responde a la defensiva.
-No –respondo con una sonrisa-, porque daba por hecho que no habías utilizado nunca un plano.
-Pues para que te enteres, en la facultad, una de las actividades de campo es orientación; tanto con plano, brújula, como con GPS. Por cierto, cambiando de tema, ¿no te importará que me haya traído esto? –dice, a la vez que me muestra una carpeta repleta de folios.
-¿Eso es de la facultad? Pero si venimos a pasar un fin de semana juntos.
-¡No te enfades! –dice, tapándome la boca con su mano-. Es un trabajo que tengo que entregar el lunes y me queda un pelín para terminarlo.
-¿De qué va?
-Es de lo mío, biología animal; sobre mutaciones y la capacidad que tienen algunos animales para regenerar partes de su cuerpo, como algunos anfibios o las planarias, que se regeneran por completo.

Al pronunciar la palabra mutaciones, un escalofrío recorre mi

columna vertebral. Fijo mi vista en la carretera y, por un momento, me evado de la conversación volviendo por un instante a Dratnu Dua.
-Eric, Eric.
-Sí, perdona. Es que estaba pensando por la calle que debo meterme para salir a la autovía.
-¡Por ahí! Si viene indicado en la señal.
-Ok.
-No te preocupes, que esto no me va a robar demasiado tiempo. Además, si vamos a estar en el campo, lo mismo tengo suerte y podemos fotografiar algún anfibio que me venga bien para mi estudio. Me he traído la cámara. Por cierto, me podías haber avisado antes, llevo la maleta repleta de bikinis, creía que íbamos a un spa. No me he traído nada apropiado y vengo con la maleta rosa.
-No te preocupes, llevo un par de mochilas con todo lo necesario para movernos por el campo. Tu madre me dio botas, pantalones, jerséis, de todo, y van en la mochila –respondo mucho más calmadamente.

Es nuestra primera escapada en el tiempo que estamos juntos y Rocío está visiblemente emocionada. En mayo hará un año que salimos, aunque se hizo oficial para su familia solo hace un par de meses.
Normalmente es mucho más callada, pero ahora mismo parece otra persona, enlaza una conversación con otra, lo que resulta divertido en ella.
Mientras continuamos hablando, nos incorporamos a la autovía, dirección Zamora.
-¿Qué es eso de las planarias?
-Son una pasada –responde agitada, girándose sobre su asiento para desabrochar el cinturón de seguridad.
-Ponte el cinturón –digo en modo imperativo-, si tenemos un accidente y te pasa algo, no tendré lugar en la tierra donde esconderme de Griz.
-¿Solo te preocupa lo que te pueda hacer mi padre? –responde con cara de pena, obviamente simulada.
-Por supuesto que no. No sé qué haría si te pasara algo.
-Esa respuesta me gusta más –dice, al incorporarse nuevamente en su asiento, jugando conmigo con sus cruces de palabras-. Bueno, te cuento; las planarias son unos bichitos increíbles.
-¿Bichitos? ¿Para eso estudias tanto? –contesto irónicamente entre risas.
-Está bien. Estos filo platelmintos… ¿Mejor así?
-Me gustaba más la versión de “bichitos”.
-Pues estos bichitos filo platelmintos –responde riendo-, son unos supervivientes natos. Son gusanos planos dorso ventralmente. La mayoría son carnívoros, pero hay muchas especies; de agua dulce, salada, de vida libre o parasitarias

-Y después de la tesis que me estás soltando sobre estos gusanitos, ¿qué tienen de especial?
-Entre otras cosas, su forma de reproducirse. Esta puede ser sexual, asexual o alternante estacional.
-¿Cómo?
-Que la mitad del año se reproducen sexualmente y la otra mitad asexualmente. Además, la planaria utiliza la faringe tanto para la ingestión como para la evacuación de alimentos.
-Pues eso no es que sea muy agradable.
-Pero lo interesante no es esto, lo verdaderamente increíble es que son capaces de regenerar cualquier parte de su cuerpo.
-¿Y si le cortas la cabeza?
-Si le cortas la cabeza, se regenerará y, en un par de semanas, tendrás dos planarias plenamente formadas. Si las cortas en cuatro trozos, pasará igual, en un par de semanas tendrás cuatro.
-Bueno, eso sí que mola. Es como si a un humano le cortaran un brazo y de ese brazo resurgiera un clon.
-Sí, algo así. En realidad, surgirían dos, uno del brazo amputado y, al que le has cortado el brazo, volvería a crecerle uno nuevo con plena funcionalidad. No me digas que no es alucinante.

Tras cerca de tres horas conduciendo, Rocío me sugiere parar en la siguiente gasolinera.
Nada más parar, se baja con premura del vehículo.
-Debo buscar inmediatamente un aseo, estoy que voy a reventar –comenta con un guiño.
-Ok.
Al bajar del vehículo, un tremendo dolor de cabeza invade mi cerebro. Apoyo mi mano derecha sobre el techo del todoterreno, mientras intento enfocar mi visión que, casi paralelamente al dolor de cabeza, se ha vuelto borrosa. Mi estómago regurgita bilis, el mundo gira a mi alrededor y las náuseas me hacen vomitar junto a una de las ruedas.
Por suerte, mi desayuno ha sido ligero y prácticamente solo son babas lo que expulsa mi enrojecida garganta.
-¿Se encuentra usted bien? –pregunta uno de los empleados de la gasolinera, que se apresura a recoger mi vómito con una fregona.
-Sí, ya se me ha pasado, me he debido de marear. Déjeme a mí.
-No se preocupe. Debería tomarse una infusión que le asiente el estómago –dice el señor con tono amable.
Al levantar la cabeza, me vuelve a pasar algo parecido a lo que me pasó hace unos días en aquel accidente de tráfico. Puedo oír multitud de voces a mi alrededor. Vuelvo a sentir sus inquietudes, pesadumbres, sus temores más oscuros, como si mi cuerpo necesitara alimentarse de ellos. Al guiar mi mirada hacia el hombre que está

fregando el suelo, puedo ver su riego sanguíneo, este se trasparenta a través de su piel, a través de su cuello.
-Disculpe señor, ¿cuánto le hecho? –dice el empleado de la gasolinera, sacándome de mi éxtasis.
-Sí, llénelo, por favor.
-¿Qué te pasa? ¿Te veo muy pálido? –pregunta Rocío al volver al vehículo.
-Creo que me mareé al bajarme, debo tener la tensión algo baja.
-Ahora nos tomamos un buen desayuno y verás cómo se te pasa –dice, mientras me abraza por la cintura.
Poco apoco, las voces, los pensamientos de todas las personas que se encuentran por allí, se van desvaneciendo de mi mente. Fuerzo una sonrisa para responder al amor que emana de Rocío, de todo su ser. Por primera vez soy capaz de verlo, como si fuese un aura, como si fuese energía que se desprende de ella, energía positiva.
Hasta ahora solo había sido capaz de ver el dolor, el sufrimiento, el odio que desprendemos los humanos en determinadas situaciones, pero en esta ocasión es distinto. Lo que irradia Rocío me da paz, es como si, en cierta manera, ella evitara que brotara el ser que vive dentro de mí.
-¿Qué miras? –dice, mientras mantiene su abrazo enlazado a mi cintura.
-Hoy te veo tremendamente bella.
-Adulador.
-¿Va a pagar con tarjeta? –pregunta el señor de la gasolinera.
-Sí.
-¿Aparco el coche junto a la cafetería mientras pagas?
-Sí, ve pidiéndome un café y una tostada con aceite, tomate y jamón.
Ella me responde con un guiño, mientras rodea el vehículo hacia la puerta del conductor.
Vistiendo con gafas de sol, su negro cabello cubriendo parte de su espalda, polo rojo con los cuellos levantados, pantalones vaqueros cortos y zapatillas de deporte de llamativos colores, su aspecto, aunque desenfadado, es tremendamente sexy. Rocío, "*Ro*", aquella niña que cuando éramos pequeños nos llevábamos como el perro y el gato, se ha convertido en una hermosísima mujer que, por giros del destino, ahora es el centro de mi universo, el amor de mi vida.
¿Dónde ha quedado aquel Eric Orcan? Aquel surfero, mitad español y mitad norteamericano, que jugaba despiadadamente con unas y otras.
Al arrancar el vehículo y dirigirse a la cafetería, acompaño al hombre hacia el establecimiento para abonar el combustible.
Un enorme perro, un gran pastor alemán, se encuentra atado próximo a la entrada. Conforme me voy acercando levanta sus puntiagudas orejas, luego alza su cuello sin dejar de mirarme. A escasos metros de

la entrada, este se levanta y se pone a ladrar como un poseso. El hombre intenta tranquilizarlo, levantando la mano.
-¿No sé qué le pasa? Normalmente no se comporta así.
Al mirarlo, este aún se pone mucho más inquieto, girando sobre sí mismo, llegando incluso a orinarse. Moviéndose de un lado a otro, pero guardando distancia sobre mí, lo más alejado que le permite la atadura a su collar.
-¿Qué demonios te pasa?
-Debe haberse asustado por algo.
-Parece asustado de usted –dice el hombre, mirándome con extrañeza.
Al abandonar la gasolinera, mientras camino a la cafetería, me siento observado por el hombre.
Nada más entrar puedo verla, sentada en una de las mesas de madera que se encuentran junto a los ventanales que miran hacia la carretera.
-¿Has pedido ya?
-Sí. ¿Te encuentras mejor?
-Sí, ya se me ha pasado.
-Bueno, ¿me vas a contar ya a dónde vamos?
Sacando un prospecto del bolsillo de una pequeña mochila que porto conmigo, lo despliego en la mesa.
-Vamos aquí. Es una pequeña casa rural a las afueras de Villardeciervos.
-¡Qué chulada!
-La mayoría de las casas están en el pueblo, pero esta, aunque quizá no es tan bonita como las otras, está un poco apartada.
-Me dijo la dueña que el domingo nos podíamos ir cuando quisiéramos, que no era necesario que la dejáramos por la mañana.
-¿Estas son las otras?
-Sí, se ve que por allí hay mucho turismo rural, porque abundan estos hospedajes.
-El lobo está asociado a la mayoría de los nombres de las casas. ¿Es que por allí hay lobos sueltos?
-Un compañero que está en una base de incendios forestales por esa zona, me ha comentado que en ocasiones se pueden ver. También me comentó que los paisajes son ideales para hacer senderismo.
-¡Qué bien, lo vamos a pasar genial! –exclama, agarrándome las manos desde el otro lado de la mesa, justo para tener que volver a soltármelas, ya que aparece la camarera con el desayuno solicitado.

Tras un par de paradas más y un buen puñado de kilómetros a nuestras espaldas, por fin llegamos a nuestro destino.
La climatología ha cambiado radicalmente, conforme avanzábamos hacia Zamora. La temperatura ha caído en picado y, de los casi veinte grados que teníamos cuando dejamos Andalucía, aquí a las seis de la

tarde el termómetro del coche marca ocho y bajando.
Está lloviendo, aunque más que lluvia se podría decir llovizna. Al igual que la climatología, el paisaje que nos rodea es espectacular. El verde predomina sobre cualquier otro color. Se nota que es un lugar mucho más húmedo. Las nubes cubren la totalidad del cielo, sin apenas dejar pasar los rayos del sol, lo que nos hace creer que es más tarde de lo que en realidad es.
-¡Qué maravilla de paisaje! Esto es precioso. Solo espero que no esté lloviendo todo el fin de semana.
-Esperemos que no. De todas formas, también he traído chubasqueros por si acaso.
-¿Dónde has quedado con la mujer?
-En el pueblo. Me ha dado una dirección que debe ser la de una cafetería, una posada o algo así. Allí nos dará las llaves y nos guiará hasta la casa.
Entrando en el poblado nos sorprende el aspecto medieval que sus habitantes han sabido conservar, dando la impresión de trasladarnos en el tiempo.
-Madre mía Eric, esto es precioso.
-Por aquí debe ser, la mujer me dijo que estaba junto a una estatua de un ciervo que hay a la entrada.
-¡Pues ahí lo tienes! Hotel Remesal. ¿Puede ser este?
-Sí, este es. Al decir el nombre lo he recordado.
Paramos junto a la entrada, que se encuentra flanqueada por dos barnizados barriles. Al bajar del vehículo nos sorprende el cambio de temperatura. Aquí hace bastante más frío que en la última parada que hicimos, hace algo más de tres horas. La fachada está hecha de piedra, muy acorde a lo que hemos visto hasta ahora.
Nos apresuramos a abrigarnos y aprovechamos a echar un vistazo alrededor.
-¿Eric y Rocío? –dice la femenina voz de una mujer que se asoma por la puerta.
-Sí –responde Rocío, acercándose a ella y extendiéndole la mano.
-¡Qué guapos sois los dos! Pasar que empieza a hacer frío –nos dice la mujer, que ronda los sesenta años y que evade la mano de Rocío, dándole dos besos.
-Gracias. Este sitio es maravilloso –dice Rocío.
-¿Es la primera vez que venís por aquí?
-Sí –contestamos al unísono.
-Pues os va a encantar, aunque el tiempo está hoy un poco pachucho, sin embargo, han dicho en la tele que mañana sale el sol. Pasar y tomaros algo caliente que entréis en calor y os voy contando –dice la mujer, mientras agarra del brazo a Rocío.
Al entrar, el hotel nos sorprende aún más. Este es una mezcolanza de

lo antiguo y lo moderno, entrelazado con un gusto exquisito.
-¿Queréis un café? –pregunta la mujer.
-Sí, por favor. Dos con leche, el de él con la leche templada –contesta Rocío, adelantándose a mí.
Lo que respondo con un giño, mientras caliento algo mis manos acercándolas a mi boca.
Disfrutamos del café, conforme la amable señora nos cuenta los lugares que podremos visitar, nos cuenta algo de su vida, la historia del pueblo, el porqué de su aspecto medieval.
-No ha podido venir mi marido para llevaros a la casa, porque lleva un par de días que va a matacaballo. Como le dije a tu novio, tenemos otra casa aquí en el pueblo, pero con las últimas nevadas aparecieron goteras por todos lados, así que está reparándolas con un par de albañiles –dice la mujer, dirigiéndose constantemente a Rocío, como si yo no estuviera allí. Parece que han conectado bien.
-No se preocupe. Estará bien.
-Allí tenéis de todo, aunque es mucho más pequeñita que la del pueblo. Os he dejado unas garrafas de agua, un par de fardeles de arroz y algunas verduras, por si no habéis traído comida.
-Traemos un poco de todo para pasar el fin de semana. Muchas gracias –contesto.
-Pues si os habéis tomado el café, vamos allá. ¿Me seguís con el coche?
-Ok.
Al salir de la casa, se monta en un enorme todoterreno que, por un momento, nos sorprende ya que parece que no le pega. Quizá esperábamos que se subiera en un coche diminuto. En cuanto ve que hemos arrancado, baja su ventanilla e inicia la marcha, indicándonos con la mano que la sigamos. Sin duda, una mujer sorprendente para su edad.
Salimos del pueblo y pronto abandonamos la carretera para desviarnos por un camino, donde se agradece llevar un todoterreno, ya que el sendero tiene mil y un baches unos seguidos de otros, sin dejar demasiado descanso a nuestros riñones. Por suerte, son solo unos pocos kilómetros los que tenemos que avanzar hasta llegar a una preciosa casa de piedra. Esta tiene el mismo aspecto que las casas de pueblo, con la fachada empedrada y un pequeño balcón de madera. Quizá no sea tan espaciosa como las del pueblo y, por otro lado, está el inconveniente del camino, pero es justo lo que estaba buscando. El paisaje es precioso y, aunque ya empieza a oscurecer, todavía se puede apreciar que estamos rodeados de plena naturaleza.
Tras mostrarnos la casa, prender la lumbre de una gran chimenea que se encuentra en una de las esquinas del salón e indicarnos desde la puerta las posibles sendas que podemos coger para, entre otras, ver la

Peña del Castro hacia el sur o hacia el norte el embalse Valparaiso, nos abandona por donde ha venido.

-¡Qué pasada Eric! –exclama Rocío emocionada.
-¿Hubieras preferido un spa?
-¿Estás loco? Esto es ideal, los dos solitos en una casa en mitad de la nada, con la chimenea; ya verás.
-Me alegro de que te guste –respondo, a la vez que empiezo a descargar el equipaje que llevamos en el maletero.
-Lo mejor de todo es mi maletita rosa –dice a carcajadas, mientas golpea las ruedas de la maleta en los escalones de madera que dan acceso a la casa.
-¿Dónde estará el dormitorio?
-¿Ya estás pensando en eso?
-¡Tonto! Aunque sí, mi querido rubio de ojos verdes, también pienso en eso –dice, tras mostrarme una malévola sonrisa.
-Supongo que estará en la planta de arriba.
Al subir, vemos que el dormitorio tiene una enorme cama, flanqueada por cuatro columnas de madera de las que cuelgan unas delicadas telas, que marcan aún más su aspecto de cámara medieval. Todo está pensado para que nada rompa el encanto de trasladarte a otra época.
Tras colocar en los armarios todo lo que llevábamos en nuestro equipaje, ponernos una ropa más cómoda y cenar hasta atiborrarnos, nos tumbamos en un sofá que hay frente a la televisión. Poco a poco, noto como la cabeza de Rocío pesa cada vez más en mi hombro, así como su respiración se vuelve más profunda. Al mirarla, puedo ver como se ha quedado dormida. Me gusta esta sensación, por lo que no me apresuro en irnos a la cama, quiero disfrutar del momento.
Una hora después, decido subirla al dormitorio. Me sorprende su poco peso, aunque tras pensarlo, me doy cuenta de que no es ella la que ha disminuido de peso, sino mi fuerza, que estos días ha aumentado exponencialmente. Subiendo las estrechas escaleras con ella en brazos, puedo ver lo hermosa que es.
-¿Ya nos vamos a la cama? –pregunta entre sueños, sin poder abrir los ojos.
-Sí, con el viaje estás agotada. Debemos dormir para madrugar mañana, hay muchas cosas que ver –respondo, casi en susurros.
-Ok.
Mientras la arropo, mi cuerpo empieza a vibrar. Algo altera mis sentidos. No sé lo que es, pero me obliga a bajar las escaleras y dirigirme a la puerta. Nada más abrir, se nota el radical cambio de temperatura. No debe haber más de tres o cuatro grados y visto solo con una fina camiseta, pero cuando sentí aquella extraña sensación, aquellas vibraciones, mi cuerpo cambió. Ahora soy más corpulento,

como si mi musculatura hubiese aumentado en unos segundos, no me afecta el frío que hace fuera e incluso mi piel ha cambiado. Al mirarme la mano, puedo apreciar como parece escamosa, más parecida a la de un reptil que a la de un humano.
Al bajar la escalera y dejar la luz del salón atrás, reflejando mi alargada sombra frente a la entrada, puedo ver que es noche cerrada. A pesar de que hoy la luna está casi llena, la nubosidad no deja apenas pasar la luz, dando un aspecto tétrico a la arboleda que rodea la casa. Sorprendentemente, mi vista se adapta rápidamente a la oscuridad, no como lo haría un humano, sino más bien a como lo haría un felino.
Cierro la puerta tras de mí y bajo lentamente los escalones. Todo a mi alrededor parece haber cobrado vida; puedo escuchar el más mínimo ruido focalizando su posición exacta, como si mi mente fuera un sonar. Pero no es esto lo que me ha hecho salir, hay algo más.

CAPÍTULO 5

LOBOS

Sé que están ahí, mis sentidos los detectan al igual que ellos a mí. Han venido a buscarme, han presentido a un nuevo depredador en su territorio, una amenaza para su manada. Solo vienen a defender a su clan. Me tienen miedo, pero su fiereza vence al temor.
Avanzo por el bosque, sin tener un rumbo definido. Mis sentidos racionales han desaparecido o queda poco de ellos, siendo reemplazados por los de la bestia que albergo en mí. No tengo que avanzar mucho para empezar a oírlos. Me han rodeado y están tremendamente asustados, puedo oler su miedo al igual que hago con los humanos, puedo oír sus corazones acelerados, su respiración forzada, lo que me excita y me produce una sed insaciable de *sangre*.
Cuento uno, dos, tres… hasta siete lobos adultos que me acechan.

Ha desaparecido cualquier atisbo de humanidad en mi ser. Mis colmillos ya no son los de un humano, así como mis manos, que se han convertido en terribles garras. Mi musculatura se ha desarrollado en segundos, produciéndome un tremendo dolor en el proceso, pero que es placentero a su vez. Esa maldad que crece dentro de mí me hace disfrutar de este momento de caza. Se abre un nuevo mundo. Puedo percibir olores, escuchar el más mínimo detalle de la fauna del bosque, las estrellas toman un nuevo color, aunque esto no me distrae de mi verdadero objetivo, los lobos.
Me desplazo rápidamente, salto entre dos árboles y alcanzo a uno de ellos por el cuello, sin darle apenas oportunidad de reaccionar. Este gruñe de dolor y gira su cabeza en vano para clavar sus potentes mandíbulas en mi antebrazo, pero mis manos, convertidas en unas afiladas garras, se han clavado en su garganta hundiéndose más y más. Otro de los lobos salta sobre mí con la intención de alcanzar mi cuello, mi yugular. Un zarpazo de mi brazo izquierdo lo lanza unos metros atrás, hiriéndolo mortalmente en el abdomen. Ahora es un tercer lobo el que se abalanza sobre mi pecho, pero nuevamente mi mano izquierda lo detiene en el aire, agarrándolo por el cuello y derribándolo junto a su hermano de manada. El resto se mantiene alrededor lanzando dentelladas y gruñidos, con sus terribles ojos que brillan en la oscuridad.
Levanto la cabeza y lanzo un tremendo rugido, mostrándoles mis enrojecidos ojos que, como los suyos, también brillan en la oscuridad. Al hacer esto, instintivamente retroceden unos metros, agachando sus cabezas y metiendo las colas entre las patas traseras.
Mis colmillos se clavan en el cuello de uno de ellos, lo que lo degüella

casi al instante. Su sangre recorre mi boca, mi garganta. Puedo sentir como su vida se desvanece poco a poco y esto, más que la sangre en sí, es lo que me da placer. Su energía ahora es mía, su fiereza, el calor de su sangre que recorre mis venas, hace incrementar mi fuerza casi instantáneamente. Mi cuerpo se retuerce de placer, mientras sigo mordiendo con desorbitada ansia la yugular de la desdichada bestia.
La hembra, que parece la más fuerte y grande de la manada, se atreve a atacarme mordiendo mi cuello por detrás. Para cualquier humano hubiera significado la muerte, rompiéndole las vértebras y asfixiándolo, casi al momento, con sus endemoniadas mandíbulas. Por desgracia para ella, queda muy poco de humano en mí y al presentir el ataque de la loba, mi cuello se ha acorazado al instante. Algo parecido a las escamas de un pez o de un reptil, pero cien veces más resistentes. Estas han cubierto mi cuerpo, siendo inútil el intento de la enorme fiera.
Me giro sobre mí mismo y de un zarpazo le desgarro parte de la cara, lanzándola unos metros atrás.
Esto no parece amedrentar al resto de la manada, que se mueven nerviosamente alrededor, aunque sin saber muy bien qué hacer.
Al bajar mi mirada, puedo ver a ambos lobos, siento los acelerados latidos de sus corazones. Entonces algo cambia. Recobro mi humanidad, mi piedad; aflojo mi agarre y los dejo escapar. Al menos a uno, porque el que sufrió mi mordedura está demasiado débil para moverse, temblando en el húmedo suelo. Siento como su vida se desvanece poco a poco.
Arrodillado en el bosque, miro mis ensangrentadas manos que paulatinamente vuelven a su estado normal. También los lobos parecen haberlo percibido, aunque mantienen cierta distancia, han bajado su estado de excitación. Algo increíble sucede entonces. Un enorme lobo, un gran macho de ojos amarillos al que todos los demás parecen respetar, sale de las sombras. Este se acerca a la loba que me atacó, para lamerle las heridas y rozar su cabeza con la de ella. Por su actitud, parece su pareja. Después, se acerca con cierta timidez. Se mueve de lado a lado con la cabeza ligeramente agachada, avanza hasta unos escasos centímetros de mí, olfateándome sin cesar. Permaneciendo de rodillas y sin hacer movimientos bruscos, estiro la mano. Él la huele, para retroceder rápidamente unos pasos y volver a acercarse lentamente, levantando constantemente su hocico para olerme. Sus patas, su lomo no paran de temblar, a pesar de su miedo al ser que sabe que llevo dentro, su valentía es admirable, al fin y al cabo, es un lobo.
Lo miro fijamente y lo tranquilizo, le dejo saber que ya no soy una amenaza para ellos. Se acerca, dejándome que lo acaricie. El resto de la manada se mueve alrededor mía, manteniendo la distancia. Dos de

ellos cojean por las tremendas heridas infligidas. Recuperando mi cordura, mi serenidad, alzo ambas manos dirigiendo cada una de ellas a los lobos heridos. Estos parecen percibir mi llamada y, con la misma timidez que lo hizo el gran macho, se acercan lentamente.
Al aproximarse, apoyo mis manos sobre sus heridas. La energía que les transmito parece consolarles. A mi tacto, sus cuerpos se contorsionan como marionetas guiadas por invisibles hilos que parten de mis dedos. Al mirar sus heridas, puedo ver como estas sanan por instantes, incluso aquella que parecía mortal.
La gran hembra también se acerca, con su cara desgarrada por el lado que recibió mi terrible zarpazo. Al estar próxima a mí, mis manos se mueven lentamente hasta agarrar sus mandíbulas. Una luz parece salir de la nada; mis manos pegadas a su hocico desprenden una tenue luz que en contacto con la loba la hacen entrar en una especie de trance. Por momentos, sus heridas se regeneran, quedando cicatrices que parecen del pasado, más que de una reciente batalla.
Miro al lobo que está más grave y noto como su corazón deja de latir. No sé el porqué, pero no hago nada por evitarlo. No sé bien, si porque presentí que es demasiado tarde para él o porque mi lado demoniaco lo quiere ver morir, absorber su energía vital.

El tiempo pasa, aunque no soy consciente de cuánto. Al cabo de un rato todos los lobos estaban a mi alrededor, restregando sus cabezas en mis brazos, en mis manos, lo que para mí es una sensación de tremenda paz y creo que para ellos también.
Tras pasar, quizá una hora, tumbado en el suelo, me siento uno más de aquellas bestias, puedo percibir su forma de comunicarse conmigo mediante actitudes, gruñidos y gestos. Al levantarme, se escabullen en la oscuridad, saltando por encima de los matorrales que nos rodean, todos excepto la gran hembra que permanece unos segundos más allí, a modo de despedida, hasta que también desaparece en la oscuridad con el mismo sigilo que lo haría la propia brisa.
El lobo muerto permanece allí tumbado sin vida. Me agacho y paso mi mano por su lomo. Noto como ya está frío, no hay latidos, no hay esencia vital. Mis últimos pensamientos antes de partir se centran en él; *las alimañas darán buena cuenta de ti, al fin y al cabo, así es la vida en el bosque.*
Aunque se han disipado la mayoría de los extraordinarios sentidos que me proporciona mi lado "*animal*", hay otros que poco a poco empiezo a dominar, como la visión nocturna. Gracias a ella, puedo regresar fácilmente a la casa.
En cuanto me aproximo, puedo detectar que dentro hay un humano, puedo saber sin lugar a duda que allí está Rocío. Detecto su calor, su olor, sus latidos, su fragilidad.

Al abrir la puerta, me doy cuenta de que mis botas están embarradas, por lo que me las quito antes de entrar. Con cuidado para no hacer ruido, subo despacio las escaleras. Cuando llego al dormitorio la veo plácidamente dormida. Mientras me voy desnudando, percibo que mi camiseta está manchada de sangre, así como mis manos y el resto de mi cuerpo.
-¿Qué haces cariño? ¿Por qué no te vienes ya a la cama? –dice Rocío, medio adormilada y sin llegar a abrir los ojos.
-Me he entretenido un poco con la tele.
-¿Qué es ese olor? Hueles a perro mojado.
-Voy a darme una ducha.
-Ok, cariño –contesta, casi balbuceando.

-¡Eric, despierta! ¡Hace un día maravilloso! Como dijo la señora, ha salido el sol –dice Rocío, con dos tazas de café, una en cada mano.
Se sienta al borde de la cama y me acerca una de las tazas, para que pueda olerla.
-¿Qué hora es?
-Son casi las ocho, vamos, que tenemos que aprovechar bien el día –dice, mientras se acerca a un ventanal de madera para abrirlo de par en par y dejar que pasen los rayos del sol, incidiendo directamente en la cama.
-Déjame un poquito más, por favor, esto se llama maltrato –digo, metiendo mi cabeza bajo la almohada.
-De eso nada –responde, tirando atrás de la manta y agachándose para morderme en el trasero-. ¡Vamos arriba o te quedarás sin este bonito culo!
-Vale, vale –digo, tras incorporarme en la cama-, ¿dónde está ese café?
Media hora después, estamos cogiendo uno de los senderos que parten de la casa.
Gracias a las enseñanzas de rastreo que me enseñó mi abuelo, enseñanzas que proceden de los indios navajos para identificar huellas, orientarse, distinguir las plantas comestibles de las no comestibles, en seguida soy capaz de reconocer numerosos rastros y huellas, como las de los lobos que nos visitaron anoche.
-Ro, está sonando tu teléfono.
-¿Qué?
-Tu teléfono, creo que está sonando.
Rocío se descuelga la mochila, para buscar en uno de sus bolsillos laterales. Al sacarlo de este, el sonido es mucho más evidente, sonando una canción que llama mi atención, ya que era una de mis favoritas en mi adolescencia.
-¿Sí, dígame? –contesta Rocío.

Tras un rato hablando, me informa que era nuestra casera. Al parecer, esa mañana tienen previsto darle de comer a los lobos y estamos a tiempo para ir a verlos.
-¿Qué te parece? ¿Quieres que vayamos a verlos? Nunca he visto lobos en estado salvaje. Venga, venga, venga –pregunta Rocío con insistencia.
Sonriendo, asiento con la cabeza.
-¿Te ha explicado dónde tenemos que ir?
-Sí, dijo que estaba marcado en el plano que nos dejó encima de la mesa. ¿Lo cogiste?
-Sí –contesto, a la vez que lo extraigo de uno de los bolsillos laterales de mi pantalón.

Unas horas después, estamos aproximándonos al risco que nos marcó en el plano. Allí podemos ver como un pequeño grupo de personas miran a través de prismáticos en una única dirección, la del comedero de los lobos.
Al llegar a la cresta, Rocío saca de inmediato los binoculares de su mochila e intenta localizar el comedero. Hago lo mismo, aunque mi vista ha mejorado de tal manera que en realidad no me hace falta, pero no quiero llamar la atención. Todos podemos ver como a lo lejos, junto a un gran peñasco, ha parado un vehículo todoterreno. Un hombre ha bajado y arroja grandes trozos de carne. Al terminar, toca una corneta que desde nuestra posición podemos oír perfectamente, sube al vehículo y se dirige a nuestra posición.
Tras llegar al risco, el hombre de piel curtida por el sol y unos sesenta años, nos relata con un marcado acento de la tierra, que, en breve, deberían aparecer los lobos que todo el grupo de personas allí concentradas estamos deseando ver. Nos explica que no hagamos ruido y estemos atentos, ya que no durarán mucho a la vista, que en cuanto puedan se ocultarán arrastrando los trozos de carne hacia los matorrales.
Efectivamente, no tarda mucho en aparecer un grupo de lobos que reconozco de inmediato al ver a la gran hembra. A diferencia de lo que nos dijo el hombre, ninguno de ellos toca los trozos de carne, todos ellos miran en nuestra dirección. La gran loba que mantiene sus orejas de punta, baja y sube la cabeza, mirando hacia nosotros, mirando hacia mí.
-Esa que ven allí es Luna. Es la gran hembra de la manada –relata el lugareño que depositó los trozos de carne.
Entonces Luna, la gran loba, se pone a aullar. De inmediato, el resto de la manada la sigue. Es cuando aparece el macho alfa, el gran lobo negro que pude ver anoche.
-¡Dios mío, esto da escalofríos! -dice una de las mujeres que observa

con los prismáticos.
Dirijo firmemente mi mirada hacia la gran hembra y estos parecen percibirme, ya que se mueven de un lado a otro, agitando sus colas, como lo haría un perro al ver a su dueño. Poco después, cada uno de ellos recoge un trozo de carne y desaparecen.
-¿Qué extraño, jamás los vi hacer eso? –comenta el señor.
-Madre mía, tengo la piel de gallina. Me ha impresionado oírlos aullar –dice Rocío, mientras iniciamos el descenso del risco.

Nuestra escapada a aquel pueblo de Zamora ha sido corta, aunque intensa, ha durado solo unos días, pero hemos podido disfrutar de las viandas de la tierra y de maravillosos paisajes.
-¿Qué tal la sorpresa? ¿Te ha gustado? –digo, mientras conduzco por la carretera que nos retorna hacia el sur.
-Maravillosa. Hay que repetir.
-Por cierto, ¿qué tal tu trabajo de las planarias?
-Pues en la maleta se ha quedado. Esta noche cuando llegue a casa tendré que echar horas extras, pero ha merecido la pena –dice, recostándose en mi hombro.

CAPÍTULO 6

LA LLAMADA

Un vibrar intermitente resuena en el móvil de Rocío, que hace que algunos de los folios que tiene esparcidos por su mesa de estudio, se muevan como si hubiesen cobrado vida. Medio aturdida, busca con su mano izquierda el teléfono, mientras mordisquea un bolígrafo que tiene en la boca y, su mano derecha, pasa páginas de un enorme libro que ocupa gran parte de la mesa.

-Hola cariño –responde al descolgar, con la voz algo adormecida.

-¿Te he pillado dormida?

-No, es que lo tengo puesto en silencio para no molestar a mi hermana y no lo oía. Estoy liada con el trabajo que tengo que presentar para la universidad y me queda para rato.

-No te quería molestar, era solo para preguntarte como estabas.

-No me molestas, es más, me estaba empezando a adormecer y me has espabilado.

-¿Te queda mucho?

-Sí, un poco.

-Ha sido por mi culpa, que no te he dejado ni a sol ni sombra este fin de semana. Tómate un café que te espabiles.

-Culpable eres, además con dolo. Pero bendita culpa, me lo he pasado de maravilla.

-Me alegro. No te entretengo más. Que te sea leve y no sueñes con las planarias.

-Te quiero.

-Me too –respondo entre risas, con un marcado inglés americano.

Al colgar veo que tengo una llamada perdida de un largo número.

Algo me querrán vender.

Lo lanzo a la cama y empiezo a desnudarme. Segundos después, el teléfono empieza a sonar.

En mi rostro se marca una sonrisa, porque cuando nuestra conversación no ha sido demasiado larga, es habitual en Rocío volver a llamarme nada más colgar. Al cogerlo, veo que es nuevamente el número eterno. Directamente le doy a colgar, sin comprobar quien está al otro lado del auricular. Probablemente una de esas maquinitas que, para captar clientes, marcan aleatoriamente números de teléfono o un operador de telefonía móvil que me querrá hacer una oferta.

Miro el reloj y veo que son más de las once de la noche.

Me desnudo por completo y me introduzco en la cama, dejando mi móvil en la mesita de noche. Quedo dormido casi al instante, no sin antes visualizar a Rocío y recordar levemente nuestro fin de semana,

antes de que mis pensamientos se vayan desvaneciendo, entremezclándose con mis primeros sueños.

This Means War suena en mi móvil, mientras bailotea por la mesita de noche, rozando en varias ocasiones el abismo. Miro mi reloj, con los ojos todavía pegados, y son poco más de las ocho de la mañana. Al coger el teléfono, veo en la pantalla que es el mismo número de anoche o, al menos, se le parece.

-¿Diga?

-¿Eric? ¿Eric Orcan? –interroga una voz, que inicialmente no reconozco.

-El mismo, ¿quién es?

-¿Ya no reconoces a los viejos amigos? –pregunta alguien en inglés, con un marcado acento japonés.

-¿Kosuke, eres tú? –interrogo enormemente sorprendido a la voz que hay al otro lado del auricular.

-Así es.

Tras un pequeño lapsus, en el que en mi mente se agolpan multitud de imágenes, recuerdos y situaciones vividas junto a Kosuke "*Viper*", vuelvo a vocalizar.

-No me lo puedo creer. ¿Dónde estás? ¿Qué es de Skud?

-Me encuentro en España, concretamente en la base naval de Rota.

-¿En Rota? Pero ¿qué haces aquí?

-Mejor te cuento en persona. Deberíamos vernos. ¿Podrías venir?

-¿A la base naval? ¿Ha pasado algo?

-No, no te preocupes. Pero deberíamos vernos, mejor no hablar esto por teléfono.

-Mañana entro de guardia unos días, pero la semana que viene, a partir del martes, podría ir.

-Me parece bien. Luego te mando mi número de teléfono aquí en España y me confirmas cuando vas a venir.

-¿No es este con el que me llamas?

-No, el que te aparece, seguramente será de la centralita de la base.

-Bueno, ¿qué es de ti? ¿Qué sabes del resto?

-Mejor hablamos cuando nos veamos la semana que viene. Me alegro mucho de volver a oírte.

-Ok. Estoy impaciente por vernos. Un abrazo.

-Igualmente Eric. Nos vemos pronto –contesta el guerrero japonés, antes de colgar.

Kosuke siempre fue parco en palabras y no es dado a mostrar fácilmente sus sentimientos, aunque en esta ocasión parece que, más bien, no quiere hablar ciertos temas por teléfono; lo que me intriga aún más.

Al salir de casa, me monto en mi viejo TT y mientras me dirijo al aeropuerto, mi mente alza el vuelo aterrizando en Dratnu Dua, la isla del diablo. La maldita isla que se llevó la vida de varios de mis compañeros y que casi me costó la mía.

Desde hace unos días, dentro de mí, crece una irrefrenable fuerza que me atrae nuevamente a ella. Sin saber cómo, estaba esperando esta llamada, la presentía.

Al llegar al pequeño aeropuerto, Carlos, el piloto saliente, me está esperando en la puerta de la terminal fumando un cigarrillo. Nada más bajar del coche avanza unos pasos y me estrecha la mano, mientras se coloca tras de mí, cediéndome el paso en la puerta de entrada.

-¿Quieres un café? –pregunta.

-Sí, ¿cómo no?

-Pues vete para la cafetería y pídeme uno con leche. Yo voy a por la maleta y vamos adelantado cosillas allí.

-Ok.

Nada más entrar en la cafetería, Antonio me reconoce desde la barra.

-Eric, ¿otra vez por aquí?

-Sí, he venido a hacer el relevo a Carlos. Entro mañana.

-¿Un café?

-Que sean dos, otro para Carlos que viene para acá.

-Marchando dos cafés.

Mientras busco con la mirada una mesa libre, alguien toca mi hombro por detrás. Al girarme veo que es Inma, que también hace guardias como tripulante HEMS.

-¿Qué tal? –dice con una sonrisa.

-Bien, otra vez por aquí –respondo, tras darnos dos besos.

-Siéntate con nosotros –dice, señalándome una mesa, desde la que me saludan algunos trabajadores del aeropuerto con los que Inma comparte el desayuno.

-Muchas gracias, pero es que he quedado con Carlos para ir haciendo el relevo y no quiero aburriros.

-No, entonces no. Vosotros a vuestra mesa –responde entre risas.

Poco después, Carlos está de vuelta.

Entre sorbo y sorbo de nuestras respectivas tazas, Carlos me hace un breve resumen de su guardia para, poco después, iniciar los detalles del relevo. Sin querer, mientras él habla, no puedo evitar que mis pensamientos se evadan recordando la llamada de Kosuke. Mi mente crea mil y un motivos por los que me ha podido llamar. El hecho de no haber dado ningún detalle por teléfono, ya me da más de una pista de que algo importante ha pasado o está pasando en la isla o quizá soy yo. Los últimos cambios que estoy sufriendo, pero ¿cómo

iban a saberlo ellos?

Tras terminar nuestros respectivos cafés, Carlos cierra su ordenador.

-¿Quieres que vayamos a la máquina? –dice, sacándome de mi trance.

-Sí, claro –respondo, preguntándome ¿qué es lo que me he perdido? Solo espero que no fuera nada importante.

-Pues vamos allá. ¡Antonio, apúntame esto! –dice el piloto de pelo canoso y cuidada barba, mientras se levanta de la mesa con su azul mono de vuelo, lo que atrae las miradas curiosas de algunos de los pasajeros que esperan su embarque, mientras terminan sus desayunos.

A lo que el camarero responde sin hablar, levantando el pulgar, a la vez que pasa una bayeta por la barra.

Una vez próximos a la aeronave, me doy cuenta de que Inma se encuentra allí revisando algo que seguramente ya revisó esta mañana al llegar, pero a ella le gusta tenerlo todo atado y bien atado. Lo que no solo me agrada, ya que mi padre también era un poco así y, en cierto modo me lo recuerda, sino que me da confianza a la hora de subirme a volar.

Mientras Carlos continúa explicándome pequeños detalles del relevo, mi mente vuelve a evadirse observando el helicóptero. Mis pensamientos sobrevuelan aquella jungla. Mi instinto me alerta de que algo está pasando en la isla. Me pregunto, qué se está cociendo en la base naval.

Al terminar nuestro relevo y, conforme abandono el pequeño aeropuerto, no dejan de despegar y aterrizar pequeños aviones, la mayoría pertenecientes a escuelas de vuelo locales.

-Esta tarde te echo el teléfono y te digo si ha habido alguna novedad–dice el piloto, desde la puerta de la terminal.

-Ok.

Un día después. 12:37 horas.

La aeronave se balancea ligeramente cada vez que sobrevolamos terrenos claros y, es que, ya estamos rozando los treinta grados. Las térmicas que se producen en determinadas zonas hacen que el helicóptero suba o baje, como si de un enorme juguete se tratara movido a placer por un niño travieso.

-Inma, por favor, mete estas coordenadas en el GPS –digo, tras indicarle las que apunté en mi piernógrafo, cuando nos activó el centro de coordinación de Granada.

-¿Es en Sierra Nevada? –pregunta Juanma, el enfermero que se encuentra sentado justo tras de mí.

-Sí, a unos cuatro mil pies. ¿Juanpe, te han pasado información? –

pregunto al médico de a bordo.

-Es un tráfico. Un varón con amputación de un brazo.

-Cuando puedas, pregúntales el peso.

-Ya he hecho los deberes, me han dicho que es un joven de unos setenta kilos.

-Bueno, si es así, no vamos mal de peso. Estimo la crona en unos veinticinco minutos –respondo-. ¿El hospital de referencia será el del 112 de Granada?

-Seguramente sí, pero te lo confirmo allí.

-Ok.

Al llegar a la zona, veo que el accidente se ha producido en una de las pronunciadas curvas de una serpenteante carretera. El coche se ha salido de la calzada y ha caído por un pequeño barranco, debiendo dar varias vueltas, ya que desde aquí arriba podemos observar que hay trozos del vehículo por toda la senda por donde ha ido rebotando. Tras dar un par de órbitas, puedo notar como en esta zona el viento es fuerte del sur, creando fuertes turbulencias orográficas conforme descendemos.

En mi segunda órbita, aproo la aeronave hacia el sur e iniciamos el descenso.

-Bueno, allá vamos. ¿Listos atrás?

-Ok. Atrás listos y atados –comenta Juan Pedro.

El descenso es suave, aunque con una senda profunda que deja en todo momento una vía de escape, que no es otra que el barranco que se encuentra a nuestra derecha. Llegando al tramo final, muy próximos al suelo, el helicóptero comienza a ponerse nervioso debido a las turbulencias e intenta moverse de lado a lado. No demoro la toma y nos vamos al suelo de inmediato, acolchando con el colectivo, controlando, no sin cierta dificultad, la dirección con los pedales.

Al pasar las turbinas a ralentí y debido a la urgencia del servicio, le indico a Inma que baje para darme seguridad alrededor de la aeronave. Una vez que levanta el pulgar, me giro hacia el equipo médico.

-Estamos en tierra. Podéis bajar, pero el rotor continúa girando, seguir las indicaciones de Inma.

-Ok.

Cuando veo que se alejan de la aeronave hacia el vehículo accidentado, procedo a parar los motores.

Al bajar, Inma se acerca a mí.

-Voy a pedirle los datos a la Guardia Civil –dice.

-Ok, gracias, aprovecho para echarle un vistazo a la cabeza del rotor.

Mientras compruebo los componentes del rotor, una voz llama mi atención.

-No debe ser fácil aterrizar aquí –comenta alguien desde la cola de la aeronave.

Al rodear el helicóptero, puedo ver a uno de los guardias civiles que ha cortado la carretera, para que podamos aterrizar. Manteniendo una distancia prudencial.

-Bueno, esto es como todo, al final se le pilla el tranquillo –digo, tras bajarme y acercarme a él para estrecharle la mano-. Eric.

-Galdeano, encantado –contesta el agente con una sonrisa-. ¿Te importa que le saque una foto al helicóptero? Mi hijo César es un apasionado de estas máquinas.

-No, ni mucho menos, las que quieras. ¿Quiere ser piloto?

-¿Quién, César?

-Sí.

-Bueno, se está preparando para entrar en la Guardia Civil y luego ya veremos.

-Pues mucha suerte, seguro que lo consigue. Voy a acercarme al accidente para ver cómo está la cosa, encantado.

Lo que el guardia civil responde con un saludo militar y una sonrisa, a modo de despedida.

Cuando me acerco al equipo médico, se encuentran intentando estabilizar al herido, lo que les está resultando complicado, debido a la cantidad de sangre que ha perdido.

Mis fosas nasales se inundan de este olor, lo que me excita enormemente y activan ciertos instintos de depredador que ya no me resultan nuevos. Poco a poco, los reconozco y domino, al menos algunos de ellos, pero estos cada vez son más fuertes, más poderosos.

Al mirar hacia el barranco, veo a un número importante de agentes rastreando el terreno. Incluso mi mecánico se encuentra entre ellos, la cual destaca entre los hombres uniformados, por su pelo rubio recogido en una coleta y su mono de vuelo azul.

-¿Qué están buscando? –pregunto, sin dirigirme específicamente a ninguno.

-El brazo –contesta Juan Pedro, sin llegar a levantar la mirada-. No podremos demorar mucho la evacuación, está muy débil, pero el brazo no aparece.

Al levantar mi mirada hacia el barranco, lo puedo localizar sin mayor problema, más bien como haría un oso o un lobo, que un humano.

-No está donde lo buscan, se encuentra allí, bajo aquellos matorrales –digo, a la vez que me pongo unos guantes antisépticos y avanzo en esa dirección.

Juan Pedro, Juanma y uno de los agentes que les está ayudando, levantan extrañados sus cabezas al unísono. Esperando ver si tengo

razón.

A unos cincuenta metros, terraplén abajo, me agacho y levanto el brazo.

-¡Aquí está! –grito.

Al hacer esto, me doy cuenta de que todos me miran. Mi ego humano o, quizá, el ímpetu por ayudar, me han delatado.

Rápidamente se acerca a mí un segundo equipo médico que acaba de llegar en una ambulancia, para preparar el miembro amputado para su transporte. Al subir la empinada cuesta, espero que me hagan mil y una preguntas, pero nada más lejos de la realidad. Nuestro equipo está involucrado en salvarle la vida al muchacho y, aparentemente, se han olvidado de lo que acaba de suceder.

Poco después, tenemos embarcado al paciente y procedemos al hospital. Una vez transferido el paciente y de vuelta a casa, lo que parecía olvidado, pasa a ser el tema de conversación.

-¿Qué ha sido eso? –pregunta el médico de a bordo.

-¿El qué? –respondo, aparentando no saber a qué se refiere.

-¿Qué va a ser? ¿Cómo demonios supiste dónde estaba el brazo desde allí arriba? –dice Inma, girada en su asiento mirándome fijamente. Mirada que presiento clavada en mí, a pesar de llevar la visera de su casco bajada.

El silencio se hace en la aeronave. Solo se escucha el ruido de las turbinas, mezclado con el sonido de las palas cortando el aire. Sé que debo dar una respuesta coherente o no me creerán.

-Observé que todos vosotros estabais buscando alrededor del coche siniestrado, pero por casualidad vi trozos de tela y manchas de sangre en algunas ramas…

-Pero estaba muy alejado del accidente. ¿Cómo te dio por mirar allí? ¿Cómo lo viste desde arriba? –pregunta Juanma.

-No lo vi, simplemente intuí que debía estar por allí. Un momento. Adelante para Sanitario Cero Uno -respondo por una de las emisoras del helicóptero.

El helicóptero sanitario que cubre Granada viene de hacer un servicio y comunica su posición, probablemente por eso nos activaron a nosotros. Esto me sirve para interrumpir la conversación con mi tripulación y que parece no estar siendo demasiado convincente.

-Sanitario Cero Uno, buenas tardes. Sanitario Cero Tres procedemos por el embalse de Iznajar, a unos mil pies sobre el terreno con QNH 1012 –comunica la otra aeronave.

-Copiado Cero Tres, no soy tráfico para ti, nosotros estamos abandonando por derecho desde punto November hacia Córdoba, ascendiendo a mil pies sobre el terreno y mismo QNH.

-Ok, copiado. Buen vuelo.

-Igualmente.

No mantengo el silencio, con la intención de que nadie retome la conversación anterior.

-Bueno, en media hora más o menos estamos en el aeropuerto. ¿Qué hora es? Ya tengo hambre.

-Pues pasadas las dos. Yo también tengo hambre –contesta Inma.

Mi intento de desviar la atención parece haber dado resultado, pero, de ahora en adelante, tengo que andarme con cuidado.

CAPÍTULO 7

SECTOR DOCE

Lunes. 08:45 a.m.

Los días van pasando y las guardias no parecen avanzar. Estoy deseando encontrarme con Kosuke.

Las risas se suceden en la cafetería del aeropuerto. Mientras desayuno con Paco y Mati, el equipo médico de hoy, llega Víctor, el mecánico de esta semana, que se demoró en llegar a nuestra cita con el desayuno, para repasar algo en la aeronave.

-¡Vamos Víctor! Ya estaba pensando comerme tus tostadas –comenta Mati entre risas.

-No, que vengo muerto de hambre –contesta.

-¿Todo bien? –pregunto.

-Sí, es que había visto unas gotitas de aceite en el suelo por uno de los drenajes y quería ver lo que era.

-Es verdad, yo también las he visto esta mañana, pero me dijo Inma que le había rellenado algo el aceite de la transmisión y que se había derramado un poco. Por el drenaje que era, he dado por hecho que eran de eso.

-Sí, así es.

-Pero ¿podemos volar? Porque yo tengo hoy la piscina con el agua limpita, limpita -dice Mati riendo.

Mi teléfono empieza a sonar, interrumpiendo la frase de la enfermera, lo que nos pone a todos en alerta de inmediato.

-Tranquilos, es mi móvil personal –digo para calmarles.

Al mirar el número, veo que es un número largo, como el de la semana pasada. Mi corazón se acelera por momentos. Antes de descolgar, me levanto de la mesa y me alejo unos metros, donde se queda Víctor junto al equipo médico de naranjas uniformes, visibles desde cualquier punto de la cafetería.

-¿Sí? –contesto.

-¿Eric?

-¿Kosuke?

-Ha llegado el momento de que nos veamos –dice el guerrero japonés.

-Estoy deseando. Esta noche termino el servicio, así que tú dirás.

-¿Sabes llegar a la base? ¿Podrías estar aquí a eso de las nueve?

-Sí, no hay problema.

-Entra por la parte americana. Da tu nombre cuando llegues a la barrera, alguien te estará esperando.

-No te preocupes, conozco el procedimiento. He estado allí más de una vez.

-Perfecto. Nos vemos mañana.

Vuelvo a la mesa, todavía algo acelerado, aunque aparentando tranquilidad.

-¿Quién se ha bebido mi café? –pregunto al sentarme en la mesa.

-¿Era el tuyo? –dice Víctor sorprendido, a la par que se ríe a carcajadas-. ¡Antonio, por favor, prepárale un café al comandante, que el suyo me lo acabo de beber yo!

-Marchando un café.

Para sorpresa de todos, el café es servido por una hermosa muchacha. La que no pasa desapercibida por ninguno de nosotros.

-Antonio, el servicio de mesa ha mejorado enormemente –digo con una sonrisa.

-Es mi sobrina Laura. Está aprendiendo, así que portaros bien con ella –responde el camarero desde la barra.

-No te digo yo lo bien que me iba a portar con ella –responde Víctor en voz baja, en un volumen solo audible por los que nos encontramos sentados en aquella mesa. Recibiendo un cogotazo de Mati, casi de inmediato.

-¡Eh! –protesta el joven mecánico.

El día transcurre poco a poco. A diferencia de la semana pasada, el teléfono de base no suena en todo el día. No somos alertados a ningún aviso, lo que hace que las horas pasen aún más lentamente.

Al llegar a casa, me dirijo a un cajón de uno de los muebles del salón y rebusco entre unas cuantas fotos hasta que la encuentro. Es una foto que me hice con el equipo Viper, con el helicóptero de fondo. Ligeramente deteriorada por los picos, en ella se puede ver a todo el equipo; Patrick, Kosuke, Vlad, Skud, Snake e incluso a la doctora Ivanova. Me siento en el sofá y deslizo mi dedo índice por cada uno de ellos, lo que me hace recordar el tiempo que vivimos juntos.

Martes. 08:50 a.m. Base Naval de Rota.

Llegando a la barrera, ya se pueden apreciar varios vehículos parados que están siendo inspeccionados por soldados. Al unísono, me sobrevuelan dos cazas que dejan tras de sí su característico sonido.

-Buenos días, señor. ¿Me dice el motivo de su visita? –pregunta un marine, que se acerca a mi ventanilla nada más parar el coche, saludando militarmente al iniciar conmigo la conversación.

-Sí, buenos días, creo que me están esperando.

-¿Su nombre?

-Eric, Eric Orcan.

Tras mirar en un listado que lleva en una tablilla y descubrir mi nombre, utiliza una pequeña radio para comunicar mi llegada.

-Señor Orcan, aparque en este lateral su vehículo y déjeme su

documentación.

Mientras aparco, veo como un gran vehículo todoterreno de color negro y con los cristales también oscurecidos aparca junto a mí. De él baja un hombre trajeado y de semblante serio. Al dirigirse hacia mí, muestra una forzada sonrisa.

-Buenos días, señor Orcan, puede dejar su coche aquí. Tengo órdenes de acompañarle a las instalaciones.

-¿Las instalaciones?

-Debo llevarlo al sector doce. El doctor Fisher ha insistido.

-¿Fisher está aquí? –pregunto, interrumpiéndole.

-Señor, ya puede pasar, que tenga una buena estancia –dice el marine, tras devolverme la documentación y saludarme, de nuevo, militarmente.

-Gracias.

Al acercarme al vehículo, el trajeado hombre se adelanta para abrirme una de las puertas traseras. Al subirme al vehículo, veo que el asiento del copiloto ya está ocupado por una mujer, trajeada igualmente y con gafas oscuras que no dejan ver sus ojos.

Su indumentaria me recuerda al personal de NORVIX, por lo que no me extrañaría que ellos lo fueran.

-Buenos días –digo en español, al acomodarme en el vehículo.

-Buenos días –responde ella, con un marcado acento norteamericano y sin llegar a mirarme.

-¿Eres de Ohio? –pregunto en inglés.

Lo que ahora sí hace que se digne a mirarme, girándose sobre su asiento y quitándose las gafas.

-¿Cómo?

-Yo también soy de Ohio. Bluegrass.

-¿Tenía entendido que era español?

Al subir el conductor al vehículo, se sorprende al ver a la mujer hablando conmigo, y es que, por su actitud inicial, no debe ser muy dada a establecer conversación con cualquiera.

El todoterreno inicia su movimiento y pasamos la barrera de entrada. Ahora soy yo el que se mantiene en silencio. La última vez que estuve aquí fue con mi padre, por lo que, en cierta manera, me sobrecoge el volver a ver las instalaciones. Ella mantiene un momento su mirada, pero al ver que no le respondo, se vuelve a incorporar en su asiento, colocándose nuevamente las gafas de sol.

El coche circula lentamente por la base, como el resto de los vehículos, ya que aquí las normas de circulación son extremadamente estrictas. Cruzándonos en varias ocasiones con patrullas mixtas de marines e infantes de marina, que vigilan constantemente que se cumplan las normas dentro del enorme perímetro de la base.

Mirando por la ventanilla, cruzamos por las residencias de la parte americana; calles y más calles que me traen infinitos recuerdos. Por un momento, me evado de aquel vehículo y centro mis pensamientos en recuerdos familiares. Al pasar por una de estas casas, observo a un niño de unos diez años de larga melena rubia, que juega con su padre en una improvisada cancha de baloncesto colgada de la pared de la casa, lo que me hace fluir por el pasado y añorar enormemente aquellos tiempos que no supe apreciar.

Minutos después, llegamos a una verja que se encuentra flanqueada por soldados vestidos de negro, que me recuerdan a los que llamábamos *los soldados de Doyle*. Efectivamente, cuando el coche para frente a la entrada y uno de ellos se acerca a ver las credenciales de la mujer que va sentada frente a mí, puedo apreciar que son los mismos uniformes que portaban en la isla.

Ya no hay duda, los tentáculos de NORVIX también han llegado hasta aquí, lo que hace ponerme a la defensiva instintivamente.

Pasamos la entrada y el todoterreno circula entre hangares de los que, en ocasiones, veo entrar y salir personal que viste batas blancas. Al final de una de estas calles está nuestro destino, parando el vehículo junto a otros tantos exactamente iguales.

-¿Lleva teléfono móvil o algún otro tipo de dispositivo? –pregunta la mujer, rompiendo su silencio.

-Sí, un móvil y una tablet en mi mochila.

-Debe apagar ambos –responde ella, sin bajar del vehículo.

Mientras apago el teléfono, me siento observado por ambos.

-¿La tablet?

-La llevo apagada, ¿quieres verla? –digo en tono irónico, ya que desde que me he subido en el vehículo, su amabilidad no ha sido precisamente su mejor virtud.

-Está bien, bajemos.

Al entrar en la edificación, me sorprende la cantidad de personas que hay trabajando dentro, ya que desde que pasamos la verja, las calles que forman los hangares estaban prácticamente vacías.

El interior del enorme hangar está iluminado por grandes focos, dividido por lo que parecen sectores de trabajo. Mi curiosidad me hace mirar de un lado a otro, mientras no dejo de caminar tras los pasos de la trajeada mujer.

-¡Señor Orcan! –dice una voz al fondo del hangar. Una silueta que no llego a apreciar bien debido a los brillos de los focos, pero que reconozco de inmediato, va tomando forma.

-¡Doc! –exclamo.

Avanzamos hasta encontrarnos cara a cara. Un fuerte abrazo nos une, lo que hace que mis acompañantes se miran sorprendidos.

-Hijo, no sabes la alegría que me da verte –dice, en tono casi

paternal.

-Yo también estaba deseando veros, tengo muchas cosas que contarle. ¿Dónde está la doctora Ivanova?

-¿Creía que no ibas a preguntar por mí? –susurra una voz femenina de marcado acento ruso, que se acerca por detrás.

-Siempre te gustó esconderte entre las sombras –digo bromeando, cuando me giro hacia ella.

Al volverme la veo acercarse. Su aspecto es aún más sexy de lo que recordaba. Su vestimenta no ha cambiado, portando unos ajustados pantalones de camuflaje y una camiseta de tirantes negra, marcando su sensual silueta.

Al llegar hasta a mí, se queda unos segundos mirándome. Finalmente, nos damos dos besos y nos enlazamos en un abrazo interminable.

-Disculpe, doctor Fisher –dice la mujer que me acompañó hasta aquí desde que llegué a la base, interrumpiendo el reencuentro-. El señor Orcan ha traído un móvil y una tablet, tengo entendido que para entrar en el sector doce, estos les deben ser retirados.

-Señorita. Es señorita, ¿verdad? –contesta Fisher.

-Sí, señor.

-Nada, absolutamente nada de lo que estamos desarrollando en el sector doce nos servirá en la misión que estamos preparando, si no convencemos al señor Orcan para que nos ayude. No tiene mayor importancia, gracias por su preocupación.

-Pero, doctor -replica ella sorprendida.

-Eric, conoces de sobra las medidas de seguridad, ¿verdad?

-Así es doc –contesto, sin mostrar aparente sorpresa por las palabras de Fisher.

-Quiero que veas esto Eric, creo que te va a gustar.

-Doc, tengo mucho que contarle. A ambos –comento, alternando mi mirada entre Fisher y Svetlana.

-Lo sé. Luego hablaremos de eso. Acompáñame –dice. Rodeando su brazo por mi espalda, apoya su mano sobre mi hombro derecho y con su mano izquierda me indica el camino a seguir.

Mientras caminamos, Ivanova permanece a mi derecha, sin dejar de mirarme con una tenue sonrisa. Como si de nuestras sombras se trataran, a nuestra espalda caminan mis acompañantes guardando cierta distancia.

Tras andar por un largo pasillo, nos paramos frente a un grupo de personas, todas ellas vestidas con batas blancas, que se arremolinan alrededor de lo que parece un gran robot. Al darse cuenta de la presencia de Fisher, uno de ellos, el que parece ser el jefe del grupo, se acerca a nosotros.

-Doctor Fisher.

-Phil. Le presento a Eric Orcan.

-¿Es él? –pregunta, mientras se adelanta estrechando mi mano con ambas manos, ajustándose posteriormente las gafas.

-Así es Phil. ¿Tenemos uno de esos uniformes para enseñárselo?

-Por supuesto doctor –contesta, mientras le señala a uno de sus ayudantes un maniquí.

Mientras el ayudante lo gira hacia nosotros, mi curiosidad hace adelantarme para ayudarle a girarlo.

-Le presento el VX1 –comenta el científico, dirigiéndose a mí-. NORVIX, en colaboración con DARPA ha creado esta evolución del que inicialmente era TALOS, un uniforme ligero de asalto táctico. Hemos conseguido mejorarlo. Inicialmente era un exoesqueleto compuesto por un blindaje líquido, que se transformaba en sólido en milisegundos. Líquido magnético. Este sigue formando parte de VX1, pero ahora, gracias a unas aleaciones que no le puedo comentar debido a que son alto secreto, hemos creado esta armadura compuesta por una especie de escamas, similares a las que tendría un pez, dándole plena movilidad. Al recibir un impacto, se vuelven tremendamente compactas. Estas escamas combinadas con el líquido, lo hacen casi impenetrable y, además, todo con un peso mínimo.

Sin prestar demasiada atención a la explicación del científico, conforme habla, toco las escamas del uniforme. Acaricio suavemente la coraza, levanto una de las mangas y veo que, efectivamente, su peso es ínfimo. Dirijo mi mirada hacia Fisher e Ivanova, que me están observando atentamente.

-Textura alienígena –digo, mientras continúo observando el uniforme de lado a lado.

Al escuchar mis palabras, el científico me mira sorprendido. Mientras Svetlana Ivanova y Michael Fisher se miran sonrientes.

-¿Están autorizados para escuchar esta conversación? –pregunto, a la vez que dirijo mi mirada hacia mis eternos acompañantes.

-Por favor, si son tan amables, esperen en la cafetería mientras terminamos la visita –dice Fisher, dirigiéndose a ellos, tan educadamente como siempre, pero con la firmeza de quien tiene la autoridad.

Es obvio que esto molesta a la mujer, que no oculta su enfado. Sin decir palabra, tira del brazo de su compañero y abandonan el hangar.

-¿Por qué dices eso Eric? –pregunta Fisher sonriente.

-Doc, no sé cómo lo habéis hecho, pero es obvio que, de alguna manera, habéis conseguido sintetizar las escamas que protegían a aquellos felinos afectados por el G21, ¿me equivoco?

-No del todo Eric, no del todo –contesta Fisher.

CAPÍTULO 8

EL HECHICERO NOCTURNO

El científico que estaba explicándome el uniforme, continúa haciéndolo, aunque ahora balbucea algo cuando habla.

-Este modelo presenta una serie de sensores que le transmiten al combatiente, a través de diversos procesadores, más conciencia de lo que hay a su alrededor –dice, mientras gira el maniquí de un lado a otro para mostrarme los distintos sensores-. También incorpora sensores que informan del propio estado del combatiente, como frecuencia cardiaca, temperatura corporal o deshidratación. Esta información es transmitida permanentemente al centro de operaciones desde donde se dirija la acción.

-Phil, ¿el líquido se distribuye por todo el uniforme? –pregunto, lo que sorprende al científico, ya que, aparentemente, no le estaba prestando demasiada atención.

-No, de momento este primer modelo solo lo tiene en las partes más vulnerables del torso y espalda.

-¿Y la textura de escamas?

-Esa sí.

-Entiendo que ante un impacto de fusilería en una pierna el proyectil no atravesaría el uniforme, pero este no absorbería el impacto como con el líquido, ¿verdad?

-Todavía estamos realizando muchas pruebas, pero sí, así es. Impedirían que el proyectil atravesara el tejido y amortiguarían algo el impacto, a modo de una red. Las escamas las hemos recubierto por este tejido –dice, acariciando el uniforme-, que es sumamente resistente a la vez que deslizante, para evitar que en ambientes de espesa vegetación el combatiente se enganche con todo a su paso. Este sería tremendamente eficaz frente a un ataque de cuchillo o la mordedura de un animal.

-No del todo, para los animales que hay allí –contesto, con la vista fija en el uniforme.

-Además –dice el científico, que vuelve a balbucear al dirigirse a mí-, hemos conseguido una nueva mejora. Lo hemos denominado Salamander.

Al darle la vuelta al uniforme, señala dos pequeñas protuberancias alargadas, a la altura de las escápulas. Cuando las toco, parecen estar rellenas de algún tipo de gel.

-¿Para qué sirven? –pregunto.

-Si separa esto del pecho y lo introduce en la boca, al contacto con la saliva y el dióxido de carbono que expulsamos cuando realizamos una exhalación, creará una reacción química y el gel se irá

convirtiendo en oxígeno, conforme el usuario lo demande en una inhalación –responde, mientras nos muestra un pequeño dispositivo que va acoplado próximo al hombro izquierdo y conectado mediante un tubo a los dos pequeños engrosamientos.

-Entonces, ¿no genera burbujas?

-No. Cuando el usuario utilice el sistema Salamander, solo deberá utilizar la boca en el proceso de respiración, de esa manera, le daremos al gel el aporte de dióxido de carbono que necesita para hacer el proceso químico de convertirlo en oxígeno y, por otro lado, no soltaremos burbujas. También, utilizando las ampollas que hay en los dorsales del uniforme le podremos dar más o menos flotabilidad, así si el soldado porta armas, no se hundirá por el peso de estas.

-Interesante, os lo habéis currado.

-Es algo que nos demandó la Armada para los Navy SEALs, aunque su sistema, el Salamander Pro, está más elaborado que este y los tiempos de inmersión son notablemente mayores, también es más voluminoso.

-¿Para cuánto tiempo tendría oxígeno con este?

-Si la demanda de oxígeno no es muy exigente, entre doce y quince minutos. Si, por ejemplo, el usuario bucea, donde el movimiento de la musculatura exigirá un mayor consumo de oxígeno, quizá podría llegar a siete u ocho minutos a lo sumo.

-Increíble, buen trabajo –respondo. Lo que parece agradar al científico.

-Eric, ¿continuamos la visita? –comenta Fisher.

-Ok.

-Gracias Phil –dice el viejo doctor para despedirse del científico, que no deja de observarme cuando me alejo.

-Esto te va a gustar –dice Ivanova, con ese marcado acento ruso que la hace tan endemoniadamente sexy, mientras aparta unas opacas láminas de plástico que hacen las veces de cortinas, separando el enorme hangar en dos.

-¿Un simulador de vuelo? –pregunto, al pasar a la siguiente estancia.

Frente a mí, una gran bola blanca que se sustenta sobre varios ejes hidráulicos, no para de moverse de un lado a otro. Del tamaño aproximado de la cabina de un camión, esta sube y baja, girando de un lado a otro y haciendo un ruido mecánico, parecido al que hacen las atracciones de feria, cada vez que los amortiguadores hidráulicos se retraen o expanden.

Me recuerda enormemente a los simuladores de vuelo, que en más de una ocasión he tenido que sufrir, cuando he sido evaluado en algún modelo de helicóptero de los que suelo volar.

-Así es –contesta Fisher-. Por favor, Mike, ¿puedes avisar a

McGregor?

-Enseguida doctor -contesta el soldado que viste el uniforme de los Marines. Este se encuentra sentado frente a una serie de pantallas, que parecen controlar las maniobras del piloto que se está adiestrando-. Señor, el doctor Fisher requiere su presencia.

Quitándose los cascos con los que se ha comunicado con el piloto, que se encuentra en el interior del simulador, le confirma a Fisher que vendrá enseguida.

Minutos después, la gigante bola se estabiliza y una sirena se activa, a la vez que un rotativo que se encuentra en el techo del simulador empieza a brillar y girar. Una escalinata se une lentamente a lo que parece la puerta del engendro mecánico. Cuando la sirena y el rotativo se desactivan, la puerta se abre y aparece un enorme soldado, que viste un mono de vuelo con divisas y varios parches de los Marines.

Nada más bajar la escalinata veo sus divisas de rango más claramente, las que reconozco como CWO4, lo que me hace suponer, siendo marine, que se ha debido curtir en mil y una batallas. Al dirigirse hacia nosotros, observo que tiene algunas cicatrices en su cara y que cojea ligeramente de una pierna.

-¿Qué tal doc? –dice, sacando un puro de uno de los bolsillos de su mono de vuelo e introduciéndoselo en la boca, sin llegar a encenderlo.

-Le presento a Eric Orcan –dice Fisher, apoyando su mano en mi hombro.

-De modo que tú eres Eric Orcan. ¿Qué pasa chaval? –vocea, extendiendo su mano-. Al parecer, para ti hemos montado todo este tinglado. Debes ser muy bueno.

Al estrechar su mano con la mía, fijo mi mirada directamente a sus ojos. Por mi mente pasan mil y una imágenes; puedo ver la vida de este viejo soldado, batallas, amores, sus miedos más oscuros, como si fueran archivos en el escritorio de un ordenador, pero no los puedo abrir todos a la vez, solo me centro en lo que me interesa, ya que sería demasiada información de golpe.

-¿Qué demonios? –exclama McGregor, soltando de inmediato mi mano.

-¿Qué ha pasado? –pregunta Fisher.

-No lo sé. Un escalofrío ha recorrido mi cuerpo –comenta McGregor, mientras mordisquea el puro que mantiene en su boca, aún apagado.

Todos; Fisher, Ivanova e incluso McGregor, fijan su interrogante mirada en mí.

-¿Qué? ¿Vemos la aeronave? –pregunto, sin darles las respuestas que están esperando.

-Vamos –contesta el viejo piloto, mientras frunce el ceño y

comienza a subir la escalinata por delante de nosotros.

Una vez entramos en la gigante bola, puedo ver la cabina simulada de la aeronave.

-Siéntate en el asiento delantero –dice McGregor-.

Cuando ocupo el asiento, él se acomoda en otro asiento que se encuentra en tándem tras de mí. Por detrás, permanecen de pie Ivanova y el doctor.

-Eric, tu aeronave no tendrá este segundo asiento donde me voy a sentar yo, pero para instrucción en el simulador lo hemos instalado para poderte ayudar en los primeros vuelos. Por favor, sentaos y poneos los atalajes, esto se va a mover mucho –dice el instructor al resto, mientras toca una palanca que hace cerrar la puerta nuevamente y podemos oír como vuelve a sonar la sirena.

Mientras toco los mandos, McGregor me mira.

-Reconocerás los mandos, porque son similares a los que tiene un helicóptero. Inicialmente la cabina era más parecida a la de un caza, quizá a un Harrier, pero luego se pensó que sería más fácil para ti hacerte a la aeronave, si la asemejábamos a un helicóptero y me acaban de decir que tienes muy poco tiempo para instruirte.

-No hubiese sido necesario –contesto.

Tras decir esta frase, me doy cuenta lo pedante que ha podido sonar para ellos, pero no es mi intención, simplemente mis sentidos están centrados en lo que ahora mismo es importante para mí.

-Chaval, aunque hay cosas que te van a resultar similares a los helicópteros que has volado, nada tiene que ver con ellos. El *hechicero nocturno* es una aeronave con un núcleo, que proporciona energía a tres propulsores, esto le permite hacer estacionario al igual que un helicóptero o pasar a velocidad mach 2 en solo unos segundos. La potencia de esta aeronave es increíble y su peso en vacío no será superior a dos mil kilos, ya que los materiales utilizados pesan mucho menos que los utilizados hasta ahora en cualquier aeronave del mundo, pero con una resistencia cinco veces superior.

-Veo que aquí también habéis utilizado tecnología alienígena –digo interrumpiéndole, mientras me giro hacia Fisher.

-Eric, todo esto ha costado millones de dólares y demasiadas vidas –responde el doctor-, por favor, presta atención a McGregor.

Tanto Fisher como McGregor deben pensar que no estoy centrado en lo que estoy haciendo, pero nada más lejos de la realidad, simplemente es que todo lo que intenta explicarme este viejo piloto, ya lo sé, además, lo he vivido de su propia experiencia, pero ¿cómo explicarles esto?, ¿cómo lo asimilarían?

-Bueno chaval, veamos si eres tan bueno como dicen –comenta, a la vez que se ajusta el casco y me mira algo enfadado. Me señala que me ponga el mío y le da indicaciones por la interfonía al marine que

fuera controla las pantallas del simulador- Mike, pon la pantalla de entrenamiento en modo TC1, cuando se estrelle unas cuantas veces cogeré yo los mandos y lo pasas a TC10, para que vea lo que puede hacer esta bestia.

-Así lo haré señor –contesta el marine.

-No es necesario Mike, ponlo directamente en TC10 –digo, mientras me ajusto el micro a los labios.

McGregor se gira hacia mí, manteniéndose en silencio durante unos segundos.

-Haz lo que dice.

-Pero señor, en TC10 tiene toda la potencia y sensibilidad de mandos, es peligroso.

-¡Marine, haz lo que dice! –responde McGregor, dando una orden tajante que no admite otra respuesta, que la que le devuelve el marine.

-¡Sí, señor!

-Espero que no lo rompas el primer día, esto vale una fortuna. ¿Quieres que te explique cómo funcionan los equipos?

-No es necesario -contesto.

-Está bien, te lo voy a poner arrancado, ya veremos otro día cómo se hace el procedimiento de arranque. Quiero que seas tremendamente suave con los mandos, ya que en TC10 no está limitado. Espero que no seas un listillo que va de sobrado. Vamos allá.

Inmediatamente se activan todos los sistemas. En la pantalla exterior que nos envuelve, aparece la imagen de un helipuerto.

-Todo tuyo –dice.

-Mío.

Al levantar la aeronave del suelo, me mantengo a unos cinco pies con suma facilidad, como si no fuera la primera vez que hubiese volado el hechicero nocturno.

-Ok, si te parece, recojo los soportes de suspensión e inicio el vuelo –digo a McGregor, mientras mi mano activa una serie de botones en el colectivo.

-¿De dónde demonios habéis sacado a este tío? –comenta el piloto, con evidente cara de asombro- ¿Cómo sabe lo que son los soportes de suspensión y dónde activarlos?

Inicio el vuelo con la maestría que pudiera tener el propio McGregor. Fisher e Ivanova se miran asombrados. Las maniobras que realizo cada vez son más violentas, pero sin perder un ápice de habilidad. Tras unos minutos volando, solicito que me pasen a noche y conecto el sistema a visión nocturna, continuando el vuelo entre árboles y vaguadas con la maestría del mejor piloto.

-Pero ¿cómo es posible? ¿Le habíais pasado el manual de la aeronave? ¿Había hecho ya horas de vuelo en esta aeronave? –

pregunta incesantemente el piloto, mordisqueando el puro hasta el punto de partirlo.

-Bien sabe que no, este es el único simulador de este modelo que existe en el mundo. Y si no me equivoco, los manuales los custodia usted –contesta Fisher, como una marcada sonrisa reflejada en su rostro.

Aterrizo la aeronave nuevamente en el simulado helipuerto con extrema suavidad, para después cortar el núcleo que apaga los tres propulsores.

-Esta máquina es increíble. Gracias McGregor. ¿Bajamos?– pregunto.

Mientras descendemos por la escalinata, puedo ver como el marine que se encuentra frente a las pantallas de ordenador me mira boquiabierto, quitándose lentamente el casco.

Aquí es el único lugar donde puedo mostrar mis nuevas habilidades. Mi ego humano a la par que mi juventud, me pedían a gritos que así lo hiciera, aunque quedan muchas cosas por enseñarles que quizá les asusten, por lo que, aunque va contra mi natura, intento ser prudente. Además, no sé si es buena idea que demasiada gente conozca esto, no quiero convertirme en una rata de laboratorio para NORVIX.

CAPÍTULO 9

EL REENCUENTRO

-¡Que alguien me cuente qué demonios está pasando aquí! ¿Esto es una puta broma? –exclama McGregor alterado, dirigiéndose a la puerta del hangar, mientras intenta encender el trozo de puro que aún le queda en la boca.

-Señor –dice tímidamente el marine, indicándole los numerosos carteles que prohíben fumar en las instalaciones.

Lo que hace que lo tire al suelo, aplastándolo rotundamente con su bota, no sin refunfuñar.

-Tranquilo McGregor, no solo la aeronave o el uniforme que vimos antes tienen algo de alienígena –digo, apoyando mi mano en su brazo.

-¿Qué demonios quieres decir? –pregunta irritado, sin parar de moverse de un lado a otro, como si de un león enjaulado se tratara.

Adelantándose a mi respuesta y dando unos pasos hacia nosotros, Fisher se interpone entre McGregor y yo.

-Lo siento marine, pero hay determinados asuntos de este proyecto que son alto secreto. A su debido tiempo te informaremos de todo -dice Fisher.

-No me lo puedo creer. ¡Kosuke! –digo en voz alta, girándome hacia la puerta del hangar.

Fisher deja de hablar y, tanto él como Ivanova, se vuelven a mirar el uno al otro. Pocos segundos después, la puerta del hangar se abre, dejando pasar la luz del sol que nos deslumbra, impidiéndonos ver la silueta que cruza el umbral de la puerta. Mi vista se adapta mucho más rápido que la de un humano, lo que me permite ver a Kosuke avanzar hacia mí, con una ligera sonrisa reflejada en su rostro.

El aspecto de Kosuke siempre me recordó al de los antiguos samuráis, con su pelo largo ocultando parcialmente su rostro, un rostro impenetrable. Durante el tiempo que estuvimos en la isla, pude observar su increíble conocimiento en el manejo de la espada, de las artes marciales y ese sexto sentido en situaciones extremas que solo él posee. Su indumentaria es una mezcolanza de vestimentas japonesas y occidentales.

No tengo mucho más tiempo de observarle, cuando se para a un par de metros y me saluda al modo japonés. Le devuelvo el saludo de la misma manera, inclinando mi cuerpo y cabeza ligeramente hacia delante. Momentos después, avanza y nos damos un fuerte abrazo.

Nuestra estancia en aquella isla, los entrenamientos y luchas en aquel dojo, las misiones vividas, hicieron ganarme su respeto y amistad, lo que con Kosuke no es una fácil misión, pero una vez conseguida, esta es para siempre.

-No estaba seguro si querrías venir –comenta Kosuke, con su habitual voz calmada y marcado acento japonés.
-Hacía días que notaba vuestra presencia. Tengo muchas cosas que contaros.
-Lo sé. Aquí hay ojos y oídos por todas partes, mejor hablamos luego.
-¿Dónde está Skud? –pregunto, a sabiendas que no se encuentra en la base, ya que en ningún momento lo pude sentir.
-Ahora mismo se encuentra en Tailandia, reclutando nuevos vipers.
-¿Qué os parece si os invito a comer algo? –comenta Fisher, separándonos cierta distancia de los marines.
-Ok, pero pagas tú, que para eso eres el jefe –responde Ivanova bromeando.
-Por supuesto –contesta el doctor, también con una marcada sonrisa en el rostro.
Al salir del hangar, mis antiguos acompañantes a la llegada a la base, bajan del mismo todoterreno que me trajeron hasta aquí. Con semblante serio, la mujer le indica a su compañero que nos abra la puerta del vehículo.
-No hará falta, utilizaremos el nuestro –comenta el doctor, mientras con una llave abre otro todoterreno similar al que ellos utilizan.
-Pero doctor, tenemos órdenes -responde ella.
-Scott –responde Fisher, nombrándola por su apellido y sin dejarla terminar -conozco perfectamente sus órdenes, la mayoría de ellas las he redactado yo mismo. Ahora nos vamos a reunir para comer viejos amigos y no requerimos de su presencia. No se preocupe, váyanse también a comer. Más tarde me pondré en contacto con ustedes.
Sin decir una palabra, el hombre y la mujer se miran y, tras un gesto de ella, ambos se suben al coche para, poco después, desaparecer entre los hangares. Una vez subimos a nuestro vehículo, Fisher, en el puesto de conductor, se gira hacia nosotros.
-¿Queréis que vayamos a Rota? –pregunta Fisher.
El resto nos limitamos a asentir con la cabeza.

Cuando el coche empieza a moverse, Ivanova, que se encuentra en el asiento del copiloto, saca un pequeño aparatito que desliza por los marcos de las puertas y tapicería.
-¿Qué demonios haces? –pregunto.
-Esta mañana comprobé el vehículo, pero con esos dos rondando todo el día, no me fío.
-¿Te refieres a los que ha largado Fisher? ¿Son de NORVIX?
-¿Acaso no se nota? –pregunta Ivanova sarcásticamente.
Tras rastrear el vehículo escrupulosamente y justo pasar la barrera de salida de la base, la doctora no tarda en hacer una de las preguntas que estaba esperando que me hiciera.

-¿Cómo demonios has sabido pilotar la aeronave con tanta destreza? ¿Cómo sabías dónde estaban los malditos botones? ¿Cómo sabías lo del uniforme? –pregunta, retorciéndose en su asiento para ver mi cara, ya que me encuentro sentado justo detrás. Observo como Fisher también me mira por el espejo interior del vehículo. Solo Kosuke mantiene su vista al frente, como si conociera ya algunas de las respuestas.
Tomándome algún tiempo para contestar y repartiendo mi mirada eventualmente en los rostros de cada uno de ellos, le contesto.
-Desde que dejé la isla, mi cuerpo, mi mente e incluso podría decir que mi alma, han sufrido grandes cambios. Ya no soy el mismo, mi carácter ha cambiado, a veces ni me reconozco.
Sus rostros se muestran más que intrigados, hasta el punto de que Fisher decide aparcar en una de las calles de entrada al pueblo de Rota, para poder prestar mejor atención a mis palabras.
-Kosuke, ¿tienes un cuchillo? –pregunto al guerrero japonés, lo que parece sorprender a todos ellos.
De su espalda saca un tanto, un cuchillo japonés de hoja sumamente afilada, entregándomela con ambas manos, una en la empuñadura y otra donde deja apoyar la hoja de esta pequeña espada.
-No, quiero que lo hagas tú mismo. Quiero que con él me cortes el antebrazo –digo, mientras remango la manga izquierda de mi camisa, mostrándole mi antebrazo.
-¿Qué haces? –pregunta Ivanova algo inquieta.
-Tranquila. Hazlo Kosuke, no temas por mí.
-Está bien. ¿Listo? –pregunta Kosuke.
-Cuando quieras.
Deslizando suavemente la hoja de su cuchillo sobre mi piel, esta parece resbalar como si se rozara metal contra metal. Con este movimiento, hubiera sido más que suficiente para cortar la piel más dura, pero insisto.
-Imprime más fuerza –digo.
Kosuke me mira por un momento. Sin mencionar palabra, vuelve a pasar la afilada hoja por mi antebrazo, esta vez haciendo toda la fuerza posible.
-¿Cómo es posible? –pregunta Fisher.
-¿Recuerdas el uniforme? Fíjate bien en mi piel. Pasa tu mano por ella –respondo.
Al alargar mi brazo hacia él, tanto el doctor como Ivanova deslizan sus dedos por mi piel.
-¡Se han formado como escamas! –exclama Ivanova, cuando desliza sus dedos por mi antebrazo una y otra vez.
-Sí, es similar al tejido que habéis utilizado en el uniforme, por eso pude reconocerlo al instante.

-¿Siempre está así? –pregunta el doctor Fisher.
-No, la modifico a voluntad; a veces como un acto reflejo ante un ataque, otras, como ahora, solo la parte que necesito.
-Increíble –responde Kosuke-, una armadura perfecta.
-Kosuke, vuelve a pasar tu hoja sobre mi brazo. Ahora hazlo suavemente.
Con la destreza del mejor samurái, Kosuke da un giro de muñeca y vuelve a colocar la pequeña espada sobre mi antebrazo. Mientras él hace esto, miro hacia Ivanova. Al deslizar suavemente la afilada hoja del cuchillo, la piel se corta de lado a lado dejando brotar abundante sangre.
-¡Dios mío! –exclama ella, al verme sangrar-. ¡Para Kosuke, para!
-Perdonarme, os tenía que haber avisado. ¿Tenéis algún pañuelo? –pregunto, mientras presiono la herida con la otra mano.
-Toma. ¿No te duele? –dice el doctor, mientras se desprende un pañuelo que lleva atado a su cuello para entregármelo.
-Sí, pero mi mente es capaz de bloquear el dolor y no solo eso. Mirar.
Poniendo el pañuelo bajo mi brazo, para evitar que la sangre gotee y manche el vehículo, dejo de presionar la herida. Poco a poco, pero casi de inmediato, la herida empieza a cerrarse por sí sola, sanando milagrosamente.
Todos me miran boquiabiertos, todos menos Kosuke, que mantiene su rostro inalterado, como si ya esperara algo así.
-Kosuke, como ves, la armadura no es perfecta. La puedo forzar a voluntad o por un acto reflejo ante un ataque, pero si estoy distraído, si están distraídos, son vulnerables.
-¿Sabes, por qué no está siempre, podríamos decir, activada? –pregunta Fisher, sin dejar de observar mi herida con todo detenimiento.
-Supongo que, porque les hace ser más lentos. Con la piel endurecida, la musculatura se ralentiza, además, requiere un ligero esfuerzo mental. Es algo similar a cuando nosotros aguantamos la respiración, no nos supone mayor esfuerzo, pero no podemos mantenerla demasiado tiempo. Al menos, de momento, ya os digo que es algo nuevo para mí. Cada día descubro algo extraordinario, es como si un nuevo mundo se estuviera abriendo frente a mí. Mis poderes o, más bien, mi maldición, aumentan cada día que pasa.
-Eso es precisamente lo que te está pasando. Un nuevo mundo se abre frente a ti –dice Fisher, mientras que con una mano se ajusta las gafas y con la otra maneja unas pinzas que ha sacado de un bolsillo, observando mi herida que prácticamente ha cicatrizado.
-¿Por eso fui capaz de atravesar con mi espada el cuello de aquel demonio? –pregunta Kosuke.
-Con toda seguridad Kosuke. Cuando Ada le disparó, esto lo distrajo el

tiempo suficiente, para que fueras capaz de asestarle aquella estocada mortal.
-¿Puedes recuperarte de cualquier herida? –pregunta nuevamente el joven samurái.
-No lo creo. De todas formas, hasta ahora solo he tenido cortes ligeros, aunque ya has visto el resultado -digo, mostrando mi brazo totalmente curado, manchado simplemente por sangre ligeramente reseca.
Fisher recoge su pañuelo, doblándolo con delicadeza por la parte no manchada y guardándoselo en uno de sus bolsillos. Esto no escapa de mi atención.
-No te preocupes doc, dejaré que me tomes muestras de sangre, siempre y cuando los resultados queden entre nosotros.
-Por, por supuesto –responde el doctor balbuceando-. Te lo juro.
-No hace falta que lo hagas doc, puedo leer tu mente, ¿recuerdas?
-¿Puedes leer la de todos? –pregunta Ivanova intrigada.
-No, por algún motivo, no puedo con la de Kosuke. Su fuerza interior es enorme, solo veo algunas imágenes como si de fotogramas se tratara. Solo puedo ver sus recuerdos más fuertes, más profundos.
-Y –pregunta Ivanova-, ¿de mí?
-Todo, absolutamente todo. Desde lo que estás pensando ahora mismo, hasta recuerdos que probablemente permanezcan en tu subconsciente y que ni tú misma recuerdes. Es como si, de alguna manera, entraras en hipnosis y me permitieras acceder a tu mente. Pero no puedo acceder a todo de golpe, debo seleccionar la información que quiero ver, ya que, de otra manera, me saturaría y no sé qué consecuencias podría tener. Por decirlo de alguna manera, es como buscar el archivo de un ordenador y leerlo.
-¿Por qué tocaste a McGregor? –pregunta la doctora desde su asiento.
-Si entro en contacto con la persona, el vínculo es aún mayor. Puedo llegar a aprender de esa persona; sus conocimientos, vivencias, miedos. En el caso de McGregor no es que haya visto su vida por completo, ya que como os dije, eso me saturaría. Me centré en su experiencia con la aeronave –respondo, mientras observo como instintivamente la bella doctora rusa retira sus manos, alejándolas de mí.
-¿Qué diferencia hay con Kosuke? ¿Sabes por qué no puedes leer su mente? –pregunta ahora Fisher.
-Todos conocemos a Kosuke, no es una persona normal. Hemos podido ver como en determinadas situaciones sus sentidos son muy superiores a los nuestros. Creo que con su mente pasa algo igual. No sé si ha sido por los años de entrenamiento con su padre o, simplemente nació así, pero el caso es que es diferente. Es como si sus recuerdos, llamémosles *sus archivos*, estuvieran encriptados.
-Creo que contigo sucede algo parecido –responde Kosuke, rompiendo

su silencio.
-¿A qué te refieres? –pregunta Fisher.
-A que te eligieron. Estos seres no hacen nada por casualidad. Eric fue elegido por estos seres. En ningún momento llegamos a ver a los seres superiores, pero los pude sentir. Con los que combatimos solo eran sus lacayos. Los verdaderos seres, los verdaderos demonios, se mantuvieron ocultos en todo momento, pero cuando uno de sus lacayos se metió en mi mente, de alguna manera quedé conectado a su red y los pude sentir. Dos, quizá tres de estos seres, nos observaban desde las sombras.
-¿Cómo son? –pregunta Ivanova.
-No lo sé, solo los pude sentir –dice Kosuke, con su mirada perdida.
-He soñado con ellos –respondo-. Aunque me pregunto si eran sueños o algún tipo de conexión.
-¿Qué aspecto tienen? –vuelve a preguntar la doctora.
-No difieren mucho de los monstruos bípedos que nos encontramos en aquella jungla. Son también altos, algo más de dos metros, de piel verdosa similar a la de un reptil. Poseen grandes ojos rojos similares a los de un insecto, aunque estos cambian de color, creo que según su estado de excitación.
-¿Son agresivos? –interroga la doctora.
-Depende del punto de vista. ¿Te consideras agresiva?
-¿A qué te refieres?
-Cuando en el laboratorio abres en canal a una rana, no lo haces con ánimo de hacerle daño, simplemente para estudiarla, no le das la mayor importancia. Pues nosotros para ellos somos esas ranas de laboratorio. Solo ruego que no les parezcamos demasiado interesantes.

Tras una pequeña pausa, Fisher rompe su silencio.
-Tenemos mucho de qué hablar, pero ahora deberíamos ir a comer algo. Si nos están siguiendo, no debemos dar motivos para sospechas.
-Estoy de acuerdo –contesta Svetlana.

CAPÍTULO 10

LA MISIÓN

Durante nuestra estancia en el bar, la conversación se mantiene distendida, las risas se suceden una tras otra, así como los brindis por los compañeros caídos en Dratnu Dua; Patrick, Snake y Vlad.

-Kosuke ha comentado que estáis formando un nuevo equipo de Vipers, ¿por qué queréis volver allí? –pregunto, sin dirigir mi mirada específicamente a nadie.

-No sé si lo recuerdas bien, porque tú estabas hospitalizado. Cuando nos fuimos de allí, NORVIX militarizó el campamento por completo y ya conociste a los soldados de Doyle. Personal con escasa experiencia militar, comandados por un descerebrado y sin saber a lo que se exponían o, más bien, sin querer verlo –comenta Fisher-. Tras varias incursiones en la jungla, conforme se acercaron al núcleo, las bajas empezaron a aumentar una tras otra, hasta el punto de que tuvieron que abandonar el campamento.

-¿Abandonar el campamento?, pero si aquello era una fortaleza –contesto exaltado.

-Según los testimonios de los últimos que estuvieron en la base, la isla se reveló contra ellos, ya no era seguro seguir allí.

-Y ¿cuál es vuestra misión?

-Tras el fracaso de la primera expedición, NORVIX se puso en contacto conmigo. Me han dado pleno poder para ir allí con el equipo que desee y recursos prácticamente ilimitados.

-¿Qué pinto yo en todo esto?

-Necesitamos a un piloto que conozca la jungla y ¿quién mejor que tú? –dice entre risas.

-Hay algo más –contesto, a modo de pregunta.

-Por supuesto Eric, queda claro que estos seres te eligieron por algún motivo. La excusa frente a NORVIX para contratarte es la que te acabo de decir, la realidad es que me gustaría saber qué es lo que te introdujeron y cómo lo podríamos utilizar en nuestro propio beneficio.

-A mí también me gustaría saber qué me está pasando. Mi cuerpo y quizá mi alma están sufriendo grandes cambios que no soy capaz de controlar. No quisiera hacerle daño a nadie.

-Pues entonces, estamos unidos en una misión común.

-¿Cuándo queréis partir?

-Aproximadamente, dentro de un par de meses –contesta Kosuke.

-¿En un par de meses?

-La semana que viene esperamos tener aquí al equipo reunido y empezaremos a entrenar juntos, sería conveniente que te unieras a

nosotros.

-Pero trabajo en Surskies, no puedo irme, así como así.

-No te preocupes por eso, en cuanto nos confirmes tu participación, nos pondremos en contacto con ellos solicitándote para este trabajo. La oferta será suculenta y no se opondrán, igual que la tuya por venir.

-Bueno, una cosa menos por la que preocuparme y, de paso, podré hacerle un buen regalo a mi novia por ir a la misión.

Fisher escribe algo en una servilleta de papel y la desliza hacia mí.

-¿Esto es lo que ganaré al mes? –pregunto, gratamente sorprendido.

-Lo que ganarás a la semana.

-¡Vaya!

-Eric, antes de que tomes una decisión, quiero que lo medites. Tú, mejor que nadie, sabes a lo que te expones partiendo nuevamente a la isla.

-No hay nada que pensar Doc, la respuesta es sí.

Mi respuesta hace sonreír a todos ellos.

-¡Brindemos pues! –exclama Fisher.

Tras un par de horas disfrutando de los distintos y deliciosos pescados que nos sirve el camarero constantemente, repostando viandas, una y otra vez, en cuanto observa que estamos finalizando algunos de los platos, decidimos volver a la base.

De camino a la base, me dirijo a Fisher.

-Tengo una pregunta.

-Dime –contesta Fisher, con su vista fija en la carretera.

-¿Por qué Estados Unidos, con el potencial militar que tiene, no manda tropas allí que arrasen la isla?

-Hay varios motivos. El primero es que la isla se encuentra en tierras limítrofes entre Colombia y Panamá, y sus gobiernos empiezan a preguntar, imagínate si apareciera el ejército. Por otro lado, esos seres no nos han visto como una amenaza hasta ahora. No sabemos cómo reaccionarían ante un ataque real. Por último, y como siempre lo más importante, está el dinero. NORVIX ha encontrado la gallina de los huevos de oro. Si descubrieran los secretos de G21, podrían curar cientos de enfermedades hasta ahora incurables, crear al soldado perfecto o aspirar a la eterna juventud. Imagínate los miles de millones que le aportaría, sus ingresos serían inimaginables.

-Veo que NORVIX tiene sus tentáculos bien extendidos por Washington.

-Tiene comprados a la mayoría de los senadores y no se mueve un hilo sin su aprobación.

El vehículo se detiene a unos metros de la barrera, hasta que el marine nos hace la señal de continuar. Poco después, estamos llegando

nuevamente al sector doce. Al bajar del vehículo, Fisher se dirige a todos nosotros.
-Vayamos a la sala de reuniones.
Una vez en la sala, Ivanova utiliza un mando a distancia para bajar una gran pantalla, mientras el viejo doctor inicia un ordenador que se encuentra en la gran mesa ovalada.
-Por favor, Kosuke, apaga las luces –dice Fisher.
Al oscurecerse la habitación, paulatinamente, la luz de la pantalla va ganando en intensidad.
-Eric, no tengo que recordarte que todo lo que vas a ver aquí es alto secreto –recuerda el doctor.
-Por supuesto, doc.
En la pantalla, una imagen que en seguida me resulta familiar, empieza a tomar forma.
-Vaya, el campamento. Además, recuerdo esta foto, la hice yo mismo desde el helicóptero.
-El antiguo campamento –dice Svetlana-. El nuevo campamento es este.
Al pulsar un botón del ordenador, aparece una nueva imagen, mucho menos definida, que difiere bastante de la anterior. Lo que era el vallado del campamento, ahora parece casi destruido en algunos sectores. La vegetación ha invadido gran parte del perímetro.
-¿Eso son personas? –digo, mientras me fijo en lo que parecen algunos cuerpos.
-La foto no tiene demasiado detalle, ya sabes los problemas que tenemos para sacar imágenes por satélite a la isla, pero parece que sí. Tuvieron que abandonar la base precipitadamente y no todos lo consiguieron. No sabemos si queda alguien con vida. Durante un par de días, estuvimos recibiendo comunicaciones pidiendo socorro, pero estas dejaron de emitir poco después.
-¿Y cuál sería nuestra misión, rescatar a esas personas?
-En parte –contesta Fisher-. Solo en parte.
-¿Solo en parte?
-Vuestra misión principal será capturar a un ser superior. Si es posible, vivo.
-Pero, eso es imposible, ni siquiera llegamos a verlos la vez anterior y escapamos de milagro. Además, al separar al ser superior de su portador, lo más probable es que muera en cuestión de minutos u horas a lo sumo.
-Eso no lo sabemos seguro Eric, quizá se les pueda inducir a un letargo. Probablemente el portador muera de inmediato, pero estos seres son capaces de quedar en un estado latente, a la espera de encontrar otro portador. Por eso quiero que medites bien tu respuesta. En parte, tú serías el cebo.

-¿Queréis que haga de conejillo de indias?
-No sabemos cómo van a reaccionar cuando vuelvas a la isla. Es muy probable que sientan curiosidad y se acerquen a ti.
-O me estén esperando y todo esto ya lo hayan planificado ellos, parecen ir siempre por delante de nosotros.

CAPÍTULO 11

¿SUEÑOS?

-He soñado con ellos –digo, centrando mi mirada en los entrelazados dedos de mis manos-. Cuando sueño con ellos, al despertar no estoy seguro si ha sido realidad.

-¿Por qué lo dices? –pregunta Ivanova intrigada.

-A veces, al despertar he encontrado ciertas marcas en mis brazos y piernas, como si me hubieran estado agarrando.

-¿Cómo es eso posible?

-No lo sé.

-¿Qué más detalles nos puedes dar? –pregunta ahora Fisher.

-En otras ocasiones, no estoy seguro si lo que estoy viviendo son recuerdos o sueños generados por mi enloquecida mente.

-¿Has llegado a verlos? ¿Has llegado a ver a esos seres con claridad? –pregunta Fisher, cada vez más impaciente.

-Sí –respondo, mientras de una mochila extraigo una pequeña carpeta. De ella saco un par de folios en los que aparecen sendos dibujos, para depositarlos en la mesa-. Aquí los tenéis.

-¿Esto lo has dibujado tú? –pregunta Ivanova, algo sorprendida.

-Sí, siempre se me dio bien dibujar –respondo, con una pequeña muesca en mi mejilla, siendo esta un atisbo de sonrisa.

Fisher los recoge de la mesa y tanto Kosuke como Ivanova se levantan, acercándose al viejo doctor para poder verlos mejor. En ellos se aprecian dos monstruosos seres de alta apariencia, cuerpo escamoso y musculado parecido al de un reptil, cabeza ovalada y grandes ojos.

Permanecen unos segundos observando ambos dibujos, hasta que Kosuke rompe el silencio.

-Son distintos –dice, cogiendo los dibujos.

-Así es Kosuke. El que tiene cuatro extremidades superiores podría asimilarse a lo que nosotros entendemos por un científico y, en cierta manera, creo que fue quien me salvó. Por otro lado, estos de apariencia más fuerte y solo dos extremidades superiores, creo que son soldados, exploradores o algo así.

-Increíble –responde Fisher-. ¿Crees que tienen algún tipo de jerarquía?

-Sí, creo que sí. De alguna manera, los exploradores parecen obedecer a este otro.

-¿Por qué dices que crees que este fue el que te salvó? –dice Fisher, señalando uno de los dibujos.

-Todo son especulaciones mías, pero por algún motivo estaba interesado en mí, como lo estaría un científico terrícola con una

especie desconocida. Quizá, porque fui el único que no era soldado, quizá por algo que hice o que no hice, por mi tipo de sangre, la verdad es que no lo sé.

-¿Hay otros seres distintos a estos entre ellos? –pregunta Kosuke.

-En realidad, creo que estos no son los verdaderos seres, sino estos otros –digo sacando dos folios más.

En ellos se puede ver como algo del tamaño de un balón de rugby y con cierto aspecto viscoso, lo que lo hace bastante repugnante. Estos se aferran a la parte trasera del cráneo de los monstruosos alienígenas.

-Espera, espera, ¿quieres decir que estos parásitos son los seres superiores que tanto poder tienen? –pregunta Ivanova.

-Pero si son como los que les quitamos a esos otros demonios, que también estaban infectados –comenta Kosuke.

-No, de aspecto quizá se parezcan, pero el poder mental de estos diminutos seres es asombroso. Los que abatimos en aquella jungla era una subespecie.

-¿Una subespecie? ¿Cómo nuestras mascotas? –pregunta incrédula la doctora rusa.

-Algo parecido. Ya visteis lo difícil que fue abatir a uno de estos seres, ahora imaginaros a uno con el triple de inteligencia y poder. Lo que los hace fuertes no es el cuerpo que ocupan, sino el parásito que los posee.

-Y -dice Kosuke, pausando su pregunta, como si en cierto modo ya conociera la respuesta-. ¿Qué crees que buscan en la tierra?

-¿Veis estos seres? –digo, estirando mi brazo hasta alcanzar los dos primeros dibujos que dejé sobre la mesa-. Creo que la especie original, el huésped, está llegando a su fin. Por algún motivo, cuando los parásitos ocupan un cuerpo, estos pierden la capacidad de reproducirse y se deterioran con mayor rapidez. En el planeta del que proceden estos portadores están casi extintos.

-¿Y estos parásitos no se pueden reproducir por sí solos? –pregunta Ivanova, mientras apoya sus manos en la mesa.

-Sí, son asexuales. Desprenden una parte de su propio cuerpo y, de ahí, en pocos días evoluciona en un nuevo ser que tiene plenas facultades.

-¿Cómo las planarias? –pregunta la doctora.

-Es curioso que las menciones.

-¿Por qué lo dices?

-Porque no hace mucho mi novia hizo un estudio, en fin, no sé mucho de las planarias, pero supongo que sí, algo así será. Pero hay algo más que se me escapa. No sé el porqué, mi instinto me dice que con estos seres superiores hay algo más que no termino de descifrar.

-¿Cómo es posible que sepas tanto de ellos? –pregunta el doctor

Fisher, algo exaltado.

-Ya os dije que os tenía que contar muchas cosas. La verdad es que no sé cómo he aprendido tantas cosas de estos seres. Estos conocimientos se han ido implantando en mi cerebro como si fueran recuerdos. Los sueños tienen tal intensidad, que no sé distinguir lo que es sueño y lo que es realidad.

-Perdona, pero te interrumpí antes y nos estabas contando cómo se reproducían –comenta Ivanova, interesada en la historia que no terminé de contar.

-Es verdad. Como os decía, desprendiendo una pequeña parte de su cuerpo nace un nuevo ser. Estos tienen un aspecto parecido al de un parásito terrestre, quizá el de una garrapata o algo así, pero de unos centímetros.

-Entonces, ¿se podrán reproducir como chinches? –comenta Fisher.

-No, no del todo, ya que tienen una gran debilidad. Este nuevo ser necesita un portador al que aferrarse. De no ser así, en cuestión de horas moriría –explico, mientras entrelazo mis dedos con mi mirada fija en ellos, intentando centrar mis pensamientos, buscando entre los resquicios más recónditos de mi mente, de mis recuerdos, de mis pesadillas.

-Si su reproducción es como dices y, por otro lado, parecen ser bastante lentos desplazándose. ¿Cómo es que pudieron contaminar a estos portadores que son sumamente fuertes y ágiles? ¿Por qué no simplemente se los desprendieron unos a otros y ya está? –pregunta Ivanova-. Por cierto, ¿no tienen nombre esos portadores?

-En nuestra lengua sonaría algo parecido a snarcuds –respondo, a la vez que dirijo mi mirada hacia la doctora-. Dame tus manos.

Tímidamente, la doctora rusa alarga sus manos hacia mí, con cierto temor a tocarme. Nada más rozar sus manos con las mías, entramos en una especie de trance. Mis ojos se vuelven amarillos y las pupilas se ovalan, pareciendo más los ojos de un reptil que de un humano. Los de ella se vuelven completamente rojos, arqueando su espalda y llevando su cabeza todo lo atrás que le permite su anatomía.

-¡Dios mío! –exclama Fisher, acercándose a ella.

-¡No doctor, no los toque! –grita Kosuke.

Tras unos segundos suelto sus manos y cae hacia atrás en su silla, casi desvanecida, con su cuerpo empapado en sudor.

Reanimada por Kosuke y el doctor Fisher, parece recobrar el aliento.

-¿Estás bien? –pregunta Fisher.

-Los he visto, los he visto –responde ella, una y otra vez.

-¿Qué has visto?, ¿a quiénes has visto? –pregunta el doctor.

-Ha visto a esos demonios, le he mostrado lo que son, al menos lo que vi en mis sueños –respondo, mientas seco el sudor de mi frente.

-Lo he vivido como si hubiese estado allí mismo –dice Ivanova, que balbucea y se detiene, para beber de un vaso de agua que le ha ofrecido el doctor-. Los snarcuds fueron contaminados cuando colonizaron el planeta de esos parásitos.

-¿Qué quieres decir Svetlana? –pregunta el doctor, arrodillado frente a ella, mientras le sujeta el vaso.

-Las expediciones de snarcuds que fueron llegando, implantaron pequeñas bases durante años, ya que la atmósfera, temperatura y flora era ideal para su subsistencia. En ciertos aspectos, son bastante parecidos a nosotros. Por desgracia, con el tiempo, encontraron unas profundas grietas en la ladera de una montaña que les daba acceso a una enorme cueva –comenta, parando para beber otro trago de agua.

-Tranquila, tómate tu tiempo –dice el doctor.

-Estoy bien –responde Ivanova, aunque el agua de su vaso se mueve de un lado a otro por su temblorosa mano, detalle que no se le escapa al viejo doctor ni a Kosuke-. Como os decía, dentro de esta discurrían infinitos túneles. Decidieron realizar varias expediciones, dividiéndose por grupos. En uno de estos túneles, a lo largo de las paredes, proliferaba unas raíces muy ramificadas, haciéndose más gruesas conforme avanzaban al interior. Estas se movían, como si respiraran, emitiendo una suave luz rosácea que aumentaba y disminuía su intensidad a la vez que se contraían y dilataban –dice, a la vez que levanta su brillante mirada hacia ellos -. ¿Os suena de algo?

-Es lo mismo que encontramos en el túnel del cráter –responde Kosuke.

-Sí, como bien dijiste aquel día, G21 en estado puro.

-¿Para qué lo utilizan?

-Parece ser que, envueltos en el gel que portan estas raíces, pueden permanecer durante largos años en estado vegetativo, hasta que algo los active.

-¡Dios mío! –exclama Fisher.

-Cuando una de las expediciones llegó a este túnel, los parásitos se activaron. Recogiendo muestras, una de esas “garrapatas” infectó a uno de los expedicionarios. Este cayó enfermo en minutos, apoderándose de su mente casi de inmediato, el tiempo que sus tentáculos tardaron en penetrar en su cerebro. Mientras un snarcud salía a pedir ayuda, el portador infectado, transformado ya, no tuvo problemas en infectar al que había sido su compañero hasta entonces. Cuando salieron de aquella gruta, ya eran seis los infectados. Poco a poco, esclavizaron a toda la población exploradora que había aterrizado en aquel terrible planeta, unos cientos. Con el tiempo, estos decidieron invadir el planeta de origen de los snarcuds, utilizando sus cuerpos y tecnología. Como una terrible enfermedad, han conseguido acabar prácticamente con toda la vida del planeta y, no solo de ese

planeta, también de muchos otros.

-Pero ¿cómo lo consiguieron? ¿Estos malditos snarcuds no intentaron defenderse? –pregunta Kosuke-. Se ven terriblemente fuertes e inteligentes.

-Sí, aunque fue en vano. Al ocupar un cuerpo, estos parásitos no solo adquieren energía para subsistir, también los conocimientos, recuerdos y miedos del portador, por lo que sabían perfectamente cuáles eran sus puntos débiles y cómo atacarlos. Además, el poder mental que genera en un huésped infectado es brutal y mucho más si el parásito es un ser superior.

-Y, ¿ahora qué? –pregunta Kosuke.

-Ahora han aterrizado en la Tierra –respondo-. Para ser un huésped debe cumplir unos requisitos. Un perro infectado por un ser superior moriría a los pocos días y con él su parásito. A pesar de que aparentemente no tienen sentimientos como nosotros, para ellos es muy valiosa su descendencia, ya que de ella depende su existencia. A diferencia de las subespecies, que se pueden reproducir hasta dos y tres veces al año, los seres superiores solo lo pueden hacer dos veces en su vida. Por lo que harán ensayo y error hasta encontrar un portador adecuado.

-Pero, hemos visto seres portando esos parásitos, ¿quiénes eran?

-Como os dije antes, estos otros son subespecies de su planeta original. Estos seres bípedos a los que nos enfrentamos en aquella maldita jungla probablemente eran humanos, utilizados como cobayas de ensayo y transformados por el G21. Aunque parecía que eran autónomos, en realidad estaban dirigidos por estos otros superiores.

-¿Quieres decir que cuando nos encontremos a un snarcud, será aún más fuerte que los que vimos en la jungla? –pregunta Ivanova.

-Sin dudarlo Svetlana, pero no es su fuerza física la que me preocupa, sino la mental.

-Entonces, ¿se les puede matar?, ¿cómo demonios se comunican entre ellos? –pregunta Ivanova algo exaltada, sin dejar de mirarme a los ojos, buscando inquieta las respuestas a todas sus preguntas.

-No conozco todas las respuestas, solo sé lo que ellos me han transmitido y no estoy seguro si lo que veo es realidad o desvaríos de mi mente. No sé si el planeta origen de estos seres fue al que llegaron estas naves expedicionarias de los snarcuds o anteriormente ya habían acabado con la vida de los seres que vivían en ese planeta y se ocultaron en aquellas cuevas, esperando latentes durante años a que otros desvalidos entraran allí, como lo haría una araña en su tela.

-Creo que el planeta de donde proceden estos malditos demonios debe ser un exoplaneta como el KOI-4878.01, que orbita alrededor de una estrella tipo G. Este se cree que tiene un IST del noventa y ocho por ciento –responde Fisher.

-¿Una estrella tipo G? ¿Un IST? Perdone doctor, pero ahí me pierdo.
-Sí, disculpar –contesta el doctor, ajustándose las gafas e incorporándose con ayuda del apoyo de la mesa que tiene a su lado, no sin cierta dificultad. Hace unos años, la NASA mandó al espacio el telescopio Kepler. Desde entonces, y gracias a este, se han descubierto miles de planetas. Algunos como Gliese 667c, Kepler 62f o KOI-4878.01 tienen un IST, o sea, un Índice de Similitud con la Tierra extremadamente alto, lo que significa que perfectamente podría haber vida en esos planetas. También se han descubierto muchos tipos de estrellas, por ejemplo, una tipo G, corresponde a una enana amarilla o una enana roja, que a diferencia de nuestro sol, es prácticamente inmortal.
-¿Qué quiere decir con todo esto doctor? –pregunta Ivanova.
-Quiero decir que, si nosotros hemos sido capaces de descubrir estos planetas, también ellos han sido capaces de descubrirnos a nosotros.

-Da escalofríos solo pensarlo –responde Ivanova.

-Eric, ¿sabes por qué matan a sus portadores? ¿Por qué no los dejan con vida y se podrían aprovechar más tiempo de ellos? –pregunta la doctora, con su siempre marcado acento ruso.

-No creo que sea su intención matarlos, es más, creo que intentan no hacerlo, pero es tanta la energía que demandan, tanta la energía que necesitan, que los portadores de los seres superiores no logran vivir más allá de unos meses.

-¿Pasa lo mismo con las subespecies? –pregunta Fisher.

-No, la demanda de estos es mucho menor, pueden vivir durante muchos años.

-¿Sabes cómo se comunican? –pregunta nuevamente Ivanova.

-A través de la energía que emiten, algo parecido a cuando leo tus pensamientos.

-¿Telepáticamente? –pregunta Fisher, interrumpiéndome.

-Podríamos decir que sí, al menos, es el concepto terrestre más parecido que conozcamos, que se asemeje a su modo de comunicarse.

-¿Sabes cómo matarlos? –pregunta Kosuke, con su mirada fija en mis dibujos.

-No lo sé. No sé si el método que utilizamos con los otros de sorprenderlos, de desviar su atención, servirá con estos.

-Si tú no tienes uno de esos bichos incrustados en tu cráneo, ¿cómo crees que has conseguido ese poder? –pregunta Ivanova.

-Querría mostraros algo –digo, a la vez que me levanto del asiento y me quito la camiseta.

Poco después, un fuerte olor que invade la estancia es percibido por todos. Mi musculatura crece al instante, mis ojos se enrojecen por momentos, convirtiéndose en los de un terrible depredador.

Esto hace retroceder instintivamente a Fisher e Ivanova, solo

Kosuke permanece en su sitio, aunque su mano derecha baja lentamente por debajo de la mesa hacia su cintura, aferrando la empuñadura de su daga, de su tanto japonés que siempre le acompaña.

El dolor de la transformación es insoportable, lo que me hace rugir como lo haría un gran felino. Esto les hace ver cómo mi dentadura también se ha transformado, con unos enormes colmillos que sobresalen de la comisura de mis labios.

Al terminar la transformación, soy otro ser completamente distinto. He crecido, mi piel se parece mucho más a la de un reptil que a la de un humano, mis manos son enormes garras y cada dedo un afilado cuchillo, pero lo peor de todo es mi rostro, ya no queda ni un ápice de humanidad en él.

Ahora los veo como presas y no como el grupo de amigos que son, dando un paso hacia ellos y apartando la pesada mesa hacia un lado, como si esta fuera de papel, destrozándola en el impacto.

-¡Eric, basta! ¡Basta! –grita Kosuke, desenfundando su pequeña espada.

Entre los científicos y la bestia en la que me he convertido, solo se interpone Kosuke, el valiente guerrero japonés, que no para de gritar mi nombre una y otra vez.

Mi mente se ha transformado, al igual que me pasó con aquellos lobos, solo veo presas frente a mí. Doy un paso hacia ellos y Kosuke mueve su espada con la certeza de un samurái, tocando mi pecho y cuello, pero la afilada hoja rebota como si hubiese chocado con el acero de un blindado. Mi cuerpo es una coraza invulnerable.

Salto sobre Kosuke en un rápido movimiento, agarrándolo por ambos brazos y derribándolo al suelo. Lentamente mi babeante mandíbula se acerca a su yugular. Los intentos de Kosuke por escapar son en vano, ya que mi fuerza triplica la suya. De repente, un fuerte impacto en mi cabeza me hace caer hacia atrás. Al levantar mi furiosa mirada, veo la humeante arma de Ivanova apuntándome. Mi vista se fija en ella y, casi al instante, su nariz empieza a sangrar, bajando el arma lentamente. Pero la exsoldado rusa, no es una mujer cualquiera y tiene la suficiente fuerza como para abrir fuego un par de veces más, impactándome en el pecho y haciéndome retroceder un par de pasos.

En la puerta de la sala se escuchan los golpes de los soldados que dan seguridad en estos hangares.

Cuando me incorporo, la energía que desprenden tanto Ivanova como Kosuke se vuelven irresistibles para mí, como el mejor de los manjares.

-¡Alto Eric! –dice una voz calmada.

Curiosamente, esta voz me hace perder el interés en Kosuke e Ivanova, para centrarme en ella. La busco y allí está, es la del doctor

Fisher, que desde una esquina de la habitación se incorpora y avanza hacia la bestia, hacia mí.

-¡Ya basta Eric, vuelve con nosotros! –repite una y otra vez, hasta que está a unos escasos centímetros de mi cuerpo, mirándome desde abajo y alzando su mano hasta posarla en mi pecho jadeante.

-¡Cuidado doctor! –exclama la doctora.

Fisher se limita a alzarles la mano, tanto para el guerrero japonés como a ella.

Lentamente mi cuerpo comienza a vibrar, volviendo a su estado natural. Noto como pierde fuerza, cayendo sobre las rodillas y apoyando mis manos en el suelo.

Pasan unos segundos hasta que alguien abre la boca.

-¡Joder, Eric! –dice Kosuke, recogiendo su tanto del suelo-. No vuelvas a hacerlo.

-No debes transformarte hasta sepamos cómo puedas controlarlo –responde Fisher.

-Lo siento, ha sido una mala idea. Creía que podría controlar una ligera transformación, para luego volver a mi ser, pero no lo he podido dominar y en un espacio cerrado como este, habéis corrido peligro por mi culpa. Cada vez es más poderoso, lo siento.

De repente, la puerta de la sala se abre de par en par y unos cuantos soldados intentan entrar en la estancia.

-¡Alto, no prosigan! ¡Salgan de aquí inmediatamente! –exclama el doctor Fisher.

-Pero señor, hemos oído rugidos y disparos –dice uno de los soldados, mientras observa el destrozo de la habitación.

-¿Debo repetírselo marine? ¡He dicho que salgan de aquí de inmediato!

-Sí, doctor –responde el soldado, que abandona la habitación, ordenando al resto que retrocedan.

Al salir de la sala, los marines se miran unos a otros, mostrando perplejidad en sus rostros.

-¿Qué has visto? –preguntan el resto de los soldados al que recibió la orden de Fisher de abandonar la estancia.

-Mejor no preguntes, mejor no preguntes –responde, restregando su mano por el rostro.

CAPÍTULO 12

NOS SIGUEN

Mientras todos se incorporan, Ivanova se acerca a mí.

-¿Cómo demonios has conseguido esa transformación? Tu musculatura ha crecido desorbitadamente, has crecido al menos unos treinta o cuarenta centímetros, tu piel; no eras tú.

-Para eso he venido, es lo que quiero que me digáis vosotros. Creo que de alguna manera soy capaz de modificar mi ADN.

-Si eso es cierto Eric, tendremos que ver cómo controlar esa transformación a voluntad.

-Hay un problema Ivanova –respondo, mientras levanto mi mirada fija en ella-. Creo que cada vez que me transformo, conecto con ellos.

-¿Con los seres superiores? –pregunta Fisher.

-Así es.

-Pues quizá eso nos sea de gran ayuda. Al igual que ellos nos estudian a través de ti, nosotros podríamos aprender de ellos mediante tus sueños.

-¿Cómo demonios vamos a hacer eso doc?

-Eso déjamelo a mí.

-Doctor, ¿qué hacemos con esta estancia? –pregunta Ivanova.

-Llama a nuestro equipo, que sustituyan el mobiliario y reparen los desperfectos. No quiero a nadie de NORVIX husmeando por aquí.

-Vayámonos a la residencia, démonos una ducha y cenamos en un par de horas. ¿Os parece bien?

Todos asentimos con la cabeza, mientras recogemos nuestras pertenencias, algunas de ellas esparcidas por la estancia.

Al subirnos al vehículo, que ahora conduce la doctora, me siento atrás junto a Kosuke.

-Kosuke, yo.

-No es necesario Eric. Nos ha venido bien, para saber a lo que nos enfrentamos –responde, girando su cabeza hacia mí.

-¿Podías vernos cuando estabas transformado en aquello? –pregunta Ivanova, mientras conduce hacia la residencia militar, que se encuentra en la misma base.

-Sí, pero es muy extraño. Es muy similar a cuando te ponen una de esas anestesias para operarte y te empiezas a quedar dormido. Puedes oír a todo el mundo a tu alrededor, aunque eres incapaz de moverte o de decir palabra alguna.

-Y a la bestia, ¿también la sientes?

-Sí, es difícil de explicar. Siento mi conciencia y la suya, las dos conviviendo dentro de mí. Es horrible cuando su sed de sangre se apodera de mi mente –respondo, mientras mi mano se aferra a la

manecilla metálica de la puerta del vehículo, destrozándola como si fuera de cartón.

Kosuke, que se percata, apoya su mano sobre mi pierna y me señala con la vista la manecilla. Inmediatamente la suelto, pero esta ha quedado completamente destrozada.

Cuando finalmente llegamos a la residencia, ambos tenemos que salir por la puerta de Kosuke.

-¿Qué demonios hacéis, parecéis dos niños? –pregunta Ivanova.

-Mira su puerta. Ahora piénsatelo dos veces antes de volver a darle la mano cuando esté enfadado –responde Kosuke sarcásticamente.

Al bajarme del coche me fijo en los faros traseros.

-Svetlana, pisa un momento el freno.

-¿Para qué? –responde ella.

-Quiero ver una cosa.

-¿Es que hay una luz fundida? –pregunta, mientras pisa el pedal del freno.

-¿Lo ves? –pregunto, dirigiéndome a Kosuke.

-Sí –dice el guerrero japonés, mientras se aparta el pelo de la cara, mira disimuladamente hacia la esquina del edificio que queda más atrás.

-¿Los has localizado? –pregunto en voz baja.

-Sí, a nuestras seis, a unos trescientos metros, todoterreno negro con dos personas a bordo.

-Ok, visto –respondo, a la vez que apoyo mi bota en el parachoques de nuestro vehículo y disimulo como si me atara la bota.

-¿De qué demonios habláis tan bajito? –pregunta Ivanova al bajar del vehículo.

-Ahora te contamos dentro –respondo.

Al ver la expresión de mi rostro, no tarda en percatarse de que algo sucede y se limita a recoger de la puerta trasera una pequeña mochila, para dirigirse posteriormente a la entrada de la residencia. Fisher la sigue sin decir palabra.

Nada más pasar el umbral de la puerta, se acerca a mí. Hablando en voz baja.

-¿Qué leches ha pasado ahí afuera?

-Tenemos una pequeña perforación en uno de los faros traseros.

-¿Y?

-Se utiliza para poder seguir un coche a distancia, sin llamar la atención. Cada vez que pises el freno, tu faro destellará y se distinguirá perfectamente del resto de vehículos.

-Pero ¿cómo sabes tú esto?

-Mi padre era militar y tenía por costumbre, enseñarme ciertas tácticas antiterroristas.

-¿Nos estaba siguiendo alguien? –pregunta el doctor Fisher.

-Así es, hay una pareja apostada en un vehículo en la esquina más al oeste.

-¡Esto es intolerable! ¡Voy a llamar de inmediato! –exclama Fisher, mientras saca un móvil del bolsillo de su chaqueta.

-No, no lo haga. Si creen que no nos hemos dado cuenta y nos pueden seguir, se relajarán –responde Kosuke, apoyando su mano sobre el teléfono de Fisher.

-Tienes razón. Está bien –contesta el doctor, volviendo a guardar su teléfono-. ¿Nos vemos en recepción en hora y media?

Al entrar en la habitación fluyen multitud de recuerdos. No es la primera vez que entro en una residencia militar norteamericana, pero sí lo es sin mis padres. Todas ellas se parecen, independientemente que estén en los Estados Unidos, en Europa o en Asia.

Me descalzo, pisando el suelo enmoquetado abro la nevera y cojo una botella de agua, apreciando desde el primer sorbo, como el líquido refresca mi irritada garganta. Con el mando a distancia, enciendo una pequeña televisión que reposa sobre una antigua cómoda. Compruebo si la puerta del baño está abierta y entro para darle a la ducha para que se vaya calentando la ruidosa agua que golpea insistentemente contra la blanca plataforma, a la vez que echo el pestillo de la puerta opuesta.

El baño es compartido con la habitación contigua y tiene un método curioso para no molestar a tu vecino mientras lo usas. Ambas habitaciones pueden acceder al mismo baño, pero al entrar debes echar el pestillo interior de la otra habitación. Una vez que lo abandonas, no debes olvidar quitar el pestillo de la habitación contigua y cerrar el tuyo por fuera.

Mientras me ducho, intento liberar mi mente, como me enseñó el sabon nim de mi padre, el maestro Kim Young Ki. Conforme el agua recorre mi espalda cierro los ojos, empiezo a pausar mi respiración; alargando la inspiración y aún más la expiración. Centro mis pensamientos en mi dojang. Mi mente se evade durante unos minutos, sintiendo mi yo y dejando a un lado a la bestia. Apoyo mis brazos contra la pared de la ducha e inclino el cuello, dejando que el agua resbale desde la nuca hacia la espalda. En mi mente solo aparecen dos velas que mi padre solía encender cuando meditábamos en aquel sagrado lugar de entrenamiento. Casi puedo percibir el olor de la cera que se funde, mientras me sumerjo plenamente en esa imagen.

Al salir del baño, mi cuerpo se encuentra mucho más relajado. Esos minutos de meditación han sido suficientes para despejar mi mente. Luego reposo tumbado en la cama, con mi mirada perdida por

los recovecos del techo de la estancia.

Al dejar mi habitación, bajo las escaleras y me encuentro con Ivanova con un sugerente vestido rojo de tirantes. Con generoso escote y diminuta falda, deja poco para la imaginación. Su larga melena cobriza, silueta siempre exuberante y sensual a la par que elegante, sus facciones rusas y su penetrante mirada, la hacen una mujer fuera de lo estándar.

-¿Qué tal? –pregunta, al verme bajar la escalera-. ¡Eh! Te estoy hablando.

-Perdona, por un momento me he quedado sin habla, no estoy acostumbrado a verte así.

-¿Cómo que así, es que voy mal? –responde, tocándose uno de los diminutos tirantes de su vestido a modo de flirteo.

-No, todo lo contrario –respondo, intentando no mirar, donde no debo, pero quiero mirar.

-¿Jugando con la cena Svetlana? –dice una voz, con marcado acento japonés.

-¡Vaya, un toque humorístico! Me sorprende, no es propio de ti –responde Ivanova.

-Hoy ha sido un día fuera de lo habitual –contesta con una tenue sonrisa, mientras se aparta el pelo de la cara.

-¿Todos listos? –pregunta una cuarta voz, procedente de la escalera.

-Así es doc, vayamos a cenar que estoy muerta de hambre –contesta Ivanova.

Después de pasar la noche con ellos, vuelvo a casa al día siguiente. El camino se me hace corto, ya que en mi cabeza no paran de brotar imágenes de Vlad y Snake, de la isla y de todo lo que allí vivimos. El paisaje pasa a ambos lados del vehículo, como si se tratara de la proyección de una película. La música de fondo solo sirve para darle banda sonora a esas imágenes. Mil y una contradicciones fluyen por mi mente. Por un lado, una fuerza indescriptible me arrastra a volver a la isla. Quiero resolver el enigma del porqué me dejaron con vida y me concedieron este poder o, más bien, esta maldición. Por otro lado, mi yo razonable sabe que es una locura volver allí, hay un tanto por ciento muy elevado de posibilidades de que ninguno de nosotros volvamos con vida de aquel lugar.

Al encarar la calle de la casa de Rocío, puedo ver a Ana, su hermana, practicando con un bokken en el jardín delantero.

-¡Hola pitufo! Estás buenorro con el pelo largo y esa coleta –dice nada más verme, apoyando la espada de madera en el suelo a modo de bastón-. Ahora pareces a uno de eso que salen en los anime japoneses.

-Enana, ¿qué es eso de que estás buenorro? Te voy a echar sal en la boca –contesto, mientras río y me bajo del vehículo-. Por cierto, ¿qué haces con esa espada?
-Practicando. ¿Es que no me ves?
-Sí, ya veo que sigues siendo tan mala como siempre –respondo maliciosamente.
-¿Sí, crees que soy mala? Coge ese otro –dice, señalándome con su bokken, otra espada de madera que hay en el suelo.
-Vamos, ¿a ver qué sabes hacer?
Dando un paso atrás, fija su mirada en la mía. Me percato como carga parte de su peso en la pierna trasera, a la vez que sujeta la empuñadura mano derecha sobre la izquierda, posicionando la espada a la altura de mi cuello.
-¿Quién te está enseñando? Tu posición es buena.
-Para presentarme a segundo dan de hapkido, mi maestro me exige aprender un arma y he elegido la espada –contesta Ana, mientras desplaza los pies por el suelo, sin llegar a levantarlos y manteniendo equilibrado su centro de gravedad.
-No debes forzar el agarre.
-No lo fuerzo –responde arrogante.
Un golpe seco de mi espada arrebata la suya de las manos, para posteriormente girar la hoja en el aire, dejándola a escasos centímetros de su cuello.
Retrocedo bajando mi bokken, para dejar que recoja el suyo del suelo.
-Un guerrero japonés que conocí hace un año, me dijo que tu espada debe ser como el bambú, flexible a la par que resistente.
-¿Cómo se come eso? No lo entiendo –responde.
-¿Estás lista? –pregunto, al ver que vuelve a ponerse en guardia.
-Sí.
Cuando veo que su pie delantero empieza a moverse, giro sobre mí, tomando como eje mi pie derecho y desplazando mi pierna izquierda hacia atrás, esquivando su ataque. A la misma vez, mi espada baja rápidamente desde arriba, golpeando la suya y partiéndola en dos.
Por un momento, Ana se queda en silencio, recogiendo los dos trozos del suelo.
-¡Que te la has cargado! ¿¡Estás tonto!?
-No te preocupes, te traigo un regalo en el coche.
-Sí, ahora intenta arreglarlo con un regalito.
Me dirijo al vehículo y cuando voy a abrir el maletero, puedo sentir una respiración jadeante justo en mi nuca. Sin necesidad de girarme, puedo saber perfectamente que es el torbellino de Ana.
-¿Qué me has traído? –pregunta insistente.
-En realidad no te lo he traído ahora, lleva meses en el maletero, pero

con unas cosas y otras no he podido dártelo.
Antes de que termine la frase e incluso antes de que se lo pueda ofrecer, Ana me lo arrebata de las manos. Envuelta en un viejo papel de estraza, se encuentra cubierta, una de las espadas de madera con las que practicaba con Kosuke casi a diario.
-Espera, esto no se hace así –digo, mientras soy yo ahora quien le arrebata la espada a ella.

Desenvolviéndola lentamente, puedo ver su cara, mezcla de impaciencia y curiosidad. Al desenfundarla de aquel viejo papel, aparece una antigua espada, decorada con tallas japonesas y múltiples muescas en su hoja, reminiscencias de aquellos innumerables combates.

-Vaya, es preciosa. ¿Es para mí?

-Así es –digo, mientras la cojo por empuñadura y hoja, bajando ligeramente la cabeza y ofreciéndosela, estirando los brazos.

Casi de inmediato, Ana se percata de la seriedad del acto y baja también su cabeza, para girar sus manos hacia arriba, recibiendo aquella vieja reliquia japonesa.

-Aunque no es una Jin Gum coreana, te servirá también para practicar tu Kumdo –digo sonriendo.

CAPÍTULO 13

GRIZ

Nada más pasar a la casa, puedo apreciar el perfume de Rocío, su olor característico.
-¿Qué tal chaval? –dice una rotunda voz desde el patio trasero, que indiscutiblemente corresponde a Griz.
Griz, Miguel Tejedor, el padre de Rocío y Ana. Griz es el apodo que en su día le pusieron sus antiguos compañeros del ejército, el cual no le puede venir más adecuado, ya que su corpulencia y fuerza bien se podrían asemejar a la de un oso Grizzly.
-¿Qué tal Miguel? Te veo liado con la barbacoa.
-Sí, me he pillado el día libre, que hoy tengo la espalda jodida –dice, mientras se pone una de las manos en los riñones, haciendo una pequeña muesca en su mejilla, como muestra de dolor con la cara-. Eric, los años que no perdonan.
-Pero si estás hecho un chaval –respondo, a la vez que estrecho su mano.
Mi relación con Griz va mucho más allá de que sea el padre de Rocío, ya que fue compañero en el ejército y gran amigo de mi padre. En verano, las dos familias solíamos pasar largas temporadas juntas. Curiosamente, en aquella época, Rocío y yo nos llevábamos como el perro y el gato. Con la complicidad de su hermana pequeña, me gustaba fastidiarla constantemente. Los años la transformaron en una bellísima e inteligente mujer. Ahora bebo los vientos por ella.
-Déjame que pruebe una cosa. Túmbate en la hamaca y quítate la camiseta.
-¿Cómo?
-Túmbate, no te haré daño. Estudié algo de fisioterapia y creo que te podría ayudar -digo, aunque no es verdad. Nunca estudié nada parecido, pero sí que creo que le puedo ayudar con mi energía.
-Ten cuidado, a ver si me vas a fastidiar más.
-Tranquilo. ¿Dónde te duele?
-En la zona lumbar.
Cuando se tumba, miro a un lado y a otro, para ver que nadie nos observe y pongo mis manos en su espalda baja. Solo unos segundos después, mis manos desprenden una tenue luz anaranjada y se escucha como cruje su espalda.
-Ya puedes levantarte.
-Pero ¿qué demonios me has hecho? Ha crujido.
-¿Cómo te encuentras?
Griz gira su cuerpo de un lado a otro e incluso se dobla su espalda hasta tocar sus pies.

-Creo que te has equivocado de trabajo chaval, esto es lo tuyo. No me duele en absoluto -dice, mostrando una gran sonrisa-. Pero he sentido mucho calor, ¿qué me has puesto en la espalda?
-Eso es secreto profesional.
-¿Ya estás de vuelta? ¿Qué tal por la base naval? –pregunta Marta, la madre de Rocío, que se acerca por mi espalda.
-¡Hola Marta! –digo, aproximándome a ella para darle dos besos-. Sí, ha sido una ida y venida rápida.
-Hace más de quince años que no voy por allí, desde que Miguel dejó el ejército y dejamos de veranear en Rota.
-Pues sigue igual, pocos cambios –contesto, intentando evadir el motivo por el que fui a la base.
-Eric, ¿me ayudas a apilar las hamacas? Empieza a refrescar y ya dudo mucho que utilicemos la piscina de aquí en adelante –pregunta Griz.
-Por supuesto. ¿Dónde las quieres llevar?
-Vamos a dejarlas en el cuartillo.
-Por cierto, ¿dónde está Rocío?
-Tiene que estar a punto de llegar, ha ido a la universidad a entregar un trabajo –responde Marta.
-Mientras amontono unas cuantas hamacas, veo a Ana como está practicando al borde de la piscina con su nueva espada.
-¿Vas a llevarte todas esas hamacas de una vez? –pregunta Griz.
Al mirar las hamacas, llevo apiladas unas seis. Actualmente no sería un problema para mí llevarlas, pero llamaría la atención.
-Las estoy juntando todas y luego me las voy llevando poco a poco.
Antes de que Miguel me conteste, suena su teléfono.
-Era Rocío, viene en autobús y me ha llamado para que la recoja –comenta Griz, mientras recoge las llaves de su coche de una mesa próxima a él.
-¿Dónde está la parada? Voy yo a por ella –respondo.
-¿Te acuerdas dónde estaba ese dentista que tanto miedo te daba?
-Sí, como no me voy a acordar –contesto sonriendo.
-Pues en la esquina de ese chalet la tienes.
-Ok. Voy para allá.

Dos minutos después estoy en la parada. El trayecto en coche es corto, pero al estar situadas estas casas en la falda de Sierra Morena, todas las calles son cuestas y, desde la parada de autobús hasta la casa de Griz, todo es cuesta arriba.
Poco después llega un autobús, fijo mi mirada en el retrovisor, buscando ansiosamente la figura de Rocío. Bajan dos, tres personas, pero no la veo. El autobús inicia nuevamente su movimiento y parece no estar en él. No será hasta el tercer autobús.

Al verla bajar mi corazón se acelera. Casi de inmediato, se percata

de mi coche aparcado algo más adelante. Se acerca con cara de extrañeza, sujetando con la mano derecha una mochila que cuelga sobre su espalda. Mientras se aproxima al coche, dos chicos que se cruzan con ella le dicen algo, girándose para mirarla cuando los sobrepasa, aunque Rocío parece no percatarse. Me bajo del vehículo mostrándole una gran sonrisa, alargando la mano para que me dé la mochila.
-Pero ¿qué haces aquí? ¿No estabas en Cádiz? –pregunta, sin dejarme contestar, dándome un apasionado beso.
Al darme la mochila, me sorprende el peso de esta.
-¿Qué llevas piedras?
-¡Qué exagerado eres! Son los libros que necesito para la tesis que estoy preparando.
-¿De qué va? –pregunto, cuando nos subimos al coche.
-¿Te acuerdas de un trabajo que tuve que hacer sobre las planarias, cuando nos fuimos de excursión al norte?
-Sí, ¿va de esos bichitos?
-Casi, en realidad va de mutaciones que han sufrido ciertos organismos para adaptarse a su entorno. Vamos, que a los cinco minutos de leer mi tesis te habrías quedado dormido –dice riendo, mientras apoya su mano sobre mi hombro y acaricia suavemente mi pelo.
-No creas, me parece muy interesante –contesto, a la vez que arranco el coche y me dirijo a su casa.
-Mentiroso –contesta algo incrédula, mientras sonríe.
Al poco de llegar a su casa, nos sentamos alrededor de la mesa para disfrutar una deliciosa comida que nos ha preparado Marta.
-Me han dicho de operaciones que en un mes vuelves a Panamá –comenta Griz, mientras sirve la comida en los platos.
-¿Cómo, es que te vas otra vez a aquella isla? –pregunta Rocío con mirada inquisidora.
-Me estoy enterando ahora mismo –contesto, intentando mostrar asombro ante la noticia-. ¿Qué te han dicho Miguel?
-Pues poca cosa. Ayer por la tarde los de NORVIX te solicitaron para un trabajo en Panamá.
-¿Para cuánto tiempo? –pregunta Rocío, adelantándose a mí.
-Para un mes prorrogable por otro, en caso de que sea necesario.
-¿En caso de que sea necesario? ¿Por qué no va otro en su lugar? –pregunta nuevamente Rocío.
-Lo han solicitado expresamente a él y pagan un buen dinero por ello. Lo que no entiendo es, ¿por qué? –dice Griz, girando su cabeza hacia mí, buscando una respuesta.
-A mí no me miréis, no tengo ni idea. Supongo que, porque ya me conocen.

-Pero pagar esa cantidad de dinero solo, porque te conocen. Además, esta vez no piden ni helicóptero, volarías uno de los de NORVIX. No termino de entenderlo –responde Griz.
-Chicos, ¿cuál es la norma de esta mesa? –pregunta Marta, interrumpiendo la conversación.
-No se habla de trabajo –responde Miguel, sonriéndole.
-Papá, ¿cómo está tu espalda?
-Pues increíblemente bien. Eric me ha curado hace un rato.
-¿Eric?
-Sí, la verdad es que me encuentro fenomenal.
-No, si se te ve.
Las horas pasan de manera relajada. Como siempre, allí me encuentro como en familia. Cuando Rocío y yo descubrimos nuestra relación, creía que Miguel me iba a dar la típica charla de padre a novio de su hija, pero no fue así. Creo que ya me conoce desde hace muchos años y sabe perfectamente como soy.
Cayendo el atardecer, Miguel se dirige a mí, con dos vasos en la mano.
-¿Un licor de manzana? –pregunta, mientras estira el brazo, dando por sentado que le voy a decir que sí.
-¿Sin alcohol?
-Por supuesto, no voy a dejar que conduzcas con mi hija a bordo, a sabiendas de que has bebido alcohol –responde, con una pequeña sonrisa reflejada en su cara.
Nos tumbamos en las dos únicas hamacas que quedan junto a la piscina, mientras los hielos de nuestros vasos golpetean en el cristal, produciendo un sonido característico. Allí tumbados y en silencio, vemos como el sol empieza a desaparecer poco a poco tras el tejado de la casa. Tras un rato allí tumbados, saboreando el dulce y delicioso licor, Miguel rompe su silencio.
-¿A qué has ido a Rota? ¿Te has entrevistado con los de NORVIX? –pregunta sin rodeos.
Cualquier intento de engaño, Miguel lo notará. Es como mi padre, tenía un sexto sentido para estas cosas, aunque decir la verdad no impide que pueda omitir ciertos detalles.
-No exactamente. Me han llamado los de mi antiguo equipo en Panamá. Quieren que me una a ellos en una segunda misión en la isla.
-Entiendo.
-Miguel, no les puedo decir que no.
-No sé qué leches pasó allí y no te voy a obligar a que me lo digas, pero creo que fue peligroso y no te queremos perder. Tu madre ya pasó por la pérdida de tu padre, no le hagas pasar por algo aún peor.
-¿Por qué dices eso?
-Vi como volviste de aquel lugar. He visto a muchos soldados que han vuelto de misiones traumáticas con la misma expresión que tú

mostrabas. Eric, desde que regresaste no eres la misma persona.
-¿He cambiado a peor?
-No sabría decirte. Has madurado, aunque, por otro lado, creo que cargas con un terrible secreto a tus espaldas.
Sus palabras son sabias y no desearía nada más en el mundo que poder contarle lo que me está sucediendo, pero involucrarlo, probablemente les pondría en peligro a él y su familia.
-Miguel, yo –digo sin terminar la frase, sin saber qué decir.
-No tienes que darme explicaciones. Yo también he estado en misiones de las que no he podido hablar. Solo sé que estos de NORVIX son una pandilla de mentirosos y que nada de lo que nos contaron parece ser cierto. No me molestaría, si no fueses tú el implicado. Por eso, no quiero que te veas obligado a ir, ya interferiré por ti en la empresa y buscaremos a otro que vaya.
-Miguel, no lo hago ni por NORVIX ni por Surskies, solo he accedido a ir allí por mis antiguos compañeros –contesto, incorporándome en la hamaca, con mi vista fija en el punto del tejado por donde ha desaparecido el sol.
-Hijo, parece que estoy escuchando a tu padre. Aunque no quiero que vayas, respeto y admiro tu valiente decisión. Intentaré ayudarte con Rocío, pero no esperes que ella lo entienda.
-Lo sé. Gracias.
Al cabo de un rato, Miguel se levanta y se dirige a la cubitera de hielo, donde también se encuentra con Rocío.
-¿No le has dicho nada? –pregunta Miguel.
-No papá, creo que ahora no es el momento. No quiero que se vaya preocupado.
-Quizá no se vaya si se lo cuentas.
-¿Lo hizo alguna vez mamá contigo? ¿Te impidió en alguna ocasión que te fueras a alguna de esas misiones? –responde Rocío, mientras juguetea con los hielos de la cubitera.
-Estoy orgulloso de ti, te has convertido en toda una mujer –dice el enorme padre, a la vez que le da un beso en la frente a su hija.
Pasados un par de días, ya he sido informado por la empresa de que debo partir en breve a Panamá. Pocos días después, me encuentro nuevamente en la base aeronaval de Rota.

CAPÍTULO 14

NUEVOS VIPERS

Al regresar a la base, me sorprende que en esta ocasión me dejen entrar con mi vehículo y que nadie me acompañe hasta el sector doce, pero así lo ha ordenado el doctor Fisher.
Al llegar al protegido sector doce, dos marines me dan el alto y me piden que les muestre la identificación que me han facilitado en la barrera. Aun así, apoyados por un amenazante canino, registran mi coche de arriba abajo. Una vez convencidos de que no soy una amenaza, vuelven a saludarme militarmente y se apartan a un lado.
No sabía cómo iba a reaccionar el perro cuando se acercara a mí. En esta ocasión, se ha limitado a mirarme fijamente y mantener una actitud de alerta, con sus orejas de punta en todo momento.
Cuando avanzo con el vehículo al lugar que Fisher me ha dicho que me estarán esperando, noto como mis manos tiemblan sobre el volante. Me siento nervioso, no por el hecho de encontrarme con el nuevo equipo, con los nuevos vipers, sino por todo lo que nos espera.
Al aparcar frente al hangar se abre la puerta de este, aunque antes de que alguien se asome, ya sé quién hay tras la puerta. Es Kosuke, puedo sentirlo casi como si lo viera, al igual que a Ivanova y Fisher que se encuentran junto a tres personas más.
-Me alegro de verte por aquí Eric -dice Kosuke, al verme bajar del coche.
-¿Me has sentido?
-Así es. Aunque, de todas formas, nos han avisado de tu llegada desde la barrera -contesta con una leve sonrisa.
Nos saludamos al modo japonés, inclinando ligeramente la cabeza, para después darnos un breve abrazo.
-Pasa, te están esperando -comenta Kosuke.
Al sobrepasar la puerta se giran hacia nosotros, aunque antes de que pueda pronunciar palabra, alguien que se aproxima por el lateral del hangar llama mi atención.
-Eric -dice una voz grave, en un culto inglés, que reconozco al instante.
-¡Skud, amigo mío, qué alegría verte! -respondo al enorme soldado británico que se acerca a mí.

Skud es un guerrero muy particular. Con sus casi dos metros de altura, este soldado de color de origen londinense, tiene una musculatura impresionante. Su aspecto podría intimidar al más aguerrido, pero al hablar con él, su cultura y amabilidad eclipsa todo lo demás. Siempre y cuando no le enfades.

Nos abrazamos durante un rato, con un sentimiento mutuo de amistad.

-No lo acapares -dice Ivanova, que se acerca también a mí, dándome dos besos.
-Doc -digo, alargando la mano para estrecharla con la suya.
-Has llegado en el momento preciso, íbamos a tomar un café, pero antes te voy a presentar a los nuevos vipers -contesta el viejo científico-. Por favor, acérquense un momento.
Dos hombres y una mujer, que hasta entonces mantenían la distancia, se aproximan hasta nosotros. Su aspecto me recuerda al de los caídos Vlad y Snake. Con ese aire altivo que muestran *los mercs*, y ellos tienen pinta de serlo o, al menos, haberlo sido.
-Vamos a la sala de reuniones y allí nos lo tomamos -dice Fisher, antes de que nadie inicie las presentaciones, dando un paso al frente, al que todos nosotros le seguimos.
-Procura no cargártela esta vez -comenta Ivanova a modo sarcástico.
-¿Hay algo que me haya perdido? -dice Skud, mientras apoya su mano sobre mi hombro, camino de la sala.
-Muchas cosas Skud, muchas cosas -responde la sensual doctora rusa.
Los otros tres guerreros nos siguen unos pasos por detrás, sin decir palabra alguna. Una vez en la sala de reuniones vamos ocupando asientos alrededor de la mesa, dejando instintivamente el que preside al doctor Fisher.
-Por favor, Eric, siéntate a mi lado -dice Michael Fisher.
Justo cuando voy a apoyar mis posaderas en una de las sillas, escucho la petición del doctor. Una vez a su lado, se vuelve a dirigir a nosotros.
-Bien, él es Eric Orcan. Será nuestro piloto.
-¿Él? -dice la chica que se sienta al otro lado de la mesa, con cierto acento que me resulta familiar.
-¿Por qué lo dices? -pregunta Ivanova, a punto de sacar las uñas.
-Porque no parece que este crío tenga ninguna experiencia militar, más bien, parece que se vaya a poner a surfear y no me gustaría poner mi culo en una aeronave con alguien sin experiencia. Nadie nos ha explicado nada de la misión, pero si nos habéis seleccionado a nosotros, no debe ser precisamente un paseo por el parque.
-Nadie mejor que Eric para llevarnos a aquel infierno y yo que tú, no lo ofendería.
-Burna, hija de Kariv e Ita, no tienes nada que temer. Me caes bien, me recuerdas un poco a Ada, una brava guerrera que dejó allí su vida para defendernos -digo, levantando ligeramente la mano de la mesa para calmar la furia de Ivanova.
-¿Qué demonios? ¿Es que me has estado investigando? -responde

Burna con cierto enfado.
-Svetlana, ¿has comprobado la sala? -dice el doctor Fisher, interrumpiendo a la soldado israelí.
-Sí, así es doctor -responde Ivanova.
-Esto que voy a contar aquí es alto secreto. Si alguna de las palabras que voy a mencionar sale de aquí, podrán ser juzgados por ello. Tienen que trabajar como un equipo bien engranado, si no lo hacen así ninguno de ustedes saldrá vivo de aquella isla -dice el doctor.

Los nuevos guerreros seleccionados para formar parte del equipo se miran algo asombrados.
-Si alguien quiere abandonar, este es el momento. El contrato ya lo conocéis. En caso de que causéis baja en la misión, se pagará igualmente a quién hayáis designado como herederos, pero debéis saber que, si os quedáis a escuchar lo que el doctor tiene que deciros, ya no podréis abandonar -dice la doctora, con cierto halo de misterio.
-Nada de lo que tú digas ni este anciano nos va a asustar -dice Klahan riendo, con evidente falta de respeto. El guerrero tailandés curtido en mil batallas, que se sienta en el lado opuesto de la mesa donde me encuentro.
Mi reacción es casi instantánea y, mediante un rugido, lanzo una fuerza imperceptible para él, pero imparable, que recorre la mesa hasta impactar contra su pecho, lanzándolo contra la pared y rompiendo la botella de agua que tenía en su mano.
-¡Dios mío, sus ojos! -grita el norteamericano, que se encuentra sentado junto a Burna. Ambos se levantan de sus asientos, alejándose de mí lo máximo que les permite la pared de la habitación.
Momentos después, mis enrojecidos ojos y uñas, ya convertidas en garras, vuelven a la normalidad. Kosuke me mira con una sutil sonrisa y mentalmente me habla, a sabiendas de que recibiré sus pensamientos.
-*Bien hecho Eric.*
-*Temía que le rebanaras el cuello con tu cuchillo* -respondo también mentalmente, de manera sarcástica.

-Bueno, como decía, este es el señor Orcan que, como han podido apreciar, será algo más que nuestro piloto -dice el doctor, apoyando los codos en la mesa y entrelazando los dedos de las manos, los cuales le sirven de resorte para la barbilla-. Como creo que ahora tengo su atención, les haré una pequeña introducción de la misión y luego continuará el líder del equipo, viper uno, el señor Kosuke Senju, más conocido por ustedes como Kosuke. Por cierto, Burna y Klahan, por su bien, yo no volvería a ofender al señor Orcan.
-¿Apago la luz doctor? -pregunta Ivanova, mientras enciende el proyector.

-Sí, por favor.

Mientras Klahan se incorpora nuevamente en su asiento palpando su dolorido pecho, sin que nadie le preste demasiada atención, los otros dos asustados guerreros también se sientan, mostrando en sus rostros una mezcla de temor y curiosidad hacia mí.

Poco después, la luz del proyector empieza a dar forma a la imagen aérea de la isla que el resto ya conocemos.

-La isla que están viendo en pantalla tiene muchos nombres. Los nativos la llaman la Isla del Diablo y no sin acierto. Se encuentra a unos cientos de kilómetros de las costas panameñas -dice el doctor, mientras se gira en su asiento para apuntar con un pequeño laser hacia la pantalla-. Como pueden ver, estas nubes que cubren la isla nos impiden ver parte de ella. No están ahí por casualidad, creemos que los seres que allí habitan, las crean intencionadamente para evitar precisamente esto, que los podamos observar desde el aire.

-¿Seres? -dice Ethan, el ex seal.

-Todos habéis visto lo que ha hecho Eric con un mínimo esfuerzo, si se lo hubiera propuesto, podría haber matado a Klahan sin ni siquiera tocarlo.

-¿Son como él? -pregunta ahora Burna.

-Mucho peores -respondo, sin llegar a mirarla.

-Si me permiten, les contaré aquello que quieren saber -dice el doctor, con su siempre paciente y paternal voz-. No me andaré con rodeos. Seres alienígenas habitan allí desde hace un tiempo indeterminado, no sabemos si por accidente o porque realmente querían estar allí. Creemos que utilizan la apartada isla a modo de campo de pruebas. Los hemos clasificado en dos tipos, superiores y lacayos.

Mientras habla, Ivanova cambia la imagen que se proyecta desde su ordenador.

-Eric, hemos utilizado tus dibujos para la presentación, espero que no te importe -comenta Ivanova a modo de broma.

Le contesto sin hablar, simplemente guiñándole un ojo.

-Estos dibujos que ven aquí, gracias al señor Orcan, son algunos de los seres que esperamos encontrar en la isla -dice Fisher, girándose hacia mí-. Estos alienígenas son los portadores de los seres superiores.

-¿Cómo los portadores? -dice Klahan, mirándome primero, como el niño que pide permiso a su padre para hablar.

-En realidad, los seres superiores son estos -contesta el doctor, mostrando ahora un nuevo dibujo-. Pero no solo a estos demonios les deben temer, toda aquella maldita jungla querrá matarlos. La mayoría de animales y plantas están infectados por G21.

-¿G21? –pregunta Ethan.

Allí pasamos cerca de dos horas, mientras Fisher y Kosuke les explica

lo que hasta ahora conocemos de la isla y de cómo me convertí en el ser que soy ahora. Sus caras eran una mezcla entre asombro, temor e incredulidad.
Al terminar la reunión, ninguno de los tres nuevos vipers se levanta de su asiento. Se miran unos a otros sin decir nada. Ahora mismo sus mentes no paran de gritarme, de mostrarme abiertamente todos sus pensamientos, de su creciente temor, aunque no lo quieran demostrar.
-Es su turno, señor Orcan -dice Fisher, al girar su asiento hacia mí.
-Gracias doc. Mi evolución es algo que tanto el doctor Fisher como la doctora Ivanova deberán de evaluar. De momento, el proceso a aquello en lo que me vaya a convertir es constante y parece que imparable. Lo que quiera que sea que se esté apoderando de mí, cada vez es más fuerte, pero también es verdad, que estoy aprendiendo a notar los síntomas y dominarlos, aunque esto no siempre sucede.
Skud, que se encuentra sentado junto a mí, me mira mostrando cierta preocupación en su semblante.
-La idea es que trabajemos juntos, para que aprendáis a percibir ciertos síntomas y que no os ponga en peligro. ¿Preguntas?
-¿Vamos a llevar un monstruo con nosotros? ¿Cómo demonios sabemos que no está con ellos? –pregunta Burna alterada.
-Eric no es ningún monstruo, los demonios están en la isla y son de ellos de los que te debes cuidar –responde tajante Kosuke, sin concederle su mirada.
Comprendo la respuesta de Kosuke, pero soy consciente de que a todos ellos se les pasa por la mente si en algún momento me volveré contra ellos, incluso a él. A pesar de esto, como buen descendiente de los antiguos samurái, una vez que me concedió su amistad, esta será para siempre.
-El noventa por ciento de las veces, cuando me transformo es porque hay una situación que lo provoca. Es entonces, cuando dejo que fluya esa maldad provocando la transformación. Sé que lo que os preocupa es ese otro diez por ciento.
-Exacto, ¿quién nos asegura que cuando vayamos en el helicóptero no te vas a volver loco y lo hagas estrellar o que cuando estemos dormidos nos degüelles uno a uno?
-Burna, para acabar con vosotros, por desgracia, no tendría que esperar a que os quedarais dormidos, ahora mismo podría mataros a todos los que estáis en esta habitación con suma facilidad –respondo con voz templada y mostrando cierta calma.- Ese diez por ciento que no he podido controlar en alguna ocasión, siempre ha sido después de transformarme y, como te he dicho, hasta ahora las transformaciones las tengo que dejar fluir, si me opongo a ella es difícil que esta ocurra.
-Entonces, si entre todos nosotros no podemos acabar contigo y dices que los bichos aquellos son aún peores que tú, ¿cómo demonios nos

vamos a enfrentar a ellos? –dice Ethan.
-Para eso os voy a entrenar, al igual que yo también debo aprender a tener el control. Por cierto, Burna, no volaremos en un helicóptero –respondo.
-¿Saltaremos desde un avión?
-Volaremos en un hechicero nocturno. Una aeronave basada en tecnología alienígena.
-¿Vamos a volar en un prototipo? –pregunta ahora Klahan.
-¿Creí que erais unos tipos duros? –contesto.
-Es solo que no quiero morir, me quedan muchas zorras que mancillar y whiskies que derramar –contesta, poniéndose a la defensiva.
-Precisamente por eso utilizaremos esa aeronave, porque es con la única que podremos aterrizar en aquella isla con seguridad. En cuanto nos acercábamos al núcleo, todas las demás fueron derribadas antes de la toma.
-¿Tienes alguna idea de por qué sucedía esto? –dice Skud.
-Sí, casi con toda seguridad, podría decirte que aquella aeronave que encontramos emitía un PEM, que hacía que los equipos de nuestras aeronaves comenzaran a fallar.
-¿Un PEM? –pregunta Burna.
-Un pulso electromagnético –contesto, al girarme ligeramente hacia ella-. El hechicero nocturno, entre otras cosas, está protegido ante este PEM.

La reunión se extiende un par de horas más, con incesantes preguntas por parte de los tres nuevos miembros. Al final de esta, Fisher recibe una llamada telefónica que lo hace levantarse de su asiento y dirigirse hacia una esquina para poder hablar, mientras nosotros seguimos debatiendo de unas cosas y otras, aunque con mi mejorado oído y debido a sus gestos corporales, su conversación no escapa de mi atención. Poco después de terminar, ocupa nuevamente su asiento y espera una pausa para dirigirse a nosotros.
-Chicos, perdonar que os interrumpa. Ya nos han puesto fecha para nuestra partida a la isla, será en diez días, por lo que tenemos unos escasos nueve días para entrenarnos e integrarnos como un solo equipo, el equipo Viper.
-Bueno, eso no es mucho tiempo doc. Si hemos terminado, os pediría que hoy os lo toméis relajado, os acomodéis en la residencia, porque mañana comenzaremos con los entrenamientos. Repasar los manuales de los equipos que os han entregado –dice Kosuke.
-Eric –dice Fisher, dirigiéndose a mí-. Svetlana y el doctor Phil Brown, que conociste en el hangar, te harán una serie de pruebas estas noches cuando te vayas a dormir, para intentar analizar tus sueños.
-¿Cómo vais a hacer eso?

-Te vamos a monitorizar con una serie de sensores que yo misma te pondré. Intentaré que sean lo menos molestos posible para que puedas descansar, ya que estos días van a ser muy intensos –responde Ivanova.
-Está bien, espero que sirva para algo.

CAPÍTULO 15

9 DÍAS

07:50 horas. Base Naval de Rota. Sector doce.

-Buenos días, mi nombre es McGregor, aunque hoy me siento benevolente y me podréis llamar Mac. Seré vuestro instructor en todo lo que se refiera al vuelo –dice el viejo marine, con sus brazos en jarra y mordisqueando el eterno puro apagado que siempre discurre por sus labios de lado a lado-. Les presento al Hechicero Nocturno.

Al desplazarse a un lado, podemos ver una enorme figura tapada por una funda grisácea. Varios marines tiran de la manta hacia un lado, recogiéndola poco a poco. A pesar de que ya la había visto en las imágenes mentales de McGregor, al verla de cerca me sorprende su forma, su tamaño, su diseño futurista. Su color gris naval, le da cierto aspecto bélico.

Al acercarme más a ella, veo que ha sufrido ligeros cambios con respecto a la imagen mental que yo tenía.

-Y ¿esto? –digo, refiriéndome a dos orificios que tiene en el morro-. No reconozco eso en los recuerdos de McGregor.

-Es normal, antes no existían y yo tengo la culpa de que estén ahí ahora. Sugerí que debía estar armado, para que en caso de que fuera necesario nos pudieras cubrir desde el aire -responde Kosuke.

-¿Qué lleva?

-Dos cañones de treinta milímetros y dos pequeñas bodegas desplegables en la panza, que portan dos misiles Hellfire cada una. Con tampoco tiempo, no se le han podido instalar más sistemas de armas sin variar en exceso la estructura.

-Esto es para ti –dice McGregor, ofreciéndome un maletín. Ya me ha contado tu historia el doctor Fisher, así que supongo que sabrás lo que contiene. Por cierto, chaval, procura no volver a meterte en mi mente sin mi permiso –dice el marine, retirando su mano nada más ofrecerme el maletín.

-No te preocupes, solo fue una manera rápida de aprendizaje. No volverá a pasar –contesto con una sonrisa, mientras deposito el maletín en el suelo y lo abro con cuidado.

-¿Qué es? –pregunta Ivanova, que se encuentra de pie junto a mí.

-¿Sabes qué? Desde aquí abajo, aún se ven tus piernas más largas, si cabe.

-¿Te gusta lo que ves?

-Chicos, centrémonos. Estos días son cruciales para tener algo de esperanza en la isla –dice el doctor Fisher, que también se acerca para interesarse por el contenido del maletín.

-Es un simple RCS, un sistema de control remoto, solo que este es

un poco más complicado.

-¿Para qué sirve? –pregunta Kosuke, que también se ha acercado.

-Para pilotar eso –respondo, apuntando con la mano hacia la aeronave.

Poco después, extraigo un brazalete del maletín y me lo pongo en el antebrazo, cubriendo casi por completo desde la muñeca hasta el codo.

-¿Así es como pilotan ellos sus naves? –pregunta Ivanova.

-No. Ellos están conectados a sus naves a través de una especie de red neuronal, que les permite mandar órdenes a estas mentalmente y, con su avanzada tecnología, las respuestas son casi inmediatas. Además, generan su propio campo de gravedad en la aeronave, para que, en virajes sumamente bruscos o cambios de dirección, sus órganos vitales no sufran. Si alguna vez tuviéramos que enfrentarnos a ellos en una batalla en el aire, sería prácticamente imposible batirlos.

-¿Tu no podrías pilotar esta aeronave de la misma forma? –pregunta ahora Kosuke, al que se ha acercado también McGregor, Skud y Burna.

-Sí, pero para eso tendría que pedir a NORVIX que modificara completamente el sistema de navegación de la aeronave.

-¿Y por qué no lo haces?

-Por un lado, aunque les ayudara a fabricarlo, no tenemos tiempo para crear un sistema tan complejo, por otro, me descubriría frente a NORVIX.

-Eric tiene razón, nos están mirando con lupa. Siempre hay alguien de NORVIX observando, por lo que debemos tener sumo cuidado con lo que decimos o hacemos, sobre todo tú, Eric. De ninguna manera, debes mostrar tus habilidades en público o que te puedan grabar con un móvil.

-Lo sé doctor –contesto, incorporándome y ajustándome un casco del que por la parte delantera cae una pequeña pantalla HMD de color verdoso, que viene a coincidir con mis ojos y un pequeño micro articulado que enfrento a mi boca-. Está bien, vamos a probar esta maravilla. Mac, ¿están todas las ventilaciones abiertas?

-Sí, está listo para arrancar cuando quieras, pero espera, debes tener contacto con la torre de la base, tienes ya puesta la frecuencia en el brazalete. Recuerda que así es aún más difícil de controlar.

-Lo sé Mac, gracias –contesto, elevando mi antebrazo izquierdo y tocando sobre el brazalete una serie de botones táctiles con mi mano derecha-. ¡Vamos allá! Torre de Rota, buenos días, de Hechicero uno.

-Estación llamando, repita indicativo para torre de Rota.

-Aquí Hechicero uno, desde heliplataforma del sector doce.

-Buenos días Hechicero uno, le tenemos a la vista. Declare intenciones.

-Solicito permiso para iniciar motores, para posterior estacionario en plataforma. Le notificaré cuando rodemos a pista. Es un vuelo especial con clave CR dos siete uno.

-Espere –tras unos segundos de espera-. Hechicero uno, está autorizado al arranque y posterior estacionario en plataforma. Notifique cuando desee ingresar en pista.

-Torre de Rota de Hechicero uno, así lo haré, gracias.

Aunque todos esperan el sonido de unas turbinas arrancando, como las de un caza o un gran helicóptero, un tenue sonido empieza a oírse, este es sumamente sigiloso para la enorme aeronave que tenemos delante. Con mucho cuidado empiezo a darle potencia al núcleo y este a su vez a los tres propulsores. La aeronave empieza a elevarse del suelo, sin hacer mayor ruido del que estaba haciendo hasta ahora. Es más, cuando algún helicóptero o caza aterriza en la lejana pista, el sonido del hechicero queda completamente anulado.

Se mantiene en un estacionario perfectamente estabilizado, poco después, empiezo a hacer ejercicios rutinarios para coger el tacto a la aeronave, ascendiendo y descendiendo sobre el mismo punto, girando sobre sí mismo, desplazándolo lateralmente de un lado a otro. Los propulsores basculan según muevo el brazo y el color azulado que desprenden cambian a uno más blanquecino cuando les exijo algo más de potencia. A su vez, en la pequeña pantalla que porta el casco, puedo ver lo que ve la aeronave, junto con parámetros como velocidad, altura o grados de inclinación.

Todos los vipers están allí, pendientes de la evolución de la extraña aeronave.

Transcurridos unos diez minutos, decido que ya es hora de probarla de verdad, aterrizándola de nuevo.

-Mac, ¿embarcamos? –pregunto, girando mi cara hacia él.

-¿Podemos nosotros también? –dice Ivanova, como la colegiala que está deseando subirse en una moto por primera vez.

-Aquí no mando yo, el instructor decide –respondo. Lo que parece sorprender y agradar al viejo marine.

-Supongo que sí. En unos días estaréis embarcados en ella rumbo al infierno, cuanto antes os acostumbréis a la aeronave, mejor.

Uno a uno se va acomodando en los asientos que, expresamente, Mac les va marcando.

-Estos serán siempre vuestros asientos y, salvo que el comandante diga lo contrario, nunca deberéis cambiarlos. Esto agilizará los embarques y desembarques.

Mientras continúan subiendo, me voy familiarizando a los mandos. Es una mezcla de sensaciones. Por un lado, están los recuerdos de Mac, por otro, mis propias experiencias. No es fácil de asimilar para un humano. A veces pienso, que me volvería loco si no

fuera, porque tengo una parte alienígena.

-Los artilleros ocuparéis estos asientos –dice Mac a Ethan y Klahan.

-¿Llevaremos ametralladoras laterales? –pregunto, girándome sobre mi asiento, mientras busco el rostro de McGregor.

-Sí, las solicitó Kosuke e inicialmente se le dijo que no, pero hemos encontrado la manera de que no afecte en demasía el centro de gravedad de la aeronave, aunque con la potencia que tiene este bicho, le podrías colgar un elefante de cada lado y no lo notaría. No las hemos montado en estos primeros vuelos, pero pasado mañana, cuando empecemos con las prácticas de tiro, las tendréis montadas.

-Bueno, esto va a estar divertido –comento en voz alta, a lo que Kosuke, que se encuentra sentado a mi derecha y ligeramente atrás, me responde con un guiño.

Todos visten los nuevos uniformes, incluso yo, que más que un mono de vuelo parece que porte el traje de un superhéroe de cómic. Al igual que mi traje de vuelo, sus uniformes nada tienen que ver con los que recuerdo de mi padre o abuelo, estos son ajustados al cuerpo. A simple vista, parecen hechos de silicona o de algún tipo de goma, pero al tacto, es como si tocaras una tela normal. Estos son los VX2, una evolución del VX1 que no hace mucho me enseñaron en la base aeronaval. En este modelo, han conseguido mejoras con respecto al anterior, como distribuir el líquido por todo el uniforme, lo que hace que la protección para el combatiente sea aún mayor. Se encuentran llenos de sensores que mandan información permanentemente al combatiente, así como al centro de control. Si fuera necesario, el uniforme actuará por sí solo, bajará o subirá la temperatura interior, controlará las constantes vitales y le indicará al portador lo que debe hacer si este se encuentra en una situación crítica.

Es evidente que se están dando prisa en diseñar sus juguetitos, para que los podamos utilizar en aquella isla. La sensación que circula por nuestras cabezas de que NORVIX nos está usando como cobayas humanas es evidente, aunque, al menos, en esta ocasión iremos mejor preparados.

-Chicos conecten los uniformes, vamos a comprobar enlace con el OC -dice McGregor.

Todos actuamos sobre nuestras pulseras y esta vibra ligeramente. Poco después, aparece un mensaje anunciándonos que el uniforme está operativo y conectado al centro de operaciones.

-Pónganse los cascos -dice el marine, que recorre la aeronave de punta a punta, comprobando lo que hacemos-. Aunque ya han recibido instrucción al respecto y se han debido leer los manuales de los equipos que se les han entregado, les recordaré ligeramente cómo funcionan. Al ponernos los respectivos cascos, estos se conectan

también con los uniformes. Seleccionando el intercomunicador de la pulsera y el número correspondiente, este cambiará de frecuencia. El ocho está asociado al OC y el nueve a la frecuencia de reserva con el OC, el resto ya los conocen. Recuerden que cuanto más cerca se encuentren del núcleo, las interferencias serán mayores.

-¡Este no funciona! -exclama Klahan, mientras golpea el casco repetidas veces.

-Seguro que ya te lo has cargado animal, si es que estas cosas tan sofisticadas no están hechas para ti -contesta Burna, que se burla de él.

-Ven aquí, te voy a enseñar una cosa sofisticada -responde Klahan, gesticulando groseramente.

Por mi cabeza pasan imágenes de Vlad, Snake y Ada. En cierto modo, estos dos me los recuerdan bastante.

-¡Vamos a ver Kalan, Klahan o como te llames, si no prestas atención a mis instrucciones, te saco de la aeronave a patadas, te queda claro! -grita McGregor, a unos escasos centímetros de la nariz del tailandés, que a pesar de su aparente bravía, se achanta frente al marine.

-Sí, señor, pero esto sigue sin funcionar.

-Muéstreme su pulsera -responde McGregor-. Ya está solucionado, compruebe ahora.

-Ahora va bien -responde Klahan, refunfuñando en un sonido casi inaudible.

-¿Es bueno? -pregunta Kosuke a Skud, que se encuentra a su lado.

-Muy bueno, aunque su disciplina deja mucho que desear -responde Skud en voz baja.

-Esperemos que así sea, allí no podremos cometer fallos.

-Centro operativo de Hechicero, ¿cómo nos recibe? –dice Mac, tras conectar su equipo-. ¿Tienen las constantes de todos los vipers?

-Así es Hechicero, les recibimos fuerte y claro. Las constantes e imágenes de todos los miembros del equipo se reciben perfectamente –contesta un operador del OC, que se encuentra frente a uno de los muchos monitores que hay en la sala para controlar cientos de parámetros. Junto a él, mirando atentamente las grandes pantallas que hay en una pared frontal y que son un resumen en imágenes de lo que ve cada operador en su ordenador, se encuentra Fisher.

-Pasamos a control directo con la aeronave –responde Mac.

-Recibido Hechicero.

-Eric, en estos dos equipos tienes las frecuencias de torre y radar de la base, en este otro la del OC –dice Mac, al acercarse a mí, marcando con su mano los equipos.

-Recibido.

-Pues cuando quieras –dice, al sentarse tras de mí y ajustarse los atalajes.

-Torre de Rota de Hechicero uno, buenos días de nuevo –digo, mientras termino de cerrar todas las puertas desde la consola y echo un último vistazo para comprobar que todos ocupan sus asientos y llevan abrochados los atalajes.

-Adelante para Hechicero uno de torre de Rota.

-Solicito permiso para rodar y posterior despegue.

-Me da intenciones. ¿Se quedará en base haciendo tráficos?

-No, negativo. Mi intención es proceder a zona tres para realizar vuelo de pruebas.

-Copiado. Proceda por rodadura hasta cabecera dos ocho.

-Eric, solicita despegar desde aquí, no queremos que demasiadas miradas indiscretas vean o fotografíen la aeronave –dice Mac, por la interfonía de la aeronave.

-Torre de Rota, ¿sería posible despegar desde mi presente posición?

-¿No necesita carrera de despegue?

-No, no es necesario.

-Copiado Hechicero uno. ¿Tiene a la vista el tráfico que está en final?

-A la vista.

-Pues como número dos, a la vista del tráfico en final, Hechicero uno autorizado a despegar con dirección sur.

-Recibido Rota, gracias. Autorizado a despegue como número dos, ajustándome al tráfico precedente, Hechicero uno.

Tras terminar las comunicaciones con la torre, voy tirando de paso suavemente. Las vibraciones, así como el ruido, son mínimas. Casi no se percibe la separación de la aeronave con el suelo. A unos diez pies del suelo, meto pedal y aproo la aeronave al sur. La estabilización de la aeronave es perfecta, a pesar de tener unos doce nudos de viento cruzado.

Al ver que el avión ha aterrizado y se dispone a rodar hacia los hangares, vuelvo a contactar con la torre.

-Rota, a la vista de la aeronave precedente en rodadura, inicio despegue con uno ocho cero, Hechicero uno.

-Recibido Hechicero uno. En el aire a las ocho cuarenta, notifique a su regreso. Buen vuelo.

-Gracias Rota. Notificaré a mi regreso, Hechicero uno.

Cambiando en el panel de modo uno a dos, simplemente pasando mi dedo por encima de un pequeño holograma, paso del modo estacionario a modo despegue.

Al aplicar ligeramente el paso, la aeronave asciende a más de mil pies por minuto, alcanzando una velocidad de doscientos nudos en solo unos segundos.

En la torre nos observan con curiosidad, ya que al volar con clave CR,

saben que es un vuelo especial. Nuestro despegue es tan sumamente rápido que no tienen demasiado tiempo para observarnos.
-¿¡Qué demonios era eso!? –exclama el controlador, mientras intenta observarnos a través de los binoculares, sin mucho éxito.

CAPÍTULO 16

EL INCIDENTE

La aeronave se mueve de manera totalmente diferente a cualquier otra que haya pilotado anteriormente. Nunca volé un caza, pero creo que esta lo supera.

Llegando al sector asignado para nuestro entrenamiento, me alejo algo de la costa para poder maniobrar a placer; acelerando y decelerando, subiendo y bajando con una fuerza increíble, aunque esta no se percibe en exceso por los ocupantes.

-¿Qué tal vais? –pregunto sin mirar atrás.

-Bien, esta máquina es increíble –contesta Skud-. ¿Podemos hacer algún embarque y desembarque?

-No estaba programado; Mac decide.

-¿Por qué no? Solo tenéis unos días para entrenaros. Eric, si te sientes cómodo con la aeronave, adelante –contesta Mac.

-Pues vamos allá.

Todo ese día, mañana y tarde, lo dedicamos a entrenar con el Hechicero. Al caer la noche, Mac se dirige a nosotros.

-Bueno chicos, lo han hecho bien. Esta noche haremos una primera hora de vuelo nocturno, para empezar a acostumbrarnos a la noche.

Los días van pasando y el entrenamiento cada vez va siendo más duro e intenso. Tampoco cesan las pruebas cuando me voy a dormir.

El equipo de Fisher montó una mini jungla en uno de los hangares y allí realizamos entrenamientos en tierra para coordinarnos eficientemente. En el campo de tiro probamos las nuevas armas, que no difieren en exceso de las que ya tuvimos la primera vez que fuimos a la isla, aunque para Burna, Ethan y Klahan son completamente nuevas. Embarcan una y mil veces en el Hechicero, para acostumbrarlos a hacerlo con la mayor de las eficiencias. Realizamos descensos en rapel y rescates desde estacionario a distintas alturas. Hacemos prácticas de tiro en el mar a blancos teledirigidos, tanto con los cañones frontales, como con las ametralladoras laterales.

Los entrenamientos terminan siendo agotadores, pero el tiempo nos apremia y no podemos permitirnos descansar.

El arma principal que portaremos en la jungla serán las NV3987-CP5, que es una evolución de la que los científicos llamaban cariñosamente como *la revienta muros*. El diseño de estas armas sigue siendo parecido, asemejándose a las AR15, solo que con un tamaño más reducido y un diseño más compacto y futurista.

Manteniendo el calibre de 7,62 mm, tiene una excelente cadencia de tiro. Cargadores de quince y de treinta cartuchos, aunque su mayor

potencial viene de la parte inferior. Un cañón de impulsos con munición prácticamente inagotable, mientras funcione la batería interna, ya que se recarga con unas placas solares que lleva en la parte superior. Además, se le pueden asociar multitud de equipos
La cadencia del cañón se ha mejorado a un disparo cada cuatro segundos y, aunque no haya ninguna luz, ahora la batería interna mejorada le permite realizar hasta tres disparos. Con una mínima luz residual, el cañón de impulsos se volvería a cargar, aunque la cadencia sería menor.

Lo que más les sorprende a los nuevos vipers al cogerlo por primera vez es el peso, este es ínfimo, pareciendo más propio de un arma de juguete que de una real.
En una pequeña pantalla que se adapta en la parte superior trasera del arma, una vez conectada, se puede ver el código de los localizadores de las armas del resto del equipo, ya que cada una de estas armas, así como los uniformes, llevan un localizador incorporado que se puede activar o desactivar a discreción del combatiente. Así, mediante estas pantallas, podemos saber dónde se encuentran el resto de los combatientes con respecto a nosotros, sin tener que apartar la vista de posibles objetivos.

A diferencia de la versión anterior, esta pantalla ya no hay que desmontarla para instalarla en el casco, sino que, los datos que suministra nuestra arma se pueden volcar a las pantallas desplegables que ya llevan integrados nuestros cascos. Esta puede actuar como visor nocturno, cámara térmica o sensor perimetral.
Además de estos fusiles, existen también armas cortas de impulsos, aunque estas no difieren prácticamente de las que ya portamos la vez anterior.
Como dice Mac, el duro entrenamiento une al equipo y, efectivamente, parece que así es.

Conforme los días van pasando, el ambiente se va relajando entre nosotros. Kosuke, como un buen líder, sabe cómo dirigirnos y eso nos da confianza. Al terminar cada jornada, acabamos en una pizzería que hay cerca de la residencia donde nos hospedamos. Allí nos reímos de las meteduras de pata de unos y otros.
Nos encontramos esparcidos por la pizzería, que más que pizzería parece un pub. Hay mesas de madera bajas, flanqueadas a ambos lados por cómodos asientos de color rojo, tipo sofá. Al otro lado, hay mesas altas con varios taburetes alrededor, en los que al sentarte estás casi de pie. Tanto las paredes como el suelo son de madera, lo que siempre me ha gustado para un pub. En una de esas mesas altas me encontraba hablando con Kosuke, hasta que se fue a repostar nuestras bebidas. El resto del equipo se encuentra alrededor de una de las mesas bajas, terminando los restos de las pizzas que hemos pedido.

Con música de fondo de los años ochenta y una cerveza en la mano, Burna se acerca hacia mí, moviendo su cadera de lado a lado al son de la música.
-¿Nunca bebes alcohol? -pregunta con mirada insinuante, mientras moja sus labios paseando su lengua por ellos.
-No, nunca -respondo, algo incómodo por su cercanía, ya que con su cadera llega a rozar mi entrepierna, mientras continúa bailando la música que se escucha de fondo. Para colmo, me siento observado por Ivanova, que parece haberse dado cuenta de la situación y no me quita ojo de encima.
-¿Tienes miedo a perder el control?
-Nunca he bebido, pero si hay un mal momento para beber y perder el control sería este.
-¿Por qué lo dices? -dice, mientras apoya una de sus manos en mi pierna y se acerca aún más.
-Ya lo sabes, lo que llevo dentro es muy peligroso -contesto, a la vez que aparto su mano y la desplazo algo hacia atrás-. Has bebido más de la cuenta. Deberías irte a la residencia y descansar, mañana nos espera un día muy largo.
-¿Qué pasa contigo? Solo intento ser amable -responde, golpeando mi pecho. Al retroceder, derrama algo de su cerveza sobre un marine uniformado, que en ese momento pasaba por detrás.
-¡Tranquila Burna! Discúlpala, se ha pasado un poco con la cerveza -digo, dirigiéndome al marine.
-¿Por eso tienes que empujarla? –responde el marine, que parece que también se ha pasado algo con la bebida.
-Vamos a calmarnos, no queremos problemas. Venga Burna, vamos a la residencia –digo, agarrándola por un brazo.
-¡Suéltame! –responde ella, apartando bruscamente su brazo, volviendo a derramar algo del amarillo líquido sobre el suelo del bar.
-¡No vuelvas a tocarla! –exclama el marine, intentando empujar con su mano mi hombro. Con un pequeño movimiento de mi brazo falla por muy poco, lo que le hace perder el equilibrio y caer encima de los taburetes que hay alrededor de la mesa. Esto llama la atención del resto de marines que hay en la barra y también de Kosuke, que se aproximaba con dos jarras de zumo, una en cada mano.
Al acercarse un par de soldados, mi cuerpo los reconoce como una amenaza y lentamente mis ojos empiezan a cambiar, tornándose rojos poco a poco.
-¡Dios mío! –exclama Burna, a la vez que retrocede sin dejar de mirar mi semblante-. Lo siento mucho, yo no quería.
-Marines, debéis iros. ¡Ahora! –dice Kosuke, sin mirarlos al rostro, mientras deposita ambas jarras sobre la mesa.
-Jimmy, estos son del sector doce. Ya sabes lo que comentan de ellos,

vámonos –dice uno de los marines a su compañero, en voz baja.
-Grason, vamos levanta –dice otro de ellos, que ayuda a levantarse al caído marine, que aún gruñe desde el suelo-. Disculpar a nuestro compañero, se ha pasado un poco con la bebida.
Mientras lo levantan entre los compañeros, el ebrio marine no para de vociferar. Ivanova, a su vez, ha agarrado del brazo a Burna y la ha separado de nosotros, como si de una marioneta se tratara.
-Estúpida, ¿sabes lo que podías haber hecho? –reprende Ivanova a la israelita.
-Lo sé, lo siento –repite Burna, una y otra vez.
Rápidamente, aunque no sin esfuerzo, vuelvo a la calma. Fisher y Klahan se han acercado a mí y observan mi rostro minuciosamente.
-¿Cómo te encuentras? –pregunta el doctor.
Bien, doc. Solo ha sido un momento de excitación, pero gracias a la rápida intervención de Kosuke, todo ha quedado en nada.
-Esto no puede volver a suceder, por favor, Svetlana, llévate a Burna a la residencia. Mañana hablaré con ella –dice Fisher, con muestras de preocupación en su rostro.
-Sí, doctor –responde Ivanova.
-Yo me haré cargo de ella doctor –dice Skud, que se acerca por detrás.
Cuando Skud guía a Burna a uno de los todoterrenos, aprovecha para hablar con ella.
-¿Qué demonios te pasa? Me consta que eres una gran combatiente, he visto los informes de las misiones en las que has participado –dice Skud, interrumpido por Burna cuando se zafa rápidamente de él, para dirigirse a una esquina y vomitar el exceso de alcohol que hay en su cuerpo.
-Lo siento Skud, lo siento de veras, no sé qué demonios me pasa.
-Si quieres participar en esta misión, debes integrarte en el equipo. Allí no podremos permitirnos cometer ningún error, nos podrías matar a todos.
-Lo sé –contesta algo cabizbaja, al subir al vehículo-. Desde aquel día en Tel Aviv.
-¿Qué pasó exactamente? –pregunta Skud, que también se acomoda en el vehículo, sin llegar a arrancarlo.
-Fue ya hace tiempo. Estaba en un restaurante celebrando mi graduación en la academia militar, junto con mis padres y hermano. Cuando terminamos de comer, mi padre dijo de invitarnos a un helado, pero insistí en quedarnos en aquella terraza y yo me acercaría a por ellos a una heladería que había enfrente. Cuando me alejaba del restaurante, me cruce con un chico que llevaba una mochila y que, por algún motivo, llamó mi atención. Quizá, porque no me miró al cruzarse conmigo, su mirada nerviosa, no lo sé, el caso es que algo no cuadraba en él.

Skud la observa sin mencionar palabra.
-No sé si me siento culpable por lo que pasó, por no intervenir, por decidir ir a por aquellos helados y obligar a mi familia a permanecer en aquel restaurante.
-Para –dice finalmente Skud-. No te castigues más. Aquello pasó y no puedes ni pudiste hacer nada por evitarlo. La culpa fue del terrorista que detonó aquel explosivo y no tuya. Aquel atentado pasó hace ya casi diez años y no puedes estar castigándote el resto de tu vida. Ahora somos nosotros los que te necesitamos. Necesitamos que en aquella jungla estés alerta y con tus sentidos al cien por cien.
-Gracias Skud –responde Burna con lágrimas en sus ojos.

Al rato, el resto salimos de la pizzería y, tanto Kosuke como yo, nos percatamos de cómo el coche todoterreno que nos sigue a todos lados se encuentra en la esquina opuesta.
-¿Habrán cenado? ¿Les llevamos una pizza? –pregunta Kosuke, a modo de broma, cuando subimos a nuestros respectivos vehículos.

CAPÍTULO 17

EL VUELO

Los días han pasado y ha llegado el momento de partir. Días extraños estos; la tristeza por la separación de nuestras familias y amigos, se mezcla con los nervios por no saber muy bien lo que nos vamos a encontrar. Ahora entiendo un poco a mi padre cuando partía a lejanas misiones y yo no paraba de reprochárselo.

Nos disponemos a embarcar en un enorme avión militar, desde la misma base de Rota.

Me encuentro impaciente por llegar allí, por descubrir qué me está pasando, qué soy ahora. Al subir al avión, me sorprende que en la enorme bodega de carga no hay uno, sino dos hechiceros nocturnos. Al fondo, espera sentado lo que parece un segundo equipo.

-¿Qué demonios es esto? ¿Tú sabías algo? –digo, dirigiéndome a Kosuke, aunque al ver la expresión de su rostro, no necesito una respuesta.

-Lo siento chicos, es culpa mía. NORVIX me notificó hace un par de días que tenía intenciones de mandar un segundo equipo y que era innegociable –responde Fisher a mi pregunta, adelantándose a Kosuke-. No quise deciros nada, para no descentraros de vuestro entrenamiento.

Parados en la misma entrada de la enorme panza del avión, el cual parece que nos fuera a engullir, nos encontramos los ocho.

-Doctor, debías habernos informado –contesta Ivanova.

-Lo sé, quizá debí hacerlo, pero creía que hacía lo mejor.

-¿Cuál será su función? –pregunta Kosuke.

-Serán vuestro apoyo, en caso de que este fuese necesario.

-¿Quién pilotará el segundo hechicero? –pregunto, sin embargo, la respuesta ya se refleja en la mente de Fisher antes de pronunciar palabra.

-Parece ser que yo –dice McGregor, que se acerca a mí por detrás.

-¿Cómo es posible que me ocultaras esta información? –pregunto intrigado.

-¿Es que te estás metiendo permanentemente en nuestras mentes? –pregunta Burna, pero es evidente que el resto también lo desean saber.

-No, tranquilos, para hacerlo debo hacer un pequeño esfuerzo en concentrarme en cada uno de vosotros y os prometo que no lo hago.

-Y entonces, ¿por qué le has preguntado eso?

-Porque cuanto más intenta un humano ocultar una información guardada en su cerebro, más aflora en su mente, hasta que es evidente para mí. Pero, en el caso de McGregor, no detecté absolutamente

nada.

-Era imposible que leyeras en su cerebro nada al respecto, ya que no fue informado hasta anoche –contesta Fisher a mi pregunta.

-Bueno, quizá no sea tan malo llevar un segundo equipo de refuerzo –respondo.

-Doctor, recuerde lo que pasó la última vez con el segundo equipo –dice Kosuke.

-No os preocupéis, fueron adiestrados por McGregor antes que vosotros, por si finalmente el grupo de los vipers no se formaba. Estos no son contratistas de Doyle, todo irá bien –responde Fisher, con algo de inseguridad en sus palabras que todos apreciamos.

Mientras terminamos de subir la enorme rampa del avión, me dirijo en voz baja al marine, que mordisquea el eterno puro apagado que recorre su boca de lado a lado.

-Mac, ¿te han explicado a dónde vamos? ¿Sabes dónde te estás metiendo?

-Lo sé Eric –dice el viejo soldado, plagado de cicatrices. En cierto modo, me recuerda a Griz o a mi propio padre.- Ayer me explicaron todo con detalle; la isla, aquellos seres, lo que te hicieron. Si pudiste meterte en mi mente, sabrás que mi mujer murió de una terrible enfermedad.

-No, no lo sabía Mac, lo siento –respondo, apoyando mi mano sobre su hombro-. Intento acceder solo a la información que necesito.

-Gracias Eric –responde él, interrumpiéndome.

-¡Señor, nos comenta el piloto que debemos partir! –dice un militar desde el interior del avión.

-Ok –responde McGregor.

-Vayamos dentro. Tenemos un largo viaje para continuar nuestra conversación -digo.

Tras un breve y frío saludo al segundo equipo, los vipers se sientan en los asientos de enfrente, como si de dos bandas rivales se trataran. McGregor y yo nos sentamos uno al lado del otro, justo a continuación de los vipers. Ellos también son siete, si contamos a Mac como uno más.

Poco después, estamos en el aire y la tensión inicial se va diluyendo.

-Perdona Mac, me dijiste antes que tu mujer murió de una enfermedad. ¿Hace mucho?

-El mes que viene hará cinco años, pero los últimos años fueron terribles.

-¿Tienes hijos? –pregunto, intentando evitar la muerte de su mujer, ya que veo que es un tema sumamente doloroso para él.

-Sí. Jane, la mayor, está en Nueva York, trabajando en publicidad

deportiva. Sarah está aún en la universidad, cursando un máster de biogenética.

-¡Qué curioso! Mi novia está estudiando algo parecido.

Tras una larga conversación, mientras el resto permanecen dormidos, veo que dentro de él hay una profunda tristeza. La muerte de su mujer ha provocado una gran herida en su alma que no es capaz de superar y el que sus hijas ya no vivan con él, le ha hecho sumirse aún más en la tristeza. Poco a poco lo está consumiendo.

Te puedo ayudar –comento en voz baja, eludiendo lo que estábamos hablando en ese momento.

-¿A qué te refieres?

-Puedo hacer que vuelvas con ella.

-¿La puedes resucitar? ¿Eso quieres decir? –contesta en broma, aunque con lágrimas en los ojos.

-No, pero puedo meterme en tus mejores recuerdos y hacerte que los vivas como si fueran realidad. Puedo hacer que los peores años con ella desaparezcan de tu mente, si así lo deseas, y solo te quedes con lo bueno, con lo que de verdad quieras recordar.

-¿Cómo es eso? –pregunta balbuceando el aguerrido marine.

-Dame tus manos.

Lentamente, con algo de temor, coloca sus manos sobre la palma de las mías. Nada más entrar en contacto conmigo, de sus ojos brotan lágrimas, aunque, a su vez, una gran sonrisa ilumina su rostro.

Uno de los soldados que se encuentra sentado frente a nosotros, el único que permanece despierto, nos mira con cierta intriga.

Solo unos segundos después, suelto sus manos.

-¡Dios mío! –exclama McGregor emocionado.

-¿Quieres seguir?

-He podido hablar con ella, tocarla. He sentido su tacto, sus caricias, su olor.

-Entiendo que eso es un sí –respondo, con una sonrisa.

-Por favor –responde él, extendiendo impaciente sus manos.

-Tras unos minutos y a pesar de que lágrimas brotan de sus ojos, su cara refleja una inmensa felicidad. Con delicadeza, apoyo sus manos en sus piernas y lo dejo soñar con los recuerdos que he rebuscado en su subconsciente.

Cuando me incorporo nuevamente en mi liviano asiento, fabricado de duras telas tensadas, el cual una vez plegado ocupa el mínimo espacio, me doy cuenta de que también estoy siendo observado por Ivanova.

No tarda en ponerse de pie y acercarse, caminando por la plataforma metálica del enorme estómago del avión que nos engulló hace unas horas, al asiento que queda libre a mi izquierda.

Entre el ruido constante de los motores rugiendo a ambos costados

de la aeronave y algún que otro bamboleo, Ivanova me habla en un tono solo audible para ella y para mí.

-¿Qué le has hecho?

-Le he liberado. Tenía un gran sufrimiento interno.

-¿Cómo se supone que has hecho eso?

-He accedido a su subconsciente y he extraído los recuerdos de su familia que le hacen más feliz, recuerdos pasados, haciéndole interaccionar con ellos.

-¿Puedes hacerlo?

-Sí, creé una realidad paralela en su mente usando sus recuerdos.

-¿Es eso lo que aquellos monstruos utilizaron contra nosotros para paralizarnos?

-Así es. Acceden a tus recuerdos más oscuros, generando en tu mente una realidad paralela que podría volverte loco, incluso matarte si tu cerebro no fuese capaz de luchar contra ello y mantenerse en lo que es real.

El doctor Fisher, que también se ha despertado, se incorpora y se acerca hasta nosotros intentando mantener el equilibrio, apoyando una rodilla al llegar frente a mí.

-¿Qué pasa?

-Me acaba de contar como cree que actúan en nuestra mente, lo que puede ser muy útil para defendernos de ellos, siempre que logremos una solución –contesta Ivanova algo excitada.

-Doc, además inyectaron G21 en mi ADN. Soy una prueba para ellos. Me eligieron y descubrir por qué, podría ser la clave; mi tipo de sangre, no ser un soldado, el tipo de coeficiente intelectual, cualquier variable podría ser la solución. Creo que quieren comprobar si soy capaz de sobrevivir con esto implantado dentro de mí, saber si me puedo convertir un ser superior, sin morir en el intento.

-Algo así creemos que está sucediendo. Es más, pensamos que los sueños son un activador de tu G21 y, por otro lado, un reclamo irresistible para que vuelvas con ellos.

-¿Un activador?

-Tus sueños van activando parte del nuevo ADN, para que, poco a poco, tu cuerpo sea capaz de sufrir estos enormes cambios.

-La parte más delicada de todo este proceso es tu cerebro. Si el cambio fuera de golpe, tu cerebro no sería capaz de asimilar el proceso y probablemente te volverías loco. Esas voces que empezaste a oír en tu cabeza, que no son otra cosa que los pensamientos, deseos o temores de las personas o animales que te rodean, tienes que aprender a canalizarlas y creemos que es por eso por lo que te van activando lentamente, paso a paso, para que te dé tiempo a acostumbrarte –dice ahora la doctora.

-¿Qué pasará cuando el cambio sea completo? ¿Me convertiré en

uno de ellos?

Tanto Ivanova como Fisher se miran mutuamente, antes de darme una respuesta.

-Eso no lo podemos saber, dependerá de tu fuerza interior. Deberás aprender a dominar los instintos que te provocará el G21, cuando este fluya plenamente por tu sangre. Tu ventaja es que, a diferencia de aquellos pobres desgraciados que se les acopló uno de esos parásitos al cerebro, tu transformación está siendo lenta –dice el doctor, apoyando sus manos en mis rodillas.

CAPÍTULO 18

PATRICK

Dos días han pasado ya desde que aterrizamos en una isla vecina a nuestro destino. El motivo de no tomar en Panamá no fue otro que el de mantener oculto a miradas indiscretas, todo el material que portamos, así como los hechiceros.
El aterrizaje no debió ser sencillo para los pilotos y cerca anduvimos de estrellarnos contra unas palmeras shapaja, ya que la pista era demasiado corta para el enorme avión y la pesada carga que transportaba. Esta no era otra que un camino de tierra adaptado como pista de aterrizaje, con la arboleda cortada a un lado y a otro para darle la suficiente amplitud a la envergadura del avión. Por suerte, para estos pilotos no debía ser la primera vez que se encontraban en una situación similar.
Se ha contratado el servicio de indígenas locales, que hacen las veces de porteadores, para llevar el material desde el avión al barco que nos trasladará a Dratnu Dua. Este todavía permanece fuera de la pista con el tren de aterrizaje algo enterrado en la arena. Nuestro navío se encuentra anclado en un improvisado puerto que, hasta ahora, debía ser utilizado por los indígenas como lugar de amarre para sus destartaladas embarcaciones pesqueras.
De aspecto, estos indígenas, son similares a los que habitaban en la isla de Eric –*Dratnu Dua*-, bajitos y con la piel curtida por el sol, pero algo más rechonchos. Esta tribu probablemente procede de los ngöbe o los kuna, no son guerreros como lo eran los de la isla maldita, sino pescadores. Su temperamento y desvelo por el trabajo deja mucho que desear, sacando de sus casillas al responsable de carga en más de una ocasión. Pero es el carácter de estas personas, su modo de vida es ese, quizá por eso, en una tribu tan pequeña hay varios ancianos centenarios.

El paisaje de la isla es selvático. El pequeño poblado se encuentra situado en un altiplano. Girando trescientos sesenta grados, la visión desde aquí es relativamente monótona, predominando el verde sobre cualquier otro color, solo unas pequeñas cordilleras al fondo rompen la continua silueta arbolada que forma la jungla. Desde que llegamos aquí, casi de continuo, se pueden escuchar gritar a los monos, lo que a veces llega a ser un suplicio, u observar a las incesantes aves de multitud de colores que no paran de sobrevolarnos y pintan el cielo de hermosas tonalidades. Al poco de llegar y descargar nuestro equipo en el barco, Kosuke no tardó en recordarnos que teníamos que continuar con nuestro entrenamiento, aunque en esta ocasión hay una variación que han introducido los doctores Fisher e Ivanova. Desde nuestra

conversación en el avión, tomamos la decisión de entrenar mentalmente a los vipers para enfrentarse a los poderes mentales de esos seres, de enfrentarse a mí. El tiempo nos apremia y en un par de días se nos echará encima una tormenta tropical, por lo que el capitán del barco ya nos ha advertido que, si no hemos salido antes de que se aproxime, no podremos hacerlo hasta al menos siete u ocho días más tarde, y no es una opción para NORVIX. Por otro lado, existe la duda si el desvencijado puerto indígena resistirá la tormenta que se aproxima, ya que este presenta numerosas cicatrices de anteriores tormentas. A solo media milla de la costa se puede ver parte de una embarcación hundida, lo que no es muy alentador. Si logramos llegar a Dratnu Dua antes que la tormenta, allí NORVIX había construido un puerto con barreras, supuestamente preparado para aguantar tormentas como la que se nos viene encima.

Según el capitán del Louisiana III -nuestro barco-, lo que se aproxima inexorablemente, se está transformado de huracán a tormenta tropical, perdiendo fuerza paulatinamente, pero, aun así, cuando llegue a nuestras costas, tendrá unos vientos sostenidos de unos cien kilómetros por hora, lo que no será agradable si nos pilla navegando.

Alejados del campamento unos cientos de metros y en un diminuto claro de la jungla, por donde circula un riachuelo, empezamos nuestros entrenamientos como si fuéramos un grupo de estudiantes. Conmigo en el centro, haciendo las veces de improvisado profesor, con ellos sentados alrededor formando un círculo, comenzamos con pequeños ejercicios. El doctor Fisher también se ha unido al grupo, supongo que para experimentar en sus propias carnes el poder de estos seres. Los primeros ejercicios son sencillos; me introduzco en sus mentes, en las de todos ellos a la vez, pero me comentan que no perciben nada. Como era previsible y como ha sucedido hasta ahora, solo tengo problemas para entrar en una de ellas, en la de Kosuke Senju. También él es el único que se percata de mi intento de entrar en su mente. Tras unas horas de trabajo, solo tres más son capaces de percibirme, curiosamente los que tienen sus cerebros más trabajados, Fisher, Ivanova y Skud, aunque solo Kosuke ha conseguido bloquearme por completo. Llega la hora de comer y Fisher propone descansar, ya que todos estamos agotados.

Mientras caminamos por un pequeño y húmedo sendero hacia el campamento, la mayoría se queja de las numerosas picaduras de insectos que han recibido durante las horas de entrenamiento. Observo mi piel y no veo ninguna. En los últimos meses, esta se ha endurecido considerablemente y no creo que haya insecto capaz de atravesarla, sin necesidad de acorazarla como hago cuando siento un

peligro, al menos en esta isla, en Dratnu Dua podría ser diferente.

-¡Eric! –dice Kosuke, avanzado hasta ponerse junto a mí, mientras caminamos hacia el campamento.

-Dime.

-¿Has sido capaz de introducirte en mi mente?

-Al final me ha sido imposible, es más, cada vez que lo intentaba sentía un fuerte dolor de cabeza. ¿Cómo lo has logrado?

-Cada vez que te sentía, te imaginaba como una de esas bestias y mentalmente luchaba contra ti.

-He estado meditando si contártelo o no, pero debes saberlo. Creo saber por qué eres así, diferente al resto, pero no puedo contártelo delante de los demás -digo, acercándome a él para que el resto no nos escuchen.

-¿Qué quieres decir?

-¿Tu madre se llamaba Hikari?

-Sí -dice sorprendido.

-Ella murió cuando te dio a luz, durante el parto.

-Pero ¿cómo sabes esto? -pregunta Kosuke exaltado.

-Soñé con ella la noche que nos volvimos a encontrar.

-No entiendo.

-Luego tendremos que hacer una puesta en común, para ver cómo mejorar lo más rápido posible –dice Fisher, que se acerca unos pasos por detrás, interrumpiendo la conversación.

Kosuke y yo nos miramos, y continuamos andando en silencio. Su semblante serio no suele mostrar sus sentimientos, aunque en esta ocasión lo veo pensativo el resto de camino hacia el poblado.

-¿Qué demonios es eso? –pregunta Ivanova.

Al salir al claro del poblado, podemos ver como el segundo equipo se encuentra alrededor de lo que parece un enorme robot. Este mide unos dos metros y, en cierta manera, su diseño recuerda a los alienígenas. Sus miembros inferiores son muy similares a la de aquellos monstruos, con sus rotulas dobladas hacia atrás, lo que probablemente le debe permitir moverse con cierta agilidad y rapidez o dar grandes saltos. Sus brazos portan una enorme arma similar a las que llevaremos nosotros, pero por su tamaño, debe ser de mayor calibre. En su diminuta cabeza, en proporción con el resto del cuerpo, se pueden ver unas pequeñas antenas y una lente que haría las veces de ojos. Conforme nos acercamos podemos ver como esta se mueve alargándose o acortándose para enfocar la imagen.

-¡No me lo puedo creer, es un RAC! –exclama Fisher.

-¿Un RAC? –pregunta Skud.

-Un robot avanzado de combate. Tienen capacidad de evolucionar por sí solos. Según los informes, era solo un proyecto que se

encontraba en sus inicios.

-Pues parece que NORVIX le oculta información, porque este tiene pinta de estar terminado y listo para combatir.

-Son de otra rama distinta a la mía, en NORVIX cada departamento es muy hermético en cuanto a lo que información de nuevos proyectos se refiere. Tenía conocimiento de que existía el proyecto RAC y había visto algunos planos de ellos, aunque este difiere mucho de los que había visto. Tenía entendido que estaba estancado por lo costoso que era y diversos problemas que tuvieron con su estructura. Cada uno de estos robots viene a costar lo que un F-35C, unos doscientos millones de dólares.

Mientras nos aproximamos el guerrero metálico este comienza a moverse, haciendo pequeños giros como si nos observara a cada uno de nosotros. Junto a él, hay un par de científicos de NORVIX que saludan al doctor Fisher en cuanto lo ven.

-Muy buenas Michael, le presento al doctor Paolo Rosati. Se unió a nuestro proyecto el año pasado por sus conocimientos en biomecánica –dice uno de los científicos, mientras se apartan a un lado todos los soldados que rodean al robot para dejar pasar a los doctores Fisher e Ivanova.

-No tenía el placer, aunque he visto su nombre en alguno de los informes de robótica. Encantado –contesta Fisher.

-El placer es mío, llevo años siguiendo sus estudios de biotecnología y estructura del ADN –responde Rosati, con un inglés algo torpe y marcado acento italiano.

-¿Qué tenemos aquí? –pregunta Fisher.

-NORVIX tiene intención de presentarlo al concurso que el ejército convocará el año que viene, para compra de nuevo material bélico. Participar en esta misión es una oportunidad única, con la idea de probarlo en un campo de batalla, sin cámaras filmando u otros países que puedan copiarlo, por lo que estaban muy interesados en que el RAC estuviera terminado. Hace unos meses se hizo una gran inversión en nuestro departamento, que como sabrá, estaba estancado desde hacía un par de años. Este es el primer RAC operativo –contesta el rechoncho y bajito científico, que más tarde se identificará como Paul Lee.

- Pero ¿cómo habéis conseguido un avance tan rápido en tampoco tiempo? ¿Es completamente funcional?

-Sí, por supuesto. Su misión es proteger al equipo que se encuentre en la zona, recibiendo órdenes directas del jefe de equipo, el señor Kosuke, si este cayera, seguiría por orden de jerarquía dentro del equipo.

-¿Cómo sabremos que no se volverá contra nosotros o nos pegará

un tiro si alguien se cruza por delante cuando vaya a abrir fuego? –pregunta ahora Kosuke.

-Viper uno, mis protocolos son muy claros, proteger con mi existencia a cualquiera de los miembros del equipo y seguir estrictamente las órdenes recibidas. Si alguien del equipo se cruza por delante de mi arma, los brazaletes localizadores que ustedes portan la bloquean automáticamente hasta que salgan del rango de tiro –responde el robot, dando un par de pasos hacia Kosuke y adelantándose a la respuesta del científico.

-¿Proteger con mi existencia? –responde Burna, mofándose del robot.

-Viper seis, mi nombre es Patrick, en honor al primer viper uno y anterior líder de los vipers. Nací hace veintitrés días, doce horas y cuarenta segundos. Mi forma de vida, aunque le cueste entenderlo, es una I.A., una forma de vida inteligente. Mi procesador no cesa de recopilar información donde me encuentre, estoy diseñado para aprender y evolucionar constantemente. Lo único que me diferencia de usted es que no tengo sentimientos.

-Lo que me diferencia de ti, es que yo tengo alma y tú no.

-Viper seis, ¿me puede mostrar su alma? ¿Tiene alma un animal? Y si no la tienen, ¿esto significaría que no están vivos, que no existen? -responde el robot, esperando unos segundos-. Bueno, por la ausencia de respuesta, veo que no lo tiene claro. Por cierto, el doctor Rosati ha cometido un pequeño error en su alegación, en la actualidad puedo recibir órdenes igualmente de viper uno como de viper cero.

Burna gesticula, pero no llega a pronunciar palabra.

-¿Quién es viper cero? –pregunta Fisher.

-Eric Orcan, doctor.

-Comprendo. ¿Podemos ver qué es capaz de hacer? –pregunta nuevamente Fisher, dirigiéndose al doctor Rosati.

-Por supuesto, estaba deseando que me lo pidieran –responde el científico, orgulloso de su juguetito-. Por favor, si le dejan algo de espacio.

Nos echamos a un lado, dejando el claro del poblado frente a él.

-Por favor, Patrick, ¿puedes hacer una demostración de agilidad y fuerza?

-Por supuesto doctor –responde el robot con templada voz.

Con un rápido movimiento, coloca el arma en su espalda. De alguna forma, debe estar imantada, ya que esta queda pegada y no parece estar sujeta por nada. Sus movimientos son rápidos y, a pesar de que sus articulaciones, miembros y cuello, parecen estar hechos de circuitos hidráulicos y guías de paso, estos no emiten ningún ruido, siendo sumamente silencioso, lo que nos sorprende a todos. Todo su cuerpo está pintado de camuflaje, que le da un aspecto similar al de

algunos personajes de videojuegos con los que habitualmente solía jugar.

Más tarde el científico nos explicaría que en su estructura lleva unas placas de fibra plástica que tienen una baja reflexión radar, esto junto a una pintura porosa y una superficie diédrica, lo hacen casi indetectable al radar. Además, en caso necesario, emite un ultrasonido para distorsionar un posible micrófono de seguimiento de alta sensibilidad. También nos comentó que el material del que está hecho es similar al del Hechicero Nocturno, aleaciones de materiales compuestos basados en tecnología alienígena, que le dan una resistencia tres veces superior al titanio, pero con un mínimo peso. A pesar de su corpulencia, con el armamento incluido, su peso no supera los ciento treinta kilos.

Vaya, se llama Patrick, espero que con este me lleve mejor que con el anterior. Al pensar esto, la cabeza del robot se gira bruscamente hacia mí, como si hubiese sido capaz de captar mis pensamientos, para momentos después volver a mirar hacia delante.

Comienza a caminar lentamente y su forma de hacerlo no puede ser más parecida a la de aquellos seres. Estoy completamente seguro de que su diseño se basó en ellos. Poco después comienza a correr, quedándose corta aquella explanada de unos doscientos metros de diámetro en solo unos segundos. Al llegar al final se encuentra de bruces con un grupo de palmas de moriche de unos tres metros de alto, que actúan como frontera natural del poblado, saltando sobre ellas desaparece tras los árboles.

Pasan ya unos minutos y "*Patrick*" no aparece.

-Parece que el robot de doscientos millones de dólares ha desaparecido –comenta Klahan.

-Tiene iniciativa propia, así fue diseñado –responde el científico, que se acopla unas gafas, que a su vez están conectadas a una tablet mediante bluetooh-. Ya viene de vuelta y parece que trae algo.

-¿Puede ver lo que él ve? –pregunta Fisher.

-Así es, a través de imagen codificada, el OC podrá seguir todo lo que él haga, siempre que tengamos enlace satélite o a una distancia directa de entre diez y quince kilómetros.

Pocos segundos después, Patrick aparece de entre los árboles sosteniendo algo en sus manos metálicas. Estas están acolchadas por la parte interior por algún tipo de piel, para poder agarrar sin hacer daño y ganar sensibilidad, ya que bajo esa piel sus dedos están plagados de sensores. A diferencia a los humanos, este solo tiene cuatro dedos.

-¿Qué trae? –pregunta ahora uno de los soldados de McGregor.

-No ha sufrido ningún daño, solo lo he traído para que vean la belleza de esta fauna –dice el robot al llegar hasta nosotros, sujetando un pequeño mono de su larga cola y extremidades.

Al dejarlo en el suelo, este se dirige corriendo hacia la selva, desapareciendo en un instante. Mientras el primate se aleja, Patrick se dirige a una gran roca y la levanta con facilidad. Mira a un lado y a otro, y la lanza a unos veinte metros impactando contra el suelo, notándose en nuestros pies la vibración producida por el tremendo impacto.

-¡Increíble! –exclaman unos y otros.

-¿Cómo se suministra de energía? ¿Lleva una batería o algo parecido? –pregunta Klahan.

-Pues fue uno de nuestros grandes retos. Patrick lleva un núcleo, con energía autosuficiente para un año aproximadamente, ya que se auto recarga con el movimiento. También hemos instalado un sistema de carga en el Hechicero, para que este se pueda recargar en él si fuera necesario, pero como pueden imaginar, su tecnología es alto secreto - dice el científico, secándose constantemente el sudor. Aunque la temperatura en la isla no es muy alta, unos treinta grados centígrados, la humedad relativa si lo es.

-¿Le podría afectar un pulso electromagnético? Porque nos consta que estos seres los utilizan y a mi helicóptero lo echó abajo uno.

-Sí, señor Orcan, nos consta esta información y al diseñar a Patrick, al igual que al Hechicero Nocturno, lo tuvimos muy en cuenta, ya que de otra manera serían inútiles en esta misión.

Mientras el científico habla conmigo, puedo percibir como Patrick se acerca a mí y me observa con detenimiento. De su extraña cabeza se abre una nueva lente de color verde, que hasta ahora estaba oculta por una tapa metálica y sus pequeñas antenas parecen moverse con pequeños temblores.

-Doc –digo, dirigiéndome ahora al doctor Fisher-. Él podría ser el soldado perfecto contra esos seres. No tiene sentimientos y tampoco recuerdos que puedan utilizar contra él.

-No había caído en ello, pero así es.

-Viper cero, eres un ser muy interesante, tu energía vital es extraordinaria.

-Prefiero que me llames Eric.

-Así lo haré Eric Orcan –responde el robot, que enfoca con varias lentes mi rostro. La más pequeña, la de color verde, parece moverse de manera independiente a la más grande.

-Una última pregunta –dice Fisher, cambiando el tono de su voz, ahora mucho más serio y dirigiéndose a ambos científicos-. ¿Cuáles son las directrices con respecto a Patrick? ¿Tendré plena potestad de la información que envíe a NORVIX, así como de lo que puede grabar su procesador? Porque si no es así, no lo quiero en mi equipo.

-Sí doctor, así será. Ya nos advirtió el señor Anderson al respecto, el profesor Rosati se quedará con usted para resolver cualquier duda que

pueda surgir durante la operación. En el barco está ya instalado todo el equipo de enlace con Patrick. Sin embargo, como bien sabe, los satélites no funcionan en esta isla y si supera la distancia máxima de enlace de nuestros equipos, es posible que en determinados momentos perdamos el enlace con el RAC.

CAPÍTULO 19

LA ISLA

Tras la comida y un ligero descanso, nos dirigimos al pequeño claro para continuar con los ejercicios mentales. Fisher se quedó reunido en el barco con su equipo y con los científicos que trajeron a Patrick, para familiarizarse con los sistemas que deberán utilizar para contactar con el robot, aunque estos son muy similares a los que gestionan al Hechicero, por lo que no supone un gran esfuerzo por su parte. Quizá, la verdadera razón de reunirse con ellos en el barco es evitar que husmeen por la isla, mientras realizamos nuestros entrenamientos mentales.

Cuando caminamos por el pequeño sendero, acelero algo el paso, para alcanzar al enorme guerrero metálico.

-Patrick.

-¿Sí, Eric?

-¿Estás grabando?

-Mi procesador siempre está grabando.

-¿Hay alguna manera de parar esa grabación?

-No. Pero si tu preocupación es la información que pueda llegar a NORVIX, puedo evitar que esta se auto envíe a la central.

-¿Harías esto?

-Escuché la conversación del doctor Fisher con los doctores Lee y Rosati. Me quedó claro que debo seguir las directrices de Michael Fisher, y cuando nos encontremos en la isla, las tuyas y las de viper uno.

-Pero esa grabación siempre quedará en tu procesador, ¿correcto?

-No, periódicamente tengo que hacer un vuelco de datos o mi procesador se saturaría. Al hacer ese vuelco de datos es cuando se puede borrar la información no deseada.

-¿Dónde se hace ese vuelco de datos?

-Mientras que dure la misión se ha instalado en el barco, podríamos decir una CPU, que hará esta función, aunque el Hechicero también dispondrá de otra.

-Entonces, al borrar esos datos, imágenes, conversaciones, ¿pierdes esa información?

-No, esta queda encriptada en mi procesador, ocupando mucho menos espacio. Solo yo u otro RAC como yo, seríamos capaces de interpretar este encriptado. Comparándolo con un humano, sería vuestro subconsciente.

A la vez que habla, se para y me mira como si intentara interpretar mi reacción al compararse con los humanos. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando se acerca a mí, observándome a través de

sus lentes. Poco después, recorremos los últimos metros que faltan hasta el claro.

-¿Qué sabes de lo que está sucediendo en la isla?

-Tengo información completa de todo lo que allí ha sucedido, de todos los que participarán en la misión, pero la información que dispone NORVIX sobre ti es incorrecta. ¿Es por esto por lo que no quieres que grabe?

Al decir esto, tanto Kosuke como Ivanova que están cerca, se paran junto a nosotros.

-¿A qué te refieres?

-Tengo información detallada de toda tu vida, desde que naciste hasta que llegaste a la isla, pero a partir de ahí, solo un breve informe del incidente y poco más.

-¿Y?

-Hay mucho más en ti –dice, atacándome sin previo aviso al pecho con uno de sus enormes brazos metálicos.

Mi instinto alienígena reacciona de inmediato acorazando mi cuerpo, a la vez que mis ojos se tornan amarillos y mis pupilas se alargan. A pesar de todo, me desplaza unos metros atrás. Kosuke gira sobre sí, llevando rápidamente su mano derecha a la daga que siempre porta a su espalda. Casi paralelamente, Ivanova desenfunda su pistola, apuntándole directamente a la cabeza.

-Tranquilos, solo quería comprobar algo –dice el robot, levantando ambos brazos-, sabía que no le produciría daño alguno.

-No vuelvas a hacerlo, si valoras en algo tu existencia –digo, con mi voz más ronca de lo habitual, ligeramente modificada por lo que fue un atisbo de transformación.

-¿Por qué lo has hecho? –pregunta Ivanova, que baja su arma.

-Antes me percaté que Eric emitía ondas, en cierta manera, similares a las que lanzan los radares de adquisición de objetivos. Esto es imposible en un humano, al menos, no consta en mi base de datos. También su estructura ósea y probablemente su ADN, ya que ha cambiado su piel y corpulencia en un instante. Quería saber más de él.

-Pues la próxima vez pregunta o te arrancaré la jodida cabeza de lata, y no lo digo metafóricamente.

Tanto Svetlana como Kosuke se sorprenden de mi actitud agresiva, ya que normalmente no soy así, pero como les pasaba a aquellos animales en Dratnu Dua, cuanto más infectados estaban de G21, mayor era su fuerza, inteligencia, pero también su agresividad. Probablemente eso es lo que me esté pasando a mí.

-No volverá a ocurrir Eric –responde el metálico robot, retrocediendo un par de pasos.

Aunque tardo unos instantes en volver a mi estado normal, todos me observan algo expectantes. Minutos después hemos formado un

círculo, conmigo en el centro. Durante un breve tiempo realizamos unos ejercicios de meditación, en los que el único sonido que resuena es el discurrir del agua del arroyuelo que hay a unos metros de nosotros y el de algunos pajarillos que desde la copa de altos árboles parecen observarnos. El cielo está despejado, solo alguna despistada nube navega por el azulado techo que nos cubre, nada hace presagiar la tormenta que se nos avecina.

Patrick permanece de pie, a unos metros por detrás de Ivanova. Su lente verde vuelve a estar oculta por lo que parece un protector metálico, ahora son unas pequeñas antenas las que se han desplegado por debajo de la lente principal, como si le hubiese crecido una barba metálica. Este no para de mirar a unos y a otros como si estuviese inquieto, pero eso es imposible en un robot.

-Está bien, empezaré con Kosuke que es el que presentó mayor resistencia esta mañana. Prepárate, ahora lo haremos con algo de más intensidad. El resto intentar captar mi fuerza.

Al momento de empezar la cabeza del robot gira bruscamente hacia mí y da un par de pasos, acercándose a unos escasos centímetros de la espalda de Ivanova, lo que la incómoda, desplazándose ligeramente hacia delante. Mientras intento dominarlo mentalmente veo como sufre para evitarlo, aunque su resistencia no dura demasiado, en cuanto aumento la intensidad no puede impedir que domine su mente.

-Esto es inútil, necesitaríamos meses, quizá años de entrenamiento para empezar a conseguir algún resultado –responde Kosuke agotado, apoyando una mano en el suelo para poder mantenerse erguido.

-Si me permitís –dice el robot.

-¡Vaya, ahora resulta que tiene modales! –exclama Burna.

Dando un paso con sus largas y acorazadas piernas, pasa por encima de Ivanova y se coloca junto a mí.

-Puedo ayudar –dice el RAC, alargando ahora las antenas que tiene por encima de su cabeza.

-Adelante habla –responde Kosuke.

-Cuando estábamos en el poblado pude sentir la fuerza que Eric emitía. Creo que esta se transmite a través de algún tipo de ondas y, si es así, probablemente pueda bloquearlas o atenuarlas, quizá eso os de alguna oportunidad.

-¿Cómo se supone que harás eso? –pregunto intrigado.

-Recordar que soy una máquina de combate. Estoy diseñado para infiltrarme en las líneas enemigas y destrozar sus defensas para que tropas propias puedan atacar sin ser abatidos, por lo que estoy repleto de medidas antirradar y bloqueadores de frecuencias. En principio, no fueron diseñadas para esto, pero si las puedo captar, quizá las pueda bloquear o interferir de alguna forma.

-Podría funcionar, en los Seals, una de mis funciones era buscar la forma de interferir en las frecuencias enemigas. Si es detectable siempre existe una manera de bloquear, el problema es encontrar cómo –dice el siempre callado y observador Ethan.

-Probemos, no perdemos nada. ¿Skud, estás preparado? Dejemos descansar a Kosuke.

-Adelante.

- Empezaremos suave.

Nada más intentar dominar al enorme soldado de color, las antenas de Patrick comienzan a vibrar.

-¡Para, para! –exclama Skud-. El dolor es insoportable.

Miramos al robot buscando una respuesta.

-Ha sido muy poco tiempo. Vuelve a intentarlo –dice el siniestro robot, casi en modo imperativo, lo que no es de mi agrado, pero si queremos tener alguna oportunidad debemos seguir intentándolo.

Probamos repetidas veces con Ivanova, Burna, Ethan, hasta volver a Kosuke.

-Kosuke, ¿crees que podrás aguantar?

-Esperar –dice el robot-. ¿Por qué no lo intentas conmigo? Inténtalo, imagínate que soy un humano.

Su aspecto tan similar a aquellos monstruos y su lente enfocando directamente hacia mí, hace que un escalofrío recorra mi cuerpo.

-Está bien, probemos.

Me pongo en pie y mirándolo fijamente intento verlo como uno de aquellos demonios. Empiezo suave, pero poco a poco voy aumentando mi fuerza, hasta límites que hasta ahora no había utilizado. Algunos de ellos exclaman, "*ahora puedo sentirlo*".

Mis ojos se tornan amarillos y mi musculatura aumenta paulatinamente, conforme voy aumentando la intensidad. Todas las antenas del RAC, enfocadas directamente hacia mí, comienzan a vibrar.

-¡Sigue! –exclama Patrick.

Todos ellos se apartan unos metros al ver mi transformación y mis ojos enrojecerse. De repente algo sucede, un enorme zumbido en mi cerebro me obliga a apartar la vista del robot, llevándome las manos a la cabeza y eliminando mi fuerza sobre él.

-¿Lo ha conseguido? –pregunta Ivanova sorprendida a la vez que incrédula.

-Eso creo –respondo, nuevamente con mi voz más grave de lo normal y mis ojos todavía convertidos en los de una terrible bestia.

-Intentémoslo nuevamente con Kosuke -dice el robot, sin darme una ligera pausa para descansar.

-Vamos –respondo.

Al empezar con el japonés, puedo notar como mi fuerza, mi poder

lo invade.

-No está funcionando. ¡Basta lo vas a matar! –exclama Ivanova.

Pero Kosuke gira su cabeza pidiéndome que continúe. Poco después el zumbido vuelve a mi cabeza, liberando la mente del guerrero.

-¡Dios mío, está funcionando! –exclama Ethan.

Lo repetimos una y otra vez, y siempre parece funcionar, solo hay un problema, para que el bloqueo de Patrick sea efectivo este no puede estar a más de diez o quince metros.

-Quizá, después de todo, la caja de hojalata tenga alguna utilidad –dice Burna, dirigiéndose a Klahan.

-Yo no me fiaría mucho de ese engendro metálico –responde Klahan, mientras caminan juntos hacia el poblado.

La noche se hace larga y ninguno de nosotros es capaz de conciliar el sueño. En un lateral del poblado próximo al pequeño puerto, se encuentra una gran tienda de campaña en la que estamos alojados el equipo viper. Frente a nosotros se encuentra otra tienda exactamente igual, albergando al segundo equipo. Después de dar mil y una vueltas en el camastro verde militar, que parece que lo han hecho intencionadamente incómodo, decido levantarme y salir un rato fuera de la tienda. Al incorporarme recojo mis botas de una cuerda que cuelga del techo, aun así, recuerdo los consejos de mi padre en estas situaciones y golpeo los tacones con las botas bocabajo, por si algún escorpión o escolopendra decidió utilizarlas como improvisado hogar. En pantalones cortos, una camiseta del Army y botas militares, me veo en un pequeño espejo que cuelga de una de las paredes de la tienda y mi indumentaria no es que sea muy homogénea. Al salir, en uno de los laterales de la entrada, veo algo que inicialmente no llego a reconocer hasta que lo observo más detenidamente. Se trata de Patrick, pero ha plegado sus piernas, brazos e introducido la cabeza en su estructura y aparente no es más que un bloque macizo de metal. Me acerco a él y apoyo mi mano en su estructura metálica. Al tocarlo, algo parece reaccionar dentro de ese amasijo de metal.

-Hola Eric.

-Hola Patrick. ¿Dormías?

-No, no puedo dormir, al menos, no puedo soñar como vosotros. Paso a una posición de ahorro de energía, en la que solo algunos de mis sistemas se mantienen alerta.

-Interesante.

-¿Y tú, no puedes dormir? Según mi base de datos, a lo largo de la historia, a todos los soldados les ha pasado lo mismo antes de enfrentarse a una gran batalla.

-Patrick, yo no soy un soldado, mi padre sí lo fue.

-Por el tono de tu voz y tus pulsaciones veo que lo añoras.

-Así es. Es un gran defecto que tenemos los humanos, la mayoría de las veces no nos damos cuenta de lo que apreciamos algo hasta que lo perdemos –digo, mientras levanto mi mirada hacia el cielo-. Sabes, hacía mucho tiempo que no veía tantas estrellas, en cierta manera, me recuerda al rancho de mi abuelo.

Cuando giro mi cabeza, Patrick ha desplegado la suya y también está mirando al cielo, como si de alguna manera comprendiera mi sentimiento.

-Utiliza esto contra ellos –dice Patrick, tras unos segundos callado.

-¿A qué te refieres?

-A tus recuerdos, a tus sentimientos; es en lo único que sois más fuertes que ellos, cuando te enfrentes a ellos utilízalos. Esos seres son más parecidos a mí que a vosotros.

-Es extraño hablar contigo. No sé si estoy hablando con un robot o con un humano.

-Mi procesador aprende constantemente. Este elabora respuestas acordes según mi base de datos y experiencia vivida, por lo que mi respuesta ahora puede variar si me haces la misma pregunta dentro de unos días.

-Hola Eric. ¿Con quién hablas? –dice Burna, que sale de la tienda restregándose los ojos.

-Con él.

-¿Con la caja de hojalata?

-Está en modo de reposo –respondo, señalándole la estructura metálica.

-¡Joder, qué susto! –exclama Burna-. ¿Me oíste?

-Mis sensores auditivos te escucharon, son mucho más sensibles que los de un humano.

-Vaya yo.

-No tienes que disculparte, recuerda que no tengo sentimientos.

-¿Hay reunión nocturna? –dice Klahan, que sale de la tienda desperezándose-. Al que diseñó estos camastros había que colgarle por los genitales.

-No son los camastros, es la noche antes de entrar en combate –responde ahora una voz desde dentro de la tienda, cuyo rostro de rasgos japoneses vislumbramos cuando sale a la luz de la luna.

CAPÍTULO 20

LA TORMENTA

La noche pasó y el sol comienza a descrestar por las cordilleras más bajas. Poco después, se pueden escuchar los gritos de Müller, el responsable de carga del barco, a los porteadores. Cuando me incorporo veo que algunos de los camastros ya se encuentran vacíos. Nada más salir de la tienda el viento golpea bruscamente mi rostro, el tiempo ha cambiado radicalmente de ayer a hoy, los árboles se mueven como si fueran bailarinas danzando todas a una. A lo lejos puedo ver a Kosuke y Fisher que hablan con el capitán. Mientras camino hacia ellos, mi vista se desvía hacia el barco y, a pesar de su tamaño, este se mueve considerablemente por las grandes olas que se empiezan a formar.
-¿Qué pasa? –pregunto al llegar a su altura.
-La tormenta se ha adelantado, llegará a mediodía, debemos salir cuanto antes –responde Kosuke.
-¿Hay algún problema en despegar desde aquí con el Hechicero?
-Lo hemos barajado Eric, el problema es que desde esta isla no tendríamos enlace con vosotros y menos con la tormenta de por medio. Si no consiguiéramos llegar con el barco a Dratnu Dua, estaríais solos hasta dentro de una semana o más, sin ningún tipo de apoyo. Deberíais decidirlo entre vosotros –responde Fisher.
-¿Sabemos si hay alguna posibilidad de que existan supervivientes? –pregunto.
-Hace ya mucho que perdimos el contacto con la isla. Desconocemos si puede quedar alguien con vida; puede que se quedaran sin suministro eléctrico, que los que queden no sepan cómo utilizar los equipos de comunicación o simplemente que no sobreviviera ninguno.
-¿Cuántos estiman que quedaron atrapados allí?
-Ciento doce trabajadores del campamento y cincuenta soldados de Doyle.
-Creo que son muchas personas para no intentarlo –respondo.
-Estoy de acuerdo contigo, pero deberemos consultarles a los demás –dice Kosuke.

Son las diez de la mañana y el barco está completamente cargado, pero el capitán se niega a salir. Las olas son ya de tres a cuatro metros y aumentando, ha empezado a llover con fuerza y, no a muchos kilómetros, las oscurecidas nubes presagian lo que la naturaleza nos ha preparado como una endemoniada alianza con la isla maldita. Nos hemos reunido tanto los vipers como el equipo de McGregor y

decidimos partir, el problema es que ambos hechiceros están embarcados y con el movimiento del barco no va a ser nada fácil.
Dispuestos uno detrás de otro, ambos hechiceros se encuentran atados a la plataforma del barco, como si de un portaaeronaves se tratara.
-¡Vámonos ya o tampoco nosotros lo conseguiremos! –dice Mac, gritándome bajo la lluvia-. ¡Deberás salir tú primero!
-¡Ok, vamos allá! –respondo, al entrar en mi aeronave.
Con el equipo ya a bordo, me cercioro de que cada uno ocupe su asiento y que sus atalajes estén abrochados. Me sorprende ver que hay piezas de repuesto de Patrick en una vitrina; brazos y piernas, cámaras, cableado y diversidad de pequeños componentes, *pero ¿quién lo repararía, o se auto repararía él solo*?

Cuando me siento en mi puesto, puedo ver como operarios del barco ya han ocupado sus puestos en el morro y ambas alas, esperando que les dé el visto bueno para soltarlo de la estructura. El simple hecho de mantenerse en pie en aquella plataforma es sumamente difícil. Me recuerda a aquellos trastos de la feria a los que mi padre me llevaba cuando era pequeño, en los que el feriante movía y giraba una plataforma hasta que nos hacía caer a todos los chiquillos, solo que aquí hay que sumarle las olas que consiguen saltar por encima de la cubierta del barco.
Enciendo los sistemas del hechicero y poco después el núcleo. Conecto el sistema de atracción terrestre que le hace pegarse a la embarcación y ordeno soltar los atalajes que le sujetan a la plataforma, todos levantan el pulgar y se retiran a duras penas, balanceándose a un lado y a otro. En cuanto han alcanzado la distancia de seguridad, suministro potencia al núcleo e inmediatamente los propulsores alcanzan su color azulado. Poco a poco se van tornando más blanquecinos, conforme les voy dando más potencia. Al desconectar el sistema de atracción terrestre este sube en vertical muy bruscamente, hasta que consigo estabilizarlo a unos cientos de pies.
-Lo siento chicos, era la única manera de despegar con seguridad.
-No pasa nada, solo que el desayuno me ha bajado a los tobillos –responde Klahan riendo.
-Dos de uno, tienes vía libre. Estoy a tus nueve y descendiendo hasta unos cien pies –digo por radio, para informar a Mac de nuestra posición.
-Ok, copiado. Dos iniciando núcleo.
Actuando de la misma manera, los operarios rodean la aeronave, a la espera de que el comandante les de la orden de soltar al hechicero. Desde mi posición, todavía es más impresionante ver como el barco bascula a un lado y a otro. Los operarios se separan y los propulsores comienzan a cambiar de color. Instantes después comienza a subir, pero algo no va bien, se inclina acercándose peligrosamente al puente

de mando de la embarcación. Allí todos se tiran al suelo, excepto el capitán y Fisher, que intentan alertar a McGregor de su proximidad.
-¡Dios mío Mac, un atalaje se ha quedado trabado en la plataforma! –exclamo por la radio.
Mac desciende ligeramente para aflojar el atalaje y que los operarios puedan soltarlo. Cuando estos se dan cuenta, dos de ellos se acercan temerosos. La aeronave se mantiene ligeramente estable a solo unos pies del barco. Los dos operarios intentan en vano soltarla, pero es imposible, con la fuerza que hizo el hechicero al ascender la ha trabado aún más y no hay forma humana de desatarlo. Mac lucha incansablemente con la aeronave para evitar que el barco golpee al hechicero y de no aplastar a los operarios que tiene debajo.
-Eric, acércanos al barco todo lo que puedas y dile que retiren a los operarios –dice Kosuke.
-Louisiana de Hechicero uno, retiren a los operarios, repito retiren a los operarios –digo por radio, mientras me aproximo lateralmente al barco, sin cuestionar por un segundo a Kosuke.
-Eric, abre la compuerta lateral derecha. Burna quiero un solo disparo –dice Kosuke a la soldado israelita.
-A la orden –responde ella, algo sorprendida.
Burna se acopla en la ventana lateral y apunta con su barrett m82 modificado. El viento y la lluvia no solo mueven al barco y a Hechicero dos, también balancea a nuestra aeronave, lo que hace un disparo extremadamente complicado. Ella ralentiza su respiración y apunta con su fusil con la templanza de todo buen tirador.
-Eric, ¿puedes acercarte algo más? –pregunta ella, sin dejar de apuntar.
-Lo intentaré.
-Está bien, ahí es suficiente.
Intento estabilizarlo lo máximo posible, lucho con los mandos constantemente. A pesar de que el Hechicero cuenta con sistemas de auto estabilización, el viento racheado de unos cincuenta nudos, es demasiado fuerte incluso para estos sistemas, por lo que termino por desconectarlos y llevarlo yo. Burna a su vez intenta secarse en vano el agua de sus gafas protectoras, ya que poco después, estas vuelven a estar empapadas de agua que recorre de lado a lado su curvatura, haciendo aún más difícil si cabe su puntería.
Un sonido sordo se escucha dentro de la aeronave, poco después, vemos como Hechicero dos remonta el vuelo, alejándose del navío.
-¡Bien hecho! –exclaman algunas voces por la radio.
-Puedes cerrar Eric –dice la soldado, que vuelve a respirar con normalidad-. Gracias Kosuke, gracias por confiar en mí.
-Si estás subida en esta aeronave es porque cuento contigo –responde el guerrero japonés, sin mirarla.

Ambas aeronaves remontamos el vuelo y nos dirigimos a Dratnu Dua.
-Uno de dos, gracias por la ayuda, felicitar a vuestro tirador. Nos colocamos en cola –dice Mac.
-Le debes una cerveza a Burna. Copiado, dos en cola.
-El techo de nubes no debe estar a más de cuatrocientos pies, esperemos que no siga bajando.
Mientras nos acercamos, Kosuke nos recuerda que si establecemos contacto con algún superviviente, habrá que tratarlo como enemigo hasta tener la certeza de que no está contaminado, así acabaron los parásitos con los que ahora son sus portadores, los snarcuds.

Debido a la fuerte lluvia, la visibilidad es pésima. Poco después, empezamos a encontrar bancos de niebla, quizá por el aumento de la humedad relativa o porque ya saben que estamos aquí.

-Dos de uno, allí la tenéis a nuestra una.

-A la vista.

-Base de Dratnu Dua de formación Hechicero, ¿alguien nos recibe? Repito, base de formación Hechicero, ¿alguien nos recibe?

Tras repetir mi llamada varias veces, sin respuesta alguna, contacto nuevamente con Mac.

-Dos, viro por la derecha hacia la isla. Reduzco a ochenta nudos.

-Copi.

Al llegar a la cara sur de la isla, vuelvo a ver las grandes playas de arena fina flanqueadas por palmerales. Más al fondo, aparece nuevamente la selva, que se va haciendo más y más densa, cuanto más se adentra nuestra vista en ella. El agua por aquí es extraordinariamente cristalina, pero ahora mismo la visibilidad es casi nula por lo que debo centrar mi vista hacia delante, ya que no veo más allá de unos cientos de metros.

-Reduzco a cuarenta.

-Copi.

-Con este rumbo deberíamos llegar al campamento en un par de minutos.

-Roger dos. Conecta estroboscópicas traseras, ya casi no veo ni tus anticolisiones.

-Roger uno.

-Ahí tenemos el campamento, lo rodeo por mi derecha –digo, unos minutos después de nuestra última conversación-. Dos intenta establecer contacto con el OC.

-OK, lo intento.

Al virar lo puedo ver a duras penas. No parece que esto fuera el campamento que conocí. La mayoría de las enormes tiendas que albergaban la sala de reuniones, el gimnasio o la lavandería, parecen que lleven años deshabitadas. Aunque con las tormentas que hay por aquí, tampoco es algo de extrañar si hace meses que no se les ha dado

un mantenimiento.

-A nuestras doce el helipuerto. ¿Has podido contactar con el OC?

-Negativo.

-Ok dos, inicio aproximación.

-Roger.

-Chicos abro compuertas laterales.

-Viper seis, operativo flanco derecho –dice Burna, sujetando una de las ametralladoras laterales.

-Viper cinco, operativo –dice Klahan, desde la otra ametralladora.

El resto del equipo prepara su equipo y se disponen a salir.

-Hechicero uno, contacto con el suelo en tres, dos, uno, contacto.

Mientras el equipo viper despliega, el Hechicero dos permanece orbitando con sus puertas laterales también abiertas y mostrando sendas ametralladoras.

-Hechicero uno de viper uno, ¿me recibes?

-Cinco, cinco.

-Helipuerto asegurado.

-¿Copiaste dos?

-Afirma, inicio descenso.

-Desconecto equipos y núcleo.

Miro por la cabina y puedo ver al equipo viper como aseguran cualquier esquina susceptible de un posible ataque. Antes de apagar los equipos de la aeronave medio alienígena, conecto mi brazalete con ella. Recojo mi equipo y bajo la visera de mi casco. En cuanto hago esto, los sistemas del casco se conectan y puedo ver la posición de cada uno de los vipers.

-Viper cero saliendo del hechicero.

Nada más salir veo a Patrick que me está esperando junto a la puerta.

-Por allí –dice, indicándome con la mano.

Antes de alejarme más, toco mi brazalete y el Hechicero se cierra herméticamente pegándose al suelo, algo similar a lo que hace Patrick cuando se queda en modo ahorro de energía. Al alejarme de ella, echo la vista atrás y no parece una aeronave, sino una serie de prismas que forman una estructura indefinida. Poco después, hechicero dos también ha aterrizado y sus hombres despliegan apoyados por los vipers.

CAPÍTULO 21

LA BÚSQUEDA

-Rojo uno de viper uno, ¿me copias?
-Afirma.
-Reunámonos en el hangar dos.
-¿Cuál es el hangar dos? Recuerda que no conocemos esto como vosotros –responde Mac.
-A tus seis, el que pone un dos enorme en la puerta.
-Ok, a la vuelta pago cervezas -responde con una sonrisa-. Vamos para allá.
Al llegar a las puertas del hangar comprueban con cautela que no hay nadie ni nada dentro que les pueda atacar. Allí llegamos Kosuke, Patrick, Mac, rojo dos y yo.
-¿Has detectado algo Eric? –pregunta Kosuke, quitándose el agua de la cara. Sigue sin usar casco y solo lleva un pañuelo negro, que le da siempre ese aspecto de samurái. Además, porta un pequeño soporte para la lente que suministra la información de todos los sistemas.
-Negativo, no he sentido nada. ¿Patrick?
-Mi radar está limitado a unos quinientos metros a la redonda, salvo que pueda conectar con algún satélite, pero con este tiempo y en esta isla, va a estar complicado. De momento, no detecto movimiento alguno ni radiación infrarroja.
-Está bien, este campamento es muy grande –dice Kosuke, mientras saca un pequeño plano del campamento de un bolsillo de su chaleco.
Kosuke y Mac, ambos con rodilla en tierra, deciden qué sector va a cubrir cada uno.

Algo llama mi atención.

-¿Qué demonios?
Cuando me acerco a una de las esquinas del hangar que mira hacia el helipuerto, puedo apreciar que algo brilla en el suelo. Al acercarme a unos escasos metros, me doy cuenta de lo que es, multitud de doradas vainas metálicas. Alguien estuvo defendiendo al personal desde este punto, mientras debían estar embarcando en los helicópteros. Algo les debió atacar, pero por más que miro no soy capaz de ver otras marcas.
-¿Has visto esto? –pregunto a Kosuke cuando pasa junto a mí.
-Sí, lo vi al entrar. Tendremos que andar con los ojos bien abiertos.
Mac y rojo dos, salen del hangar y se dirigen hacia el oeste, nosotros lo hacemos en sentido contrario. Kosuke se dirige a nosotros, dándonos instrucciones por los intercomunicadores de cómo avanzar. Esto lo hemos realizado infinidad de veces estos días atrás, pero ahora es real, además, esta lluvia incesante no facilita nuestra labor. Aunque nuestros nuevos uniformes son completamente impermeables, el agua

no deja de ser una molestia para nuestra visión y comunicaciones. Por suerte, la mayoría de las calles del campamento están asfaltadas, pero aquellas que no lo están han formado tremendos barrizales que ralentizan nuestro paso. Vamos calle tras calle, esquina tras esquina, buscando muestras de vida, comprobando cada una de las viviendas prefabricadas que, no hace mucho, nos daban cobijo a algunos de nosotros. Ethan y Skud van al frente, uno a cada lado de la calle, seguidos de Patrick e Ivanova, a continuación, Kosuke y yo, y cerrando el despliegue Burna y Klahan. Periódicamente Skud comprueba el enlace por radio con el equipo rojo, sin que ni ellos ni nosotros hallemos nada. Tras media hora de recorrido, llegamos a uno de los edificios más grandes que albergaba el campamento, el que hacía las veces de comedor. Ethan y Skud son los primeros en llegar, apostándose uno a cada lado de la puerta, poco a poco vamos llegando el resto, apoyándonos en la pared de la entrada.

-Esperar, he detectado movimiento en el interior –dice Patrick, mientras despliega varias antenas de su cabeza.

Todos me miran a mí, esperando una respuesta.

-Lo siento chicos, con esta lluvia, el barro, el casco, no percibo nada.

-Tranquilo Eric –dice Kosuke, apoyando su mano en mi hombro.

Patrick alarga uno de sus articulados brazos y lo gira ciento ochenta grados, al hacer esto se abre una de las placas que protege su estructura y desprende lo que inicialmente parece un insecto volador.

-Por favor, seleccionen en sus pulseras D1 y verán lo mismo que el dron.

Nada más decir esto, todos lo hacemos y la imagen de visión del dron aparece en nuestras lentes.

-¿Lo pilotas tú o es autónomo? –pregunta Ivanova.

-Lo piloto yo, pero puede hacer un vuelo autónomo si le asigno buscar a un objetivo concreto o un área a cubrir.

Al entrar en el recinto, en algunas mesas todavía quedan bandejas con comida enmohecida, las vitrinas repletas de comida putrefacta, sillas tiradas por el suelo, lo que nos hace pensar que no tuvieron demasiado tiempo para reaccionar. Lo que fuera que les atacó no les dio tiempo alguno para huir y los pocos que lograron escapar en helicópteros o vehículos declararon que no vieron nada, solo gritar a unos y a otros, disparos de los soldados, el caos absoluto. El que se paró a mirar, no consiguió salir de aquí.

Aunque este edificio tenía grandes ventanales, al fondo, la oscuridad va ganando terreno. El pequeño dron vuela por el antiguo comedor emitiendo un leve sonido, como el que produciría una libélula, hasta que se dirige a aquello que detectó Patrick. Una sombra pasa rápidamente por delante de su lente, pero ninguno de nosotros somos capaces de identificarla. Ninguno excepto Patrick, que procesa la

imagen ralentizándola.
-Es un mustélido –dice.
Pasa la visión del dron a visión nocturna y entonces lo vemos. Dos ojos nos miran desde la oscuridad. Parece que una oportunista comadreja ha venido a darse un festín con los restos de comida.
-No detecto nada más.
-Entremos –dice Kosuke.
Por parejas entramos en el local. Nada más atravesar la puerta, el pestilente olor nos hace casi vomitar.
-¡Dios mío, es insoportable! –exclama Ivanova.
-Miremos en las cámaras frigoríficas –ordena viper uno.
Tras registrar cada recoveco del comedor decidimos salir de allí, deseando dar una bocanada de aire fresco. Cuando avanzamos, un tremendo ruido en la calle paralela a nosotros nos pone a todos alerta.
-Rojo uno de viper dos, ¿me recibes?
-Afirma.
-¿Os encontráis en la cuadrícula cuatro?
-Negativo, cuadrícula siete.
-Copiado, hemos oído un fuerte golpe y vamos a investigar –dice Skud en voz baja.
-Copi.
Ethan y Skud toman la esquina, mientras que Patrick se adelanta apuntando con su arma. El resto vamos ocupando posiciones. La forma de moverse, incluso la forma de actuar no puede ser más parecida a la de esos malditos demonios. Me pregunto si no llevará algo de alien en su interior.
-No es nada, podéis avanzar.
Al doblar la esquina vemos como una enorme antena parabólica ha sido derribada por el viento.
-Viper uno de rojo dos, viper uno de rojo dos, ¿me recibe? –dice una acelerada voz por radio.
-Adelante rojo dos.
-Los hemos encontrado, hemos encontrado supervivientes.
-Asegurarse que no están contaminados. Mirar uno por uno, sobre todo en la nuca.
-Lo estamos haciendo, están limpios.
-¿Continuáis en la cuadrícula siete?
-Afirma, en los antiguos depósitos de munición.
-Ok, vamos para allá.
Al llegar, la imagen es sobrecogedora. Rodeados por el equipo rojo, se encuentra un grupo de nueve personas desnutridas, sucias y asustadas.
-No debemos estar aquí. Aquí somos presa fácil para ellos –dice una mujer, que se aferra a la pierna de uno de los soldados del equipo rojo.

-¿Presa de quién? –pregunta uno de los soldados del equipo rojo.
-De los demonios. Son invisibles. Te llevan a la jungla y allí los gritos de sus víctimas se desvanecen en las sombras –dice la mujer de marcados pómulos, desorbitados ojos y mirada perdida.
-Tranquilícese, ya están a salvo.
-Debemos salir de aquí inmediatamente. En cuanto detecten que estamos aquí, vendrán a por nosotros –dice un hombre de descuidada barba, ropa sucia y desaliñada.
-Están muy asustados, debemos sacarlos de la isla cuanto antes –dice Mac.
-El tiempo está empeorando por momentos, ¿cómo lo vais a hacer? –pregunta Kosuke.
-Deberemos hacer dos embarques ya que son muchos.
Cuando se les comunica que van a ser llevados al helipuerto, dos de ellos se niegan en rotundo a moverse de allí. Mac y Kosuke intentan dialogar con ellos, haciéndoles ver que si permanecen allí morirán igualmente de hambre y sed. Mientras caminamos hacia el aeropuerto, ayudo con cierta delicadeza a avanzar a una de las mujeres que se encuentra demasiado débil para hacerlo sola. Es entonces cuando puedo ver sus pensamientos, sus recuerdos más oscuros. Han estado ocultos varias semanas en aquellas habitaciones de hormigón reforzado, dando pequeñas escapadas por turnos para recolectar algún alimento y volver a su cubil lo más rápido posible. El comedor se encontraba demasiado lejos para arriesgarse a ir hasta allí, por lo que sus únicos suministros los conseguían dando ligeras incursiones a las habitaciones más cercanas. Una de las mujeres era una limpiadora de la base, por lo que tiene una llave maestra para poder acceder a todas las habitaciones. El problema es que la alta humedad en el ambiente, junto a las temperaturas elevadas, hizo que la mayoría de los alimentos que no estaban guardados en neveras se encontraran en proceso de putrefacción y los suministros cada vez eran más escasos. En ocasiones, cuando salían de su guarida, podían oír los gritos de auxilio de las personas que habían sido descubiertas por los demonios de la selva. Estas eran arrastradas sin piedad hacia la oscura jungla, hasta que dejaban de oírse sus gemidos.
El equipo rojo despliega primero, a continuación, vamos nosotros dándoles protección a los pocos supervivientes que encontramos. Durante nuestro camino hacia el helipuerto, Kosuke les interroga si saben de más personas que estén escondidas por el campamento.
-No teníamos más espacio en aquella habitación –dice uno de los hombres, justificándose.
-No se preocupe, no les juzgo. Solo quiero saber si conocen la ubicación de otras personas para intentar localizarlas.
-A veces escuchábamos gritos pidiendo socorro por la zona de los

almacenes, pero nosotros no podíamos hacer nada –comenta, cuando empieza a llorar.
-Tranquilo. ¿Dónde queda eso?
-Allá. Por la zona oeste –responde, marcando una dirección con la mano.
-¡Alto! –dice Patrick, que se para en seco y comienza a mover sus antenas direccionándolas hacia el norte-. Detecto movimiento a unos cien metros de aquí.
-Yo también lo detecto, pero no son ellos –comento.
-Rojo uno de viper uno, Patrick ha detectado movimiento a unos cien metros al norte y acercándose a nosotros.
-Rojo uno hace indicaciones a los miembros de su equipo gesticulando, sin pronunciar palabra.
La tensión es evidente en todos los miembros, aún más, en los supervivientes. La lluvia, el fuerte viento y el barro acumulado en algunas calles, dificulta enormemente el avance con seguridad.
-Cincuenta, cuarenta, treinta. Detecto al menos a tres –dice Patrick, que apunta con su fusil a una de las esquinas.
-Preparados, van a aparecer en cualquier momento por la esquina norwhisky –dice viper uno.
-Tranquilos, no son un peligro para nosotros –digo, antes de que aparezcan.
Segundos después el hocico de un cánido aparece olfateando con cierta timidez. Al doblar la esquina nos ve y queda petrificado con su mirada fija en nosotros. Poco después aparecen otros dos, que igualmente se paran para observarnos. Ambos equipos se relajan bajando sus armas,
-Deben ser los perros que había en la base, que se han quedado sin dueños –dice uno de los miembros del equipo rojo.
Al oír su voz los animales echan a correr, desapareciendo entre las calles.
-No creo que sean de aquí, estaba prohibido tener mascotas en el campamento, deben ser de alguna de las tribus que acampaban en la frontera con la jungla. Recuerdo que tenían perros para que les avisaran de cualquier peligro que se acercara a la aldea –dice Ivanova.
-¿Qué hacen tan lejos de su aldea? –pregunta Skud.
-Probablemente ya no exista.
Continuamos caminando lentamente, al ritmo de los debilitados supervivientes. Por fin llegamos a la explanada del helipuerto. El equipo rojo toma posiciones para dar seguridad, nosotros nos dirigimos nuevamente al hangar dos, junto con rojo uno.
-El Hechicero tiene diez plazas, además de la mía, para llevarlos a todos de un solo viaje tendré que dejar aquí a equipo rojo –dice Mac.
-¿Podrás volver? –pregunta Kosuke.

-Lo dudo mucho, el tiempo es cada vez peor. Incluso tengo mis dudas si podré llegar a la isla, pero debo intentarlo, si no lo hago ahora, tendríamos que esperar al menos una semana.
-Nosotros permaneceremos aquí y buscaremos a más supervivientes, si no encontramos a nadie más, mañana partiremos hacia la jungla. ¿Qué quieres que haga tu equipo?
-Todos no podríais ir en vuestro hechicero, por lo que lo mejor sería dejarlos aquí como equipo de reserva y que sigan buscando. ¿Qué opináis?
-Me parece bien.
Mientras ellos hablan, me quito el casco y dirijo mi mirada hacia unos árboles que hay junto al muro del campamento, a unos cincuenta metros de uno de los hechiceros.
-¿Ves algo que yo no vea? No detecto movimiento ni tampoco hay nada en mi sensor de calor –dice Patrick, que ha debido sentir como escaneo el terreno que tenemos frente a nosotros.
-Hay algo ahí, ahora lo siento. Ha permanecido inmóvil desde que llegamos y es capaz de bajar su calor corporal hasta el punto de confundirse con lo que hay a su alrededor, solo lo detectarás si se mueve.
-¿Dónde está?
-Con esta fuerte lluvia me cuesta focalizarlo, pero debe estar en aquellos árboles.
A pesar de que están planificando la partida del Hechicero dos, Kosuke se percata que algo está pasando. Sin alertar a los demás se dirige a nosotros.
-¿Qué pasa?
-He notado algo, una presencia. Sé que está ahí, pero no lo puedo localizar.
-¿Cómo puedes saber que está ahí si no lo puedes situar ni por calor ni por movimiento? –pregunta el robot, sin girar su cabeza.
-Porque lo presiento. Simplemente lo sé, no espero que tú lo entiendas, pero Kosuke sí.
Patrick se gira hacia mí, diría que ofendido, si eso no fuera imposible.
-Con este tiempo la temperatura ha bajado bastante y eso los aletarga. Los portadores alienígenas vienen de un mundo más caluroso que el nuestro, de ahí que buscaran esta isla para asentarse.
-¿Por qué no se fueron a un desierto? –pregunta Patrick.
-También necesitan humedad, además, en un desierto les costaría mucho más ocultarse.
-¿Crees que atacará? –pregunta Kosuke.
-No lo creo. Debe haberle sorprendido la tormenta y se ha refugiado en uno de esos frondosos árboles –digo, acoplándome nuevamente el casco-. Déjame que lo compruebe.

-Está bien, ten cuidado. Patrick, acompáñale.
-Por supuesto –responde el RAC, avanzando casi sin esperarme, como si estuviera impaciente.
-Equipo rojo de viper uno; viper cero va a comprobar posible activo, darle cobertura.
-Rojo cuatro y cinco te acompañarán –dice rojo uno por la radio.
Conforme avanzamos hacia la arboleda, por nuestra derecha observo cómo dos soldados se nos acercan flanqueándonos. Con mi mano les indico la dirección a seguir, dándoles un posible objetivo. Patrick camina paralelamente a mí, a la vez que recoge su fusil de calibre doce setenta pegado a su espalda y apunta conforme camina, barriendo con sus antenas toda la zona, que se va haciendo más amplia según avanzamos. Nadie se percata de ello, pero algo cambia dentro de mí. Mis ojos se vuelven amarillentos, mi olfato, mis sentidos ya no son humanos. El ser que allí se oculta sí lo ha notado y esto parece haberlo activado ligeramente y hace un pequeño movimiento.
-Allí está –dice Patrick, dirigiendo todas sus antenas hacia un árbol concreto.
-Sí, así es, yo también lo he sentido –digo, con mi voz algo más ronca.
La lluvia es cada vez más fuerte y la zona que rodea la arboleda está totalmente embarrada, por lo que cada vez nos cuesta más caminar, a todos menos a Patrick, que aparentemente no le afecta. Ambos rojos se separan un poco de nosotros cubriendo ambos flancos, sin dejar de apuntar al árbol que les hemos definido, aunque allí no se ve nada. El estruendo de la lluvia que golpea en ramas y hojas, dificulta las comunicaciones por los intercomunicadores.
-Esperar –digo por radio a ambos rojos, mientras Patrick y yo seguimos avanzando.
Nos encontramos a unos escasos veinte metros del árbol, pero seguimos sin ver nada. Ambos rojos han apoyado una rodilla en tierra e intentan ajustar al máximo su puntería.
-Rojo cuatro negativo a activo.
-Rojo cinco negativo a activo.
-Ok, mantener posición. Está ahí, aunque no lo veamos –digo, mientras que permito que mi demonio interior me invada un algo más. Al hacer esto Patrick gira su cabeza hacia mí, como si de alguna manera percibiera mi transformación. Me cuesta controlarlo, pero si solo lo hago un momento, quizá consiga ver lo que hay ahí.
Así es, por fin lo veo y no es nuevo para mí. Cuando estuvimos en aquel cráter pude verlos y también en mis sueños, lo que parecían mantis religiosas del tamaño de un perro. Esta es un warcum y en el planeta de los snarcuds estaban adiestradas por estos, para ayudarles en sus cacerías. Este se encuentra agarrado al tronco del árbol, agazapado entre las frondosas ramas. No sé si se encuentra enfermo o

quizá la bajada de temperaturas le ha hecho aletargarse, pero, a pesar de que nos ha detectado, este no se mueve. Con el puntero laser de mi arma lo marco, para que el resto puedan situarlo.
-¡Dios mío, es prácticamente transparente! Se mimetiza con el terreno –dice uno de los rojos.
Patrick dispara sin previo aviso. El calibre de su arma es suficiente para atravesar la armadura del ser con facilidad. Al impactar el proyectil emite un horrible chillido que, a pesar de la lluvia, resuena con contundencia en el hangar. Algunos de los rescatados se asoman temerosos a la puerta de la nave.
Patrick y yo nos acercamos con cierta precaución al cuerpo de aquel horrible insecto alienígena. El orificio del proyectil ha atravesado su tórax de lado a lado. Sus pinzas no paran de moverse dando chasquidos que resuenan como si fueran grandes pinzas metálicas, también sus patas se mueven, aunque probablemente más por un acto reflejo que voluntariamente. Cuando me encuentro junto a él, le piso la cabeza con mi bota y al girarla, entre la cabeza y el tórax, puedo ver lo que estaba buscando.
-¿Eso es un parásito? –pregunta Patrick.
-Así es –respondo, mientras extraigo una daga de mi cinturón y la introduzco entre el parásito y el insecto.

Moviendo de lado a lado el cuchillo consigo desprenderlo. Nada más hacer esto, el terrible insecto deja de moverse, en cambio, el parásito no para de retorcerse en la punta de mi cuchillo, emitiendo leves chillidos como los que haría un bebé. Conforme lo voy separando de aquella especie de mantis del infierno, una serie de finos tentáculos, que parecen interminables, salen del interior del desventurado animal. Más de medio metro de finos hilos salen del interior de este ser, según voy separando al parásito del cuerpo. Lo deposito en el suelo, mientras los dos soldados del equipo rojo se acercan a nosotros con su semblante algo palidecido. Me quito uno de mis aguantes y apoyo mi mano desnuda sobre la pegajosa piel de este extraño ser, que se asemeja a un cerebro humano. Al entrar en contacto con él puedo ver su interior y hay algo que me sorprende; tiene miedo.

Creía que estos seres eran inmunes al miedo, que no tenían sentimientos, pero parece que este no quiere morir y está pidiendo ayuda desesperadamente. Sin pensarlo dos veces, presiono mi cuchillo contra el cuerpo hasta llegar a partirlo en dos. En ese momento, Ivanova llega hasta nosotros.

-¿Por qué lo has matado? ¿Podría haberlo investigado?

-Estaba pidiendo ayuda, no podemos arriesgarnos hasta que estas personas estén fuera de aquí –respondo con mi voz todavía grave, lo que hace que Ivanova instintivamente se aleje de mí.

-¿Está muerto?

-Así es.

-¿Cómo os ha sido tan fácil matarlo?

-No lo sé. Quizá estaba enfermo, ya que prácticamente no se movía ni emitía calor, por eso nos ha sido tan difícil detectarlo.

Patrick se sitúa encima y se agacha ligeramente. De su muñeca salen una especie de pinzas con las que manipula al parásito, a su vez, una aguja parece extraer líquidos del interior del ser.

-Viper uno de viper cero –digo, acercándome el micro a la boca.

-Adelante.

-El terreno está despejado, no deberíamos demorar la extracción de los supervivientes. El bicho este ha pedido ayuda y no sabemos si alguien o algo vendrán en su auxilio.

-Ok, copiado.

-¡Mirar, ha perdido su mimetismo, ahora es verde! –exclama rojo cinco, señalando el cadáver del insecto.

-¿Cómo demonios los vamos a ver, si son prácticamente invisibles? –pregunta rojo cuatro.

-Tendréis que localizarlos a través de vuestros visores térmicos -respondo.

CAPÍTULO 22

EL LABORATORIO

Cuando retornamos hacia el hangar, vemos como McGregor y Kosuke ya están organizando el embarque. Mac ya ha activado al Hechicero dos. Este se levanta sobre los soportes de suspensión, perdiendo su hermeticidad.

Dejando agrupadas en el centro a las nueve personas, avanzan bajo la lluvia flanqueados por los vipers, mientras el equipo rojo se mantiene algo más alejado, protegiendo las esquinas de los hangares que dan acceso al helipuerto. McGregor ya ha iniciado el proceso de arranque del Hechicero y espera expectante al embarque. El viento es cada vez más fuerte; la lluvia y el ruido de los palmerales agitándose, hacen sumamente difícil detectar una posible emboscada, lo que nos pone a todos en máxima alerta. Desde que hemos llegado a la isla, mi demonio interior está deseando salir, por lo que debo intentar controlarlo con todas mis fuerzas, ya que probablemente este sea un reclamo para los que de verdad debemos temer, aunque dudo que no hayan percibido ya que estamos aquí.

Ethan y Skud guían a cada uno a los nueve supervivientes hasta el interior de la aeronave. Una vez acoplados, rojo siete se queda con ellos, el resto del equipo de McGregor permanece con nosotros en aquel siniestro campamento. Cuando la aeronave despega, los rescatados se felicitan golpeándose en los hombros unos a otros dando gritos de alegría, porque se consideran salvados; nada más lejos de la realidad. Con esta maldita climatología, el vuelo de regreso a la isla, donde esperan el doctor Fisher y los demás, es tan peligroso o más que si se hubieran quedado en el campamento. No obstante, debido al crítico estado de salud de alguno de ellos, la doctora consideró que era preferible correr el riesgo a mantenerlos allí una semana más.

-Chicos, nos vemos en una semana –dice Mac por radio-.

-Ten mucho cuidado Mac. Si ves que el vuelo es demasiado peligroso date la vuelta –respondo por la emisora de mi equipo, pero esta es la última comunicación que tuvimos con él. Intentamos contactar repetidas veces con la aeronave, aunque de manera infructuosa.

-¿Qué viento tenemos? –pregunta Kosuke a Patrick.

-Sesenta nudos con rachas de ochenta. Tenemos la tormenta justo encima.

-Está bien, tenemos dos horas hasta que nos quedemos sin luz, aprovechemos para buscar a otros supervivientes, si es que los hubiere. Equipo rojo continuar donde lo dejasteis, nosotros vamos a ir al viejo laboratorio de Fisher, aquella zona estaba doblemente

protegida por vallas, quizá alguien se refugió allí –dice Kosuke.
Conforme nos acercamos a los laboratorios, Skud recibe un fuerte impacto en la cabeza que le abre una pequeña brecha.
-¿Qué ha pasado? -pregunta Kosuke, cuando se acerca a la posición de Skud.
-Creo que le ha golpeado una de las chapas que cubren los tejados de las casas prefabricadas, con este maldito viento se han debido de soltar –responde Burna, que se dispone a ver las heridas sufridas por el británico.
-Estoy bien, aquí estamos expuestos. Vayamos al laboratorio –responde Skud, apartando la mano de Burna.
-Ok, continuemos.
Al llegar a la valla, la puerta donde se encontraba el personal que daba seguridad a la entrada se encuentra destrozada.
-Mirar –dice Ivanova, que señala el suelo que se encuentra repleto de vainas de munición, como si allí hubiese sucedido un gran asedio.
Sobrepasamos la verja y llegamos a la puerta blindada que da acceso a los laboratorios. Ivanova extrae una tarjeta que pasa por el lector; la puerta se abre al sonar un pequeño pitido, a la vez que el led del lector se torna de rojo a verde. La doctora se echa a un lado y Patrick alarga su brazo, extrayendo nuevamente el pequeño dron. Este comienza a volar inmediatamente. A través de nuestras lentes podemos ver cómo se va desplazando por el pasillo, hasta que llega a una nueva puerta donde se necesita pasar la tarjeta para continuar. Patrick acompaña a Ivanova hasta que llega a la puerta y vuelve a pasar su tarjeta. El robot la echa a un lado bruscamente al abrirla.
-Cuidado, hay movimiento –dice el RAC.
El pequeño dron entra en el laberinto de habitaciones y pasillos, al cruzar una de las puertas una sombra lo derriba. Ha caído al suelo y la imagen es confusa; con una imagen de parpadeo constante, solo podemos ver con claridad como una silla se mueve frente a él. Patrick nos encabeza, seguido de cerca por Ivanova y por mí. La luz es tenue y todo es un caos, con muebles caídos, luces parpadeantes, papeles por el suelo y cristales rotos. Las opacas láminas de plástico que separan unas salas de otras están manchadas de sangre, marcas de manos desesperadas que debían intentar huir de aquello que les persiguiera. Algunos de los terrarios se encuentran destrozados, como aquellos donde se experimentaba con las ratas infectadas por G21, lo que no es precisamente tranquilizador.
-¿Doctora Ivanova? –dice una voz, desde las sombras de una de las habitaciones.
-¿Dylan, eres tú?
-¡Dios mío, doctora! –dice un hombre muy desmejorado y vestido con bata blanca, que se acerca sonriente a la doctora.

Un disparo en el pecho que le abre un boquete de lado a lado lo lanza contra la pared. Patrick abrió fuego contra el hombre, nuevamente sin previo aviso.
-Pero ¿qué demonios has hecho? Ese es Dylan Ortega, ha trabajado conmigo durante años. ¡Lo has matado! –exclama Ivanova horrorizada.
-Ese no era Dylan nunca más y ya estaba muerto antes de que le disparara. Mira sus ojos.
-¡Sus ojos son rojos!
-Eso no es todo –dice el robot, que lo gira con la punta de su arma.
Al darle la vuelta, vemos como uno de esos terribles parásitos está adherido a su nuca.
-Quizá podríamos haberlo salvado, quizá podríamos –repite Ivanova algo nerviosa.
-No, no es esto a lo que me refería. Dar unos pasos atrás –dice Patrick, cuando se dispone a quitarle la bata.
Al girarlo podemos ver con espanto como su espalda se encuentra plagada de esos parásitos, que parecen alimentarse de él en estado latente, mientras esperan por un inquilino. Al fijarnos con más detalle, vemos que el cuerpo de aquel científico está consumido, prácticamente en los huesos. Patrick se agacha para ver a los parásitos más de cerca, cuando uno de ellos lanza a su cara varios tentáculos provistos de aguijones, buscando una vía de entrada a su cuerpo. Para desgracia de estos seres, Patrick no muestra vías de entrada ni es en absoluto compasivo y reacciona aplastándolo con su enorme pie metálico contra la espalda de aquel pobre desgraciado. Podemos oír, no solo como revientan los parásitos, sino como crujen las debilitadas costillas del hombre. Posteriormente, con su mano arranca de cuajo el parásito de la nuca del científico para depositarlo en una de las pocas urnas que quedan intactas, lo que hace que el cuerpo del hombre deje de convulsionar. El robot coge al parásito y estira sus tentáculos, que no paran de moverse de un lado a otro golpeando los cristales de la urna. Arranca los peligrosos tentáculos y los deposita en la mesa. Estos siguen moviéndose durante unos segundos, aunque, poco a poco van perdiendo fuerza.
-Doctora ahora puedes estudiarlo –comenta Patrick, apartándose a un lado.
-¿Por qué no lo matas, debe estar pidiendo ayuda? –pregunta agitada Burna.
-Lo está haciendo, pero el blindaje de estos laboratorios impide que su llamada llegue fuera de aquí y Patrick lo sabe -respondo.
-¿Estos parásitos son aquellos seres superiores de los que hablabais? –pregunta Klahan.
-No, cuando encontremos a uno de ellos lo sabrás, no te preocupes.

-Está bien, puede que haya más de estos, dividámonos por grupos y reconozcamos el recinto –ordena Kosuke.
Kosuke y yo caminamos juntos con la misión de reconocer el ala norte. Habitación por habitación vamos buscando cualquier indicio de vida, hasta que llegamos a una sala donde el olor es insoportable. Un terrible olor a muerte evidencia que allí debe haber algún cadáver. Nuestros sentidos se activan, nuestra cabeza nos advierte que no debemos entrar allí, pero tenemos que hacerlo. Kosuke tapa parte de su rostro con un pañuelo a la vez que entramos, cubriéndonos uno al otro.
El guerrero japonés levanta la mano para alertarme. Tras una mesa de escritorio se pueden ver las deterioradas piernas de una mujer. Al acercarnos vemos que está semidesnuda, con su espalda llena de heridas y uno de esos bichos agarrado a su nuca.
-Está muerta y también su parásito. Debió ser una portadora esperando nuevas víctimas, como el científico que nos encontramos antes. Al llevar tantos parásitos la han consumido rápidamente –digo, con cierta tristeza en mis palabras.
-No sabía que podían hacer esto.
-Yo tampoco –respondo-. Creo que se han ocultado aquí esperando que entren más desdichados buscando refugio.
-Ahí hay dos más –dice Kosuke, señalándome con su arma otra esquina de la habitación.
Al acercarme veo que uno todavía está con vida, aunque apenas puede moverse. Debió ser uno de los guardas del recinto. Su camisa se encuentra desgarrada y llena de sangre. Desprendiéndosela con cuidado observamos que, como la mujer, tiene la espalda llena de heridas, aunque tampoco queda ninguno de estos parásitos, solo el que se encuentra adherido a su nuca. Por su color y textura de la piel, este también parece estar muriendo junto a su portador.
-Se ve que aquellos que van adheridos a la espalda, cuando notan que el portador va a morir buscan a otro sano para seguir subsistiendo –digo, a la vez que extraigo un cuchillo de mi cinturón y atravieso al parásito del cuello. Por última vez, el hombre exhala el aire que ocupan sus pulmones y muere frente a nosotros.

Tras una media hora, nos volvemos a reunir en la sala donde Ivanova se quedó para estudiar al parásito junto a Klahan, que se quedó con ella para darle seguridad.

-¿Qué habéis descubierto? –pregunta Kosuke.

-Cadáveres por todos lados –responde Ethan.

-Nosotros hemos acabado con otro más en la sala de los reptiles –dice Skud-. Por desgracia también había cadáveres.

-¿Svetlana, has descubierto algo? –pregunta Kosuke.

-Sí, la estructura de estos seres es extraordinaria, en cierto sentido

hay una parte que se parece a un cerebro humano –dice algo emocionada, a la vez que con un pequeño bisturí nos muestra partes del parásito diseccionado-, pero esto tiene su razón de ser. Esto que veis aquí no son tentáculos sino, más bien, algo parecido a sensores neuronales y tubos digestivos.

Mientras la doctora sigue hablando, Patrick se acerca a la mesa y recoge un par de esos tentáculos, observándolos fijamente.

-Ahora mismo me encantaría que el doctor Fisher estuviera aquí para debatirlo con él, pero según mi criterio –continúa Ivanova-, estos sensores se acoplan a la médula espinal del ser que invaden, así como en su cerebro. Cuando llegan al cerebro, creo que lo dejan en estado de coma o algo similar, puede que incluso lo maten y el parásito ocupe su lugar. De ahí que cuando le extraemos el parásito a un portador, este muere al instante.

-Pero cuando entramos a la sala ese hombre te habló, te reconoció –dice Skud.

-Sí, antes de anular el cerebro de su portador, de alguna manera, estos parásitos consiguen volcar los conocimientos y recuerdos del ser infectado a su propio cerebro, como si fuera un trasvase de datos. Así debieron acabar con los snarcuds.

-¿Qué pasaría si el cerebro del portador tuviera cortafuegos que lo hicieran impenetrable para este ser? –pregunta Patrick, acercándose a una distancia que incomoda a la doctora.

-¿Qué quieres decir? –responde Ivanova, que deja el bisturí en la mesa y se aparta ligeramente del robot.

-¿Qué pasaría si me insertara uno de estos parásitos y fuera yo el que lo dominara? ¿Cobraría vida, tendría sentimientos, sería como vosotros?

-Patrick, eso no creo que fuera posible –responde la doctora balbuceando.

-Doctora, noto como tus pulsaciones han subido bruscamente, ¿es que te inquieta esa posibilidad? –dice el robot, con aparente maldad en sus palabras.

-Esto que comentas es una aberración, no has sido diseñado para eso.

-Doctora, soy el primero de mi especie. He sido diseñado para evolucionar, para aprender. Quizá así sería perfecto, mi cuerpo no sufre enfermedades como los vuestros, cualquier parte de mi ser puede reemplazarse en caso de que sufra un percance.

-Lo que me faltaba por ver, un robot egocéntrico –dice Burna, bajando su cabeza.

-Patrick, al final, ese parásito encontraría la manera de apoderarse de ti, te convertirías en un asesino –respondo, al mismo tiempo que me acerco a él.

-¿Igual que tú? –responde, girando la cabeza hacia mí y siempre con

su suave tono de voz.
-¡Basta Patrick! Si tengo la más mínima duda que pones en peligro al equipo, yo mismo te desconectaré para siempre –exclama Kosuke.
-Solo bromeaba viper uno, estoy intentando captar vuestro sentido del humor –contesta el RAC, dando un paso atrás.
-No creo que en esta situación sea apropiado –dice Ivanova.
El demonio que me invade se agita dentro de mí, tras escuchar las palabras del robot. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no dejarlo salir.
-Doctora, por favor, mírale la herida a Skud y vayámonos de aquí –dice Kosuke.
Estoy de acuerdo, el puto engendro metálico me pone más nerviosa que los jodidos alienígenas –dice Burna para sí misma.
A la vez que Ivanova se acerca a Skud, Patrick recoge su dron destrozado. Lo observa durante un momento y tras ver que es irreparable lo aplasta con su mano, para tirarlo dentro de la urna junto al parásito diseccionado.
-Solo tienes un pequeño corte, un par de puntos y andando –dice la doctora a Skud con una sonrisa.
-Gracias doctora –responde Skud, con la amabilidad que siempre le caracteriza.

CAPÍTULO 23

DE VUELTA AL INFIERNO

Al salir de aquellos laboratorios ya ha oscurecido. Son muchas las farolas que no funcionan, por lo que la mayoría de las calles del campamento se encuentran en penumbras.
-Rojo dos de viper uno, ¿me copias?
-Por fin, ¿dónde estabais? Hemos intentado contactar con vosotros repetidas veces.
-No teníamos cobertura. ¿Estáis en el sector ocho?
-Así es. Nos hemos refugiado en el antiguo hospital.
-Ok, nos vemos allí.
-Roger.
Mientras caminamos hacia nuestro punto de encuentro, las calles vacías le dan un aspecto aún más siniestro al campamento. Algunas de las habitaciones de los edificios prefabricados, donde nos hospedábamos en antaño, tienen las puertas entreabiertas. Con el viento estas golpean constantemente, resonando como tambores por las desiertas calles.
-Alto –dice Patrick-. Movimiento en la cuarta habitación de la derecha.
Tanto desde la acera de enfrente como desde la misma acera de la habitación, nos vamos acercando con cautela, sin dejar de apuntar con nuestras armas la puerta indicada por el robot. Desde el lado opuesto de la calle, puedo ver sus ojos brillando en la oscuridad de la habitación. Unos ojos que ya he visto antes y que no son humanos. Poco después, un sonido me hace reconocerlo al instante, el sonido del cimbrear las placas que recubren su cuello.
-Retroceder. Dejar espacio para que pueda salir –digo en voz baja por la radio.
-¿Qué es? ¿Puedes verlo? –pregunta Kosuke.
-Sí, es uno de aquellos felinos que nos encontramos en la jungla.
En el pasado ya nos topamos un par de veces con una manada de estos felinos. En un primer encuentro nos tuvimos que enfrentar a estos poderosos animales, pero, por algún motivo, en el segundo se aliaron a nosotros contra los alienígenas, gracias a ellos tuvimos la oportunidad de escapar.
Veo como Patrick prepara su arma para disparar. Con un gesto de mi mano le indico que no dispare.
-Mantengámonos alerta, pero démosle la oportunidad de irse, se lo debemos –digo por la radio.
Poco después podemos ver como el morro del enorme felino aparece por la puerta. Evidentemente es un animal infectado por el G21, evolucionado a lo que es ahora. En antaño, los piratas que habitaban

esta isla tenían por costumbre traer animales exóticos de sus incursiones y saqueos a barcos españoles. Algunos de estos eran felinos, por lo que estos podrían ser la evolución de un jaguar o similar. Sus colmillos son enormes, su cabeza está acorazada y su cuello está protegido por unas placas similares a escamas metálicas que utilizan como defensa. Cuando se siente amenazado cimbrea sus placas, que producen un ruido metálico que parecen cuchillas afilándose. De colores atigrados, su mirada es aterradora y esta se fija en mí. Parece reconocer que también estoy infectado por el G21, solo espero que no me confunda con uno de esos alienígenas y me ataque. Su tamaño es el doble del que podría tener un tigre y eso que este es una hembra, el macho es aún mayor.

-¿¡Qué demonios es eso!? –exclama Klahan, lo que llama la atención del enorme felino.

Este, gira la cabeza hacia él y da un aterrador rugido. Patrick dispara con su cañón de impulsos al lomo del felino, lo que lo parte por la mitad.

-¿Por qué has hecho eso? –digo enfurecido al robot, a la vez que cruzo la calle.

-He evaluado y considerado que podía ser peligroso para el equipo –responde, con su siempre pausado tono de voz que llega a ser irritante.

-Tú no tienes que considerar nada. Te di la orden de no disparar y la has incumplido.

Conforme camino hacia él mi musculatura crece hasta el punto de desgarrar ligeramente mi mono de vuelo, mi voz se hace más grave y mis ojos se tornan rojos. Patrick levanta su arma contra mí, pero a una distancia de tres metros salto sobre él y lo estrello contra la pared de la misma habitación donde se ocultaba el felino. Con su peso destroza la endeble pared, atravesándola y cayendo sobre los restos de un perro que debía haber cazado aquella bestia.

-*Tranquilo amigo* -dice Kosuke mentalmente-*, tranquilo*.

-Es la última vez que desobedeces una orden –digo a los pies del robot, mientras mi cuerpo vuelve lentamente a la normalidad.

-Te había subestimado –responde el RAC cuando se incorpora-. No sabía que podías generar esa potencia.

-¿Sabes lo que es disculparse hojalata? –dice Burna, a la vez que se acerca al cadáver del felino para observarlo.

-Sé lo que significa el término disculparse. Solo he ejecutado mi programa, defender al equipo.

-Da igual, tú a lo tuyo –responde Burna, sin dignarse a mirarlo.

-Estos felinos se aliaron con nosotros cuando los aliens nos atacaron en aquella maldita jungla y eso nos dio la oportunidad de escapar. El enemigo de tu enemigo es mi amigo –dice Skud, que se agacha junto

al felino.
-¿Qué son estas placas que tiene aquí? –pregunta Burna.
-¡Cuidado, no las toques! Cortan como el mejor de los cuchillos.
-Estos animales son increíbles. Jamás vi algo así –dice Ethan, que se acerca también a verlo de cerca.
-En el entrenamiento que hicimos en Rota nos hablasteis de ellos, pero verlos de cerca es otra cosa. Siento haber alzado la voz, fue culpa mía –dice el tailandés.
-Mañana nos adentraremos en la jungla, no podemos cometer más errores, así que concentraos al máximo -recrimina Skud, con voz casi paternal, pero autoritaria.
Tras dejar unos minutos para que la doctora examine a la fiera, continuamos hacia el hospital.
-Equipo viper aproximándose por el norte.
-Copiado, rojo dos.
Segundos después, aparecemos por una de las esquinas. Cuando entramos en el hospital, Kosuke se dirige a rojo dos poniéndole al día de todo lo sucedido.
-¿Habéis encontrado algo? –pregunta Skud a rojo tres, que se acerca a nosotros.
-Nada, hemos visto manchas de sangre, puertas destrozadas, pero ni un solo cadáver.
Después de comer algo nos reunimos ambos equipos, excepto el RAC, rojo cuatro y Klahan que están montado guardia.
-¿Os fiais de ese engendro metálico? –pregunta rojo dos en voz baja.
-¿Francamente? No, pero no nos queda otra –responde Skud-. Por otro lado, podría ser el arma perfecta contra esos alienígenas, ya que no le podrán atacar mentalmente.
-Tener cuidado con él. ¿Qué tenéis pensado hacer mañana?
-Partiremos hacia la jungla –dice Kosuke.
-¿Cómo lo vais a hacer? La visibilidad es casi nula.
-Intentaremos avanzar lo que podamos con el Hechicero. Este tiene un modo de reconocimiento digital del terreno que nos ayudará en el vuelo, cuando nos sea imposible seguir tendremos que tomar y continuar a pie –respondo.
-Deberíamos descansar algo, mañana va a ser un día muy largo –dice Kosuke.
-Ok, yo haré la siguiente guardia –digo, tras dirigirme a Klahan para relevarlo.
Apostado en una ventana, puedo ver a Patrick situado en la puerta de entrada. Permanece inmóvil, aunque sus pequeñas antenas giran constantemente en busca de cualquier indicio de movimiento.

Mi turno de dos horas pasa lentamente. Ver la lluvia caer es casi hipnotizador, los drenajes de las calles deben estar saturados y algunas

de las que se ven desde aquí ya están inundadas. Por momentos, mi mente se evade a España, a mis tiempos pasados con Rocío, con mi familia. Sé que cuando me enfrente a estos demonios tendré que aferrarme a ellos para poder combatirlos. Me encantaría poder hablar con Rocío, oír su voz; en estos últimos días la noté un poco rara, aunque imagino que el hecho de que volviera a la isla no le debía hacer mucha gracia. Sé que me ocultaba algo, pero nunca me metí en su mente y nunca lo haré.

De repente, algo llama la atención de Patrick, sus antenas se fijan hacia el noreste. Levanto mi fusil y busco objetivos a través de la mira de este. Poco después, localizo un par de animales similares a tejones que se mueven por las calles dando saltitos, probablemente buscan alimentos que puedan quedar en alguna de las habitaciones o quizá refugio de la tormenta. El tiempo pasa y nada sucede, puede ser que la tormenta ocultara nuestra llegada a la isla o puede ser que nos estén esperando en su territorio, la jungla. La climatología actual juega a nuestro favor, los snarcuds, sus portadores, proceden de un planeta con un clima extremadamente cálido, por lo que todo lo que implique temperaturas más bajas, mermarán cuantiosamente sus capacidades. La tormenta ha hecho que la temperatura baje unos diez grados y se prevé que esto dure así aproximadamente una semana, si hay un momento de enfrentarnos a ellos es ahora.

-Me toca –dice una voz femenina a mi espalda.

-¿Ya han pasado dos horas?

-Así es. ¿Ha habido algo? –pregunta Burna.

-Nada de interés, aparte de llover y llover. No había visto una lluvia así en mi vida.

-Pues descansa, que mañana debes llevarnos a todos.

-Ok.

-Una cosa Eric, aquello que pasó en el bar, yo.

-No pasó nada –respondo apoyando mi mano en su hombro, mostrándole una sonrisa.

-Gracias –responde la soldado israelita, que acopla su fusil de francotirador apoyado en el marco de la ventana.

Un delicioso olor a café me despierta. Al abrir los ojos veo a rojo dos –William-, como calienta una cafetera en un fuego improvisado.

-¡Buenos días, chicos! El café está listo para servir –comenta William en voz alta, despertando a aquellos que aún quedaban dormidos.

Miro mi reloj y veo que son las siete. Todos vamos recogiendo nuestro equipo y nos agrupamos alrededor de la cafetera.

-¿Cómo está la climatología hoy? –pregunto.

-Tenemos una pequeña ventana prevista sobre las ocho, en la que

la lluvia disminuirá, aunque el viento permanecerá como hasta ahora –responde Patrick, que se acerca al grupo.

-Bueno, eso mejorará la visibilidad, algo es algo. ¿Cómo consigues la información?

-Conecto con la red de satélites civiles o militares para extraer la información que necesito, siempre y cuando los tenga a mi alcance, sin embargo, aquí no es fácil.

-¿No están codificados o algo así?

-En algunos tengo acceso directo, otros los desbloqueo.

-¿Eres un jodido hacker?

-Supongo que sí.

No sé qué es lo que se cuece en el procesador de Patrick, en ocasiones pienso que sus respuestas son programadas, pero otras veces son muy elaboradas, lo que implicaría un proceso de pensamiento. ¿No es esto inteligencia?

A las ocho abandonamos el hospital donde se queda el equipo rojo, que se prepara para patrullar el campamento. Como predijo el robot, la lluvia ha empezado a aminorar. La mayoría de las calles están inundadas. Caminando entre aquellos edificios prefabricados, podemos ver como flotan objetos de los que los ocuparon. En algunas partes, la mezcla de agua y barro llega casi a nuestras rodillas. Por primera vez, desde que llegamos aquí ayer, vemos algún rayo de sol que tímidamente se deja ver entre el paso de nubes. Cuando alcanzamos el helipuerto, vemos como sobre el hechicero han caído varias ramas de los árboles colindantes. Al aproximarme lo activo; lo que lo despierta de su letargo, para levantarse sobre sus soportes de suspensión, haciendo que las ramas que habían caído sobre él resbalen y caigan al suelo. Al alzar mi mirada, veo que el techo de nubes está muy bajo, no creo que estén más allá de trescientos pies sobre el terreno.

-¿Podrás volar con tanto viento? –pregunta Ivanova, que se acerca a mí cuando entramos en la aeronave.

-Va a estar movido, nunca he volado con tanto viento, pero esta máquina es distinta y sus capacidades son muy superiores a todo lo que volé antes, ya veremos.

-¿Qué haremos entonces?

-Vamos a avanzar lo que se pueda, si la cosa se complica en exceso tendremos que aterrizar y continuar a pie.

Conforme vamos entrando, cada uno de ellos ocupa su puesto designado. Miro al cielo y ha dejado de llover, al comprobar la hora son las ocho y veinte.

-¿Listos? –digo, echando un vistazo al pasaje y cerrando la entrada desde mi consola.

Todos levantan el pulgar.

Conecto los sistemas y núcleo. Tras hacer la comprobación de sistemas, intento despegar lo más suavemente posible. En cuanto levanto los soportes del suelo la aeronave se mueve bruscamente hacia la derecha, hasta que consigo aproarla al viento. Tiro de paso y esta se eleva. Al sobrepasar el muro que separa el campamento del resto de la jungla, vemos que se encuentra parcialmente destruido.
Nos sorprende cómo ha crecido la vegetación. En menos de un año el paisaje ha cambiado considerablemente. Vuelo a baja velocidad para intentar controlar al Hechicero, que no para de bailar al son de las tremendas rachas de viento. Seguimos avanzando hasta llegar al poblado que fue atacado por aquellos terribles reptiles.
-¿Puedes orbitar por encima del poblado? –pregunta Kosuke.
-Afirma.
Entre jirones de nubes realizo varias órbitas, entrando y saliendo de estos grisáceos algodones flotantes. Al mirar fuera, vemos que el fuego que aquellos días utilizamos para escapar de los terribles reptiles destruyó las chozas donde vivían los indígenas, ahora el poblado ha sido prácticamente engullido por la jungla. Damos una pasada baja, aunque con grandes dificultades para mantenerlo estable por las fuertes turbulencias.
Al alejarnos del campamento y continuar hacia la selva, la lluvia vuelve a hacerse presente, esta vez con gran fuerza, lo que me obliga a conectar el sistema de digitalización del terreno. Frente a mí se genera una imagen digitalizada de lo que tenemos delante, aun así, es sumamente difícil seguir volando ya que debemos volar excesivamente bajo. Cada vez que me acerco a las nubes, las turbulencias son aún mayores. Por suerte, el pasaje que llevo a bordo está acostumbrado a este tipo de vuelos y si tienen miedo no lo demuestran. Cada dos por tres saltan avisos en el cuadro de instrumentos, para alertarme de que estoy a punto de exceder algún límite.
-Chicos, no sé cuánto tiempo podré continuar, esto se complica por momentos.
-¿Puedes buscar un punto de toma? –pregunta Kosuke.
-Sí, tengo marcados en el GPS las zonas de toma que utilizamos la otra vez, pero con lo que ha avanzado la jungla, no sé si estos se mantendrán.
-Intentémoslo, si no hay otro remedio tendremos que darnos la vuelta.
De repente, una fuerte sacudida nos hace botar a todos en los asientos. Varias luces de aviso parpadean frente a mí.
-¿Qué demonios ha pasado? ¿Hemos tocado con algo? –pregunta Klahan.
-No, creo que nos ha alcanzado un rayo.
-¿¡Un rayo!?
-No os preocupéis. La aeronave está diseñada para soportarlo.

Continúo volando y apago las luces de aviso del panel de instrumentos. Poco después, llegamos al primer punto de toma que tenía marcado en mi GPS. La selva se ha apoderado prácticamente de la pequeña explanada, para colmo, la niebla ha empezado a hacer su presencia, lo que me dificulta aún más la posibilidad de tomar. De repente, recibimos otro golpe.

-¿Otro rayo? –pegunta ahora Burna.

-No, no lo creo. Ahora sí nos ha golpeado la rama de un árbol que se habrá desprendido con el viento –respondo, mientras lucho contra los mandos del Hechicero.

Por suerte, la aeronave está prácticamente blindada y un golpe así no le debería producir mayores daños. Virando fuerte por la derecha, realizo una órbita cerrada buscando un posible punto de toma. Imposible, cuando intento bajar varias ramas nos golpean nuevamente y no hay un maldito punto claro donde tomar.

-No podemos tomar aquí, es demasiado peligroso. ¿Qué queréis hacer, continuar o nos damos la vuelta?

-Tú decides Eric, ¿cómo lo ves?

-La cosa está bastante jodida, pero podemos intentar avanzar a Delta dos, si se complica demasiado me doy la vuelta.

-Pues vamos allá.

Con el rabillo del ojo, veo como Ethan se santigua, lo que no estaría mal que hiciera yo también, aunque eso no creo que les diera mayor confianza. Mis manos se aferran a los mandos de la aeronave, levanto al Hechicero unos cincuenta pies sobre la copa de los árboles, cruzando varias veces los jirones de nubes, haciéndonos sufrir su ira que nos balancea bruscamente.

No mucho después, llegamos a Delta dos. Lo que antes fue una gran explanada, ahora se limita a pequeños claros. Como si fuera un cementerio de helicópteros, podemos ver tanto al 412 que allí se accidentó, como el AW119 que fue nuestro helicóptero, completamente cubiertos por enredaderas que parecen atraparlos contra el suelo, para evitar que marchen de allí.

-¡Preparaos! –exclamo, a la vez que abro las compuertas laterales desde el panel de instrumentos.

Al abrir las compuertas el viento y la lluvia entran con gran fuerza, lo que dificulta enormemente hacer puntería a los artilleros.

-¡No se ve una mierda! –exclama Klahan, mientras se pone las gafas de protección.

Solo espero que esta climatología les esté afectando a ellos más que a nosotros. Pensamientos que recorren mi cabeza, cuando inicio la aproximación.

Una rama entra por una de las compuertas, golpeando en el hombro a Burna.

-¡Joder! –exclama, volviéndose a incorporar.
-¿¡Estás bien!? –grita Skud, ya que al abrir las compuertas, el ruido es insoportable dentro de la aeronave.
-¡Sí! –responde ella levantando el pulgar, a la vez que vuelve a apuntar con su ametralladora. Probablemente, si no hubiese llevado uno de estos uniformes, el impacto le habría dislocado el hombro, pero parece que hacen su función.
No demoro mi toma y aterrizo entre los dos helicópteros siniestrados, entrando con la cola al suelo para después bajar el morro.
-¡En tierra!
-¡Vamos, todos fuera! ¡Hay que desplegar de inmediato! –grita Kosuke.
Mientras Burna y Klahan permanecen apuntando con sus ametralladoras hacia la arboleda que nos rodea, Patrick es el primero en saltar hacia el terreno, desplegando dos largas antenas de los laterales de su cabeza, que se asemejan a dos largas orejas puntiagudas.
En esta ocasión, no ha habido pulso electromagnético que nos derribe o ha sido ineficaz contra esta aeronave mitad alienígena, mitad terrícola. El caso es que hemos podido aterrizar con seguridad.
Sin demorar la salida, Skud, Ethan, Ivanova y Kosuke, también saltan del hechicero, para ocupar el flanco que cada uno tiene asignado. Nada más apagar los sistemas de la aeronave, recojo mi equipo y me dispongo a salir.
-¡Vamos allá! –exclamo.
Burna y Klahan anclan las ametralladoras y recogen su equipo para, segundos después, salir de la aeronave.
En cuanto sale el último de ellos, activo mi brazalete para pegar al Hechicero al terreno y dejarlo herméticamente cerrado.

CAPÍTULO 24

EL CAMPAMENTO

Debido a que este interfería en mis sentidos alienígenas, he decidido dejar mi casco en la aeronave y ahora, al igual que Kosuke, solo llevo un pañuelo negro atado a mi cabeza, donde apoya el soporte de la lente que me proporciona información y el micro de comunicación.
Durante unos segundos, tanto Patrick como yo escaneamos el terreno en busca de cualquier amenaza, aunque con esta climatología sería fácil que algo se nos pasara desapercibido. El resto del equipo espera que digamos algo, mientras no dejan de apuntar hacia la oscura jungla que ahora parece aún más siniestra que entonces.
-No parece haber nada –digo, dirigiéndome a Kosuke.
-Está bien, emprendamos la marcha –responde, a la vez que nos marca una dirección.
Al pasar junto al 412, nos llama la atención el que no queden restos de ningún cadáver en el interior. Probablemente los equipos de rescate se los llevaron o las alimañas que aquí habitan acabaron con lo poco que podía quedar. Svetlana hace un gesto extraño al pasar junto al helicóptero, un horrible escalofrío ha recorrido su espina dorsal.
Desde la distancia, echo un vistazo al AW119 MKII que un día fue mi helicóptero.
Patrick va en vanguardia junto a Klahan; le seguimos Kosuke y yo. Los pequeños senderos de animales que antes existían han desaparecido, lo que aumenta la dificultad para avanzar y mantener un perímetro de seguridad. Como si entráramos en una inmensa bóveda, esta es casi opaca, dejando que solo unos tímidos rayos de sol consigan llegar al suelo, donde se arremolinan plantas que se mueven casi al unísono al ritmo del movimiento de estos, luchando por un trago de esta preciada luz. A unos veinte o treinta metros de altura se sitúan las copas de los enormes árboles. Conforme avanzamos unos cientos de metros, la vegetación sigue siendo abundante, pero ahora la dificultad para avanzar es menor y hemos podido aumentar distancias en nuestro despliegue. Esta se ha convertido en maravillosas formaciones florales, entremezcladas con un eterno verde e interminables enredaderas que se mueven por los troncos de árboles, lo que las hace parecer temibles ofidios a la espera de una presa. El agua prácticamente ha dejado de caer sobre nosotros, ya que las copas de los árboles que forman la gran bóveda la hacen discurrir por los troncos hasta el suelo, circulando por improvisados arroyuelos que cada vez parecen tener más caudal. La humedad lo invade todo. Lo que a un humano probablemente le haría caer enfermo en unas semanas, aquí parece favorecer la vida de una grandísima diversidad de animales y plantas.

Ivanova está maravillada, aunque no es la única. El paisaje es tremendamente bello, por un momento, nos hace olvidar los peligros que nos acechan en las sombras. No hay prácticamente un centímetro de tierra firme a la vista, todo el suelo está cubierto de helechos, musgos, hojas en proceso de putrefacción y enredaderas. Nuestras botas se hunden entre la vegetación en cada pisada, a la vez que el agua sube entre las plantas aplastadas llegando hasta nuestros tobillos.
Continuamos nuestro camino hasta caer la tarde, donde encontramos una pequeña altiplanicie despejada de árboles. Aunque el viento sigue soplando con fuerza, la lluvia nos ha dado una tregua y volvemos a ver el sol, sin embargo, no creo que por mucho tiempo.
-Paremos aquí, no debe quedar más de una hora de luz. Montemos el campamento ahora que no llueve –dice Kosuke.
-¿Qué pasa? –pregunta Ivanova, al verme con la mirada perdida.
-La jungla se ha revuelto, algo sucede – respondo.
-Detecto múltiples movimientos alrededor –dice Patrick, tras acercarse a nosotros.
-Está bien, Patrick y Eric hacer guardia. Skud y Burna preparar el perímetro de seguridad, el resto montaremos el campamento –ordena Kosuke.
-Sabes que solo tendremos unos metros de margen, ¿verdad? El sector es muy pequeño –responde Skud.
-Lo sé amigo, pero no tenemos otra cosa.
Poco después, Skud y Burna están clavando unas cuantas estacas a unos quince metros de las tiendas, que Ethan y Klahan montan con premura.
-¡Voy a encenderlas! –grita Skud, que se agacha junto a una de las estacas.
-Pasa la mano por delante –responde Kosuke, que se encuentra sentado frente a un pequeño monitor.
-¡Esperar! –exclama Patrick, que se acerca a la posición de Skud apuntando con su arma hacia la espesa arboleda que nos rodea.
Casi al momento, las hierbas altas se empiezan a mover. Todos portan permanentemente sus armas, lo que les hace reaccionar de inmediato. Tras unos segundos de tensa incertidumbre, un pequeño cérvido, lo que los nativos llaman un guazuncho, asoma su hocico olfateando.
-¡Qué bonito! –exclama Burna, con intención de acercarse a él.
-Espera –digo, sujetándola por el hombro.
Una enorme serpiente que colgaba de una rama y que el resto no ha visto hasta que no se ha movido, lo muerde por la cabeza, a la vez que enrolla parte de su cuerpo alrededor del cervatillo. Poco después, el pobre animal parece derretirse en las fauces de la serpiente.
-Pero ¿qué demonios? –dice Ethan.
-¡Maldita sea! Ha debido sustituir su veneno por algún tipo de ácido –

exclama Ivanova.
De repente, la cabeza del ofidio salta en mil pedazos.
-¿Qué?
-No pienso arriesgarme a encontrármela cuando nos vayamos de aquí –dice Klahan, que continúa apuntando con su arma todavía humeante.
-Por una vez estoy de acuerdo contigo –comenta Burna, mientras baja su arma y se seca el sudor de su frente.
-Para una vez que no disparo y todos se lo agradecéis a Klahan –dice Patrick.
-Vaya hojalata, eso ha tenido gracia –responde Burna.

Patrick se acerca al cervatillo y lo levanta con una de sus metálicas manos. La cabeza casi se ha derretido.

De su muñeca sale algo parecido a una jeringuilla metálica. Casi de inmediato, recoge una muestra del ácido que todavía chorrea del cuello del desvalido animal. Esto no pasa desapercibido a la doctora rusa, que se acerca a él.

-¿Qué haces? ¿Por qué coges muestras?

-Doctora, yo también tengo instrucciones de estudiar lo que nos encontremos –responde el robot con su siempre tenue, pero a la vez inquietante voz.

-¿Quién te ha dado esas órdenes?

-Está impreso en mi programa de datos.

La doctora lo mira con cierta desconfianza, aunque no responde. Ella también saca una jeringuilla para extraer algo de ácido.

-Cuidado doctora, esa jeringuilla no servirá. El ácido es tremendamente fuerte y probablemente destruya el cristal de la jeringuilla, si le cae en la piel le producirá graves heridas.

Instintivamente la doctora retira su mano del cadáver.

-Está bien, cuando volvamos te pediré las muestras que has recogido.

El robot se limita a girar la cabeza hacia Ivanova sin pronunciar palabra.

-¡Doctora, apartaos de ahí y veniros al perímetro de seguridad! –grita Kosuke desde las tiendas.

-¡Ok!

Tres pequeñas tiendas forman nuestro campamento. Kosuke reparte los turnos de guardia, mientras Patrick y yo continuamos dando vigilancia al campamento, el resto se sientan alrededor de las tiendas para comer algo. De sus mochilas sacan comida prensada que no cocinan, para no atraer a visitantes indeseados. Ivanova se quita sus guantes para coger los alimentos del interior de su mochila.

-Cuidado doctora –advierte Ethan.

-¿Qué pasa? –responde ella, soltando la mochila de inmediato.

-He visto algo correteando por uno de los bolsillos de la mochila.

No sé lo que es.

Skud y Burna se acercan a ellos. Con un gran machete, Skud mueve con cuidado la mochila. Al hacer esto, una gran escolopendra aparece moviéndose rápidamente de bolsillo a bolsillo.

-¡Joder! –exclama la doctora.

Con el machete Skud consigue desprenderla de la mochila y cae al suelo. Se mueve rápidamente, pero el enorme soldado es capaz de retenerla con su machete. Al hacer esto, la escolopendra se retuerce y escupe un líquido amarillento que cae sobre la cara del soldado. El gran guerrero de color parte por la mitad a la escolopendra y esta se retuerce sobre sí misma.

-Cuidado Skud, déjame que te limpie de inmediato –dice Ivanova, que saca de su bolsillo unas toallitas desinfectantes-. ¿Sientes dolor o picor?

-Solo un poco de escozor.

Cuando la doctora termina de limpiarlo se gira hacia el espeluznante bicho. Con cierto cuidado recoge la parte de la cabeza con unas largas pinzas.

-Increíble, sus forcípulas se han modificado. Tiene una especie de tubitos que debe ser con lo que te ha lanzado ese líquido.

-¿Es veneno?

-Probablemente, has tenido suerte de que no te haya caído en los ojos –responde la doctora, mientras introduce las dos partes del animal en un bote de cristal que debe contener cloroformo o algo similar, ya que al poco de meterlo este ralentiza sus movimientos por momentos-, espera, voy a ponerte un antibiótico y un antihistamínico. ¿Eres alérgico a algún medicamento?

-No, no que yo sepa. ¿Es necesario doctora?

-Cualquier precaución es poca en esta selva –responde, tras sacar dos pequeñas jeringuillas, clavando una de ellas en la dura piel del brazo del guerrero y la otra en la misma mejilla donde cayó aquel líquido viscoso. Skud no se queja, aunque hace un pequeño gesto de dolor, cuando la doctora introduce el líquido de la jeringuilla en su mejilla.

Burna levanta el tarro con la escolopendra partida en dos, observándola de cerca.

-Donde vivo existen muchos bichos y he visto muchas escolopendras en mi vida, esta es muy diferente a ellas –dice, sin dejar de mirar aquel miriópodo singular que ya quedó inmóvil.

-Bien visto Ethan, gracias –dice la doctora.

El americano solo levanta la mano, acercándose con cierta curiosidad a Burna para ver el animal que aún sostiene en alto.

-¡La madre que lo parió! –exclama Burna, que a punto estuvo de tirar el bote al suelo, cuando la escolopendra hizo un repentino

movimiento.

Todos ríen y, durante un tiempo, Burna es motivo de diversas burlas.

CAPÍTULO 25

ALGO NOS ACECHA

Cae la noche y todos nos vamos a dormir. Ahora son Skud y el robot los que montan guardia.
Ivanova y yo compartimos tienda, como ya nos pasó en antaño.
-Es curioso, parece que no haya pasado el tiempo, tú y yo nuevamente juntos en una tienda de campaña –dice la doctora rusa, que se ha tumbado semidesnuda sobre su saco de dormir. Su piel brilla por el sudor, iluminada tenuemente por la luz de la luna que consigue atravesar nuestra tienda, cuando las nubes, que se mueven rápidamente por el viento, no la ocultan. Su cuerpo volvería loco al hombre más equilibrado y despierta en mí los más oscuros impulsos. Puedo leer su mente, deseos lascivos fluyen por su cabeza, lo que no facilita la situación. Tengo que hacer un verdadero esfuerzo para no acercarme a ella.
-Debemos intentar dormir algo, nos espera un día muy largo.
Cuando me quito el uniforme, quedándome solo en unos bóxer, Svetlana se acerca lentamente a mí.
-Tienes razón –responde Svetlana, que se aproxima dándome un apasionado beso y que yo no evito. Se tumba sobre mí acariciando mi pecho con sus senos, mientras me mordisquea el cuello y su rodilla resbala entre mis piernas.
-¡Espera!
-Esta vez no voy a esperar, estoy muy caliente –contesta ella, sin dejar de morder mi cuello.
-No Svetlana, espera. Uno de ellos se acerca –digo, tras apartarla de mí, para salir precipitadamente de la tienda-. ¡Kosuke, están aquí!
Avanzo hacia la arboleda y mi cuerpo se transforma por momentos.
Cuando paso junto a él, Skud me mira perplejo. Patrick parece haber detectado también algo, ya que su mirada está fija en la arboleda y sus antenas no paran de vibrar. Sus dos picudas antenas, similares a las orejas de un dóberman, están también dirigidas hacia delante.
Segundos después, he desaparecido entre la espesa arboleda.
-¿Qué ha sucedido? –pregunta Kosuke, nada más salir de la tienda.

Avanzo rápido entre la hojarasca. Sus ramas repletas de punzantes espinas desgarran mi piel, aunque solo durante los primeros segundos, hasta que esta se endurece; a su vez, esta parece curarse sola, cicatriza sin dejar el menor rastro de herida anterior. Mi mente cambia por momentos, mientras la bestia que llevo dentro intenta apoderarse de ella, pero no será esta vez, no esta vez. Ahora soy yo quien se aprovecha de su fuerza, de su poder para poder vengarme de la

maldición que introdujeron dentro de mí. Me centro en esta sed de venganza, en este odio e intento mantenerme cuerdo. Ante mí se abre un mundo completamente distinto. Puedo ver como la savia de los árboles fluye por sus ramas, olores, sonidos inaudibles para un humano, pero también sensaciones e instintos, es como si fuera capaz de prever lo que va a suceder. Soy capaz de detectar diminutos seres que se esconden bajo las hojas o al mochuelo que me observa desde una elevada rama, aunque no puedo dejar que estos nuevos sentidos me distraigan del verdadero peligro que tengo frente a mí. Debido a la maraña de árboles, lianas y espesa vegetación, aún no llego a visualizarlo, pero sé que está ahí, a unos doscientos metros y acercándose, y es uno de ellos, uno de esos seres con los que nos enfrentamos en el pasado. Continúo avanzando rápidamente hacia él, cuando algo se abalanza sobre mí desde la copa de un árbol, aunque mis sentidos alienígenas ya me habían avisado de su presencia, este es muy veloz. Es una de esas mantis del infierno -un warcum-, que con sus pinzas intenta aferrarse a mi cuello. Mis garras son tremendamente fuertes y de un solo zarpazo desgarro al desventurado animal por la mitad. Puedo detectar dos, tres más de ellos que ya no se ocultan y se dirigen hacia mí, desprendiéndose de las ramas y levantando sus amenazantes pinzas. Esto no me frena en absoluto y continúo acercándome hacia el alien, que ahora se encuentra a menos de cien metros. Uno de estas warcum se acerca, pero decapito de cuajo su cabeza, cuando paso por su lado a gran velocidad. Las otras dos parecen retroceder, dejándome el camino libre. Ahora sí lo puedo ver, lo tengo justo enfrente, a unos veinte metros. Parece intentar comunicarse conmigo mentalmente, no entiendo su idioma, pero si lo que quiere decirme, que me una a ellos. Cuando me encuentro a unos cinco metros, salto sobre él mordiéndole en el cuello y arrancando con mis terribles fauces parte de este. Su cuello se rompe en dos sin que el ser pueda hacer nada para defenderse. La violencia con la que me he enfrentado a él no le ha dado posibilidad de reacción. Busco en su nuca y allí está el terrible parásito. Sin piedad lo arranco del cuerpo casi decapitado del alien y de un bocado devoro medio parásito. Al probar los jugos del G21 puro, mi cuerpo entra en éxtasis. Mis ojos cambian de color, tornándose de un azul intenso, mientras lanzo un terrible rugido hacia la copa de los árboles, lo que hace estremecerse a los animales que por allí merodean. Sigo devorando aquel pequeño ser, saboreando cada uno de los bocados como si fuese un excelente manjar. Un líquido viscoso y rosáceo chorrea por mis fauces. Miro a mi alrededor y puedo ver como las dos mantis que quedaron vivas se han subido a las copas de los árboles, guardando la distancia. Cuando termino de devorar aquel parásito me agacho sobre el cadáver del alienígena, como si lo estuviera estudiando. Mi cuerpo es diferente al

suyo, aunque en algunos aspectos tengo ciertas semejanzas. Soy más corpulento y mi cuerpo, al igual que el suyo, está diseñado para depredar, para matar. Tras pasar un rato observándolo, agarro su cabeza y de un tirón desprendo la parte que aún quedaba unida a su cuerpo. Al ponerme de pie, acerco su cara a la mía y puedo ver sus ojos. Son tremendamente parecidos a los de un enorme insecto. La cabeza se parece a la de las mantis, aunque con algo similar a dos pequeñas orejas puntiagudas. A diferencia de mí, esta no tiene colmillos ni dientes, es más parecido a la boca de una tortuga, una de esas tortugas mordedoras que viven en las zonas pantanosas de América.

-¿Qué hacemos? –pregunta Ivanova con rostro preocupado, que dirige su mirada hacia Kosuke.
-No podemos hacer nada, debemos esperar. Si nos internáramos en esa jungla de noche, seríamos presa fácil para esos monstruos.
-Kosuke tiene razón, con poca visibilidad, vuestra posibilidad de sobrevivir frente a un ataque de esos seres es menor del veinte por ciento –contesta Patrick, que no deja de apuntar hacia la arboleda.
Todos callan y observan con inquietud hacia las sombras que les rodean. Poco a poco, un tenue ruido tamborilea sobre las hojas que cubren el suelo. Son las primeras gotas de lluvia de la tormenta que se aproxima. También el viento que había decaído parece aumentar nuevamente su virulencia, lo que hace mover con fuerza la copa de los árboles de lado a lado.
-¡Jodida climatología, no me deja ver una mierda! –exclama Burna, cuando la lluvia se hace más intensa.
La soldado israelita ha dejado a un lado su fusil de francotirador y apunta con el que hasta ahora portaba a su espalda; uno similar a los nuestros, aunque de culatín retráctil y ligeramente modificado para adaptarse a su anatomía. Ethan, a su lado, intenta enfocar con unos prismáticos de visión nocturna hacia las zonas más oscuras de los entresijos de ramales y arboleda.
-¡Atentos, algo se acerca! –dice el robot, que levanta la mano, imitando los movimientos que ha visto hacer repetidas veces a Kosuke.
-¿Puedes identificarlo? –pregunta Kosuke.
-Negativo, podría ser Eric, pero la energía que desprende es extraordinaria. También podría ser uno de esos seres.
-¿A qué distancia?
-Cuarenta metros y acercándose.
Todos permanecen expectantes, con sus armas preparadas, aunque con sus dedos fuera del gatillo, todos menos Klahan. Skud que se encuentra a su lado se percata de ello y le hace una señal.

-Si es Eric no queremos volarle la cabeza –dice Skud en voz baja, volviendo su mirada hacia la jungla.
-Aquí está –dice Patrick, pocos segundos después.
Nada más terminar de hablar, dos ojos demoníacos brillan en la oscuridad. Con una altura de algo más de dos metros, una horrible bestia emerge de las sombras. La tensión entre los soldados es evidente.
-¿Es él? –pregunta Klahan, visiblemente nervioso.
-No lo sé –responde el robot.
-¡Es él! –exclama Ivanova.
-¿Cómo demonios lo sabes? –pregunta Klahan.
-Salvo que los alienígenas hayan empezado a utilizar bóxer, este es Eric.
Al bajar la vista, los soldados pueden apreciar la prenda deshilachada y rasgada, probablemente por el aumento de tamaño.
-Bajar las armas –ordena Kosuke en voz baja-, no quiero que nos vea como una amenaza.
Al hacer esto la bestia alza una de sus garras, en ella lleva algo que inicialmente los vipers no llegan a identificar, hasta que la lanza hacia ellos. Al caer a sus pies, pueden ver que es la cabeza de un alien. Segundos después, lanza un atemorizante rugido. Klahan tiene intención de subir su arma, pero Skud se lo impide.
-Eric, tranquilo. Somos nosotros –dice Kosuke, sin alzar la voz.
La bestia permanece en las penumbras que forman la espesa arboleda que rodea el campamento. Poco a poco, su cara, mi cara, parece cambiar. Lentamente vuelvo a la normalidad, lo que me hace desvanecer.
-Rápido Skud, ayudémosle –dice el líder de los vipers.

CAPÍTULO 26

NADA ES LO QUE PARECE

Cuando Skud se acerca a mí, estoy empapado en sudor. Me recoge del suelo y me acerca en brazos hasta una de las tiendas de campaña.
-¡Rápido, traer algo de agua! –grita Skud, sin dirigirse a nadie en concreto.
Ivanova no tarda en acercarse con una cantimplora y me levanta la cabeza con delicadeza.
-Dios mío, está ardiendo –dice la doctora, que derrama algo de agua por mi frente y pecho-. Vamos Eric, debes beber un poco de agua. ¡Eric!
Como en sueños, resuena en mi cabeza la voz de Ivanova cada vez más cercana. Paulatinamente, empiezo a abrir los ojos y puedo ver a alguno de ellos a mi alrededor, que sonríen cuando los miro.
-Madre mía Eric, ¿qué era eso? Eras muy diferente a cuando te transformaste en la base naval –pregunta Ivanova.
-Aquella vez refrené a la bestia que llevo en mí, en esta ocasión la he dejado algo más –respondo, mientras doy pequeños sorbos de agua a la cantimplora, que chorrea por las comisuras de mis labios.
-¿Has sido capaz de controlarlo? –pregunta Kosuke.
-En algunos momentos no, por eso quería estar lejos de vosotros cuando se produjera la transformación. Pero esta vez he sido consciente de todo lo que pasaba, aunque a veces mandaba ella y otras yo.
-Chicos –dice Burna, llamando nuestra atención, apuntando con su fusil a la cabeza del alien.
-¡Has podido acabar con él! –exclama Skud.
-Sí, no esperaba mi agresividad. Creo que le he sorprendido y no le di tiempo a defenderse. Quería que me uniera a ellos o algo así. El problema es que el resto ya lo saben y la próxima vez estarán preparados.
-¿Actúan en red? –pregunta Ivanova, mientras observamos la cabeza desde arriba como hipnotizados.
-Sí, es como si estuvieran conectados unos a otros y lo que ve o siente uno de estos seres, lo perciben los demás.
Patrick recoge la cabeza decapitada del suelo y la observa con curiosidad.
-Mirar sus ojos, cada uno está compuesto por varios omatidios y multitud de ocelos –dice el robot.
-Habla en cristiano, ¿qué quieres decir? –pregunta Burna.
-Que pueden ver como una mosca. Sus ojos son en realidad miles de ojos que trabajan en conjunto. Son capaces de ver muchas cosas al

mismo tiempo, su cerebro trabaja de forma distinta al nuestro. No pueden mirar y enfocar como nosotros, ellos ven todos los objetos de cada receptor al mismo tiempo, por eso es tan difícil sorprender a una mosca. Otros rasgos que los caracterizan son que ven mejor las cosas en movimiento que paradas o que ven los colores de forma diferente a nosotros, algo parecido a los daltónicos –responde la doctora rusa, que se adelanta al robot.
-¿Y eso lo ha sabido el robot solo mirándole a los ojos? –pregunta Burna de manera burlona.
-Únicamente comparo información con mi base de datos y analizo el resultado. No digo taxativamente que sea así, pero es muy probable que lo sea y esto nos da mucha información sobre ellos –dice Patrick, que se gira hacia mí-. ¿Pudiste ver el parásito?
-Sí, me lo comí.
-¿Te lo comiste? –dicen varios de ellos a la vez.
-Así es, cuando me transformo me convierto en una especie de vampiro sediento de energía, sediento de sangre. La necesito de otros seres para subsistir en esa forma. De un animal o un humano la consigo succionando su sangre, pero estos seres son G21 puro, o lo que es lo mismo, pura energía. Nunca he consumido drogas, pero deber ser lo más parecido a meterse un chute. Después de comérmelo he notado como incrementaba mi fuerza de manera sustancial, también la forma de percibir mi alrededor, incluso mi percepción de las cosas, creo que algo ha cambiado dentro de mí.
-Debes tener cuidado, no sabemos qué consecuencias produciría en tu ADN consumir G21, podría acelerar tu proceso de transformación o que la bestia se apodere de ti de una vez por todas –dice Ivanova, con muestras de preocupación en su semblante.
-Tranquila Sveta, no debes preocuparte por mí. Además, por mucho que quiera, es como ponerle una bolsita de cocaína a un adicto en pleno estado de ansiedad –digo, mientras apoyo mi mano sobre su hombro-. Pude ver como el G21 fluía por ese ser.
-¿Es un snarcud? –pregunta Burna.
-No lo sé seguro, en mis sueños los snarcuds parecían más grandes y también diferían algo en su forma de estos otros. Quizá estos sean otra subespecie de snarcuds, no lo sé.

Después de estudiar durante un tiempo la cabeza decapitada de aquel ser, Kosuke decidió que era el momento de descansar y nos mandó a todos a nuestras tiendas, excepto Burna y el robot que permanecieran de guardia. Aquella noche la lluvia y viento fue constante, parecía que las tiendas iban a echar a volar. Ninguno de ellos pudo pegar ojo, ninguno menos yo. El encuentro con el alienígena me había dejado agotado, por lo que al tumbarme en aquel saco de dormir caí rendido

entre los brazos de Morfeo en un instante. Ivanova me miró por un momento y luego se acurrucó junto a mí sin decir nada.
La mañana llegó pronto para mí. Ha salido el sol, y la lluvia y el viento parecen darnos una pequeña tregua. Ahora son Klahan y el robot los que nos dan seguridad. Una cremallera hace un ruido característico al subir desde el suelo hasta el techo de la tienda. Poco después, Ethan asoma la cabeza desperezándose.
-Dios mío, me duelen todos los huesos. Esta maldita humedad va a acabar conmigo –dice el americano, que bosteza de manera continuada.
Otra cremallera realiza el mismo sonido y es ahora Skud el que aparece.
-¿A quién le toca hacer los cafés? Necesito uno como el respirar –dice Skud, mientras estira su enorme musculatura.
De repente, una de las balizas de proximidad empieza a vibrar. Klahan y Patrick apuntan con sus armas de inmediato en la dirección donde apunta la baliza. Burna también recoge su rifle de francotirador y apunta en la misma dirección. La tensión es evidente y Skud se desplaza rápidamente a una de las pantallas que detectan las imágenes de los sensores.

-Diez metros, cinco metros, ahí viene –dice Skud.

Poco después, algunos matorrales se mueven y de entre ellos aparece Ivanova.

-¡Vamos, no me jodas! –exclama Burna, que deja de apuntar con su arma.

-¿Qué demonios hacías fuera del perímetro? –pregunta Klahan.

-Tenía ciertas necesidades fisiológicas, no pretenderíais que lo hiciera entre las tiendas –responde la doctora, con una voz relajada.

-Patrick baja el arma, está identificada, es la doctora –dice Ethan, pero el robot permanece apuntándole.

-Tranquilo Patrick, entiendo que no tengas estas necesidades, pero los humanos sí –dice Ivanova con una sonrisa, mientras continúa avanzando hacia nosotros.
-¡Dispara! –grito al abrir la cremallera de mi tienda.
Un disparo, que retumba entre los sonidos de la jungla, lanza unos metros atrás a la doctora, arrancándole un brazo de cuajo.
-¡Qué demonios ha pasado! -pregunta Kosuke.

-¿Qué has hecho? –dice Burna, con intención de acercarse a la doctora.
-¡Alto, no os acerquéis a eso! –grito desde mi tienda.
-No entiendo –responde Burna.
-Eso no soy yo –dice una voz femenina desde la tienda de donde he salido yo, para poco después aparecer el rostro de Ivanova.
Asombrados no paran de mirar a la doctora y a lo que hasta ahora

creían que era Ivanova.
Patrick se adelanta, sin dejar de apuntar su arma, hacia el ser que se debate en el suelo entre la vida y la muerte, retorciéndose entre lo que parecen gemidos. Todos nos acercamos a la que hasta ahora creían que era la doctora.
-Mirar su sangre, es de color verde –dice Klahan.
-Dios mío, se está transformando –dice Ethan.
Poco a poco, el ser empieza a mostrar su verdadera forma. Un alien, que con parte de su pecho destrozado y uno de sus miembros superiores amputado, se queda inmóvil y nos mira fijamente. Arrebato el arma de Burna y hago un disparo sobra la cabeza del alienígena, que la revienta como si fuera un melón.
-Estaba mandando información al resto –digo, a la vez que le devuelvo el arma a Burna-. La transformación solo ha estado en vuestras mentes, nunca llegó a tener la forma de la doctora, solo en vuestras cabezas.
-Pero ¿cómo es eso posible? –pregunta Burna.
-¿Cómo la veías tú? –pregunto.
-Pues con su uniforme, coleta.
-¿Klahan?
-Yo la veía en braguitas, con la camiseta mojada por lluvia de la selva y el pelo suelto –responde el tailandés, que recibe un empujón de la soldado israelita.
-Como podéis observar, cada uno de vosotros la veía de una manera, reflejo de vuestro subconsciente.
-Lo raro es que no la vieras desnuda –dice Burna, dirigiéndose a Klahan.
-No sabía que se podía elegir –responde entre bromas.
-¿Cómo la veías tú? –pregunta Kosuke.
-Cuando se ha intentado meter en mi mente me he despertado. Conmigo al igual que con Patrick, no pueden interferir.
-¿Sabías desde el primer momento que no era ella? –pregunta Skud.
-Así es –dice el robot, que se encuentra agachado sobre el cadáver estudiando las vísceras de aquel ser.
-¿Por qué demonios no disparaste de inmediato?
-Quería estudiar sus ondas cuando interfieren sobre vuestras mentes, ahora tengo información que quizá pueda utilizar contra ellos. Por cierto, este ejemplar que tenemos aquí es un macho.
-¿Cómo lo sabes, tiene pene? –pregunta Burna, que dirige su mirada durante unos segundos a la entrepierna del alien-. Pues debe ser microscópico.
-Sus órganos genitales son internos y aparecen por este orificio cuando necesitan aparearse.
-¿Pene? Es que ahora te has vuelto una finolis –dice Klahan a modo de

burla.
-Ok, comamos algo y recojamos el campamento, ahora que la climatología nos da una tregua –ordena Kosuke, en un tono más serio.

Media hora después, nos disponemos a emprender el camino.
-Comprobar comunicaciones –dice Kosuke.
-Viper uno de viper dos, te copio con algo de ruido de fondo –dice Skud por el equipo de radio.
Al hacer las comprobaciones, vemos que las comunicaciones comienzan a fallar.

La lluvia ha vuelto a aparecer, aunque esta es solo una llovizna que empapa todo a su paso. Nuevamente volvemos a pisar sobre mojado, las pocas horas de sol han tenido poco efecto sobre el suelo, ya húmedo de por sí. A nuestro paso, abundantes anfibios se desplazan por las hojas dando saltos de unas a otras o escondiéndose rápidamente bajo ellas. La mayoría son de extraordinarios colores, lo que advierte de su toxicidad. El ruido de las ramas cimbreantes agitadas por el viento se mezcla con los chillidos de monos y cantares de pájaros, que en ocasiones llegamos a vislumbrar por encima de nuestras cabezas, cuando pasan por los pocos huecos que dejan las copas de los árboles.
El caminar por esta selva es tremendamente agotador. Mi fortaleza sobrehumana me permite moverme con agilidad, incluso en estas condiciones, pero puedo ver en las caras de los vipers el sufrimiento constante en cada paso. Caminamos en hilera, por lo que he decidido ir en cabeza para facilitarles el camino al resto. Gracias a los uniformes, pueden tolerar esta humedad que nos rodea por todos lados, pero las botas se hunden hasta los tobillos en cada pisada y cada vez que levantamos el talón, es como si la jungla se aferrara a nuestros pies para impedirnos avanzar. Cada veinte o treinta minutos debemos hacer una parada para descansar y el avance se retrasa, se hace más lento de lo que Kosuke tenía previsto.

-Solo espero que esta climatología les esté afectando más a ellos que a nosotros –dice Kosuke jadeante, en una de nuestras paradas, mientras escudriña un plano plastificado que porta en ambas manos-. Debemos estar a un kilómetro o así del río.

-¿Quieres que avancemos por la orilla del río?
-La otra vez nos ayudó a avanzar; tal y como está el terreno por aquí, podría ser una buena opción.
Desde su altura, Skud nos observa a la vez que mordisquea una manzana.

El terreno ha variado mucho desde la última vez que estuvimos aquí, las referencias que teníamos ya no nos sirven. La vegetación lo ha cubierto todo y es aún más difícil orientarse. Los dispositivos GPS

empiezan a fallar, y no creo que sea por casualidad, saben que estamos aquí y que podríamos ser una amenaza, deben estar poniéndonoslo difícil.

CAPÍTULO 27

EL RÍO

Casi una hora después desde la última parada, conseguimos llegar al río. No ha sido un camino fácil.
Por esta parte no parece tener mucha profundidad, quizá no más de un metro, pero le corriente fluye con gran virulencia. Al llegar a la orilla, la mayoría de los vipers se tumban en el suelo para reposar sus cansadas piernas y coger algo de aire, que se entremezcla con esta endemoniada humedad que nos rodea.
-Maldita sea, nunca había estado en una jungla como esta, es agotadora –dice Burna, al quitarse el casco.
-Espera, no te muevas –dice Klahan, a la vez que desenfunda un cuchillo de su cinto.
-Venga, déjate de bromas.
-No es ninguna broma, parece un enorme insecto palo, pero aquí no se sabe –responde Klahan, que recoge con cuidado el enorme insecto de color verdoso, con la punta de su cuchillo.
Del tamaño de una mano, el insecto levanta sus patas delanteras como si estuviera buscando una rama donde aferrarse. Con un giro de su muñeca, el tailandés lanza el insecto al agua. Solo unos segundos después, el agua se agita y desaparece junto a una sombra que se dejó ver solo por un instante.
-¿Habéis podido ver lo que ha sido? –pregunta Klahan.
-No, a lo mejor alguna de aquellas malditas anguilas de la otra vez, ha sido muy rápido –responde Skud.
El agua es completamente cristalina, pero fluye con gran fuerza, lo que dificulta ver lo que se esconde en sus profundidades.
Mientras descansamos, Patrick monta guardia.

Con su fría mirada y sus pequeñas antenas, vigila las orillas del río y la jungla que queda a nuestras espaldas, a solo unos metros. La lluvia ha vuelto remitir y aunque el viento ruge con fuerza, la espesa arboleda ejerce de cubierta y nos protege de su virulencia. Cuando me tumbo en el suelo, recostando mi cabeza sobre el equipo, escudriño en mi mochila en busca de una barra de cereales. Observo las nubes que pasan rápidamente sobre el claro que deja el río, ejerciendo un efecto hipnotizador sobre mí, mientras saboreo lentamente aquella barrita. El ruido del agua que fluye por aquel riachuelo y el aire que golpea constantemente las copas de los árboles, produce ese efecto que me hace evadir de la isla y deja mi mente en blanco. No soy el único, prácticamente todos nos hemos tumbado en silencio para caer en una especie de hipnosis colectiva. Pasan los minutos y solo los ruidos de la selva nos envuelven.

No sé cuánto tiempo puedo llevar allí tumbado, cuando siento un terrible escalofrío que recorre toda mi columna. Al incorporarme veo a Patrick que se dirige hacia la selva, como si algo hubiera llamado su atención. El resto permanecen tumbados con sus miradas difusas, perdidas entre las nubes, como hace un momento me encontraba yo. Al mirar a la otra orilla puedo verlo, es uno de ellos, uno de esos seres, pero su aspecto en nada se parece a los dibujos que les mostré a los vipers en la base aeronaval. Es más bien como un humano, de unos dos metros de altura, de piel grisácea, grandes ojos azules y semidesnudo. Aunque su aspecto en nada se parece al que tenían en mis sueños, puedo sentir como su tremendo poder recorre la jungla a nuestro alrededor. Al levantarme, extiende su mano hacia mí. Al hacer esto, el agua que fluye por el río parece levantarse en el aire, manteniéndose suspendida durante unos segundos, para luego volver a caer. Miro a Kosuke, a Skud y permanecen tumbados, como en éxtasis. Lucho por no avanzar, pero es inútil resistirse. Mientras me muevo hacia él, intento mantener mi cabeza despejada, incluso sacar a la bestia, sin embargo, su control es demasiado fuerte y me lo impide.

¡Lucha Eric, esa no es su forma real, está solo en tu cabeza, lucha! - repite mi mente una y otra vez.

Sé que no es su verdadera forma o quizá son capaces de mutar, pero sea como fuere, parece que no puedo hacer nada por evitar dirigirme hacia él. Dejo mi arma en el suelo y avanzo paso a paso en su dirección. Al introducir mis piernas en el río, me sorprende no sentir ni frío ni calor, como si aquello fuera un maldito sueño, una horrible pesadilla. Los terribles peces que se mueven por el fondo parecen evitarme, se alejan de mí conforme piso junto a ellos. Solo me encuentro a unos metros de él, cuando muestra una aterradora sonrisa. De repente, algo impacta en su hombro, causándole una enorme herida por la que brota esa sangre gelatinosa de color verdoso que ya he visto antes.

Patrick ha abierto fuego contra él desde la otra orilla. El proyectil silbó a unos escasos centímetros de mi cabeza, justo antes de impactar en aquel demonio. Solo instantes después, puedo ver su forma real. Frente a mí se yergue un alienígena con aspecto semihumano y semireptil, una increíble máquina de matar, un espectacular a la par que terrorífico snarcud. Su cuerpo es muy musculoso, sus antebrazos y gemelos parecen tener una especie de pequeñas aletas que despliega en forma de cuchillas.

Al desaparecer su influencia sobre mí, mi rabia humana se entremezcla con la furia de la bestia que late en mi interior, lo que me hace ser aún más fuerte, aunque impredecible. Instintivamente me reconoce como una amenaza y abre sus brazos mostrándome sus aterradoras garras, a la vez que lanza un rugido que parece despertar

a toda la jungla, resonando los chillidos de los nerviosos monos y el aletear de pájaros que prenden el vuelo. Casi al instante, la arboleda a las espaldas del alien se agita como si un enorme gigante moviera los palmerales de lado a lado. Decenas de warcums descienden por las ramas de los árboles y avanzan a gran velocidad hacia la orilla donde se encuentran los vipers, pero al introducirse en el agua la fuerza de la corriente los ralentiza y los hace visibles al ojo humano. Numerosas detonaciones se escuchan a mi espalda, que tiñen de verde el agua del río a cada impacto.

Salto sobre el snarcud y me aferro a su cuello, para intentar degollarlo como hice con el alien, pero un snarcud, a pesar de estar herido, no es presa fácil y de un manotazo me lanza lateralmente hacia la orilla. Mi musculatura crece por instantes desgarrando el mono de vuelo. Mi mandíbula se desencaja para mostrar unos enormes colmillos que se aprecian cuando rujo de furia. Patrick vuelve a hacer impacto sobre una de las piernas del snarcud. Este se gira y, desde la distancia, levanta una de sus garras que genera una fuerza invisible, lanzando al robot contra los árboles que se encuentran tras él, partiendo en dos el tronco de una palmera. Aprovecho esta distracción para volver saltar sobre el ser y clavarle ambas garras, atravesando su acorazada piel hasta asomar por su espalda. La cabeza del snarcud cae hacia atrás y su cuerpo se relaja sobre mis brazos, sintiendo todo su peso. Lo dejo caer en la arena de la orilla y miro mis antebrazos completamente manchados de su verdosa sangre. Cuando giro mi cabeza hacia los vipers, estos están acabando con los pocos warcums que quedan con vida.

Dirijo nuevamente la mirada hacia esta increíble criatura y de un zarpazo le doy la vuelta. El parásito también ha muerto, cuando atravesé el cuerpo del snarcud, debí herir de muerte al parásito. A pesar de su gran poder, no es otra cosa que un lacayo, pero de no haber estado ahí el robot, se hubiera hecho conmigo.

Al agacharme sobre él, desprendo lo que queda del parásito y lo devoro con ansiedad, disfrutando de cada bocado como si fuera el mejor de los manjares. Al incorporarme, echo un último vistazo a los vipers y tras dar un gran rugido que retumba en la pequeña vaguada formada por el riachuelo, desaparezco adentrándome en la jungla.

-¿Dónde va? –pregunta Ethan.

-Se aleja de nosotros, probablemente nos evita para no hacernos daño, responde Kosuke-. Municionar, vamos a seguirle.

Ninguno de los vipers cuestiona la decisión, a pesar de que esta los aleje del núcleo. Skud se acerca a Patrick que se ha levantado y se examina.

-¿Crees que este era un ser superior? –pregunta la doctora.

-No, no lo creo –responde Kosuke.

-¿Cómo te encuentras? –pregunta Skud al RAC.

-Bien, solo ha sufrido daños el circuito hidráulico de mi brazo izquierdo, el impacto me ha debido romper uno de los manguitos, pero he cortado el suministro a ese miembro para minimizar la fuga –dice el robot, con su brazo manchado de un líquido rojo que le da el aspecto de estar sangrando.

-¿Esto te inutilizará ese miembro?

-Afirmativo.

-¿No hay nada que podamos hacer para repararlo?

-¿Quieres decir, vosotros? –pregunta el robot, con aparente sorpresa.

-Sí, nosotros.

-Yo solo no puedo, ya que, para poder repararme, tengo que anular ciertas funciones motoras que a su vez anularán el sistema hidráulico, pero te puedo guiar en la reparación.

-Bien, pues no perdamos tiempo –responde Skud.

-¿Puedo ayudar? –pregunta la doctora rusa, que se acerca a ambos.

-Toda ayuda será bienvenida –responde el soldado británico.

Mientras Skud e Ivanova inician la reparación de la máquina, guiados por el propio robot, Kosuke despliega a Ethan y Burna a ambos flancos, mientras que a Klahan lo posiciona apuntando a la orilla por donde desaparecí yo, o lo que queda de mí.

Patrick los guía paso a paso, a la vez que parece desconectar todo el sistema locomotor. Se encuentran sensiblemente vulnerables ante un ataque, ya que, a pesar de que los vipers son unos extraordinarios guerreros, sin el apoyo del robot ni el mío son presa fácil para estos demonios y el guerrero japonés es muy consciente de ello.

-Skud, introduce tus dedos por debajo de esta pieza que cubre la rótula que ejerce de hombro, es simplemente un escudo de protección de estos sistemas. Bajo ella encontrarás dos lengüetas que debes pulsar a la vez –dice el robot, que se encuentra completamente inmóvil.

-Lo intento, pero esta pieza parece haberse abollado por el impacto y solo llego a tocar una de las dos.

-Déjame a mí, tengo los dedos más finos –dice Ivanova, a la vez que se inclina sobre el robot-. Aquí están.

Al pulsarlos, la pieza se desprende y queda al aire libre un laberíntico entramado de cables y circuitos, empapados del pegajoso líquido rojo. La doctora saca unas gasas de su mochila y seca con cuidado la zona, como si se tratara de un ser humano.

-Deberías ver dos manguitos metálicos, uno marcado con una P de presión y otra con una R de retorno. Según mi sistema de autocheck, el manguito de presión es el que está roto.

-Espera –dice la doctora, que aparta con unas pinzas algunos

cables. ¡Sí, aquí están!

-Evalúa el daño.

Tanto Skud como la doctora meten la cabeza para intentar identificar los daños.

-No parece que el manguito está dañado, solo se ha roto la rosca donde se inserta –dice Skud.

-Pero los repuestos para esto se encuentran en el Hechicero, no es reparable –responde el robot, con su siempre pausada voz.

-Te han diseñado para aprender, ¿verdad? Pues ahora aprenderás a improvisar.

-¿Improvisar? –dice el robot, que permanece totalmente inmóvil.

-Ethan, ¿tienes cinta americana? –pregunta Skud.

-Afirma –responde el soldado norteamericano, que se agacha para cogerla de su mochila, sin perder de vista su flanco-. Ahí la llevas.

Al recogerla, Skud saca de su bolsillo varias presillas de plástico.

-Ayúdame Svetlana, mientras introduzco el manguito en su posición, rodéalo con la cinta.

-Recibido.

Tras asegurar el manguito con la cinta, el soldado de color le pasa varias presillas de plástico, aprisionando el manguito con fuerza.

-Esto debería bastar. ¿Quieres probarlo?

-Reiniciando sistema locomotor –dice el robot.

Tras oírse una serie de ruidos como los que haría un ordenador cuando se reinicia, el robot mueve nuevamente su brazo.

-Funciona correctamente –dice Patrick, girando su cabeza hacia Skud e Ivanova. No parece que tenga fugas.

-Habrá que revisarlo periódicamente, pero parece que ha quedado bien.

-¡Hojalata, no está de más dar las gracias! –dice Burna desde su flanco, entre risas.

-¿Entiendo que me estás dando las gracias por despertarte de tu hipnosis cuando nos atacó aquel alien?

-Veo que vas pillando el juego, aprendes rápido –comenta Klahan.

-Está bien hojalata, uno a uno –responde Burna, mientras levanta su pulgar sin dejar de mirar a su flanco asignado.

CAPÍTULO 28

EL ÁRBOL

-Está bien, debemos cruzar el río, ¿alguna idea de cómo hacerlo? –pregunta Kosuke señalando el agua, que está llena de las terribles anguilas gigantes, dándose un festín con los warcums abatidos por los vipers.

-Ahora mismo están en pleno éxtasis, morderán todo lo que se cruce por delante de ellas –dice Ivanova.

-¿Y si esperamos a que vuelva? –pregunta Ethan.

-No podemos arriesgarnos a permanecer aquí mucho tiempo, no es una posición fácil de defender y viendo el modo en el que los hemos abatido, la próxima vez atacarán de manera más efectiva. Es lo que haría yo –responde Kosuke.

-Esperar, utilizaré uno de mis drones para ver si hay algún paso más fácil río arriba –dice Patrick.

-¿No lo habías perdido? –pregunta Skud.

-Sí, pero dispongo de dos dispositivos más –dice el robot, a la vez que gira su brazo y desprende uno de estos insectos de fibra, que se aleja emitiendo un sonido parecido al de un pequeño enjambre de abejas-. Seleccionar D2 en vuestras pulseras.

Mientras el insecto artificial coge altura, cada uno de los vipers puede ver en su lente lo que este ve, además de datos como el rumbo, altura o nivel de batería. Cuando sobrepasa la altura de los árboles, el fuerte viento casi lo derriba, por lo que se pega más al terreno para intentar evitar las fuertes rachas. Tras un tiempo de vuelo, Kosuke se dirige al robot.

-¿Qué es aquello que se ve allí?

-Parece un árbol derribado –responde Patrick, tras dirigir el dron en esa dirección-. Allí el río se bifurca.

Al llegar a sobrevolar la zona con el dron, el río se divide tímidamente en dos.

-El árbol cubre solo una de las bifurcaciones, pero la otra parece poco profunda, podríamos cruzar por ahí –dice Skud-, ¿puedes darnos distancia hasta allí?

-Novecientos setenta metros en línea recta, unos mil doscientos veinte metros caminando –responde el robot, casi de inmediato.

-Pues no perdamos tiempo. Patrick y Klahan en cabeza, Ethan y Burna en cola –ordena Kosuke.

Poco tiempo después de emprender la marcha, el insecto volador regresa al brazo de Patrick como si fuera un animal adiestrado, no sin dificultad debido al viento. No hay tiempo para descansar y el ritmo es rápido. Sin dejar de observar el agua que se agita con furia cuando

pasan cerca de la orilla, caminan como si el cansancio no hubiera hecho mella en ellos. Al llegar a uno de los meandros se produce una gran sacudida en el agua.

-¡Eso no son anguilas! –grita Klahan, conforme avanzan.

-La última vez que estuvimos aquí llegamos a ver algunas de hasta tres metros, puede que ahora aún sean más grandes –responde Skud.

-No perder de vista el flanco izquierdo –dice Kosuke, refiriéndose a la jungla.

Unos minutos después, a lo lejos, comienza a vislumbrarse el gran árbol caído.

-Viper uno –dice el robot por la interfonía, con el sonido algo entrecortado.

-Adelante.

-Algo se mueve paralelamente a nosotros en la otra orilla.

-No lo veo, aunque hace un rato que noto su presencia -responde el guerrero japonés, que mira con cierto disimulo, mientras continúa caminando.

-Está ahí, pero se mantiene oculto entre la arboleda.

-¿Podría ser Eric?

-Podría ser cualquier cosa, pero se mueve rápido.

Poco después consiguen llegar al árbol, no sin jadear al parar junto a él. Aquí se ha ensanchado bastante la vaguada formada por el río, la distancia al bosque es considerablemente mayor. Burna y Klahan se quedan dando cobertura a los flancos, mientras el resto estudian como atravesarlo. El tronco es enorme, pero se encuentra podrido por el paso del agua. Patrick es el primero en subirse. Al pisar, sus ciento treinta kilos hacen que, parte del tronco se desmorone bajo sus pies, aunque el robot reacciona rápido y de un gran salto cae sobre la orilla que separa la bifurcación de las aguas.

-Debéis tener cuidado, ya habéis visto que el tronco es inestable –dice Patrick, al apoyar una rodilla en tierra, a la vez que busca objetivos en la selva con su fusil.

El siguiente en subirse al tronco es Kosuke. Con la agilidad de un felino, el japonés se desplaza por el tronco hasta llegar a la posición de Patrick.

-¿Detectas algo?

-Sí, lo que sea que nos ha seguido está ahí, observándonos.

La siguiente es Ivanova, seguida de Ethan y Skud. Conforme han ido pasando cada uno de ellos, el tronco se ha ido deteriorando más y más, desmoronándose en cada pisada. En medio de él se ha abierto un gran agujero por el que se ve pasar el agua con gran fuerza. La profundidad debe ser de un metro o metro y medio, pero la velocidad del agua arrastraría a cualquiera que se cayera aquí. Poco después, gran parte del árbol se desprende llegando casi a partirse por la mitad.

-¡Mirar allí! –dice Ethan, que señala río abajo, a unos cincuenta metros de su posición.
Un par de enormes reptiles han emergido del fondo y permanecen con las bocas abiertas, esperando que algo entre en sus enormes fauces.
-¿Qué demonios son?
-Parecen una evolución de los caimanes nativos que hubiera en esta isla –dice Skud.
-Y una mierda, esos no son putos caimanes. He visto cientos de caimanes en mi vida y esos no lo son –responde Klahan alterado.
-Esperar, no os mováis –dice Skud, que les lanza una cuerda con un mosquetón al final-. ¿Quién va a pasar primero?
-Lo haré yo –responde Burna.
-Hazte un atalaje de escalada y dime cuando estés lista.
-Ok –responde Burna, mientras entrelaza la cuerda por sus piernas y cintura-. ¡Lista!
-¡Vamos allá! –grita Skud, que ha pasado la cuerda por su cintura y la mantiene tensa.
Ivanova apunta con su fusil a la cabeza de uno de los enormes reptiles. *¡Joder, son enormes!* –piensa Ivanova, al alinear su fusil con uno de los caimanes.
Burna se sube al tronco con extremo cuidado, cruzando sus dos fusiles a la espalda. De repente, el agua parece mover el árbol, lo que la hace tambalearse, pero se aferra a una de las ramas y consigue mantener el equilibrio. Poco después, cruza al otro lado desplazándose lateralmente hasta el final.
-Es tu turno, tailandés –dice Burna, que le lanza ahora la cuerda.
Al subirse al árbol, Ethan apunta con su fusil a la jungla que queda a la espalda del tailandés para darle cobertura, a su vez, Kosuke y Patrick se mantienen apuntando hacia la otra orilla.
-¡La leche, esto se mueve cada vez más! –dice Klahan.
Burna e Ivanova ríen, pero cuando Svetlana vuelve a mirar a los reptiles, uno de ellos ha desaparecido. Segundos después, un movimiento de la cola lo delata, está avanzando rápidamente hacia el tronco.
-¡Cuidado, el caimán se está acercando! –dice la doctora, cargando su cañón de impulsos.
-¡Dispara! -grita Kosuke.
Casi al instante, la doctora abre fuego contra el reptil y gran cantidad de agua se eleva hacia el cielo con el impacto del impulso. Patrick se ha girado sobre sí mismo y lo busca con su fusil de doce setenta.
-¿Dónde demonios está? ¡No quiero ser el menú de un puto caimán hipertrofiado! –grita Klahan, nervioso.
Todos permanecen en silencio y, excepto Ethan y Kosuke, que cubren sus flancos, el resto buscan el reptil bajo la superficie del agua.

-Continúa andando, no te pares –dice Skud, que mantiene la cuerda tensa.
Con cierta dificultad, consigue pasar al otro lado saltando a la orilla y apuntar su fusil en cuanto apoya sus pies en el suelo.
-Eres un cagado –dice Burna, entre risas.
De repente, otro reptil, oculto en las profundidades hasta entonces, sale del agua con la rapidez de un felino, para agarrar a Ethan de un brazo y arrastrarlo al agua.
-¡Contacto, contacto! –grita Ivanova, que abre fuego con su fusil al costado del reptil, haciendo impacto repetidas veces.
Patrick, Burna y Skud también abren fuego sobre el reptil. El segundo caimán, que permanecía con la boca abierta, se sumerge bajo el agua y parece querer unirse al festín al dirigirse hacia donde desapareció Ethan. El inmenso reptil zarandea a Ethan de lado a lado, por lo que ninguno se atreve a utilizar el cañón de impulsos, sería demasiado arriesgado, ya que está en medio del ángulo de tiro. El caimán arrastra a Ethan hacia el agua, sin que este pueda hacer gran cosa para evitarlo. Si lo consigue estará perdido. Segundos después, ambos han desaparecido. Patrick se lleva rápidamente el fusil a la espalda; de sus antebrazos se desprenden unas grandes hojas de cuchillo de unos cuarenta centímetros, que se convierten en una prolongación de sus antebrazos. Con gran rapidez se introduce en el agua y no pasan más allá de unos pocos segundos que el agua se tiñe de rojo. Como por flases, los vipers pueden ver al robot enfrentarse al reptil, para volver a desaparecer bajo el agua repetidas veces.
-¡Es Ethan! –grita Klahan.
Con el brazo destrozado, Ethan se arrastra hacia la orilla.

Sin pensarlo dos veces, Burna cruza el segundo tramo de río que les queda para llegar a la otra orilla. Aquí el agua es mucho menos profunda y no le llega más allá de las rodillas. La israelita corre hasta donde se ha desplomado Ethan, que ha perdido el conocimiento. Mientras tanto, el agua enrojecida no deja de bullir a solo unos pocos metros de su posición.

El resto de vipers también cruza la bifurcación, sin dejar de apuntar a la jungla y al río.

Otro de los enormes reptiles ha salido del agua y se dirige con rapidez hacia Ethan y Burna, pero ahora nada les impide usar el cañón de impulsos y es la propia Burna la que abre fuego contra el reptil. El disparo impacta justo en su cabeza, destrozándola en pedazos. El monstruoso caimán queda allí varado, mientras los vipers arrastran al soldado americano hasta un lugar más alejado del agua.

El tumulto parece calmarse y, no mucho más tarde, la cabeza de Patrick emerge lentamente, para poco después, hacerlo el resto del cuerpo. El cadáver del reptil es arrastrado por la corriente, río abajo.

Al salir del agua, los cuchillos se pliegan bajo sus antebrazos, sonando como cuando una espada se blande con destreza en el aire. Vuelve a coger el fusil, que ha permanecido pegado a su espalda. Cuando llega a la posición de los vipers, su brazo izquierdo gotea un líquido gelatinoso.

-Parece que se te ha vuelto a soltar el manguito hidráulico –dice Skud, que se acerca a él.

-No, la presión está bien. No es mío, debe ser del reptil –responde el increíble robot, con su armadura rayada y con abolladuras de las terribles mandíbulas del caimán-. Dejadme ver a Ethan, tengo un programa básico de medicina de combate que le podría ayudar.

-Espera, dame la posición de lo que nos venía siguiendo –dice Kosuke, con aparente frialdad, pero nada más lejos de la realidad, solo quiere dar seguridad al equipo y no ser emboscados, si se centran en salvar a Ethan.

-Ha desaparecido, desde hace un rato no detecto su presencia –contesta, a la vez que se agacha sobre Ethan.

De su cabeza se abre una nueva lente de color rojo, que hasta ahora había permanecido oculta, la cual proyecta sobre el soldado un holograma que recorre su cuerpo.

-Tiene destrozado el brazo, múltiples fracturas desde la clavícula, al cúbito y radio, le faltan dos falanges –relata el robot, conforme la proyección luminosa va examinando distintas partes del cuerpo del malherido soldado-. Tiene varias costillas fracturadas, por suerte, no ha tocado el pulmón ni órganos internos, pero tiene una gran hemorragia. Puedo intentar cauterizar parte de la herida, pero si no lo evacuamos a un hospital, probablemente muera en una hora o quizá menos.

-¿Cómo vas a cauterizar la herida, es demasiado grande? –pregunta la doctora Ivanova.

Mientras la doctora y el robot se plantean la mejor opción para Ethan, Kosuke intenta contactar con el equipo que dejaron en el campamento.

-Equipo rojo de viper uno, equipo rojo de viper uno -insiste una y otra vez, pero solo se escucha un desesperante ruido de fondo-. Skud, inténtalo con el teléfono satélite, yo seguiré por radio.

-Viper uno transmitiendo a ciegas, tenemos una baja, necesitamos evacuación inmediata –repite una y otra vez Kosuke.

CAPÍTULO 29

EL LOCALIZADOR

Los minutos se hacen eternos y los intentos por salvar la vida de Ethan parecen en vano.

-Está perdiendo demasiada sangre –dice Ivanova, haciendo lo imposible por mantenerlo con vida.

-Hay poco que podamos hacer si no viene un equipo de evacuación de inmediato, las heridas son demasiado profundas –dice Skud.

-Esperar, recibo una señal –responde el robot, que orienta sus antenas hacia el sur, a la vez que se alza sobre sí mismo.

-Ahora yo también la recibo –dice Kosuke.

-Viper uno de Hechicero dos, ¿me recibes? –dice una voz entrecortada, que todos reconocen como la de McGregor.

-Adelante Hechicero, ¿dónde te encuentras?

-A unas pocas millas de vuestra posición.

-Dame estimada, tenemos un herido que debéis evacuar de inmediato.

-En un minuto estaremos allí, ¿hay terreno despejado para la toma?

-Afirmativo, encendemos señal –responde Kosuke, prendiendo un bote de humo de color naranja. Debido al viento, este se difumina casi por completo en cuanto sobrepasa la copa de los árboles, aun así, se sigue viendo desde lejos.

-Ok, vemos el humo.

Poco después aparece la silueta de la aeronave por la vaguada del río. Uno de sus costados parece estar dañado y desprende un oscuro humo gris. Inmediatamente, los vipers se despliegan como una máquina bien engranada, para dar cobertura a la aeronave cuando inicie el descenso. Desde tierra se puede apreciar como ambas puertas laterales se abren y los artilleros apuntan con sus ametralladoras hacia ambos flancos. Instantes después de posarse sobre la arena, varios soldados saltan al terreno. Al acercarse al herido, uno de ellos parece portar un bote de suero. Mientras los soldados estabilizan a Ethan para poder evacuarlo, Kosuke sube a la aeronave que mantiene el núcleo en marcha.

Entre Kosuke y McGregor hay cierta relación de amistad, ya que se conocían de anteriores misiones.

-¿Qué tal Mac? Veo que has sufrido daños en la aeronave.

-Sí, volamos de milagro. Cuando regresé al Louisiana III, en la aproximación el viento me desplazó con fuerza, haciéndome chocar con el barco, pero estas máquinas son duras.

-¿Habéis recibido el mensaje desde aquella isla?
-No, regresaba al campamento cuando he oído tu llamada. Te he contestado en repetidas ocasiones, pero no debías recibirme, así que he tomado para recoger al equipo rojo y he venido lo más rápido que he podido. ¿Dónde está Eric?
-Se enfrentó a uno de esos seres y para ello tuvo que transformarse, después desapareció en la jungla. Íbamos a salir en su busca cuando Ethan fue atacado.
-¿Por otro alien?
-No, por un caimán. En esta jungla cualquier alimaña intenta matarte.
-Ethan es viper cuatro, ¿cierto?
-Así es.

-Duncan es rojo cuatro, hace las mismas funciones en nuestro equipo, se quedará con vosotros para sustituir a Ethan. Fue marine y sirvió conmigo ocho años, está bien entrenado.

-Normalmente hubiera declinado tu ofrecimiento, sin embargo, habiendo desaparecido Eric y ahora la baja de Ethan, nos vendrá bien esa ayuda.

-¿Vais a evacuarlo a la isla?

-Sí, aquí no podemos hacer nada, además, parece que la tormenta está remitiendo más rápido de lo que esperábamos. Es posible que el barco pueda zarpar mañana.

-¿Podrás volar bien con los daños que ha sufrido la aeronave?

-He perdido algo de giro a derechas y no puedo pasar de doscientos nudos, porque parece que se va a desmontar media aeronave, pero por lo demás, todo bien –responde McGregor con una sonrisa y su puro mordisqueado que pasea por su boca de lado a lado.

-¿Te han dejado salir con estos desperfectos en la aeronave?

-No –dice Mac, guiñándole un ojo.

Al mirar hacia fuera, ven como el equipo rojo porta a Ethan en una camilla y se aproximan a la aeronave.

-Ok, te dejo, buen vuelo y gracias –dice el guerrero japonés, con su serio semblante.

-¡Tener cuidado! Intentaré volver hoy mismo al campamento por si necesitáis ayuda. Mantener vuestros localizadores activados.

Al decir esto, Kosuke, que estaba a punto de salir de la aeronave, se gira hacia McGregor.

-¿Tienes el localizador de Eric en pantalla?

-Espera –dice Mac, a la vez que toca una de las pantallas multifunción del hechicero. Ahí lo tienes.

En la pantalla se aprecia un punto parpadeante que viene subrayado por viper cero.

-Está en la jungla, a unos quinientos metros de nuestra posición, pero permanece quieto. Es posible que en la transformación se le

cayera –dice el guerrero japonés.

En ese momento, los soldados llegan con la camilla a la aeronave. Una vez embarcados, Mac no demora ni un segundo el despegue, aprovechando el fuerte viento en cara para despegar sin apenas aplicar potencia.

-Este es Duncan, desde ahora viper cuatro. Como Ethan, él también es especialista en comunicaciones, se une al equipo –dice Kosuke, en una rápida y concisa presentación.

En otra ocasión, probablemente hubiera sido objeto de alguna broma, pero ahora mismo la situación está muy tensa como para pensar en burlas.

-¿Qué quieres hacer? –pregunta Skud.

-Seleccionar en vuestros visores el localizador de Eric, vamos a por él. Andar con mucho cuidado, en esta parte de la jungla no hemos estado ninguno de nosotros, no sabemos lo que nos vamos a encontrar.

En cuanto la aeronave se aleja, los vipers caminan lentamente hacia la oscuridad de la jungla. Patrick y Kosuke van en cabeza, seguidos por Skud e Ivanova, para cerrar el despliegue Klahan, Burna y Duncan. A los pocos metros de avanzar por aquella endiablada empalizada de hojas, ramas y lianas, pueden apreciar que esta difiere en mucho de la que proceden. Una tenue neblina, aunque permanente, hace que el constante color verde se torne en grisáceo. Como si se estuvieran adentrando en una película de terror, todo parece tener un tétrico color gris, incluso los ruidos de la jungla suenan diferentes. A pesar de que hace ya unas horas que dejó de llover, cada árbol, cada rama permanece húmeda, los palmerales siguen goteando desde sus grandes hojas que apuntan hacia el suelo. Los rayos de sol, que atraviesan las abovedadas copas de los gigantes árboles, crean sombras que parecen moverse al paso de los vipers. En silencio, continúan avanzando sin dejar de apuntar con sus armas, mientras el robot centra sus antenas en la dirección que marca la baliza de Eric. En sus localizadores la distancia a la baliza se va reduciendo a cada paso.

De repente, algo llama la atención de Kosuke, algo ha saltado de árbol a árbol sobre sus cabezas y no era un simio, era algo mucho más grande. El guerrero japonés alza su puño y frena el despliegue. Gesticula para indicarles al resto que vigilen sobre sus cabezas. Sin decir palabra, cada viper se asigna un sector y continúan avanzando con cautela.

Doscientos metros para la baliza.

Cien metros para la baliza.

A solo unas decenas de metros, Kosuke vuelve a parar el avance y los despliega en guerrilla, avanzando todos a la vez, formando una

sola línea. Patrick se encuentra unos diez metros por delante de ellos y es el primero en verlo. El brazalete de Eric, donde se encuentra uno de sus localizadores, se ha debido desprender y cuelga de una rama. Poco después, llega a su altura Kosuke.

-¿Crees que se lo ha podido quitar él? –pregunta el guerrero asiático.

-Podría ser, pero también ha podido ser que por su transformación se haya desprendido, al aumentar de tamaño.

-En el uniforme y lente también llevamos localizadores, ¿detectas alguno de ellos?

-Negativo. O está interfiriendo para que no lo podamos detectar o se destruyeron en la transformación.

Kosuke se acerca al brazalete y lo recoge para introducirlo en su mochila. Al verlo de cerca, puede observar manchas de sangre en él, aunque no parece roto. Nuevamente, algo parece sobrevolar sus cabezas que ninguno de ellos es capaz de ver, solo detectable por el ruido que crea al romper ramas y hojas que caen sobre sus cabezas.

-¿Lo tienes? –pregunta Kosuke en voz baja a Patrick por la interfonía.

-No, ni siquiera con la cámara FLIR. Debe tener una firma térmica muy baja o se mueve demasiado rápido y no he sido capaz de captarlo.

-No me gusta esto –dice Ivanova por su intercomunicador.

-A mí tampoco. Kosuke, creo que podríamos estar cayendo en una trampa –responde Skud.

-Lo sé, pero no podemos abandonar a Eric.

-Espera –dice el robot-. Vuelvo a tener la señal de Eric, a un kilómetro al este.

Kosuke y Skud se miran con cara de extrañeza.

-Yo también lo detecto –responde Ivanova-. No os resulta extraño.

-Lo sé, pero no tenemos otra opción –dice Kosuke-, continuemos.

Volviendo a la formación en hilera, emprenden nuevamente su camino por binomios. Duncan no deja de mirar hacia la copa de los árboles, a pesar de ser un aguerrido combatiente, curtido en la guerra, su rostro muestra cierto pavor cuando las ramas de los árboles resuenan, a veces movidas por el viento y otras movidas por algo oculto.

Tras caminar con gran dificultad durante veinte minutos, apartando constantemente ramas cargadas de afiladas espinas que intentan frenar su marcha, el robot alza su metálico brazo.

En el estrecho sendero que Patrick ha ido abriendo a su paso para facilitarles el camino, Kosuke avanza hasta alcanzar su posición.

-¿Qué sucede?

-A unos cincuenta metros hay una construcción –responde Patrick.

-¿A qué te refieres?

-Hay una construcción sólida, desconozco si de origen humano o alienígena.

-¿Está allí el localizador de Eric?

-Afirmativo.

CAPÍTULO 30

LA PIRÁMIDE

-Está bien. Vipers cinco y seis, avanzar hasta mi posición –dice Kosuke, en voz baja, por el intercomunicador.

Al llegar a Kosuke, ambos se agachan junto a él para escuchar sus instrucciones.

-Según Patrick, tenemos una edificación a solo unos metros más adelante. Intentar buscar un punto alto por el flanco derecho, donde nos podáis dar cobertura y cuidado con lo que nos merodea por lo árboles. Notificarme cuando estéis listos.

-Copiado –responde Burna.

Poco después, ambos avanzan agachados cubriéndose el uno al otro. Al avanzar una decena de metros, pueden apreciar lo que parece una antigua construcción parcialmente tapada por el musgo que la cubre.

-Desde aquí no veo una mierda, no tengo ángulo de tiro -dice Burna, en voz casi ineludible, dirigiéndose a Klahan.

-No nos podemos acercar más, podríamos alertar de nuestra presencia –responde Klahan.

-Espera, ahí estoy viendo unos árboles con una buena base, quizá podríamos subir.

-Ten cuidado, aquí hay bichos que trepan mejor que nosotros.

-No seas acojonado, vamos a intentarlo –dice Burna, entregándole el fusil de francotirador a Klahan, mientras sube por el enorme árbol, que generosamente parece ofrecerle sus ramas-. Dámelo.

Klahan le pasa el largo fusil agarrándolo por el culatín, para después subir él también. Ambos se mueven con la agilidad y silencio de felinos. Suben más y más alto, hasta estar a unos doce o trece metros del suelo.

-¡Este es el sitio! –exclama Burna, siempre con un bajo tono de voz.

Tras acoplarse en sendas ramas, tumbados y cubiertos por hojas que han ido arrancando en su trepada a la copa, Klahan notifica al resto que se encuentran listos para darles cobertura.

-¿Qué veis? –pregunta Kosuke.

-Esto no lo ha construido ninguna tribu indígena, parece mucho más antiguo –responde Burna. Conecto el visor de mi fusil para que podáis verlo.

Nada más hacerlo, todos los vipers pueden ver lo que capta el visor del fusil de Burna, similar a cuando veían las imágenes del dron.

-¿Podría haber sido construida por los piratas que habitaron esta isla? –pregunta Duncan.

-Lo dudo, los piratas no construían pirámides, parece mucho más antigua, probablemente de la civilización Maya –contesta Skud.

-Esperad –dice el robot, desplegando nuevamente uno de sus drones.

-Viper cinco y seis, conectar con D2. Vamos a ver qué hay por aquí –advierte Kosuke.

Al coger altura se puede apreciar la pirámide desde arriba. A pesar del tiempo, esta se conserva en excelentes condiciones, como si hubiese sido utilizada hasta la fecha. Solo algo de musgo recorre las escaleras que suben hasta su cima.

-Doctora, creo que es Maya y, si mal no recuerdo, eres especialista en cultura Maya. Ilústranos –dice Kosuke por la interfonía, siempre cuidando que su voz no resuene más de lo debido.

-Bueno, estuve un tiempo estudiándola en el Mirador, en Guatemala.

Mientras la doctora habla, el pequeño dron continúa su avance sobre la piramidal estructura. Desde esa altura, parece apreciarse una enorme plataforma, donde se aposenta la gran pirámide que parece estar formada por capas que escalonan su gran altura.

-¿Puedes girar el dron? –pregunta la doctora al robot.

Al girar hacia la izquierda, se puede ver una segunda pirámide, similar a la primera. Virando ahora a la derecha, en sus visores pueden ver una tercera estructura.

-¿¡Cómo demonios es posible que esto no apareciera en las imágenes de los satélites!? –exclama Skud.

-Porque de alguna manera, ellos impiden que salga –responde Kosuke-. Por favor doctora, continúa. ¿Qué antigüedad pueden tener?

-No estoy segura, si fueran del periodo clásico te diría entre mil y dos mil años, pero creo que son del periodo preclásico, por lo que podrían tener tres mil años de antigüedad o más. Parecen formar un triángulo y creo que hay más al fondo.

El dron sigue avanzando y ahora sobrepasa la primera pirámide central.

-Espera, ¿¡qué demonios es eso!? –exclama Ivanova.

-Dios mío, ¿eso es lo que parece? –dice Duncan.

Al ganar altura, el dron muestra imágenes de lo que parece una pista de aterrizaje.

-Os aseguro que esto no lo hacían los mayas, al menos en las ciudades que yo he estado –dice Ivanova sorprendida.

-Detecto movimiento –dice Patrick.

Casi simultáneamente, Burna busca con el visor de su fusil cualquier indicio de vida.

-No veo nada –dice Burna.

-Ha podido ser un animal.

-Ok, hazlo volver, vamos a avanzar –ordena Kosuke.

En cuanto el dron regresa al brazo metálico del robot, Kosuke manda avanzar. Patrick va unos metros por delante, seguido de Kosuke y Skud, e Ivanova y Duncan.

-Avanzamos –avisa Kosuke.

Klahan, que se encuentra acoplado en una rama ligeramente más alta que la de Burna, los localiza con un gran visor, para luego volver su mirada hacia las pirámides. En la imagen del visor aparecen unos puntos luminosos seguidos de una numeración que corresponden al localizador de cada uno de los vipers, de manera que siempre conoce la localización de cada uno de ellos.

No mucho después, Patrick puede ver la primera edificación. Desde esa posición dejarán la jungla atrás, para subir a la enorme plataforma donde se aposentan las pirámides, quedando al descubierto. De un par de enormes saltos, el robot sube la empinada colina que forma la subida a la plataforma.

-Lo odio –dice la doctora rusa, mientras suben con dificultad a la cima.

En cuanto llegan a la cima, Kosuke ordena agacharse.

-Patrick, echa un vistazo.

Sin responder, el robot avanza con gran rapidez hasta el borde de la primera pirámide.

-No detecto movimiento.

-¿Ves algún tipo de entrada?

-Espera.

Varias antenas se despliegan en su cabeza. Poco después, realiza un análisis de la estructura apoyado por las imágenes que grabó el dron cuando las sobrevoló.

-Mis sensores detectan una posible entrada en la cumbre de la pirámide. ¿Quieres que proceda?

-Afirmativo.

Lo que para un humano llevaría unos largos minutos, el robot lo hace solo en segundos. Dando grandes saltos; con la precisión de una máquina, sube por una de las laderas de la enorme pirámide.

Desde su posición, Burna y Klahan observan los movimientos del robot, pero algo los acecha también a ellos. Desde la copa de otro gran árbol algo los observa, algo que no es humano respira profundamente.

-¿Lo sientes? –pregunta Burna, sin dejar de mirar hacia delante.

-Afirma, lleva ahí un rato, pero no consigo ver lo que es, está a nuestras seis –responde Klahan, mientras hace el gesto de coger una chocolatina del bolsillo de su pantalón, para aprovechar mirar hacia atrás.

Al sentirse descubierto, lo que demonios fuera que les espiaba, da un gran salto a otro árbol desapareciendo entra la espesa hojarasca.

Al oír el ruido, Burna también mira hacia atrás, para solo ver moverse algunas ramas y poco más.

-¿Era un warcum?

-Lo dudo, este era más grande y no se camuflaba como ellos, quizá un snarcud o un puto elefante volador. ¡Joder, no lo sé!

-¿Estáis bien? –pregunta Kosuke por la radio.

-Sí, todo ok, es solo que tenemos algún admirador rondándonos por aquí –responde Klahan.

La voz de Patrick se intercala en la conversación.

-Viper uno.

-Adelante –responde Kosuke.

-Hay una entrada, no parece estar vigilada ni detecto ningún movimiento.

-Está bien, vamos a subir a la cumbre de la pirámide. Burna, darnos cobertura y luego proceder hasta nuestra posición.

-Copiado –responde la israelita, mientras busca con su fusil posibles objetivos.

Los cuatro se mueven al unísono, a la vez que no dejan de apuntar con sus fusiles. Al llegar a la pirámide, el primero en subir por las escaleras centrales es Kosuke.

-¡Contacto, contacto! ¡Un activo se mueve en la pirámide que hay a vuestra izquierda! –exclama Burna, en voz baja.

Inmediatamente y solo por gestos, Kosuke ordena parar. Todos ellos se pegan a la escalera quedando inmóviles. Con movimientos casi imperceptibles, Kosuke mira por el visor de su fusil. También lo hacen el resto de vipers. Lo que ven los deja perplejos. Ese ser no se parece en nada a los warcums o snarcuds.

-¿Qué demonios es eso? –interroga Burna por radio.

Del tamaño aproximado de un snarcud, este ser de color grisáceo, parece tener tentáculos que salen de su espalda y se mueven con aparente desorden. Aunque desde la distancia no se aprecia del todo bien, a diferencia de los snarcuds, sus piernas, como las de un humano, doblan hacia delante. Su rostro es afilado y parece tener dos filas de ojos azules que disminuyen de tamaño de arriba hacia abajo. Sus pies son grandes, con dos dedos en la parte de delante y lo que parece un tercer dedo en la parte de atrás. Sus largos brazos parecen formados cada uno de ellos por tres tentáculos unidos.

Los apoya en el suelo cuando anda, lo que, en cierta manera, recuerda la postura de los grandes gorilas. Desde la distancia, no se le aprecian manos. Se mueve lentamente por la cumbre de la edificación, oteando el horizonte de un lado a otro, pero no parece haber detectado a los vipers. Pronto desaparece por alguna apertura de la pirámide.

-Eric no mencionó a este ser, ¿qué demonios era eso? –dice

Ivanova por la interfonía.

-Probablemente lo desconociera –responde el guerrero japonés.

-Quizá son los guardianes de ese lugar –responde Burna, desde su cobijo del árbol.

-Sigamos, aquí estamos expuestos –ordena Kosuke.

Cuando llegan a la cumbre, cada uno busca una posición donde ocultarse y cubrir su flanco. Kosuke e Ivanova se acercan al robot, que se encuentra con sus antenas desplegadas examinando las edificaciones.

-Viper seis, proceder –dice Kosuke.

-Copiado –responde Burna, mientras inician el descenso del árbol, con la misma cautela con la que lo subieron.

-¿Has podido examinar al ser? –pregunta Kosuke al robot.

-Afirmativo.

-Y ¿qué piensas?

-En realidad no pienso, solo analizo las imágenes y comparo con mi base de datos creando posibles conjeturas. Es curioso que hayas utilizado ese concepto –responde el robot, mientras sus antenas continúan escaneando las edificaciones-. La posibilidad más factible es que nos hayan engañado.

-¿Qué quieres decir? –pregunta Ivanova.

-Probablemente aquello que le mostraron a Eric fuera cierto, la historia de los snarcuds y los parásitos. Sin embargo, solo le mostraron lo que ellos quisieron, es como leer de un libro únicamente los párrafos que te interesan, la interpretación puede ser muy distinta de la realidad.

-¿Quieres decir que estos otros seres sean los seres superiores y no a los que nos hemos enfrentado hasta ahora?

-No lo creo, probablemente solo sean lo que ha dicho Burna, guardianes de las edificaciones, científicos, soldados o esclavos. Para confirmarlo necesitamos más datos, que seguramente encontremos dentro de estas pirámides.

Kosuke e Ivanova se miran uno al otro.

-¿Son estas pirámides como las que tú estudiaste? –pregunta Kosuke, dirigiéndose a la doctora.

-No, aunque a simple vista se parecen, una vez aquí, estas son distintas. Aquellas tenían entradas antes de llegar a la cumbre y su forma también difería algo.

Poco después, Klahan y Burna llegan a la cima jadeando.

-Ok, vamos a entrar en la pirámide, tendremos que mantenernos con los ojos bien abiertos.

-¿Una pregunta? ¿No os extraña que cerca del núcleo teníamos problemas con las comunicaciones y aquí no? –pregunta Skud.

-Creo que querían que fuéramos a la zona del cráter, hemos sido

sus ratas de laboratorio. Todo este tiempo nos han estado estudiando, pero creo que nunca imaginaron que llegaríamos aquí, de hecho, si no hubiese sido por Eric, nunca habríamos descubierto este lugar –responde Duncan.

-Eso o nos están tendiendo una trampa –dice Burna.

-¿Seguimos teniendo el localizador de Eric? Lo he perdido –dice la doctora.

-Ha vuelto a desaparecer –responde Patrick-. Es posible que, de alguna manera, él mismo este interfiriendo en la señal del localizador para guiarnos donde quiere.

-¿Os fiais de él? Ya sé que es vuestro amigo, pero se ha transformado en uno de ellos, quizá -dice Duncan, sin terminar la frase.

Tras una pausa silenciosa, Kosuke ordena con un gesto iniciar el movimiento. El primero en entrar es Patrick. Sus pies metálicos están acolchados por una especie de caucho por la parte que apoya, lo que mejora su agarre y hace silenciosas sus pisadas.

Baja por la escalinata que le introduce en la pirámide. Uno a uno desaparece en una terrible oscuridad. Inmediatamente y sin necesidad de activarla, se conecta la visión nocturna de los visores de los vipers, en cuanto sus sensores detectan que la luz es insuficiente.

CAPÍTULO 31

TENTÁCULOS

La escalinata es algo estrecha. Las paredes están repletas de símbolos mayas, que se entremezclan con otros que ninguno de ellos reconoce. Cuando descienden, el silencio es absoluto. Pasan por varios niveles, pero deciden seguir bajando. Poco después, llegan a una gran sala donde también hay un gran número de símbolos que brillan en la oscuridad, lo que hace que la sala esté parcialmente iluminada, permitiéndoles desconectar la visión nocturna.

Al llegar a la gran sala, los vipers se despliegan por toda ella. Hay varias salidas que divergen en todas direcciones, pero una de ellas parece ser un largo pasillo. Patrick se acerca y abriendo su mano derecha, un holograma se proyecta frente a él. De ese mismo brazo se despliega uno de sus drones que, conforme vuela por el pasillo, parece ir analizando todo lo que le rodea con un láser rojo. Kosuke e Ivanova observan la imagen del holograma, a la vez que en sus visores pueden ver las imágenes que el dron graba con su cámara de infrarrojos.

-Ten cuidado, no quiero que nos descubran –dice Kosuke en voz baja.

En el holograma se puede ver cómo se crea un largo pasillo, conforme el dron analiza con su láser.

-¿A dónde demonios va esto? –pregunta la doctora.

-Parece conectar con la pirámide que teníamos a la izquierda –contesta el robot.

-Deberíais ver esto, es importante –dice Skud interrumpiéndolos.

En ese momento y poco antes de llegar a lo que parecía otra gran sala, Patrick desconecta el láser del pequeño dron y le ordena virar sobre su posición, para regresar nuevamente por el pasillo. Justo un instante después, un ser muy similar al que vieron en la cumbre de la otra edificación se asoma por el otro extremo de la galería, a unos cien metros de distancia. Parece haber detectado algo y observa la oscuridad con atención. Sus ojos de un azul casi fluorescente se tornan negros. También su piel parece cambiar ligeramente de color, oscureciéndose levemente. Los tentáculos que se movían ondulantes en su espalda, ahora apuntan súbitamente hacia el pasillo, quedándose prácticamente inmóviles, solo las puntas de estos parecen hacer pequeños movimientos espasmódicos. Ninguno de los vipers se ha dado cuenta de la presencia de este ser, ni siquiera Patrick, que recoge nuevamente su dron.

El guerrero japonés, Ivanova y Skud, se acercan hacia otra de las salidas de la gran sala. Cuando Patrick se va a acercar a ellos, Skud lo para con un gesto de su mano.

-Vigila ese pasadizo –dice el enorme soldado, de un modo más seco de lo normal.
Patrick se queda un momento parado, poco después se gira sobre sí mismo y despliega varias antenas que apuntan hacia la oscuridad del pasillo. Al igual que hacía aquel ser, sus antenas también hacen pequeños movimientos.
-¿Qué pasa Skud? –pregunta Kosuke, mientras avanzan.
-Quiero que veas esto.
Mientras Skud y Kosuke se acercan a la salida mencionada, el robot despliega una pequeña antena en su dirección y analiza el tono de voz de Skud.
-¡Dios mío! –dice la doctora, nada más sobrepasar aquella salida.
-¿Cómo es posible? –dice Kosuke.
En un gran muro se encuentran estructuras de lo que parecen robots, prácticamente calcados a Patrick. El robot escucha sus conversaciones y analiza permanentemente sus tonos de voz.
-¿Qué significa esto? ¿Ese puto engendro es uno de ellos? –pregunta Klahan, que se ha asomado a sus espaldas.
-Baja la voz –dice Skud, apuntándole con el dedo-. Releva a Patrick y dile que venga.
Bajo la inquisidora mirada de Kosuke, Klahan se da la vuelta y se dirige hacia el robot sin decir palabra.
-Te reclaman –dice malhumorado el tailandés.
El robot, que se encontraba agachado, se levanta sobre sus largas piernas alcanzando los dos metros de altura. Avanza, mientras coloca su gran fusil a su espalda y sobrepasa al tailandés.
-Vigila bien ese pasillo, mis sensores han vibrado ligeramente –dice el robot.
Klahan se limita a refunfuñar, sin dejar de mirarlo.
-¿Qué sucede? –pregunta el RAC al llegar a ellos.
-Ya habrás oído nuestras conversaciones, dínoslo tú –responde Kosuke.
Patrick examina las estructuras robóticas que cuelgan del muro.
-Son esqueletos –responde Patrick.
-¿¡Esqueletos!? –exclama Ivanova.
-Estructuras esqueléticas, para ser más exacto.
-Y, ¿cómo explicas que sean prácticamente igual a ti? –pregunta Skud.
-Creo que es evidente.
-Explícate.
-La primera vez que nos vimos, todos conocisteis a Paul Lee, uno de los científicos responsables de mi creación. En mi base de datos no aparecía información alguna sobre mi construcción, así que jaqueé la CPU de Lee y desde ahí pude acceder a la intranet de todo el departamento.
-¿Por qué demonios hiciste eso? –pregunta Ivanova.

-Porque soy más eficiente si dispongo de toda la información, además, fue para lo que se me creó.
-Está bien, continúa.
-Hace un par de años, un buque de la Armada norteamericana detectó un FANI.
-¿Un fani?
-Un fenómeno aéreo no identificado, quizá vosotros conozcáis mejor el término OVNI.
-Vale, continúa.
-Ese buque, detectó un ovni que volaba erráticamente a unos cientos de millas de aquí. Poco después, la aeronave cayó al mar, pero consiguieron rescatarla antes de que se hundiera. En ella había dos tripulantes, uno de ellos ya estaba muerto y el otro murió dos días después.
-¿Fueron derribados por la Armada? –pregunta la doctora.
-No, al parecer estaban enfermos.
-¿Eran Snarcuds?
-No, eran algo muy diferente. Por darles un término, se podría decir que eran cíborgs alienígenas.
-¿Cíborgs alienígenas?
-Estaban compuestos por tres partes; una estructura metálica esquelética como las que veis aquí, un cuerpo orgánico y un parásito soldado.
-Espera un momento, ¿quieres decir que estos seres tienen soldados cíborgs?
-Eso es lo que decía el informe.
-¿Cómo consiguen introducir una de estas estructuras en el interior de un cuerpo sin matarlo?

-En el informe se barajaban varias opciones, pero la opción más probable era que, de alguna manera, lo sembraban sobre la estructura.

-¿Lo sembraban? ¿Quieres decir que son capaces de generar un ser, partiendo de esta estructura? ¿Cómo es posible?

-Lo desconozco. Sin que me descubrieran, solo podía acceder al intranet del departamento que trabajaba en mí, ya que estaba conectado directamente a él. Como os podéis imaginar, en NORVIX, todos los departamentos tienen sistemas de protección anti intrusión altamente sofisticados; a pesar de ellos hubiera podido entrar, pero hubieran detectado mi acceso.

-¿Qué demonios está pasando allí? -pregunta Burna en voz baja a Klahan, que se encuentra a solo unos metros de ella, cubriendo otras dos salidas.
-Si te lo digo no te lo vas a creer.
-Hay varios robots como el nuestro, colgados de un muro.

-¿Cómo? ¿Quieres decir cómo Patrick?
-Afirmativo. Creo que Kosuke lo está interrogando.
-El informe que disponía el departamento que trabajaba en mí no estaba completo. En NORVIX, cada departamento es sumamente celoso de la información que posee y no son muy dados a compartirla. Según aquel informe parcial, no era la primera vez que se topaban con estos seres, pero sí la primera que capturaban un par de ellos completos y uno vivo –explica el robot.
-Entonces, ¿tú qué eres? –pregunta la doctora.
-Mi base, mi cuerpo, es la estructura esquelética de uno de los dos seres que iban en aquella aeronave. Luego fueron añadiendo sistemas como la cabeza, que está formada por multitud de sensores, cámaras y unidades de procesamiento. A mi cuerpo se le añadieron sistemas hidráulicos, sistemas de adquisición de objetivos, compartimentos para los drones y todo lo que ya sabéis.
-Y dos enormes cuchillos que salen de tus antebrazos, con los que te vimos luchar contra el cocodrilo.
-No, eso es parte de su estructura, en ellos los podéis ver.
Ivanova y Kosuke se miran con cierta cara de preocupación, a la vez que Skud alarga su mano para tocar uno de esos esqueletos metálicos.
-¡Espera! –dice el robot, sujetándolo rápidamente-. Aunque vosotros no podáis verlo, existe un campo que protege a estos cuerpos-. Quizá yo sí pueda.
-¿Por qué lo dices?
-Mírame –responde el robot, tan pausado como siempre.
Al introducir su mano metálica en el invisible campo, un láser de color rojizo parece analizar toda su estructura, tornándose en azul cuando toca partes que parece no reconocer, como la cabeza. Instantes después, desaparece y el campo se abre hacia los lados, ocultándose tras el muro.
Estos esqueletos metálicos parecen levitar. Al entrar en contacto la mano del robot con uno de ellos, este se desprende, aunque es rápidamente agarrado por el robot. Al sacarlo de la zona protegida por aquel halo invisible, Patrick nos lo muestra sujetándolo con ambas manos.
-¿Es muy pesado? –pregunta la doctora.
-Veintisiete kilos y doce gramos menos que yo.
-¿Cómo es posible que lo sepas con tanta exactitud?
-Mi cuerpo está lleno de sensores, por lo que hago una media ponderada.
-¡Dios mío! –exclama Skud.
Unos terribles ojos rojos brillan en la oscuridad al fondo de la sala. Lentamente se va acercando hacia ellos. Conforme se aproxima, pueden oír cómo su respiración se agita. No llegan a ver a la bestia

que les acecha desde las sombras, pero es grande, muy grande. Todos apuntan con sus armas en dirección a estos endemoniados ojos, todos excepto Klahan y Burna, que se han quedado cubriendo las otras entradas.
Duncan conecta sus gafas de visión nocturna.
-¡Mierda, no se ve nada! –refunfuña el soldado, al ver que sus gafas solo producen destellos que no le dejan ver nada en absoluto.
-¿Qué demonios pasa? –pregunta Klahan a la israelita, con síntomas de nerviosismo.
-No lo sé, pero estate atento a tu posición –recrimina Burna.
De repente, algo atraviesa el pecho del tailandés, que lo levanta del suelo y lo hace gritar de dolor. Por su pecho brotan tres formas puntiagudas envueltas en sangre. Burna retrocede apuntando con su fusil.
-¡Contacto, contacto! –grita, sin llegar a disparar, ya que el cuerpo de Klahan se interpone entre ella y lo que quiera que ha atacado a su compañero.
-¡Maldita sea, es una trampa, nos han rodeado! –exclama Duncan.
La bestia que ha atacado a Klahan separa sus tentáculos partiéndolo en dos.

Inmediatamente Duncan y Burna abren fuego. Consiguen hacer impacto repetidas veces, pero esto no parece afectarle, solo la ralentiza. El inmundo demonio arrastra sus tentáculos por el suelo, a la vez que sigue avanzando hacia ellos. Su afilada cabeza muestra lo que parece dos filas de ojos negros que vibran, mientras la mueve de un lado a otro. Duncan y Burna retroceden sin dejar de disparar contra aquel ser.

-¡No usar el cañón de impulsos, derrumbaríamos los muros! –advierte Kosuke.

En el lado opuesto, los ensangrentados ojos continúan su avance hacia ellos, cuando un terrible rugir retumba en toda la estancia. Esto parece frenar a la bestia gris que ahora parece haberse olvidado de los soldados y busca al demonio de ojos rojos. Skud se interpone entre ambas bestias, cuando el demonio de las sombras parece abalanzarse sobre él.

-¡Cuidado Skud! -grita Kosuke, que con el movimiento de un felino entrelaza sus piernas con las del guerrero de color derribándolo, aunque no con la suficiente rapidez.

El demonio desgarra uno de sus hombros al chocar con él. Sin embargo, parece que el objetivo no era Skud sino la bestia de seis tentáculos. Duncan tira de las cinchas de Burna arrastrándola contra la pared.

Al enfrentarse los dos demonios, el asesino de Klahan, aquella

especie de leviatán, lo ataca con todos sus tentáculos a la vez, pero el diablo de ojos ensangrentados salta sobre la cabeza del ser, evitando el impacto de estos terribles brazos gelatinosos, mientras que una de sus garras le arranca la cabeza de cuajo.

CAPÍTULO 32

EL TRIÁNGULO DEL DRAGÓN

Ivanova levanta su arma para hacer fuego contra el demonio vencedor, que de inmediato, como si lo hubiese presentido, se gira y mira enfurecido a la doctora, dando un horrible rugido que retumba por la estancia y pasillos. Ella retrocede, aunque no deja de apuntarle.
-Baja el arma –dice Kosuke en voz baja.

-Pero.

-Baja el arma o te matará. Con esa arma no puedes hacer nada contra él, además, podría ser Eric.

-¿Cómo lo sabes? –contesta, a la vez que baja levemente su fusil, aunque manteniéndose alerta-. Si te equivocas, nos podría matar a todos.

-No lo sé, pero no nos ha atacado. Aun así, nada nos asegura que no acabe con nosotros, estar atentos.

El demonio vuelve a centrarse sobre aquella bestia, que parece un híbrido de varios seres en uno. Tira de un tentáculo del cadáver y, sin aparente esfuerzo, desgarra un trozo y lo lleva a su boca. Una larga lengua, que termina en una afilada punta, brota lentamente de su boca y lame el fluido que chorrea del trozo de tentáculo que ha alzado.

Mientras, Burna ha retrocedido hasta la posición de Skud y le ayuda a levantarse.

-Vamos grandullón, ayúdame o yo sola no podré contigo.

Lentamente, el musculoso soldado británico parece ir reaccionando y se alza sobre sí mismo, ayudado por Burna. Este se mira el hombro derecho, que está parcialmente desgarrado y vuelve a coger su fusil que cayó al suelo.

Patrick permanece impasible, como si estuviera analizando aquel ser.

El demonio nos mira, mientras muerde otro tentáculo, ahora directamente del cuerpo decapitado. Cada vez que abre su mandíbula se pueden ver sus terribles colmillos, manchados de lo que debe ser la sangre de la bestia.

-Creo que deberías intentar establecer contacto con él, si es Eric te reconocerá –dice la doctora rusa, con la voz algo temblorosa. Tú fuiste su maestro aquellos meses en el campamento, entre vosotros se creó un fuerte vínculo. De alguna manera, tenéis algún tipo de conexión. Acuérdate que cuando se transformó en la base, solo te escuchó a ti y a Fisher, si es él te reconocerá.

-Espero que tengas razón, siento cerca la energía de Eric, pero no en él –contesta el samurái sin alzar su voz y soltando su arma en el

suelo -. Eric, ¿estás ahí?

El terrible demonio levanta su penetrante mirada y la fija en Kosuke, sin dejar de mordisquear aquel trozo de tentáculo.

Eric, soy yo, Kosuke Senju –repite, levantando sus manos abiertas.

El demonio se levanta, dejando caer el trozo de tentáculo y acercándose a ellos lentamente.

Todos retroceden, todos menos Kosuke, que se mantiene pronunciando su nombre, mi nombre, Eric.

Al llegar al guerrero japonés, su tamaño es enorme. Sus garras manchadas de la sangre gelatinosa de aquel alien, se acercan al cabello oscuro y brillante de Kosuke, acariciándolo delicadamente. Baja su cabeza, quedándose sus terribles ojos a solo unos centímetros de la oscura mirada del japonés, pero este no retrocede ni un ápice y fija su vista en ellos.

-Eric somos nosotros, Ivanova, Skud. Somos tus amigos, reacciona –dice Kosuke, con su marcado acento japonés, pero siempre en un suave tono.

Unos metros más atrás, los vipers están expectantes. Skud conecta su cañón de impulsos e Ivanova que se percata, también activa el suyo. Burna y Duncan se miran, sin saber muy bien cómo actuar.

El demonio olfatea el rostro de Kosuke y al sacar su larga lengua esta se divide en dos, lamiéndole la frente. Levanta su espantosa garra de afilados dedos y los desliza por el cuello de Kosuke, dejando tres pequeños cortes por donde brota la sangre del samurái, que no retrocede y continúa pronunciando su nombre, mi nombre.

-Eric, somos nosotros, tus amigos los Vipers.

Skud e Ivanova van levantando lentamente sus fusiles. Patrick los mira, pero no parece participar y continúa observando.

De repente, Kosuke cae hacia atrás. Ivanova y Skud que estaban más adelantados están cubiertos de sangre. Sus caras están empapadas y no les deja ver bien, pero el demonio sigue allí, de pie.

Ambos se miran. Ninguno de ellos ha abierto fuego, Skud gira su cabeza hacia Burna y Duncan, pero están tan asombrados como ellos.

-¡Dios mío, Kosuke! –exclama Ivanova.

-Estoy bien –responde el japonés desde el suelo, también cubierto de sangre.

Al visualizar mejor, una mano, una garra, ha atravesado el cuello y parte del pecho de aquel ser.

Ninguno de los vipers pronuncia palabra, solo observan.

Poco después, el ser cae al suelo y tras él aparece otro demonio, aunque algo diferente.

Aquel demonio permanece de pie, hasta que una voz grave resuena en la sala.

-Kosuke –dice el demonio, en una voz que parece de ultratumba,

antes de apoyar sus garras en el suelo.

Sus garras, su forma, van volviendo a la normalidad. Desnudo, sudoroso, ensangrentado, con una rodilla y manos apoyadas en el suelo, aparece Eric.

-Es él –dice Ivanova, con lágrimas en los ojos.

Skud se apresura a sacar una toalla de su mochila y limpia algo la sangre de mi rostro.

-¡Joder! –exclama Burna, al verme incorporarme.

Mis ojos, aunque ya no son rojos, no son los de un humano. Estos son amarillos y sus pupilas se parecen más a las de un felino. También mis colmillos han disminuido de tamaño, pero aún siguen siendo los de un depredador. Mi corpulencia es algo mayor de la que tenía antes de transformarme en aquel demonio y mi voz, ahora es más grave. Pese a eso, superando el miedo, la doctora me abraza, besándome.

Duncan, que es más o menos de mi estatura, aunque algo menos corpulento que yo, saca un uniforme de su mochila y me lo ofrece.

-Lo que no tengo son botas –dice el soldado.

-No te preocupes, no me harán falta.

Mientras me visto, todos me rodean.

-Chicos, no es por nada, pero ¿me podéis dar un poco de intimidad mientras me visto?

-Vaya, hace un momento era un horrible monstruo asesino y ahora se ha vuelto tímido –dice Ivanova, girándole la cabeza a Burna hacia fuera, a la vez que ella también se gira.

-Recibíamos la señal de los localizadores de tu uniforme, pero no lo llevas puesto – dice Skud.

-No lo recuerdo muy bien, como sabéis, al transformarme caigo en una especie de trance y solo recuerdo partes, como si fuera un sueño. ¿Habéis recuperado el brazalete?

-Sí, lo tiene Kosuke en su mochila –responde Skud.

-Sin él no podríamos recuperar la aeronave –contesto, mientras lo aferro a mi antebrazo, al entregármelo Kosuke-. Bueno, el uniforme me queda algo estrecho, pero puede valer. Recordar, que ahora tendremos dos Duncan.

-¿Qué quieres decir? –pregunta Ivanova.

-Al llevar puesto el uniforme de Duncan, también os aparecerán sus códigos.

-No, ya los he desactivado. De todas formas, volverás a destrozar el uniforme la próxima vez que te transformes –responde el RAC, con una ligera muestra de sentido del humor-. Solo estarán activos los que porta Duncan.

Kosuke se aproxima y me mira intrigado.

-Eric, ¿por qué no nos atacó ese ser? -pregunta Kosuke.

Me limito a sonreírle.

-¿Lo dominabas tú? -pregunta Ivanova-. Increíble.
Al levantarme, Patrick se acerca a mí y me escanea con uno de esos hologramas que desprende una de sus lentes. Tras unos segundos, el robot se dirige a todos nosotros.
-Como es evidente, su cuerpo ha cambiado. Su estructura ósea, ligamentos, musculatura son muy distintos. Probablemente su sangre y ADN también hayan cambiado, pero para saberlo con certeza, debería analizarla.
-Bueno, ahora no tenemos tiempo para eso –respondo de manera abrupta.
Nos acercamos a Klahan.
-No ha tenido ni una jodida oportunidad frente a ese monstruo –dice Duncan.
-¡No estaba cubriendo su zona asignada, joder! Se distrajo –responde Burna, besando una medalla que porta bajo su camiseta.
-Aquí no nos podemos relajar –dice Duncan, arrodillado junto al cadáver.

Mientras Kosuke recupera el equipo de Klahan, Patrick se acerca al ser que yace a su lado y recoge algunas muestras de tejido y fibras musculares de uno de los tentáculos, a su vez, escanea el cuerpo con un holograma como hizo conmigo. Recoge la cabeza de aquel extraño ser y se acerca a nosotros portándola en su metálica mano.
-Creo que esta es la situación más extraña que vaya a ver en todo lo que me queda de vida; un robot inteligente, portando la cabeza de un alien que acaba de asesinar a mi compañero, y que lo ha matado, convirtiéndose en un terrible demonio –dice Burna.
-No sufras, yo te pagaré el psiquiatra –responde Ivanova, de manera sarcástica.
Burna la mira con cara de odio, aunque no le responde.
-Esto es interesante –dice el robot, levantando la cabeza del alien-. Esto que parecían ojos, no lo son.
-Pues, ¿qué son? –pregunta Ivanova.
-Parecen ser sensores. Deben guiarse por ecolocalización.
-Muy útil en este ambiente en penumbra. Pero si utiliza la ecolocalización, ¿no deberían oírse chillidos, como los que dan los murciélagos o los delfines? –pregunta Burna.

-Buena apreciación, pero no necesariamente; depende en el rango de frecuencia que emitan, el oído humano lo captaría o no –responde Patrick.

-¿Tú no lo captaste?

-No, pero si lo hacen, terminaré pillando su frecuencia.

-Quiero que veáis algo –digo, interrumpiendo la conversación y sin haber mostrado sentimiento alguno por Klahan, me dirijo hacia la estancia donde encontraron aquellos esqueletos robóticos.

Kosuke e Ivanova se miran extrañados, pero me siguen a la gran sala.

-¿Tenéis bengalas?

Burna saca un par de ellas y me las entrega. Las enciendo y las lanzo en la estancia. Esta es inmensa, mucho más grande de lo que parecía a primera vista.

-¡Dios mío! Parece no tener fin –exclama Ivanova.

Kosuke y Skud también lanzan varias bengalas, iluminando parcialmente la gran estancia.

-Mirar eso –dice Burna, señalando las paredes.

En estas se ven lo que parecen dibujos ancestrales y grandes grabados.

-¿¡Qué demonios!? –exclama la doctora, al examinar uno de ellos desde cerca-. Pero ¿desde cuándo están aquí?

En él se puede ver el dibujo de unos seres que no parecen humanos. Es un dibujo de vivos colores que, alumbrado por una linterna, se asemeja a un snarcud, aunque con algunas diferencias, como una cresta en su espalda o cinco dedos en sus manos. También se pueden ver grabados que recorren las paredes hasta donde alcanza la luz.

-Tú eres la especialista. ¿Sabrías traducir lo que dicen? –digo, dirigiendo mi mirada hacia la doctora.

La luz de las bengalas se va apagando y nos quedamos nuevamente en la oscuridad.

-¡Joder, Eric! –exclama Burna.

-¿Qué pasa? –pregunto.

-Tus ojos brillan. Acojonas bastante, ¿sabes?

Al mirarme el resto, mis ojos son como los de un felino y como ellos, veo perfectamente en plena oscuridad.

-Conectar la visión nocturna –ordena Kosuke.

-Esperar, todavía no. Encender las linternas o no podréis apreciar los colores.

Cada uno de ellos enciende su linterna, esperando que les diga hacia dónde deben apuntar sus luces. Con mi cabeza hacia atrás, les indico que iluminen el techo.

Olvidándose por un instante del peligro que allí corremos si somos descubiertos, pasean boquiabiertos bajo aquel inmenso mural. Aquel techo es un único dibujo, repleto de colores que simbolizan animales, seres extraordinarios y textos ilegibles.

-¿Reconoces algo? –pregunto, cuando me acerco a Ivanova.

-Estos es fascinante Eric, no se parece en nada a lo que había visto hasta ahora –dice la doctora con sus ojos iluminados, acercándose rápidamente a las paredes-. Veis esos grabados, se llaman glifos, son la unidad mínima de escritura maya. Estos pueden designar nombres,

acciones, relaciones de parentesco o incluso ciudades. Se cree que tienen funciones similares a la escritura japonesa, pero aquí hay muchos que no había visto en mi vida. Es como si hubieran mezclado varias lenguas en una o hubiesen seguido escribiendo a lo largo de los siglos.

-¿Sabes interpretarlos? –pregunto.

-Algunos sí, fijaos, estos constituyen un sistema que permiten escribir distintas palabras, dependiendo de su combinación. Mirar, esto es el glifo principal y esto afijos –dice, señalando uno de ellos con la linterna-. Este podría significar duende, que en maya yucateco se podría traducir como alux, o aquel otro, k'aasi ba'al, que significaría demonio, espectro o algo así, pero hay muchos otros que no entiendo.

Caminando junto a la pared, la doctora se muestra emocionada.

-Si os fijáis bien, hay textos que parecen más nuevos que otros, es como si otras generaciones hubieran continuado realizando estos grabados a lo largo de los siglos. Esos otros cartuchos jeroglíficos que veis aquí, son totalmente desconocidos para mí.

-Entonces, ¿esto? –digo, a la vez que la agarro del brazo y casi arrastro hasta otro grabado, que se encuentra a unas decenas de metros más al fondo-. ¿Qué significa esto?

Debajo de un dibujo que parece representar el mar, aparece otro grabado y lo que se asemeja al dibujo de una isla.

-Creo que eso significa, Mar del Diablo.

-Vaya, ¿aquí todo se llama del diablo, del demonio o maldito? –dice Burna, que ilumina también el dibujo con su linterna.

-Eso no es de esta zona, se encuentra cerca de Japón –responde Kosuke, desde nuestras espaldas.

-¿Japón? –dice la doctora, algo sorprendida.

-Mi abuelo le llamaba el Triángulo del Dragón. Recuerdo las leyendas; me contaba que los marineros relataban historias. Él decía que en las profundidades de sus aguas habitaban dragones, que hundían los barcos que allí se adentraban, para apoderarse de sus almas.

-Es verdad, yo he oído hablar de ese mar. Al igual que en el Triángulo de las Bermudas, se dice que allí los barcos y aviones desaparecen misteriosamente –dice Duncan-. Cuando estuve destinado en Japón, los marinos decían que era una zona para evitar en la navegación, por si acaso.

-Mirar, eso claramente es Japón, aquello debe ser la isla de Guam y esto las islas Ogasawara. De ahí que le llamen el Triángulo del Dragón –dice Kosuke, que apunta con el dedo a los dibujos del techo.

-Pues parece que las leyendas que te contaba tu abuelo van a tener algo de cierto –comenta Burna.

-Pero ¿cómo sabías que esto estaba aquí? –pregunta Ivanova.

-Cuando me transformé esta vez, en mi interior se generó una fuerza irresistible por venir a este lugar y no solo yo, hay más seres rondando por aquí.

-No hace falta que lo jures –comenta la israelita.

-¿Estabas dominando a aquel ser que se parecía a ti? –pregunta Kosuke.

-Sí, creo que sí. Cuando nos encontramos, nos enfrentamos los unos con los otros, pero de una manera tanto mental como física. Creo que yo llevo algo de ventaja al haber estado aquí antes y saber cómo actúan o quizá mis años de meditación me han ayudado de alguna manera a controlar mejor mi mente, no lo sé.

-¿Crees que pueden ser otros humanos, que como tú fueron transformados? -pregunta la doctora.

-¿Qué otra cosa podría ser? –respondo.

-No entiendo. ¿Qué sentido pueda tener transformaros y traeros aquí, para que os enfrentéis unos a otros?

-Quizá ese no sea el fin, pero al convertirnos en esos demonios, te invade una necesidad imperiosa por alimentarte, que va paralela a una enorme agresividad. Puede que solo estén probando si somos capaces de dominarlo.

-¿Todo el techo de la estancia es como un gran mapa? –pregunta Kosuke.

-Creo que sí. Probablemente estén marcadas las ubicaciones de otras islas como esta.

Skud alumbra con su linterna lo que parecen constelaciones, mezcladas con océanos e islas. Un jeroglífico de cientos de metros.

-¿Lo estás grabando? –pregunta Skud, dirigiéndose al robot.

-Sí.

CAPÍTULO 33

GUARDIANES

-¿Qué era ese ser con tentáculos? –pregunta la doctora.
-Les llaman guardianes. Son seres simples; depredadores cuya única misión es matar.
-Pero no llevaba adosado ninguno de esos parásitos en la nuca.
-No lo soportaría, moriría a las pocas horas.
-¿Cómo los controlan entonces?
-Es una raza esclavizada por los seres superiores. Al igual que a mí, les han insertado algo en el cerebro, en la sangre o en el maldito ADN, que les permite controlarlos y evitar que se vuelvan contra ellos.
-Pero ¿son de otra especie alienígena, son animales o qué demonios son? ¿Sabes algo de ellos? –pregunta Burna.
-No me preguntes cómo, pero sé que vienen de un lugar en el que, por los cambios drásticos de temperaturas que sufren en su planeta, es imposible la vida en la superficie. Las especies que habitan allí se han adaptado a vivir en cuevas subterráneas.
-¿Cómo se les puede matar, además de arrancándoles la cabeza?
-Creo que Patrick te podrá contestar a eso mejor que yo, ya que lo ha estado analizando.
El robot, que había estado algo apartado hasta ahora, se acerca a nosotros.
-Sus órganos se parecen más a los de un cefalópodo que a los de un humano. Al igual que un pulpo, tienen tres corazones. Dos de ellos llevan la sangre sin oxígeno a las branquias –dice el robot.
-¿Branquias? ¿Estos bichos tienen branquias? –dice Burna.
-En su hábitat, gran parte de las cuevas deben estar parcial o totalmente sumergidas.
-Déjalo que continúe, nos estabas hablando de su anatomía -dice Ivanova.
-Como decía, el tercer corazón es el que transporta la sangre oxigenada al resto del cuerpo, pero este está blindado por una estructura ósea, diez veces más fuerte y flexible que nuestros huesos. También posee un par de órganos similares a nuestros pulmones, aunque más pequeños y localizados en la parte superior de la cadera.
-Entonces, ¿cómo demonios los matamos?
-Lo increíble de estos seres, es que regeneran sus órganos dañados muy rápidamente y si se les amputa un miembro, en unas semanas le habrá vuelto a crecer.
-Más o menos como tú Eric –dice la doctora.
-Como las planarias –contesto.
-¿Cómo dices? -dice Ivanova.

-Nada, no importa. Continúa.
-Como hizo Eric; la única manera efectiva para abatirlos es arrancarles la cabeza, ya que su diminuto cerebro se encuentra allí. Al desprenderlo del cuerpo, este morirá. Cualquier otra herida que le podáis infringir se curará rápidamente.
-Si el corazón está tan protegido, es porque ese órgano es vulnerable –dice Kosuke.
-Sí, pero como os he dicho, debido a la protección ósea que tiene a su alrededor, solo con el cañón de impulsos los podríamos abatir o con un calibre superior al de vuestros fusiles, quizá con el mío.
-Una pregunta, es imposible que sepas todo eso solo con un holograma. ¿Cómo demonios sabes tantas cosas de estos seres? –dice la doctora.
-En el ovni que os comenté que recuperó la Armada, además de los cíborgs, iban tres de estos seres –dice el robot, con su inalterable tono pausado.
-¿¡Cómo!? No me lo puedo creer. ¿Sabías que existían estos seres y no dijiste nada? Pero ¿tú de qué vas? –exclama Burna, gritándole al robot y dándole una patada, que le causa más daño a ella que al robot-. ¿Tampoco detectaste los chillidos de ecolocalización? Eres un puto mentiroso.
-¿Qué es esto? ¿Nos estás ocultando información? –pregunta la doctora rusa irritada.
-No, solo me limité a contestar lo que me preguntasteis. Por cierto, si necesitáis más datos sobre ellos, debéis saber que aquellos que fueron capturados eran tres machos.
-¿Y? –pregunta Ivanova.
-Este ejemplar es una hembra. Los machos son mucho más fuertes y agresivos.
-Serias el alma de la fiesta dando buenas noticias. ¡Puto engendro! –gruñe Burna, apartada del grupo por Skud.
-¿Qué les pasó a aquellos seres? –pregunta Ivanova.
-Al igual que los cíborgs, dos de ellos murieron al poco tiempo de ser capturados. Al parecer, su piel necesita unas condiciones de humedad muy específicas. A la sombra, su piel genera unas babas que le protegen durante horas sin necesidad de agua, similar a nuestros anfibios, pero expuestos a nuestro sol esas babas se disuelven rápidamente.
-Si son tan fuertes, ¿cómo se hicieron con ellos los de la Armada?
-Venían en una especie de estado de criogenización, pero el informe no da más detalles.
-¿Qué pasó con el tercero?
-Lo desconozco. Lo llevaron a otro departamento y el informe al que pude acceder, no daba más datos.

-Entonces, ¿su debilidad es la luz?
-No, su debilidad es el sol. Solo pueden permanecer unos minutos.
-Pero vimos a uno de ellos rondando fuera de la pirámide –dice Skud.
-La climatología un día como hoy les debe permitir exponerse algo más.
-Eso quiere decir, que aquí debe de haber una fuente de agua lo suficientemente grande para mantener a estos seres con vida –comenta Kosuke.
-Así es, y debe ser bastante grande, ya que los machos son territoriales y normalmente no encontraréis a dos juntos, salvo que los demonios los controlen también en ese sentido –responde Patrick.
-Pero, si no se soportan entre ellos, ¿cómo es que venían tres en la aeronave? –pregunta Duncan.
-Como dije, venían en estado de criogenización, probablemente por este motivo.
-Al menos sabemos que no nos atacarán varios de esos bichos a la vez –responde Ivanova.
-Si están controlados mentalmente, podría pasar.
-Bueno, debemos movernos. Llevamos aquí demasiado tiempo y es posible que ese guardián pidiera ayuda –dice Kosuke.
-No te preocupes por eso. No son telepáticos, se comunican por sus chillidos, pero dentro de estos muros su alcance está muy limitado –respondo-. Pero tienes razón, debemos continuar.
-Eric, ¿eres capaz de detectar si por aquí queda algún superviviente humano? –pregunta Ivanova.
-No, lo siento.
-¿Qué hacemos ahora? –pregunta Skud.
-El subsuelo bajo nosotros está lleno de grutas, podemos seguir por allí –respondo, sin tener muy claro si es la mejor opción-. Conforme llegamos a la isla se fueron implantando en mi cabeza algo parecido a recuerdos, es como si ya hubiera estado en estas pirámides antes y me quedara un recuerdo lejano. Se van abriendo puertas, conforme voy avanzando. Debéis comprender que para mí esto es un horrible puzle y luego está él.
-¿Él?
-El demonio que siempre está intentando salir. Me aferro lo que puedo a mi humanidad, pero prevalece ese temor de que se haga conmigo –respondo, con la voz más grave de lo habitual y la terrible mirada de un depredador.
-Tranquilo, coge el equipo de Klahan y emprendamos la marcha -dice Kosuke, entregándome la mochila y armamento del tailandés, con el semblante algo preocupado-. Configura los localizadores de las armas como viper cero, para que no haya errores en tu identificación.
-Hecho –respondo, tras ajustar los localizadores-. Comprueba si

funciona también el localizador del brazalete.
-Afirmativo –dice Kosuke, tras mirar por su visor.
Kosuke hace un gesto para que nos reunamos a su alrededor.
-Recordar nuestra misión; debemos capturar un ser superior. Si lo conseguimos, deberemos salir de aquí lo más pronto posible –dice nuestro líder.
-Estoy deseando salir de aquí echando leches, este sitio es el puto infierno en la tierra –replica Burna.

-Kosuke Senju, creo que nuestra misión ha cambiado, sabes que en cuanto capturemos a ese ser, si es que eso fuera posible, en minutos tendríamos a un ejército de esos bichos encima y ni siquiera Eric podría enfrentarse a ellos –dice la doctora con el semblante serio.

-Lo sé. ¿Qué propones?

-Bajemos a esas grutas que comenta Eric, recopilemos toda la información que podamos y, por una vez, estoy de acuerdo con Burna, salgamos de aquí echando leches.

-Ok. En marcha entonces.

Poco después, iniciamos la andadura liderada por mí, seguido de Patrick, dejando unas decenas de metros entre nosotros y el resto. Con gestos, la doctora se dirige a Kosuke, mostrándole su desconfianza hacia el robot. Skud y Burna también se percatan, pero ninguno dice nada, ya que saben que el robot detectaría cualquier conversación, por muy bajo que hablaran.
Conforme avanzamos, podemos observar la variedad de dibujos que hay por todo aquel techo.
-Espero que todas esas islas que aparecen en los dibujos no sean otras bases de estos seres o estamos bien jodidos –dice Duncan en voz baja, mientras camina cerrando el despliegue, a escasos metros de Burna y Skud.

CAPÍTULO 34

LA CAVERNA

Algo perplejos, avanzamos en la oscuridad. Todos los vipers han conectado su visión nocturna, todos menos yo. Grandes columnas de unos metros de diámetro se reparten por todas partes. Estas, también están decoradas y grabadas con dibujos de ofrendas y sacrificios a dioses, a seres superiores.

Conforme seguimos el avance, algo llama nuestra atención. En una de las columnas volvemos a ver estructuras esqueléticas metálicas. Hay cuatro de estas estructuras rodeando la columna y, al igual que las otras, parecen flotar en el aire suspendidas por una fuerza inapreciable. Desde el techo surgen unas ramificaciones gelatinosas, que se asemejan a las raíces de un árbol y se conectan a ellas.

-¡Dios mío! –exclama la doctora-. Pero ¿qué es eso?

-Están creando cíborgs –contesta Patrick.

La imagen es escalofriante. A cada una de las estructuras les han acoplado una cabeza, una cabeza humana. Desde esta, un cuerpo empieza a formarse, tomando como sustento la estructura metálica. Son las cabezas deformadas de tres hombres y una mujer.

Duncan no puede evitar vomitar, al ver la espantosa aberración que tenemos frente a nuestros ojos.

-¿Alguien los reconoce? –pregunta Kosuke.

-Deben ser soldados de NORVIX que fueron capturados –responde Ivanova, tapándose la boca con un pañuelo, debido al pestilente olor que desprenden aquellas monstruosidades.

Burna alza su arma para destrozar aquellos engendros, pero antes de que abra fuego la freno.

-No, no lo hagas. Estoy convencido que lo percibirían.

-Pero si los dejamos con vida, tarde o temprano serán cuatro seres más a los que nos tendremos que enfrentar.

-No te preocupes por eso ahora, debemos continuar.

Mientras abandonamos aquella sala por un oscuro pórtico, uno a uno pasamos junto a la columna, sin poder apartar la vista de aquella esperpéntica imagen. Antes de abandonar la estancia, desvío mi vista hacia la derecha. Horrorizado, me percato que hay más columnas como las que hemos dejado atrás, sin embargo, no digo nada y abandono la sala. Patrick me ha visto y mira en la misma dirección, para segundos después seguirme tras aquella puerta.

Sobrepasamos la puerta en una oscuridad absoluta. Al avanzar, vemos que es un pasadizo estrecho, con viejos escalones deformados por el paso del tiempo, que no paran de descender. Esta galería va

girando tortuosamente. Las paredes parecen de barro y al tocarlas se desmoronan. En algunos tramos del alto techo, surgen una especie de raíces rosáceas que se iluminan y oscurecen paulatinamente, como si fuesen las venas de un enorme corazón. Me recuerdan a las raíces que vimos cuando estuvimos en el núcleo. Cuando se encuentran en su punto álgido, iluminan parcialmente la estrecha galería, para después volver a la oscuridad. Tanto en las paredes como el techo, deambulan enormes insectos y arácnidos que parecen ignorarnos.

-Svetlana, ¿crees que son las mismas raíces que las que vimos en el cráter? –pregunta Kosuke en voz baja por el intercomunicador.

-Creo que sí, son prácticamente iguales. Probablemente G21 en estado puro.

-Voy a lanzar uno de mis drones, para ver que hay ahí delante –dice Patrick, que ahora va en cabeza.

Segundos después, uno de esos pequeños insectos robóticos revolotea la oscura galería escaneándola con su laser rojo. Conectamos nuestros visores, para ver lo que ve el diminuto dron y continuamos nuestro avance lentamente.

-Así no veo una mierda, no puedo avanzar y ver las imágenes del dron –protesta Burna, desconectando el dron de su visor.

-Yo tampoco -dice Duncan.

Finalmente, solo Patrick y yo permanecemos conectados al dron. Por eso somos los primeros en ver aquella increíble imagen; una enorme cueva se abre frente al visor del diminuto artilugio volador. De repente, algo derriba al dron, pero este no ha sufrido grandes daños y vuelve a remontar el vuelo. Solo unos segundos después, algo parece volver a cazarlo por segunda vez, algo que vuela. La imagen de la cámara parpadea varias veces y se mueve en todas direcciones.

-¿Qué sucede? –pregunta Kosuke.

-Algo ha atrapado al dron –respondo.

Todos dejan de avanzar por aquel pasadizo y conectan nuevamente sus visores. Justo en ese momento, aquello que hubiera capturado al insecto mecánico parece soltarlo. Este cae girando sobre sí mismo.

-¿Eso es agua? –pregunta Ivanova, ya que en uno de sus giros ha grabado lo que parecía una gran masa de agua.

Segundos después, otro ser vuelve a capturarlo, antes de que caiga al suelo, pero en esta ocasión ha debido destruir la cámara, ya que la imagen se ha quedado en negro.

-Esperar –dice Patrick.

Instantes después, nos presenta varias imágenes grabadas por el dron.

-Esto es lo que lo capturó –dice, mientras muestra la imagen de un ala, que se asemeja a la de un murciélago, aunque de unas

dimensiones considerables-. Mirar esto otro.

La siguiente imagen nos deja con la boca abierta. Parece un enorme pantano, aunque, como esta se captó en uno de los rápidos giros del dron, esta es muy borrosa.

-Continuemos –dice Kosuke.

Seguimos bajando por los desgastados escalones y solo unos metros más adelante, el pasillo parece estar parcialmente iluminado por tenues lucecillas verdes que se descuelgan por todas paredes y techo.

-¿Qué leches es eso? –dice Duncan, mientras apunta a las luces con el visor de su fusil.

-Parecen hongos bioluminiscentes –responde la doctora, conforme avanza hacia las luces.

-Pero ¿eso es posible?

-Es más común de lo que crees, aunque debéis tener cuidado, en esta isla nada es lo que parece –contesta Ivanova-. Esa luz que veis es llamada comúnmente foxfire. Luz generada por ese tipo de hongos

-Originalmente debían ser hongos de la familia Mycenaceae, sin embargo, fijaos en esto –dice Patrick, a la vez que, con unas pinzas, que salen de uno de los interminables recovecos de su estructura, desprende una pequeña parte de los hongos, para depositarlo en una de sus metálicas manos.

Al poner el hongo en la palma de la mano, unos diminutos tentáculos salen lentamente de su parte inferior. Estos delgados tentáculos se engrosan en su parte final y por la parte inferior de estos engrosamientos, unos pelillos gelatinosos tantean tímidamente la nueva superficie en la que se encuentran. Mientras palpan la desconocida y fría superficie, retroceden rápidamente para volver a avanzar, disminuyendo la intensidad lumínica cuando esto sucede, volviendo a recuperarse al poco tiempo. Finalmente, el hongo empieza a desplazarse a la velocidad que lo haría un caracol.

De repente, tres tentáculos se proyectan a la velocidad del rayo al pecho del robot, para desplazar al hongo a la misma velocidad hacia el pecho metálico.

-¡La leche, qué susto! –exclama Burna, retrocediendo instintivamente-. ¡Vaya susto me ha pegado la jodida casita de los nomos!

No es la única. Duncan e incluso Skud, retrocedieron instintivamente, para volver a acercarse, no sin cierta cautela. Mientras ellos están distraídos con el hongo, mis sentidos escudriñan el tétrico pasillo.

A los pocos segundos, el pequeño hongo, vuelve a utilizar sus tentáculos para escudriñar el frío pecho metálico de Patrick, pero parece no gustarle y se desprende, cayendo al suelo y buscando

nuevamente donde aferrarse en la húmeda pared.

-Continuemos –dice Kosuke.

-Dejarme ir delante –digo, girando la mirada hacia ellos, con unos ojos que brillan en la oscuridad y mi voz más grave.

-¿Te puedes creer que ahora me pone aún más? –dice Burna en voz baja, dirigiéndose a Ivanova.

-Y a mí –responde esta, mostrando por primera vez algo de empatía con la israelita.

En silencio todos lo siguen. Duncan cierra la retaguardia, sin dejar de apuntar con el visor de su fusil el pasadizo que dejan atrás conforme avanzan.

-¿Qué haces? –pregunta Ivanova a Burna, al verla gesticular con las manos.

-Estaba rezando por Klahan.

-No creía que fueras de esas.

-¿De esas? ¿Te refieres a si tengo sentimientos?

-Sí, de esas –responde, mostrándole una pequeña sonrisa.

-Qué mala leche tenéis las rusas –responde, también con una sonrisa.

Unos minutos más tarde, no sé si muchos o pocos, ya que, con mis sentidos alterados, mi apreciación del tiempo se ve algo distorsionada, levanto la mano para que se paren. Todos al unísono ejecutan mi orden, sin dejar de apuntar con sus armas a vanguardia y retaguardia.

-¿Cuánto tiempo llevamos bajando? ¿Lo has controlado? –pregunta Duncan a Burna, que se encuentra a su lado.

-Unos seis o siete minutos bajando escalones. Cubre tu lado, no cometas el mismo error que Klahan.

Mi vista está adaptada a la oscuridad, pero puedo percibir como una tenue luz ilumina lo que parece el final de este eterno pasillo. Al llegar se abre algo más, dando paso a una enorme gruta, que mis sentidos alienígenas ya habían detectado antes que mis ojos. Apoyo una rodilla y observo de un lado a otro, para intentar detectar algún peligro. Les hago una señal para que avancen e Ivanova es la primera en llegar a mi posición. Su cara lo dice todo, sin decir una sola palabra.

-¡Dios mío! –exclama Burna en voz baja, al llegar a nuestro lado.

Uno a uno va llegando y se posicionan a lo largo de una enorme pared rocosa, quedándose inmóviles. Lo que tienen frente a ellos es un submundo.

-Os podéis quitar las GVN –digo.

Han accedido a una enorme cueva, cuyo techo debe tener una altura de cientos de metros.

De las puntiagudas estalactitas que cuelgan del abovedado techo,

también cuelgan las raíces rosáceas que hemos visto ya anteriormente y que desprenden una luz palpitante que casi te hipnotiza, pero, a diferencia de las que habíamos visto hasta ahora, estas se mueven lentamente, mientras se deslizan entre las petrificadas lanzas que apuntan hacia el suelo. Al bajar la vista, no solo aquellas extraordinarias raíces desprenden luz, también hay hongos que lo hacen de diversidad de colores, formas y tamaños. Incluso animales se entremezclan en este mundo multicolor.

El suelo está casi en su totalidad cubierto de agua. Parecido a un gran pantanal, prácticamente todo está anegado de agua; en algunas zonas son solamente charcos, sin embargo, en otras parece haber gran profundidad. Sorprendentemente, en los sectores donde el agua tiene menos profundidad han brotado formaciones arbóreas. Estos árboles son distintos a los de la superficie y, aunque hay de distintas formas, ninguno de ellos parece tener hojas, estas han sido sustituidas por una especie de algas de variados colores, predominando el verde y azul. En algunos de ellos se ve brotar una especie de gelatina que hace brillar sus troncos con la delicada luz. En esta semioscuridad, esta penumbra ligeramente iluminada por la diversidad de luces, parece que estemos adentrándonos en una discoteca de los ochenta.

Esta extraordinaria belleza de luces, el paisaje o la asombrosa cueva, nos podría llevar a la falsa sensación de tranquilidad, de seguridad, pero todos hemos visto lo que esta isla puede hacerte y ninguno baja la guardia, a pesar de estar evidentemente sorprendidos por el extraño encanto de la caverna.

Kosuke se desplaza lentamente hasta mí.

-Eric, ¿detectas algo?

-Sí, noto una gran energía que procede de las pequeñas cuevas que se encuentran en la formación rocosa de allí en frente. Deberemos cruzar la caverna hasta llegar hasta allí.

-¿Qué cuevas? No veo nada –responde Kosuke que, a pesar de su extraordinaria vista, debido a la gran distancia y la baja luminosidad, es incapaz de ver la formación rocosa a la que me refiero.

De su mochila saca unos prismáticos y otea en la dirección que le he marcado.

-Ok. Ahora las veo –dice, mientras pulsa en un pequeño botón lateral y dentro del visor aparece una cruz filar. Con esta apunta a una de las grutas que se ven en la pared rocosa-. Se encuentran a dos mil doscientos metros. Tendremos que cruzar todo esto y si consiguiéramos abatir a unos de esos demonios, esto se va a convertir en un hervidero.

-Quizá allí hay otra salida a la superficie.

CAPÍTULO 35

UNDERWORLD

-Tenía que haber pedido más dinero por venir aquí –digo, después de mostrarle una sonrisa al guerrero japonés.
-Y yo Eric, y yo –responde el samurái.
-¿Qué vamos a hacer? –pregunta Ivanova, que también se ha acercado a nosotros.
-Eric percibe una gran energía en aquellas grutas que se ven al fondo –dice Kosuke, a la vez que le cede los prismáticos.
-¿No nos queda otra que cruzar todo esto? –responde la doctora, mientras observa la enorme pared rocosa, para luego desviar su mirada al terreno inundado por el agua.
-Sí, debemos hacerlo cuanto antes. Si no nos han detectado ya, lo harán pronto. Aquí estamos muy expuestos –dice Kosuke.
Desde donde hemos salido de aquel pasadizo hasta el suelo de la gruta, todavía quedan unas decenas de metros que debemos bajar, aunque se puede apreciar un sendero por la pared que baja hasta tocar el agua.
-Esta vez debería bajar yo primero –dice el robot, no sabemos lo que nos vamos a encontrar.
-Ok, todo tuyo –respondo.
Al momento de decirlo, el RAC inicia su descenso, pero este no lo hace por el sendero, sino que baja literalmente hacia abajo, dando saltos por la pared hasta llegar al agua.
-¿No va un poco de sobradete? –dice Burna, descendiendo por el pequeño y escurridizo sendero-. Cada vez lo odio más.
El RAC despega su fusil de la espalda y apunta hacia el agua con sus antenas desplegadas, buscando cualquier amenaza, hasta que el último de nosotros consigue llegar al suelo.
-Podéis adentraros en al agua, no contiene nada que pueda ser perjudicial para la salud de los humanos -dice el robot.
El primero en poner los pies en aquel extraño suelo soy yo. Este es una mezcolanza de algas, barro y lo que podrían ser excrementos de todo lo que nos sobrevuela. Grandes animales alados, parecidos a murciélagos, pero de más de un metro con las alas desplegadas Al introducir por primera vez un pie en el agua, la temperatura de esta me sorprende, la esperaba fría casi gélida, pero todo lo contrario, esta está templada y en algunas zonas incluso hay pequeñas corrientes de agua caliente.
-Esperar chicos –dice Ivanova, a la vez que recoge una pequeña muestra de agua-, si consigo salir de esta, me gustaría poder estudiar

todo esto.
-Te puede tu vena científica –respondo con una sonrisa.
Comenzamos a avanzar en hilera, con la intención de pisar donde lo hizo el viper que nos precede, siempre con Patrick delante. El enigmático RAC avanza lentamente, apunta con su fusil allá donde sus antenas le muestran cierto movimiento o sus sensores perciben trazas de calor. Estos mínimos movimientos a nuestro alrededor son imperceptibles para los vipers, aunque no para mí y probablemente tampoco para Kosuke, que es una excepción entre los humanos. En ocasiones nos ha dejado perplejos, mostrando un sexto sentido. Está claro que es diferente.

Conforme avanzamos, el agua tiene algo más de profundidad. Con esta ahora ligeramente por encima de nuestras rodillas y las algas que se enredan en nuestras piernas, hacen que el desplazamiento sea lento. A cada lado, del agua surgen pequeñas altiplanicies que no parecen ser otra cosa que cúmulos de estalagmitas, con algunas formas puntiagudas que apuntan hacia el techo. En estas se ocultan variedades de crustáceos, que se esconden al pasar nosotros, para volver a asomarse poco después. Algunos de ellos del mismo color de las rocas que los rodean, lo que los hace casi imperceptibles salvo que se muevan, otros en cambio son de vivos colores.
El revoloteo de alas cada vez se escucha más cercano a nosotros, es como si estuvieran dando pasadas para ver qué somos o, quizá, para decidir si somos comida.
Al pasar uno de estos seres alados cerca de mí, me muevo rápidamente convirtiendo mi mano en una garra que lo atrapa por el cuello. Se parece mucho a un sphynx, uno de esos gatos egipcios que no tienen pelo. No deja de chillar y agitar sus brazos, que en algún momento de su evolución se transformaron en dos grandes alas, similares a las de un murciélago. Su dentadura está muy desarrollada, con grandes colmillos y sus ojos son de un intenso amarillo que brillan con esta tenue luz. Su cola termina en un terrible aguijón que intenta clavarme una y otra vez en pecho y brazos, manchándolos de un líquido anaranjado, que probablemente sea algún tipo de veneno o paralizante. A pesar de su fuerza y tenacidad, mi cuerpo se ha acorazado al instante de capturarlo y de nada sirven sus chillidos o intentos de escapar. Sin dejar de mirarlo fijamente, mi mano aprieta su cuello y suena un chasquido.
Los vipers me miran algo asombrados, ya que parezco disfrutar al matar este animal, sesgándole la vida.
-¿Quieres inspeccionarlo doctora? –digo, mientras giro mi cabeza hacia ella con mis ojos de un intenso color amarillo, aunque ahora las pupilas menos ovaladas, quizá adaptadas a la falta de luz.
-Sí, claro –responde Ivanova algo indecisa, mostrando cierto miedo

hacia mí.
-No tengas miedo, lo tengo controlado –respondo, no dejando claro si me refiero a la bestia que acabo de matar o a la bestia que llevo en mi interior.

Kosuke ve como mis colmillos han crecido e interviene antes de que Ivanova se acerque a mí.
-No tenemos tiempo para esto, continuemos –dice, interponiéndose entre ambos.
Al decir esto Kosuke, dejo caer con desdén al desafortunado diablo.

Continuamos nuestra andadura hasta la pared rocosa; al pasar los vipers junto a él, quedan asombrados por su morfología. Aquel pequeño demonio parece una bestia creada con mal gusto, o más bien, un ser hecho de partes de otros animales, como ya hemos visto a otros por aquí. Cabeza y cuerpo de gato, aunque sin vello alguno, garras de rapaz, alas de murciélago, desproporcionados colmillos de depredador, algo parecido a una cola de escorpión y una temible mirada que, incluso después de muerto, hace que cuando Burna para a su lado, un escalofrío recorra toda su espalda y se erice su vello.
-¿En esta isla no hay nada normal? –dice la israelita.
Nadie contesta, todos están concentrados en el sector asignado. Cualquier movimiento del agua, reflejo o ruido los pone en alerta.

Este estado de tensión permanente es agotador, por lo que cuando llevamos cerca de un kilómetro andado, decidimos parar en una de las altiplanicies, que no tiene más allá de diez metros de largo por unos cinco de ancho, pero que, al menos, nos da un reposo del agua y nos permite pisar en seco.
-Voy a continuar unos metros, debo comprobar algo –dice Patrick.
-Por mí como si te pierdes por ahí –replica Burna en voz baja.
-Sabes que te puedo escuchar, ¿verdad? –responde el robot en su habitual y exasperante calmada voz.
-Por eso lo he dicho –responde despectivamente, dando muestras de cansancio, al reposar su mochila en el extraño y rugoso suelo.
Skud observa unos pequeños cangrejillos con cierta atención. Cuando se acerca, estos se esconden tras una de las estalagmitas. Aunque de vivos colores, no parecen más que simples crustáceos.
De su mochila saca algo de embutido y con la punta de su machete lo deja caer en un lateral de aquel cono de piedra, donde viven estos curiosos y diminutos seres. Ivanova que se da cuenta, deja su mochila en el suelo y también se acerca a verlos desde más cerca. No pasa mucho tiempo, hasta que uno de estos pequeños cangrejos decide salir de su escondite, palpando con unas pequeñas pinzas, mientras las más grandes las mantiene abiertas de par en par a modo amenazante.
Curiosa imagen, pienso, al observar al enorme Skud agachado mirando a estos bichitos.

Al llegar al embutido, este intenta arrastrarlo hasta un lugar seguro, pero se ha pegado con la humedad de la roca y para este pequeño animalito es imposible moverlo, así que decide devorarlo allí mismo con ansia, olvidándose de la atenta mirada de los humanos. Poco después, llega otro y otro. En poco tiempo son demasiados para acercarse al trozo de comida, suministrado por aquel gigante al que ahora ignoran. De repente, uno de esos gatos alados agarra un par de cangrejos con sus garras, desapareciendo en la oscuridad. Instintivamente Skud e Ivanova retroceden, conectando sus dispositivos de visión nocturna y apuntando con sus fusiles, pero aquí la luminosidad es demasiado alta paras las GVN, por lo tienen que volver a apagarlas.
-¡Bajar las armas! –exclama el líder japonés, con su tanto desenfundado, el largo cuchillo japonés que siempre le acompaña-. No debemos abrir fuego, si no es estrictamente necesario. Eso nos delataría y en esta maldita cueva no tenemos donde ocultarnos.
Sin responder, todos sacan sus cuchillos, todos menos yo. No necesito ninguna daga para acabar con esas alimañas.
Mis ojos, adaptados a esta tenue luz, pueden ver como ahora son muchos los seres alados los que revolotean sobre la altiplanicie, aunque parecen estar centrados en los crustáceos y no en nosotros. En pocos segundos, solo queda uno que corre a esconderse. No mucho más tarde, los pequeños diablos pierden el interés.
La doctora rusa se tumba mirando hacia el lejano techo de la cueva.
-No puede ser. ¿Eso son las estrellas?
-No, esa luz la emiten con la punta de la cola los gatos voladores –respondo-. Debe ser algún ritual de apareamiento o cortejo. Imagino que serán los machos intentando atraer una hembra o viceversa.
-¿Puedes ver a esa distancia y con tan poca luz?
-Si no fuera una maldición, la verdad es que es una pasada. No te puedes hacer una idea del mundo que nos rodea, visto desde mis ojos y mis sentidos.
Nos quedamos allí tumbados sin hablar durante unos minutos, hasta que el robot regresa.
-Tengo malas noticias.
-¿Qué pasa? –pregunta Kosuke.
-A unos cuarenta metros más adelante, tendremos que cruzar un pequeño lago de aproximadamente trescientos metros de ancho.
-No podrás acompañarnos –digo, manteniendo mi vista fija en las hipnóticas luces del techo.
-Así es. No puedo nadar e iría por el fondo, esto me ralentizaría demasiado.
-¿Qué propones, rodearlo? –pregunta Kosuke.
-Desconozco cuánto tiene de largo, pero es bastante largo, podría

cruzar gran parte de la cueva. Ya habéis visto lo agotador que ha sido recorrer un solo kilómetro.

-Ahora estamos hablando de tres, quizá cuatro kilómetros –respondo.

-Así es. La mejor opción es que vosotros crucéis el lago y yo buscaré la manera de cruzarlo o rodearlo. Si voy solo seré mucho más rápido.

-Pero no sabemos lo que pueda haber bajo el agua –dice Duncan, que muestra cierta preocupación en el tono de sus palabras.

-No. La decisión debe ser vuestra. Únicamente manejo números y probabilidades, vosotros vidas.

-Creo que la mejor opción es cruzar –dice el líder japonés.

-Crucemos pues –responde Skud.

Todos nos ponemos en pie, rodeando a Kosuke, esperando que nos de instrucciones.

-Revisar el sistema Salamander de vuestro compañero, así como el de flotabilidad.

Nos giramos y cada uno de nosotros comprueba el equipo del compañero. Al tocar la espalda de Svetlana veo que está temblando.

-Estas temblando –digo en voz baja.

-¿Qué hacemos aquí Eric?

-Quizá salvando al mundo, a nuestro mundo –respondo, a la vez que termino de comprobar sus sistemas de respiración-. No te preocupes, yo os protegeré.

Ivanova me mira sorprendida, sin embargo, mis palabras parecen reconfortarle. No mucho más tarde, iniciamos nuevamente la marcha con el RAC a la cabeza. Ahora el agua llega por nuestras caderas, aunque los trajes mantienen relativamente estable la temperatura corporal, poco a poco, el agua se nota más caliente.

-Hemos llegado al borde, a partir de ahora deberéis continuar solos. Buscaré la manera de llegar a la otra orilla –dice el robot.

-Ok Patrick, puedes irte –responde Kosuke.

Nada más decirlo, el robot inicia su marcha. Incluso para él, su velocidad se ve ralentizada.

Mientras se aleja, podemos ver cómo utiliza sus cuchillos para desprenderse de las constantes algas que se enredan en sus piernas, como un elaborado y maléfico plan que intenta alejarlo de nuestro lado.

-Si tenemos problemas, echaré de menos su doce setenta –dice Skud, cuando se acopla su fusil en la espalda.

CAPÍTULO 36

LAS CAVERNAS DEL INFIERNO

-Eric, ¿no te has conectado al Salamander? –pregunta Kosuke.

-Creo que no me va a hacer falta –respondo, mostrándole mi mano. De forma espontánea, entre los dedos de mis manos se han generado unas membranas, similares a las que tendría un anfibio. A la altura de las clavículas, también se han formado unas aperturas que se abren y cierran cada vez que inhalo aire. Además, cada vez que parpadeo, una membrana transparente cubre mi ojo.

-¡Dios mío, Eric! ¿Cómo haces eso? –pregunta Ivanova, claramente sorprendida.

-No lo sé, ha sido al llegar aquí. Supongo que esto me hará respirar bajo el agua –digo, mientras también miro con cierta incredulidad mi mano por un lado y otro.

-Me pido ir a tu lado –dice Burna.

Nos alineamos en lo que parece ser el borde de un acantilado.

Aunque el agua llega hasta nuestras caderas, esta es bastante transparente y se encuentra en calma, lo que permite ver como desde aquí la profundidad aumenta bruscamente, sin llegar a apreciarse el oscuro fondo.

El primero en saltar soy yo. Casi al instante, oigo cómo el resto de vipers se zambullen con cautela en aquellas misteriosas aguas. Sus sistemas de flotabilidad les permiten nadar sin realizar gran esfuerzo. Con sus fusiles a la espalda nadan con movimientos lentos, con la intención de no llamar la atención de lo que quiera que se pueda esconder en las profundidades de este lago subterráneo.

Para mí es diferente. Mi cuerpo se ha adaptado casi de inmediato al nuevo medio. Como supuse, estos orificios que se han abierto por encima de mi pecho me permiten respirar bajo el agua. Mi piel se mantiene impermeable; puedo ver cómo las gotas de agua discurren por mis manos cuando momentáneamente salen fuera del agua. Me sumerjo para indagar, mientras ellos siguen avanzando. Me muevo con extrema facilidad bajo el agua, mis sentidos se adaptan con gran rapidez a este medio. Puedo percibir las vibraciones que emiten los peces que merodean a mi alrededor, las ondas que provocan los vipers e incluso el revoloteo de los extraños gatos voladores, que intentan atrapar desafortunados pececillos que se acercan a la superficie. Conforme buceo, vuelvo a mirar mis brazos bajo el agua y me doy cuenta de que van apareciendo nuevos orificios en los antebrazos. Estos son diminutos y no se mueven como los que tengo sobre las clavículas, por lo que creo que son algún tipo de sensores, como los que poseen algunos peces para detectar a sus presas. Poco a poco,

puedo ver y sentir lo que hay a mi alrededor con más nitidez.
Al fondo, muy al fondo, sé que hay seres de un tamaño considerable que, aunque no los puedo ver, sé que están ahí. Guardan distancia, pero nos observan, algunos nos siguen desde la lejanía, ocultando sus siluetas entre las numerosas rocas que hay al fondo, así como en las frondosas praderas de largas algas que se mueven al son de las corrientes subterráneas. Cuando se sienten observados se quedan completamente estáticos, lo que hace más difícil su localización, otros huyen retrocediendo unos metros, para posteriormente seguir avanzando a hacia nosotros.
En la superficie el resto de vipers avanzan lentamente hacia la otra orilla, que ya solo se encuentra a algo menos de cien metros. Burna es la última y, al ser sus extremidades algo más cortas que las del resto, se va quedando ligeramente atrás. Esto no lo percibieron los vipers y ella tampoco ha querido avisarlos, por no emitir ningún ruido, mientras se encuentren en esta situación tan vulnerable para ellos.
Una oscura sombra se acerca con rapidez desde las profundidades. De repente, algo la agarra del brazo.
-¡La madre que te parió! –exclama la israelita sobresaltada.
-Tranquila, soy yo –digo en voz baja-, no debes quedarte atrás, serías presa fácil.
Sujetándola del brazo, la arrastro hasta el grupo, moviendo mi cuerpo como un pez, con una columna vertebral mucho más flexible que la de un humano, como si estuviera adaptada para ello. En unos segundos los alcanzamos y la dejo junto a Skud.
-¿Por qué no haces eso con cada uno de nosotros y nos dejas en la orilla? –pregunta Ivanova que, no sin esfuerzo, se ha colocado junto a mí.
-Si lo hiciera, os separaría. Hasta ahora no saben lo que sois y parece que agrupados os tienen cierto respeto, pero en cuanto Burna se ha separado del grupo, ya había algunos que se estaban centrando en ella, dispuestos a atacarla.
-¿Algunos qué? –pregunta Burna.
-No lo sé, pero será mejor que salgamos pronto del agua –digo, a la vez que me sumerjo para darles protección.
Poco después, se ven algunas estalagmitas que sobresalen del agua, lo que les hace saber que el final del lago está muy cerca. El primero en hacer pie es Kosuke, que no tarda en coger su fusil y apuntar hacia la pared rocosa que ya está ahí y la pueden ver a simple vista. Poco a poco, todos llegan a ese escalón que les hace salir del lago, dejando las profundidades atrás. Yo también salgo del agua; poco después, desaparecen los orificios y membranas.
-¿Dónde está el robot? –pregunto.
Miramos en ambos sentidos, pero ninguno lo ve.

-No lo sé, pero aquí no podemos permanecer, no tenemos ninguna cubierta –responde el japonés-. Continuemos.
Sus caras muestran cansancio, sin embargo, Kosuke tiene razón. Aquí estamos vendidos ante cualquier ataque, no tenemos donde escondernos y, aunque ahora el agua nos llega poco más allá de los tobillos, esta nos sigue ralentizando.
Iniciamos la marcha y no hay señal alguna de Patrick, *¿qué demonios le habrá pasado?*
Cada vez más cerca de la imponente pared rocosa, a diferentes alturas, se pueden apreciar lo que parecen cuevas.
-¿Cómo vamos a subir? –pregunta Ivanova.
-Vosotros no los apreciáis todavía, pero hay pequeños senderos que suben -respondo.
-¿A dónde?, ¿a dónde suben?
-A las cuevas.
-Y ¿quién demonios ha hecho esos senderos? –pregunta ahora Duncan.
Su pregunta no tiene respuesta. Seguimos nuestro camino, hasta finalmente llegar a la pared.
-Esperar, creo que ese es Patrick –dice Duncan, que avanza el último de nosotros.
Al mirar hacia nuestra derecha, una figura metálica avanza a gran velocidad, dando grandes saltos por los bordes donde hay menos agua.
-Hola chicos, ¿espero que no me hayáis echado de menos? –dice el RAC, al alcanzarnos.
-¿Dónde has estado? –pregunto con el semblante serio.
-He tenido que rodear este lago y aunque de ancho solo tenga unos cientos de metros, de largo tiene un par de kilómetros.
-¿Qué pasa?-pregunta Kosuke en voz baja, al acercase a mí.
-No lo sé, pero hay algo que no me cuadra con el robot.
Mientras hablamos, una de sus pequeñas antenas se direcciona hacia nosotros, lo que no se nos escapa ni a Kosuke ni a mí.
-Deberíamos subir ya, si algo nos atacara desde allí arriba, estaríamos en desventaja –dice el robot, que mira hacia las cuevas.
-Esperar, ¿trajiste las claymore? –pregunto a Skud.
-No, los científicos finalmente me dieron estas otras que funcionan por radiofrecuencia. Son mucho más pequeñas y verás que pesan muy poco, pero deberían tener el mismo alcance y poder de devastación que una claymore -dice el gigante británico, que saca de su mochila unas cuantas para mí.
Al mostrármelas, me sorprende su pequeño tamaño, estas son circulares y aplanadas, y su diámetro no debe medir más allá de once o doce centímetros. Al pulsarlas por arriba, se despliega una pequeña piqueta para poderlas clavar en una superficie blanda.
-¿El detonador?

-Es este –responde, a la vez que me muestra un pequeño dispositivo.
-Ok –guárdalo tú.
-¿Cuántas necesitas?
-Dame –respondo, pausando algo mi respuesta, mientras dirijo mi mirada hacia la enorme pared-, dame seis.
Nada más dármelas, las introduzco en uno de los bolsillos del uniforme y me dirijo hacia el muro.
-Esperarme aquí.
Con la misma agilidad que podría hacerlo el robot, trepo por la escarpada pared, hasta llegar a la primera cueva. Durante el ascenso a la oscura gruta, noto cómo mi musculatura crece, aunque sin llegar a ser una transformación completa. Cierro mis ojos y dejo que mis sentidos de súper depredador actúen. No parece haber ningún habitante en ella, pero es muy profunda y mis sentidos solo alcanzan unas decenas de metros. Del bolsillo de mi uniforme extraigo una de esas minas y la clavo entre dos rocas, justo a la salida de la cueva. Esto lo repito 4 veces más, activando cada una de ellas. Al llegar a lo que parece una entrada artificial, similar a la que utilizamos para bajar aquí desde la pirámide, me paro a observar y veo como he trazado una ruta por la que ellos podrán subir por el pequeño sendero. Con un gesto, les indico que inicien su avance. Este es mucho más lento de lo que lo fue el mío. El diminuto sendero no es plano, sino que tiene algo de inclinación hacia el vacío y en algunas ocasiones se desmorona al paso de los vipers, lo que les obliga a ir permanentemente agarrados a las paredes y los hace muy vulnerables ante cualquier ataque. El robot también sube, pero este lo hace como lo hice yo, sin utilizar el sendero, aunque a un ritmo más despacio, acompañando en paralelo a los guerreros.

Desde mi privilegiada altura, observo su progreso a la vez que no dejo de mirar las cuevas una y otra vez. Ya han sobrepasado la primera y se dirigen hacia la segunda y luego a la tercera. De repente, algo llama mi atención. Kosuke ha sentido algo y para al grupo, también lo he percibido, pero no llego a ver qué es. Hasta que desde una de las grutas que hay más abajo, observo fugazmente unos tentáculos que se esconden. Al mirar al resto de cuevas, en casi todas hay movimiento, aunque no he podido verlos claramente.

Entonces decido comunicarme mentalmente con Kosuke.

Preparar los detonadores.

Ya están, responde Kosuke. Lo que puedo percibir tan claramente como si me estuviera hablando al oído.

¡Accionadlos!

¡Maldita sea Eric, no responden!

Al decir esto, veo como las antenas del robot vibran dirigiéndose a una de las cuevas.

¡Está interfiriendo en la radio frecuencia!
Desde mi pequeña meseta, salto pared abajo con toda la furia y rabia que mis dos seres me aportan. Al llegar al robot, que no le ha dado tiempo a reaccionar, salto sobre él cayendo ambos pared abajo desde una considerable altura.
A su vez, los terribles monstruos comienzan a salir de sus guaridas. Utilizando sus pegajosos tentáculos para bajar por la pared, se dirigen hacia los vipers en una trampa perfectamente elaborada. Skud intenta activar repetidamente los explosivos, sin ningún resultado.
-¡Activar vuestros cañones de impulsos! –grita Kosuke-. ¡Tener cuidado con las rocas que se puedan desprender!
-¿No decía el puto robot que no nos encontraríamos dos machos juntos? –dice Burna, a la vez que apunta con su fusil.
-Deben estar controlados –responde Ivanova, que a su vez falla por poco su primer disparo, mientras uno de esos seres baja hacia ellos.
Al impactar el impulso en la rocosa pared, este desprende gran polvareda que parece molestar a estos seres, aunque no los frena en absoluto, en cambio, los vipers se tienen que pegar a la pared para dejar pasar algunas rocas que caen sobre ellos.
Más abajo, al pie del muro, nos encontramos el robot y yo en una encarnizada lucha, en la que intento arrancarle el corazón si lo tuviera. Mis garras lo atacan una y otra vez. El RAC no puede hacer otra cosa que evitar con golpes de sus metálicos antebrazos mis terribles embestidas.
-¡Eric para, no soy yo, no soy yo! –exclama Patrick, al que ya le he arrancado algunos trozos de la armadura que protege su parte más delicada, su cerebro, su CPU-. Hay algo que los domina y está interfiriendo no solo en las radiofrecuencias de los explosivos, sino también en esos seres.
Aunque mi terrible ira me hace tardar en reaccionar, me doy cuenta de que en ningún momento me ha atacado, solo ha utilizado sus brazos como defensa, para evitar que acabe con él.
Lentamente lo voy liberando y me incorporo.
-Entonces, ¿qué hacías con tus antenas desplegadas, si no era para interferir en el detonador?
-Estaba buscando qué lo hacía. Está allí –responde, a la vez que me señala con su mano una cueva por encima del resto.
-Ahora puedo sentirlo –digo con la voz de una bestia y no la de un humano, haciendo una pausa para observar al pertrechado robot que se levanta del suelo.
-No hace falta que me pidas disculpas, ya sabes, soy un robot.
-No lo iba a hacer, ya sabes, soy una bestia –respondo, con un ligero ápice de humanidad-. Ayuda a los vipers, yo voy a por lo que quiera que se oculte en la cueva.

-Creo que no es un snarcud cualquiera, creo que es uno de ellos. Recuerda que tu poder no está en tu fuerza, sino en tu mente. Los humanos tenéis una energía, una luz que ellos no tienen. Utilízala.

CAPÍTULO 37

LOS DEMONIOS EXISTEN

Sin demora, inicio un rápido ascenso por el escarpado muro. Al verme, dos de aquellos extraños seres me persiguen.
-¡Cuidado! -grita Burna, que ve que, a pesar de sus esfuerzos, cada vez tienen más cerca a estos terribles asesinos sedientos de sangre.
Kosuke abre fuego sobre uno de los escurridizos seres y consigue hacerle impacto en la cabeza. Al golpear el invisible impulso sobre el alien, este cae desplomado al vacío, golpeando en su caída a otro maldito alienígena, que no parece prestar atención ni tener sentimiento alguno por su congénere, mientras continúa su ascenso.
Todos disparan repetidas veces, sin embargo, en aquella gran cueva la cadencia de tiro de los cañones de impulsos es bastante baja, debido a que la luz es muy débil. Después de hacer los tres primeros disparos que les permite la batería interna del fusil, los cañones tardan demasiado en recargarse, lo que les obliga a utilizar la munición convencional, hasta que se vuelve a recargar el cañón, pero esta parece no ser excesivamente eficaz. Deben hacer muchos impactos, demasiados, para acabar con cada uno de estos monstruos. A veces consiguen derribar alguno, otras no, pero cada vez son más y cada vez están más cerca.

Skud, al ver que uno de ellos llega hasta él, desenfunda un gran machete, agarra la empuñadura con fuerza y aprieta los nudillos. Justo antes de llegar, el alien recibe dos impactos que lo atraviesan; lo que lo hace caer al vacío. El gigante británico sorprendido mira hacia abajo. Ha sido Patrick que escala la pared con rapidez, con su fusil de doce setenta en mano. De repente, un tentáculo, como si de un afilado cuchillo se tratara, atraviesa su hombro derecho. Skud grita por el desgarrador dolor, pero no suelta el enorme machete que, cambia de mano y blande con certeza, para cortar de un solo tajo el tentáculo antes de que este se abra. Al girarse sobre sí mismo, Skud ve como el monstruo mira con sus negros ojos el miembro amputado, sin embargo, no pierde la oportunidad y de otro certero machetazo, decapita al ser. Durante un instante, este se queda pegado a las rocas por uno de sus tentáculos, para luego caer al vacío y acompañar a los cadáveres que se empiezan a acumular al pie de la escarpada pared. Burna que está a su lado le sonríe, pero algo extraño sucede. La cara del británico palidece por momentos y resbalándose de entre sus dedos, este deja caer el machete al abismo.

-¿Qué te pasa? –pregunta la israelita, que, al ver la herida abierta del británico, observa cómo está empapada de la gelatina que desprendió el tentáculo del alien cuando se lo amputó-. ¡Mierda! Eso

debe ser veneno. ¡Doctora!

Pero antes de que Burna o la doctora puedan hacer nada, Skud cae al vacío.

En mi ascenso, noto como ya son varios los que me persiguen. Me giro sobre mí mismo y de un zarpazo acabo con uno de ellos, destrozándole la cara y haciéndole caer. Un segundo alien me agarra con sus pegajosos tentáculos por la pierna, obligándome a aferrarme a un saliente con una de mis garras, mientras que con la otra intento liberarme del pegajoso monstruo. Súbitamente, se suma uno más, que alza uno de sus brazos para unir los tentáculos en un terrible arpón, con la intención de atravesarme el pecho, pero se detiene justo antes de iniciar el ataque, cambiando la tonalidad de los sensores que creíamos que eran sus ojos, del negro al azul. Ambos seres, incluso un tercero que acababa de alcanzarme, quedan estáticos. Los tres giran sus cabezas hacia la caverna donde me dirigía, de donde emana ese increíble poder.

Entonces se deja ver; un ser que no habíamos visto antes. No se parece a nada con lo que soñé, tampoco a lo que nos hemos ido encontrando en esta maldita isla. Realmente parece un maldito demonio, un terrible diablo asoma por una de las tétricas cavernas.

Es alto, sus ojos son de un intenso negro, su piel grisácea y sin vello alguno, y sus orejas puntiagudas. Me recuerda a los vampiros de las películas de los años sesenta. Cuando me mira puedo sentir su fuerza, incluso llegar a verla, como una especie de llama azul que desprende su cuerpo. Sin embargo, supongo que soy el único que puede ver esta energía que emana de este extraordinario, a la par que terrorífico ser.

Este monstruo del averno ha sido capaz de dominar a estas bestias, evitar que pudiéramos activar los explosivos y, probablemente, ha sido quien nos haya atraído hasta aquí. Ahora no tengo dudas, por fin lo hemos encontrado, es un ser superior. ¿Dónde están aquellas imágenes que veía en mis sueños? Quizá esa forma tampoco sea real y solo esté en mi mente, que simplemente sea un recuerdo de mi subconsciente y lo está utilizando para aterrorizarme y tenerme a su merced, ya no sé qué es realidad y qué no.

Sin darme cuenta, a la vez que miles de pensamientos recorren mi cabeza, voy acercándome hasta él. Cuando solo me encuentro a unos metros de la entrada sale por completo, alarga una de sus huesudas manos de largas y escalofriantes uñas, me agarra del cuello, levantándome como si no pesara nada. Sus brazos son delgados y alargados, por lo que no parece que fuese a tener tanta fuerza, aunque esta no viene de su musculatura, sino de su energía interior, lo que los orientales llamarían *qi*.

Al estirar el brazo, he podido observar cómo se ha desplegado una

membrana que va desde su antebrazo hasta la cadera. Probablemente no le sirva para volar, pero sí le permita planear.

Mi transformación no se ha completado del todo, soy mitad bestia, mitad humano. He luchado mentalmente para que esto fuera así, para no perder la cordura. Si mi transformación se hubiera completado, estoy convencido que sería mucho más fácil para él apoderarse de mi mente. Mi incompleta transformación parece llamar su atención, ya que me observa detenidamente durante unos segundos, mientras me mantiene en vilo, con mis pies rozando la gran caída que hay hasta el fondo del abismo.

Poco a poco abre su boca, que comienza a vibrar, a la vez que una especie de delgados tentáculos salen de esta, como si tuvieran vida propia. Sin que pueda hacer nada para evitarlo, mi boca también se abre desencajada y los demoniacos tentáculos empiezan a entrar en ella. Noto como exploran mi boca, para poco después introducirse en mi garganta. Entonces recuerdo las palabras de Patrick; *los humanos tenéis una luz que ellos no tienen, ahí reside vuestro poder, utilízala*.

Mis pensamientos se centran en tiempos pasados, en mi familia, amigos, en Rocío y algo increíble sucede; lentamente voy recuperando el control. Mis ojos ahora se tornan en un intenso azul cielo. Subo una mano, a la vez que giro la cabeza para observarla, mientras la abro y la cierro. Esto parece desconcertar al demonio que me sujeta por el cuello. A su vez, con la otra mano saco de mi bolsillo la mina que me quedaba, que con un rápido giro se la clavo en el cuello. Mi mandíbula se cierra con fuerza, arrancando los tentáculos de la boca de aquel esperpento. Este retrocede inmediatamente, soltándome y gritando, para huir por la rocosa pared, escalando con rapidez. Casi paralelamente, los monstruosos alienígenas vuelven a centrarse en mí, pero ahora he cambiado y conforme se me echan encima cierro los ojos. Cuando los vuelvo a abrir, una tremenda explosión de energía los destroza, cayendo sus cadáveres al vacío para unirse a los que ya hay allí.

Skud, activa los explosivos, digo mentalmente, pero este no responde. Al no notar su energía, miro hacia abajo y allí lo veo, entre varios cadáveres de alienígenas.

¡Kosuke, activa el detonador!

No funcionaran –responde, cerrando sus ojos para centrarse en mi voz.

Ahora sí, ¡hazlo!

El japonés saca de uno de sus bolsillos un detonador, igual que el que portaba Skud. Nada más activarlo, lo pulsa. Al unísono, se escuchan las detonaciones de los explosivos que fui colocando por el sendero, incluso en la cueva por donde desapareció aquel esperpéntico demonio retumba el sonido de una explosión.

-Espero que no le diera tiempo a quitarse el explosivo del cuello.

Mi primera intención es ir tras él, pero al mirar abajo, aunque han caído algunos de esos seres en las explosiones, los vipers siguen estando acorralados, por lo que mi parte humana decide ir en su ayuda. Dejándome caer por la pared, utilizo mis poderosas garras para frenar algo la caída. Con la agilidad de un felino me muevo de lado a lado por el escarpado muro, a la vez que arrebato la bulbosa cabeza de todo monstruo que se cruza por mi camino.
Cuando llego a ellos, ya solo quedan tres de estos seres y los cañones de impulsos se han recargado, por lo que son abatidos con facilidad. Al acercarme a Ivanova, esta me mira sorprendida.
-Tus ojos han cambiado, ahora son azules –dice la doctora.
-Sí, me noto diferente.
-Creo que has sufrido una nueva evolución. ¿Puedes hacer algo por él? –pregunta, dirigiendo su triste mirada hacia el fondo del abismo, hacia Skud.
-No lo sé, voy a intentarlo –respondo, dejándome caer nuevamente al vacío.
-Hasta su voz ha vuelto a cambiar –susurra Kosuke, al aproximarse a la doctora.
Cuando llego hasta Skud, este se encuentra rodeado de los gelatinosos tentáculos de los alienígenas que han sido abatidos. Me agacho junto a él y, con cierto desdén, aparto uno de los tentáculos que rodea el pecho del británico. Mis sentidos lo escanean y puedo apreciar que su corazón se ha parado. Su cuerpo no ha sufrido grandes daños a pesar de la caída, debido a que ha impactado sobre los gelatinosos cuerpos de los alienígenas. A pesar de múltiples cortes y contusiones, su columna, cabeza y extremidades están intactas. Conforme paso mi mano sobre su torso, puedo ver sus órganos internos.
-Estás emitiendo ultrasonidos, puedo detectarlos –dice Patrick, que se ha acercado hasta nosotros.
-No sé cómo lo hago, pero puedo ver el interior de su cuerpo.
- Lo que haces con tu mano es algo parecido a una resonancia y tu mente lo capta –responde el RAC.
-Sus órganos están colapsados por el veneno que le inoculó aquella bestia.
El robot también utiliza un holograma que proyecta sobre Skud.
-Así es, murió por asfixia, mira su faringe, tráquea y pulmones. Todo su riego sanguíneo se encuentra contaminado por el veneno. No hay nada que se pueda hacer por él y seguimos expuestos. Debemos irnos –dice, con su calculadora y fría voz.
-No grabes esto –digo, mirando al robot.
Antes de que el RAC me conteste, mi mano se para en el pecho de Skud. Una luz azulada parece brotar de la palma de mi mano, que ilumina por completo el pecho del soldado. De repente, un líquido

blanquecino brota de su boca y fosas nasales, a la vez que su cuerpo convulsiona como si estuviera sufriendo descargas eléctricas. Las venas de Skud se tornan de un intenso azul y algo parece moverse por ellas, desplazándose desde sus manos hacia su cuello. Su boca regurgita más y más este líquido blanco que parece una droga.
-Incorpóralo –digo al robot.
El resto de vipers nos observan desde arriba expectantes.
Sentado sobre sus caderas, con la espalda y cabeza apoyadas sobre las metálicas manos del robot, no reacciona. De todos los orificios de su cabeza, incluso de sus oídos, no para de brotar aquel nauseabundo líquido, pero este no recobra el pulso.
-Quizá es demasiado tarde –dice el robot.
-Sujétalo bien.
Un instante después, mis manos parecen soltar una descarga en el pecho del británico, que incluso parece afectar ligeramente a los circuitos del robot.
-¿Qué ha sido eso? –pregunta Patrick.
Momentos después, una de las manos de Skud se empieza a mover y este se gira hacia un lado, para vomitar el resto de líquido que queda en su garganta.
-¿Qué demonios ha pasado? –pregunta el soldado británico, con la voz entrecortada y su mirada algo perdida, mientras se limpia las babas con el antebrazo.
-Has vuelto del infierno –respondo con una voz profunda, aunque menos grave que antes.
-Te he podido escuchar Eric. Entre la oscuridad he podido escuchar tu voz –responde Skud.
-¿Te puedes incorporar? –pregunta Patrick.
-Creo que sí –responde el enorme soldado, levantándose de entre los cadáveres.
-Debemos continuar –respondo con algo de frialdad y de un salto me encaramo nuevamente a la escarpada pared, para ascender con gran velocidad hacia la cueva donde desapareció aquel ser demoníaco. Durante mi ascenso paso junto a los vipers. Estos me miran con asombro, a la vez que complacidos.
-¿Cómo te encentras? –pregunta el robot.
-Mejor que nunca. No sé qué me ha hecho Eric, pero me encuentro lleno de energía, más fuerte que nunca.

Al llegar a la cueva, todo está lleno de humo y polvo. Parte del techo y paredes se han desprendido por la explosión. Para un humano que no fuese protegido por un equipo de respiración auxiliar, sería imposible entrar allí. Para mí no es un impedimento y entro sin demora, cruzo esa barrera de humo y polvo, y desaparezco en la oscuridad.

-¡Vamos, debemos seguir! –exclama Kosuke, que ha observado con preocupación, cómo entraba en aquella cueva.
Skud y Patrick también han comenzado su ascenso. Dando grandes saltos, el robot acelera su marcha para unirse a mí. Solo unos segundos después, el RAC está en la entrada de la cueva. Descuelga el fusil de su espalda, encara con este el interior de aquella gruta y da su primer paso hacia la oscuridad.
El resto de vipers aceleran todo lo posible su ascenso. Nos han perdido de vista a ambos, lo que los inquieta aún más. El guerrero japonés intenta contactar conmigo, pero no recibe respuesta. A pesar de que escucho sus pensamientos, rogándome que los espere, que no entre, hago caso omiso a sus plegarias y continúo avanzando.

CAPÍTULO 38

MISKUD

Avanzo lentamente, mientras mis instintos alienígenas perciben la presencia de una forma que se aproxima por mi espalda. Este no es otro que el RAC, pero mis sentidos ya lo habían identificado y mi alerta se mantiene sobre lo que hay delante. El robot, sin emitir sonido alguno, avanza a solo unos pasos detrás de mí por aquella estrecha apertura en la roca.

Cuando llevamos unas decenas de metros, encontramos una encrucijada desde donde se abren varios túneles, todos ellos parcialmente cubiertos por el polvo. Ni mis instintos ni los sistemas de Patrick son capaces de detectar por donde ha escapado ese ser, es evidente que aquel demonio está ocultando su rastro, sin emitir ninguna señal, por lo que nos dividimos al azar por dos de aquellos laberínticos pasadizos.

No mucho más tarde y no sin un gran esfuerzo, llegan jadeando a la entrada de la cueva Kosuke y el resto de vipers.

-Conectar las GVN –dice Kosuke, que evidencia su cansancio al hablar.

Tras preparar sus gafas de visión nocturna y armamento, conforme el polvo comienza a asentarse, uno a uno entra en una absoluta oscuridad, en la que solo con aquel sofisticado equipo podrían hacerlo. El guerrero japonés y la doctora avanzan los primeros, seguidos de Skud, Burna y Duncan. Cuando llegan a la encrucijada, Kosuke busca en el visor de su fusil mi localizador y el de Patrick.

-Se han separado. Continuemos por aquí –dice Kosuke Senju, dirigiendo al equipo por el mismo camino que seguí yo.

Aquellos pasadizos son estrechos y tortuosos. En ocasiones, tienen que avanzar de uno en uno, incluso agachados, ya que la altura del techo no les permite seguir erguidos. Poco a poco, el polvo y humo desaparecen por completo, para quedar solo oscuridad, lo que mejora considerablemente su visión con las gafas de visión nocturna.

-¿Qué es eso? –pregunta Ivanova, señalando con el puntero láser de su fusil un oscuro amasijo de carne y vísceras, esparcidos por suelo y paredes.

-Son los restos de uno de esos seres, Eric debe haber acabado con él –responde Kosuke.

-No solo ha acabado con él, lo ha destrozado –dice la doctora, mientras pasan junto al desvencijado cadáver.

-¿Cómo te encuentras? –pregunta Burna a Skud, mientras caminan.

-Es muy extraño, es como si Eric me hubiera dado algo de su poder. Mira mis heridas, cómo van sanando, me siento más fuerte que nunca, incluso mis sentidos se han vuelto algo más avispados.

-¡Es verdad, la herida de tu hombro está casi cicatrizada!
-Si esto es solo una minucia del poder que discurre por nuestro amigo, no quiero pensar lo que será capaz de hacer cuando desarrolle toda su capacidad –responde Skud en voz baja.
-¿Por qué dices, cuando desarrolle toda su capacidad? ¿Es que crees que aún no ha alcanzado todo su potencial?
-Es evidente que no. ¿Has visto cómo han cambiado sus ojos, su voz o su cuerpo?
-¿Crees que los seres superiores son más poderosos que Eric?
-No lo sé. La verdad es que no sé qué es lo que le está pasando a Eric. Supongo que debería haber muerto en la transformación o haberse convertido en una bestia sin posibilidad de volver a su humanidad. Probablemente es lo que ellos esperaban, pero su experimento de laboratorio salió mal y se volvió contra los que lo crearon; por suerte para nosotros. El caso es que ellos lo seleccionaron por algún motivo. Antes de que pasara todo esto, Eric debía tener algo especial que nosotros fuimos incapaces de ver. Por eso lo eligieron.
-¿Crees que habrá más como él?
-No sé lo que están buscando, pero ya viste los grabados en aquella sala y las historias que contó Kosuke sobre el Triángulo del Dragón. No me extrañaría que hubiese más lugares similares a este, por eso hunden los barcos y derriban los aviones que se aproximan allí. Probablemente hacen presas y experimentan con ellos.
Burna sigue su camino tras el soldado británico, aunque esta vez no responde, se limita a meditar sobre las palabras de Skud.

Tras andar por aquellos estrechos pasadizos que parecían interminables, llegan a otra encrucijada donde coinciden varios de estos túneles. Aquí el espacio se agranda y los cinco vipers acceden a ella.
-¡Mirar! –exclama Kosuke en voz baja, cuando apunta con el láser de su fusil, a lo que parece un pórtico que no fue creado por la naturaleza.

Este está flanqueado por dos columnas, dos figuras de apariencia humana, aunque el paso de los siglos las ha desgastado lo suficiente como para no saber bien qué representan.

-Parecen guerreros mayas –explica la doctora.

Kosuke alza la mano repentinamente. Nadie ha escuchado nada, pero sus instintos casi sobrehumanos le han hecho detectar una presencia que se acerca a ellos tras aquel pórtico. Se separan entre ellos y apuntan con sus armas hacia la entrada. Una mano metálica agarra el borde de una de las columnas, para dar paso a una silueta conocida, la figura del RAC.
-¡Vamos chicos, os estamos esperando! –dice Patrick con cierta ironía

y ese irritable tono de voz pausado.
Tras mirarse sorprendidos, los vipers avanzan casi al unísono hacia el RAC. Al sobrepasar el pórtico una enorme cueva, que parece no tener fin, se ve parcialmente iluminada por las raíces rosáceas que discurren por los muros y el altísimo techo abovedado, pero no es esto lo que centra sus miradas. Todos y cada uno de ellos se quedan perplejos ante la presencia de lo que parece una descomunal nave extraterrestre. Aunque es difícil dar unas dimensiones en un espacio como este y con una luminosidad tan pobre; esta podría medir más de doscientos metros de largo, por unos veinte o treinta de ancho. Por darle alguna semejanza con naves de la Tierra, esta se parece más a un submarino que a cualquier aeronave que conozcamos. De color grisáceo, casi negro, , en ambos laterales repartidos por su estructura, porta lo que podrían ser pequeños alerones.
-Ocultaos, nos están buscando -dice el RAC, a la vez que señala a la parte trasera de la aeronave.
Al mirar a través de su visor, Kosuke puede ver como desde la parte trasera de aquella monstruosa aeronave, comienzan a salir cíborgs que parecen engendrados en el mismo infierno.
-¡Maldita sea! –exclama sorprendido el guerrero japonés.
-Se mueven con rapidez, como Patrick –dice Skud.
-Tienen la misma estructura esquelética, pero ellos no poseen mi tecnología, esperemos que sea una ventaja para nosotros –responde el robot.
-¿Dónde está Eric? –pregunta Ivanova, que se oculta con el resto tras una pequeña formación rocosa.
-Lo tenéis ahí mismo –responde Patrick, señalando con un pequeño puntero laser lo que parece otra estructura rocosa.
-¿Ahora se puede camuflar?
-No solo puede camuflarse, también puede bajar su firma de calor para ser prácticamente indetectable, al igual que hacen los alienígenas.
De repente, lo que parecía una roca se mueve hacia ellos lentamente.
-¿Estáis todos bien? –dice un ser que en nada se parece al Eric original que Ivanova o Kosuke conocían-. Tenemos dos opciones, volver por donde hemos venido e intentar escapar de aquí, pero entonces no habríamos logrado la misión por la que hemos arriesgado tanto.
-¿La otra? -pregunta Ivanova, algo inquieta.
-Cumplir la misión y salir por una apertura que hay al otro lado.
-¿Cómo? ¿Pretendes capturar a uno de esos seres? –pregunta Kosuke, algo desconcertado.
-No podremos hacer eso, pero sí hacerles daño. Cuando me enfrenté a ese demonio, intentó poseer mi mente, pero para hacer esto también tuvo que abrir la suya, por lo que pude acceder a parte de sus

recuerdos. Ahora, como si hubieran insertado un plano en mi cabeza, conozco todos los recovecos de este lugar.
-¿Te metiste en su mente? –pregunta Ivanova sorprendida-. ¿Sabes por qué están aquí?
-Fue muy poco tiempo y recuerda que no puedo acceder a toda la información de golpe. Además, su mente es mucho más compleja que la de un ser humano. Su cerebro archiva sin generar sentimientos de rechazo o amor hacia un recuerdo. Está divido en numerosas celdas, que a su vez son como infinitos archivadores tremendamente precisos. Creo que son capaces de recordar desde su creación hasta su muerte.
-Pero ¿sabes qué finalidad tienen viniendo a la tierra? –pregunta insistentemente la doctora.
-Lo que ya sabíamos, buscan suministros. Se alimentarán de todo ser vivo que les pueda aportar energía, así como de los recursos del planeta. Planean invadirnos.
-¿Invadirnos? ¿Por qué no lo han hecho ya? Es evidente que son muy superiores a nosotros en inteligencia y tecnología.
-Precisamente, debido a su alta inteligencia son precavidos. Llevan años estudiándonos, así como los recursos de la Tierra. Han mandado varias expediciones a distintos planetas, aquel que les aporte mayores beneficios con el mínimo riesgo será el elegido para su invasión. Extinguen a la especie o recursos de los que se alimentan, como lo haría una plaga de langostas en un campo de cereales. Así lo llevan haciendo milenios y parece que les funciona, pero no lo harán si consideran que el planeta puede ser un riesgo para su especie.
-¡No me jodas! –exclama Burna, algo exaltada-. ¿Cómo va la Tierra en el ranking de planetas jodidos?
-Por ahora gana el nuestro, por lo que debemos hacerles cambiar de opinión, no deben vernos como un objetivo fácil.
-¿Qué propones? –pregunta Kosuke.
-Me preguntaste si pretendía capturar a uno de ellos. Eso va a ser difícil, creo que debemos destruir la nave. Hay dos más como esta en otras cavernas más al este, pero al menos le haremos daño. Hasta ahora no nos ven como una amenaza, para ellos no somos más peligrosos de lo que pueda ser un ratón para un humano. Eso tiene que cambiar, si queréis sobrevivir como especie.
-¿Si queréis?, será si queremos –replica la doctora.
-¿Me has mirado últimamente?
La doctora no responde, bajando lentamente su mirada, incapaz de mirarme a los ojos.
-¿Cómo pretendes destruir la aeronave sin armamento pesado? –pregunta Skud-. Con nuestras armas, creo que no arañaremos ni la superficie.
-Debemos entrar y destruirla desde dentro –responde Kosuke.

-Así es, por desgracia no me dio tiempo a verla por completo, pero sé que tiene algún sistema de defensa, si pudiéramos colocar explosivos dentro, es posible que consiguiéramos destruirla.
-Pero ¿cómo vamos a conseguir entrar? Eso es un enjambre de demonios, no pasaríamos de la puerta. Ni siquiera tú podrías –replica Duncan.
-No lo voy a hacer yo, lo va a hacer él –digo, a la vez que señalo con mi mirada a Patrick.
Ninguno de los vipers dice nada inicialmente, hasta que Kosuke rompe el silencio.
-Tienes razón, es el único que podría atravesar sus filas, recordar cuando metió su brazo en aquel holograma para coger una de las estructuras metálicas. Si lo hubiésemos hecho cualquiera de nosotros habríamos hecho saltar sus alarmas, sin embargo, a él lo reconoció como uno de los suyos. Creo que es el único que tiene posibilidades.
-Vaya, al final puede que hasta sea útil –responde irónicamente el robot-. Además, si yo caigo, no se perderá una vida.
-No se perderá una vida humana, pero sí una vida –responde Skud.
-¿Una vida? –contesta el robot, sin saber qué responder por primera vez.
-¡Cuidado! –digo, a la vez que me agacho, lo que el resto de vipers imita casi al instante.
-¿Qué pasa? –pregunta Ivanova, en voz baja.
-Es él, el ser superior que estaba persiguiendo. Sus sentidos son muy superiores a los de los cíborgs y si no tenemos cuidado, nos podría localizar.
La doctora coge su visor y mira hacia la parte trasera de la nave, donde se abre una inmensa bodega de carga y allí está.
-Parece un jodido vampiro de las películas antiguas –dice Ivanova, mientras lo observa-. Creo que lo conseguiste herir.
-A mí me recordó lo mismo. Aunque esté herido, pronto se recuperará. Su cuerpo es algo parecido a un embrión humano. Sus células se regeneran rápidamente curando sus heridas y llegando a vivir cientos de años si fuera necesario.
-Tú también te regeneras rápidamente, igual que ellos.
-Sí, supongo que, en cierto modo, ahora me parezco más a ellos que a los humanos.

-Pero no se parece en nada a los seres que tú describiste –dice Skud.

-Lo sé, quizá jugaron con mi mente y me hicieron creer eso o interpreté mal mis sueños, no lo sé. El caso es que ahora sí tengo la certeza de que este es un ser superior.

-¿Se matan igual que los otros? –pregunta Kosuke.

-¿Te refieres a matar al parásito?

-Sí.

-Ellos no llevan parásito. ¡Espera! –digo, pausando mi respuesta y tomándome un tiempo para hablar.

-¿Qué sucede?

-¡Maldita sea, ahora ya sé cómo se genera uno de estos seres superiores! –exclamo. Los vipers me miran sorprendidos, ya que mis emociones se reflejan en mis ojos, haciendo que estos cambien de tonalidad hacia un azul más intenso cuando me irrito o emociono.

-¿Quieres decir que sabes cómo se engendran esos demonios? –pregunta Ivanova.

-Así es. Sus mentes son enrevesadas. Cuando se abrió a mí, una parte de su cerebro estaba encriptada. Creo que ahora el mío es algo así también. Todo este tiempo, algo dentro de mí ha estado tratando de descifrar su encriptado y por fin lo he conseguido.

-¿Pretendes decir que desde que te enfrentaste a él, parte de tu cerebro ha trabajado en otra dimensión, para intentar descifrar parte de lo que leíste en su mente?

-Sí, exactamente así. Es como si mi cerebro se hubiera compartimentado. Ahora puede hacer distintas funciones a la vez.

-Eso lo podemos hacer las mujeres desde hace siglos y no somos extraterrestres –responde Burna en tono burlón.

-Eso de que no sois extraterrestres está por ver –responde Duncan.

El comentario produce una sonrisa en algunos vipers, lo que relaja algo la tensión.

-Por favor, centrémonos –dice el guerrero japonés, en tono serio y autoritario.

-Perdona Eric, continúa. Cuando estoy nerviosa suelo hablar sin pensar –dice la israelita, para disculparse.

-Mantener mi cerebro ocupado, me ayuda a mantenerme centrado. Mi mente alienígena busca soluciones a enigmas que le voy proponiendo e impide que mi demonio interior me consuma.

-Disculpa Eric, pero entonces, ¿aquellos parásitos parecidos a los que vimos en la nuca de los snarcuds, no se reproducen ocupando un huésped como nos dijiste?

-Sí, sí lo hacen, y algunos de ellos se quedarán así para siempre. Cambian de huésped cuando ven que este va a morir y se dividen dos o tres veces en su vida, pero esto cambia cuando uno de ellos se convierte en un Miskud, en una reina

Ivanova y Kosuke se miran perplejos.

-¿Has dicho en una reina? –pregunta la doctora.

-Sí, todo depende del huésped. Si este es propicio, el parásito inocula en el portador un virus que modifica su ADN. A partir de ahí, su cuerpo pasará a un estado de letargo y se producirá la transformación, similar a la que sufre un gusano cuando se transforma

en mariposa. Más tarde, el parásito se desprenderá como un cascarón vacío.

-Pero si es así, dependiendo del huésped.

-Sé lo que me vas a preguntar Svetlana, ¿dependiendo del portador variará el miskud final? Sí, creo que varía algo, aunque no en exceso. De todas formas, si te enfrentas a uno, lo reconocerás de inmediato, todos ellos presentan algunas características similares.

-Entonces, ¿son hembras?

-No, realmente no tienen sexo. Les he llamado reinas, porque es lo que vuestras mentes humanas comprenderán mejor. Fonéticamente, lo más parecido al término que ellos utilizan mentalmente es Miskud.

-¿Miskuds? –pregunta Burna.

Lo que hace que Kosuke la mire fijamente.

-Perdón, perdón, estos nervios me traicionan.

-Continúa –dice Kosuke.

-Cuando estos miskuds, estas reinas, encuentran un lugar adecuado se establecen, crearán una colmena que será protegida por cientos de seres que ni siquiera habéis visto todavía. Entonces construirán un nido donde su cuerpo vuelve a caer en letargo y transformarse en un eficiente sistema reproductor. Empezarán a producir huevos que más tarde se convertirán en parásitos.

No todos los parásitos son iguales, unos vienen genéticamente predispuestos para ser soldados, otros exploradores, científicos y unos pocos, miskuds reproductores e inteligencias superiores que dominarán al resto. Al final de este proceso el miskud morirá, pero habrá generado cientos de parásitos.

-¿Quieres decir que una colmena podría ser un lugar parecido a este?

-Así es, creo que es lo que están construyendo, la antesala a una invasión. Como vimos en los dibujos de aquel lugar, probablemente esta no sea la única. Una vez hayan creado un ejército, vendrán más naves y comenzará la invasión.

-¿Cuántos miskuds crees que hay? –pregunta Kosuke.

-En estas cuevas he llegado a detectar tres, pero solo puedo hacerlo cuando emiten cierta energía. Creo que se han dado cuenta y han dejado de emitirla, pero eso no es del todo malo, porque es la energía que utilizaban para localizarnos, por lo que sin usarla tampoco ellos sabrán donde encontrarnos.

-Está bien, definitivamente nuestra misión ha cambiado –responde Kosuke.

-¿Por qué no intentamos contactar con el teléfono satélite con los equipos de la base de la isla y les informamos de lo que está pasando? –dice Duncan.

-No podrás. Están utilizando algún tipo de inhibidores de

frecuencia, si lo intentas lo único que conseguirás es delatar nuestra posición –responde Patrick.

-Chicos, ha desaparecido –dice Duncan, que, en todo momento, se ha mantenido observando por su visor a aquel ser.

-¿Cómo dices? –pregunta Kosuke.

-El vampiro de las pelis antiguas, ha desaparecido –responde, con cierto tono de humor.

-¿Dónde ha ido?

-Creo que ha entrado en la aeronave, pero no estoy seguro.

CAPÍTULO 39

LA COLMENA

-No debemos permanecer más tiempo aquí o nos detectarán –digo, a la vez que el color de mis ojos se oscurece. Patrick, ¿estás preparado?
-Así es. Darme todos los explosivos que os queden.
Al recogerlos, Patrick los pega en su estructura, como hizo con su fusil, es como si pudiera imantar parte de ella a voluntad.
-A partir de ahora y hasta que se produzca el ataque, no me podré comunicar contigo mentalmente o nos descubrirán.
-Lo sé. Arrivederci! -dice el robot, despidiéndose en italiano, con cierto tono humorístico.

Cuando nos separamos para ocupar posiciones, me quedo a solas con Kosuke.
-Antes de que empiece esto, me gustaría hablarte de tu madre.
-Espera -dice el guerrero japonés, que apoya su mano en mi pecho.- Dejémoslo para después.
-Pero Kosuke, quizá no haya un después.
-Si no hay un después, ya no tendrá importancia, ¿no crees? Quiero estar centrado en la batalla.
-Sabias palabras Kosuke Senju, como siempre. Ok, pues vamos a por ellos.

En cuanto el robot inicia su bajada por la ladera hacia la nave, los vipers se reparten a lo largo de la pared, ocupando posiciones defensivas tras las rocas. Mi camuflaje me permite desaparecer casi al instante, al tornarse mi piel del mismo color que el terreno.
Conforme el robot se acerca a la nave, un warcum, que había permanecido invisible hasta ese momento, lo intercepta. Como si aquella enorme mantis no tuviera claro lo que tiene delante, lo examina delicadamente con sus largas pinzas, mientras Patrick permanece inmóvil. Dando pequeños toquecitos con el filo de las afiladas cuchillas, palpa la estructura del robot hasta que llega a su cabeza, donde se topa con las antenas y lentes del RAC. Inmediatamente recoge sus pinzas y las alza, mostrando sus terribles cuchillas. De nuevo, se acerca lentamente al robot, sin embargo, de los antebrazos de Patrick se desprenden dos enormes cuchillos que, en décimas de segundos, seccionan la cabeza del protórax de aquella especie de insecto extraterrestre, sin darle una mínima opción de reaccionar.
Desde la altura, Burna observa la escena a través de la mira telescópica de su fusil.

¡Bien hecho, hojalata!
El robot gira su cabeza ligeramente hacia nuestra posición. Instantes después, continúa su descenso hasta la nave. Conforme Patrick se acerca a la nave alienígena, se va cruzando con algún que otro warcum e incluso cíborgs, pero, aunque alguno lo observa con cierta curiosidad, ninguno lo detiene. Por fin, llega a la entrada de la aeronave, donde desaparece.
Pasan algunos minutos que se hacen interminables, pero ninguno de los vipers rompe su silencio, todos continuamos a la expectativa, hasta que vuelve a salir de la aeronave. A solo unos cientos de metros, el robot se para y desprende el fusil de su espalda.
-¿Qué está haciendo? -pregunta Kosuke, que se encuentra a solo unos metros de mí.
-Va a hacer explosionar las minas, pero una vez que utilice la radiofrecuencia, lo detectarán -respondo.
-Está bien, listos para cubrirle -dice el guerrero japonés por los intercomunicadores, rompiendo su silencio.
En cuanto hace esto, algunos warcums alzan sus cabezas y pinzas. Solo segundos después, una especie de insectos voladores salen del interior de la aeronave en nuestra dirección.
-¡Vamos Patrick, es el momento! -dice Burna en voz baja.
-¡Maldita sea! Le están interfiriendo la radiofrecuencia, por eso no las explosionó. Debo bajar a ayudarle -digo, a la vez que me alzo e inicio mi descenso por la ladera a la velocidad de un felino. Mis ojos se vuelven a tornar en un azul intenso, mientras mis manos se convierten en afiladas garras.
Algunos de los insectos voladores se dirigen hacia el robot, que les dispara destrozando a uno de ellos en cada deflagración de su fusil. Cada vez son más los seres que empiezan a salir de aquella nave, algunos de ellos espeluznantes.
-No van a poder con todos, apoyémosles -dice Kosuke por el intercomunicador.
-Estaba deseando que lo dijeras -responde Burna, que abre fuego con su fusil de francotirador sobre uno de los cíborgs, destrozándole la cabeza.
Patrick, me escuchas. Digo mentalmente al robot. Mientras continúo mi descenso.
Sí, Eric.
Deberás activar las minas manualmente, estoy intentando anularlos, pero son demasiado poderosos.
Lo sé Eric, eso me va a convertir en un mártir. Responde el robot, que se acopla el fusil en la espalda y desprende nuevamente sus cuchillos de los antebrazos, mientras avanza hacia la entrada de la nave.
Así es, amigo.

¿Amigo?
Sí, amigo.
Pero algo inesperado ocurre entonces, la trampilla trasera de la nave alienígena se empieza a cerrar. Tanto Patrick como yo, llegamos casi al unísono a unos metros de esta, destrozando a todo ser que se cruza en nuestro camino. Otros son abatidos por los impactos de los vipers. De un zarpazo, consigo arrebatarle un cíborg que se había aferrado a él, intentando arrancarle un brazo.

Mientras me mira, de un gran salto consigue introducirse, justo antes de que el enorme portón se cierre por completo.
-¡Sal de ahí! -grita Kosuke por el intercomunicador, a la vez que se defienden de los cada vez más numerosos seres que llegan hasta ellos, cercándolos más y más.
Desde la llanura donde se asienta la nave, puedo ver cómo son atacados. Segundos después, también estoy envuelto por un enjambre de terribles insectos de color rojizo, parecidos a las avispas, pero de un tamaño de unos treinta centímetros y con unas temibles mandíbulas. Sus patas tienen unos garfios con los que se aferran a mi endurecida piel. Con sus mandíbulas intentan perforarla. Aunque esta se acorazó, parece que poco a poco comienzan a rasgarla. De repente, mi ira, hace que desde la boca del estómago fluya una energía que, a simple vista, se ve de color azulado y que recorre mi cuerpo como si este ardiera en llamas. Con un desgarrador grito, cierro mis ojos y al volver a abrirlos, una tremenda onda expansiva destroza a todos los seres que se encuentran a mi alrededor, en un radio de unos veinte metros. Pero esto no los frena y los que han sobrevivido, tras unos segundos de incertidumbre, vuelven a arremeter contra mí.
Debo ayudarles, recorre mi mente, cuando alzo mi mirada hacia los asediados vipers.
Sin demora, comienzo nuevamente el ascenso, pero cuando me encuentro a media ladera, una enorme explosión destroza la aeronave extraterrestre. El estruendo producido dentro de la cueva deja un pitido insoportable en los oídos de los vipers, que los paraliza momentáneamente. Aunque no solo se ven afectados los vipers, los horribles insectos que salieron de aquella nave perecen aturdidos.
Conforme los soldados se recuperan, Kosuke se da cuenta de esto.
-¡Están desorientados, ahora es el momento de acabar con ellos!
-Sí, la reina debe haber muerto y ha dejado de ejercer su influencia sobre ellos. ¡Ataquémosles! -responde Skud.
Al unísono, los vipers disparan sobre los seres, que no hacen nada por luchar. Uno a uno cae, mientras, desde aquella ladera, me giro y miro hacia la destrozada nave alienígena.
Lo has hecho bien Patrick.

Una vez que los alienígenas han sido abatidos, los vipers inician su descenso hacia el fondo de la cueva.

Cuando llegamos a la nave, esta está rodeada de cadáveres entre los retorcidos materiales que todavía arden. Los vipers se despliegan y aniquilan a algunos de los que todavía se retuercen heridos por el suelo, no por piedad, sino para asegurarse que más tarde no se volverán contra ellos.

Kosuke y Skud buscan al robot entre el amasijo de escombros, pero es imposible acercarse por el calor que desprende el amasijo de materiales en llamas, además, todavía se producen algunas deflagraciones que les hace retroceder.

-Debemos irnos de aquí de inmediato -digo, nada más que llegar a ellos.

-Ok, ¿por dónde? -responde, el japonés.

-Seguidme.

Casi de inmediato, iniciamos nuestra huida hacia una gran pared, que se encuentra a unos quinientos metros. Sabemos que después de la explosión, las otras reinas no tardarán en mandar refuerzos. Avanzamos en guerrilla, casi a la carrera.

-¿Quién lleva la radio de largo alcance? -pregunta Kosuke.

-Yo -responde Duncan.

-¡Intenta comunicarte con la base, solicita extracción inmediata!

-Pero aquí va a ser difícil que nos copien.

-Lo sé, aun así debemos intentarlo -responde el líder japonés, mientras corren hacia aquel muro, que cada vez se ve más grande e impresionante según se acercan.

A unos cien metros de la pared, empezamos a escuchar un tumulto que procede del oscuro fondo de aquella terrible cueva, de la colmena.

CAPÍTULO 40

¡EXTRACCIÓN!

-¡Joder, aquí vienen! -grita Burna entre jadeos.
El duro entrenamiento que han recibido durante toda su vida, hoy se pondrá a prueba. Sus piernas arden por el esfuerzo, a bocanadas intentan mandar oxígeno a sus pulmones que les de esa energía extra para llegar hasta el muro, para encontrar una salida que les haga escapar de este infierno.
-¡Tirar el equipo que no sea imprescindible, debemos salir de aquí lo antes posible! -exclama Kosuke.
En cambio, para mí es sumamente fácil seguir su ritmo.
-Dame tu fusil de francotirador y la munición, pero no pares -digo a Burna, mientras corro paralelamente a ella.
Sin dejar de correr, me lanza su fusil y un par de cargadores que caen al suelo. Al recoger el fusil de Burna, con el puntero laser les marco una grieta en la base del muro.
-¡Seguir, ahí tenéis la salida!
-¿¡Qué haces!? -dice Kosuke alterado-. Debes seguir con nosotros.
-No la alcanzaréis si no los freno, debo daros tiempo, no os preocupes por mí.
-¡Eric! -exclama Kosuke, sin embargo, no termina la frase y continúa con el resto.

Rodilla en tierra, apunto con el fusil y entre una marabunta de demonios que rugen enfurecidos, veo mi objetivo. Otro de esos horribles seres se aproxima entre ellos. Es una reina y, aunque no es igual a la anterior, reconozco su poder. Esta tiene alas, parecidas a las de un gigantesco murciélago y se mueve de lado a lado cuando vuela, lo que hace más difícil apuntar sobre ella.
Monto el arma e introduzco un cartucho en la recámara. Rodilla en tierra controlo mi respiración y pocos segundos después realizo un disparo. Justo instantes antes del impacto, otro alienígena volador se cruza frente a él recibiendo el impacto lo que le hace caer desplomado. Creo que se sacrificó por su reina o así se lo ha ordenado mentalmente.
Ella también me ha localizado y tiene su vista fija en mí. Avanzan muy rápidamente, mientras veo como mis amigos han llegado a la grieta. Antes de desaparecer por ella, todos me echan una última mirada. Lo intento de nuevo y vuelvo a abrir fuego, sin embargo, otro ser sacrifica su vida por su reina, interponiéndose en mi disparo.
Ya están demasiado cerca para abrir fuego de nuevo. Apoyo el fusil en

el suelo y dejo que mi cuerpo se transforme en la bestia. No sé en qué me estoy convirtiendo, ya que hasta ahora nunca había dejado fluir tanta rabia, siempre me había controlado. Noto como mi cuerpo se transforma, mi fuerza y poder se multiplica exponencialmente, pero paralelamente también pierdo el control sobre mí mismo, ya que la sed de sangre se apodera de mí.

-¿Dónde vamos? -pregunta Ivanova, a la vez que recorren un laberintico pasadizo que termina en unas escaleras, similares a las que nos hicieron bajar a aquellas cuevas.
-No lo sé, pero debemos continuar, no pararos.
Uno a uno, en hilera, suben los interminables y agotadores peldaños, mientras la musculatura de sus piernas parece quemarles, dando los primeros síntomas de flaqueza y fallando al pisar, lo que les hace tropezar unos con otros.
-Base de vipers, ¿me copian? ¡Base, base de vipers, necesitamos extracción inmediata! Si nos copian, tienen nuestras posiciones por las balizas, necesitamos que nos extraigan de inmediato o nadie sobrevivirá -repite Duncan una y otra vez, sin recibir respuesta alguna.
-¡Vamos, no pararos! -grita Skud, que va el último.
Las paredes de aquel estrecho pasaje tiemblan y trozos de la embarrada pared caen al suelo. Parece que toda aquella maldita cueva haya cobrado vida después de la explosión.

Cuando la reina se aproxima sus alas se abren bruscamente, alcanzando unos cuatro metros de diámetro, lo que le hace frenar su velocidad para posarse cerca de mí. El resto de monstruosos seres me rodean a la misma distancia que aquel miskud y aunque sus garras chirrían contra el suelo, controlados por la reina, ninguno me ataca.

Esta es más musculosa y algo más baja que la anterior. Aunque su piel también es grisácea, es algo más oscura. Su cabeza es ligeramente alargada con unas protuberancias parecidas a cuernos en la parte superior, con unos enormes ojos negros que parecen adaptados a la oscuridad. Mientras se mueve lentamente a mi alrededor batiendo sus alas, parece observarme con curiosidad. Sus brazos abiertos muestran unas terribles garras y su boca es claramente la mandíbula de un depredador, pero esto no parece ser lo más peligroso de su anatomía. Sus alas, que parten de su espalda, al igual que las de un murciélago, son como dos enormes manos de larguísimas falanges, unidas por una gran membrana. Sin embargo, lo verdaderamente peligroso son sus falanges, que acaban en unas afiladas agujas de unos diez centímetros cada una y que parece utilizar como armas. Pero todo esto es banal si lo comparamos con su energía interior, que puedo percibir como recorre su cuerpo.

Mi cuerpo se ha transformado como nunca lo había hecho antes, mi energía es asombrosa, puedo notar como recorre hasta la última partícula de mi ser. Mis pensamientos son un amasijo de recuerdos de mi vida pasada, entremezclados con nuevas sensaciones que me alertan del peligro a mi alrededor. Puedo percibir a cada uno de esos seres que me rodean sin necesidad de mirarlos, incluida a la reina. Mi energía es igual o incluso superior a la suya, quizá por eso duda de cómo enfrentarse a mí.

De repente, se para y empieza a emitir rugidos, creo que intenta comunicarse conmigo, sin embargo, ahora el demonio soy yo. Antes de atacar lanzo un rugido que resuena por toda aquella tétrica cueva, justo después salto sobre ella y muerdo su cabeza, clavando mis mandíbulas en su cráneo. Sus alas se ciernen sobre mí, intentando clavar las afiladas agujas en las que terminan sus largas falanges en mi espalda. Pero mi cuerpo se acorazó justo en el momento de atacar y su intento es en vano. Al ver que es ineficaz, abrazándome, produce una tremenda descarga de energía. Esto hubiera causado la muerte inmediata de cualquier ser vivo de la Tierra, pero ya no me incluyo entre ellos. Al contrario, esto parece producirme placer y con mis manos atravieso su pecho, sin aparente dificultad, acabando con la vida de aquella reina.

Casi al momento, aquella energía que desprendía va desapareciendo en mis manos, alimentándome de ella mientras dura. El resto de alienígenas no parecen amedrentarse por la horrible muerte de su reina y, tras un momento de incertidumbre, casi al unísono, se lanzan sobre mí. Uno a uno, voy acabando con ellos con mis poderosas garras, pero son demasiados. Como en una melé de rugby, decenas y decenas se acumulan sobre mi espalda, hasta conseguir inmovilizarme en el suelo. Puedo sentir sus mordiscos y garras por toda mi anatomía, aunque inicialmente mi acorazado cuerpo resiste sus abatidas, finalmente consiguen atravesar mi dura piel. Rujo de dolor cuando siento por primera vez el mordisco en mi espalda de una de estas bestias. Mis ojos se van tornando de un azul cada vez más intenso, volviéndose casi negros, y mi energía va aumentando cada segundo que pasa. Cierro los ojos y puños, y por mi mente pasan mil recuerdos humanos y extraterrestres de vidas pasadas que no reconozco. Al abrirlos se produce una colosal explosión de energía, que no solo destroza a todos aquellos seres, sino que también destruye muros y paredes de la cueva, lo que hace que se desplomen toneladas de piedras sobre nosotros.

-¡Se ve algo de luz! -exclama la doctora, cuando llega al final de las escarpadas y resbaladizas escaleras.

Justo en ese momento, se escucha una tremenda explosión. El

pasadizo comienza a hundirse, cayendo grandes rocas sobre los vipers que intentan protegerse como pueden, a la vez que intentan salir.
-¡Vamos, vamos! -grita Kosuke, que ayuda al resto a escapar de una muerte segura.
Totalmente cubierto por el polvo, el último en salir es Skud.

Fuera está lloviendo, sin embargo, es solo llovizna, el problema es que empieza a oscurecer y en breve será de noche.

-¿Dónde estamos? -pregunta Burna, algo desorientada.

Cuando miran a su alrededor, se encuentran en una gran plaza rodeada de pirámides. Algunas de ellas comienzan a derrumbarse, desquebrajando el suelo de aquella plaza, como si de un gran terremoto se tratara.

-¡Esto se viene abajo! -exclama Duncan.

-¡Por allí! – dice el líder japonés, que apunta en una dirección, tras comprobar su GPS.

-¡Dios mío! -grita Ivanova, cuando el suelo se desploma y la hace caer al vacío. Pero una oportuna mano la agarra del antebrazo en el último momento. Al levantar la vista puede ver la cara cubierta de polvo de Skud.

-¡Vamos! -dice el británico que, dando un fuerte tirón de ella, la salva de caer a la oscuridad de una de las grandes cuevas que recorren el submundo que hay debajo.

-No sabes lo que me alegro de que estuvieras ahí.

-Continuar, no pararos, esto está a punto de derrumbarse -dice Kosuke.

En hilera, todos corren en la dirección que marcó.

-¡No me lo puedo creer! -replica Burna.

De las pirámides que aún quedan en pie, empiezan a brotar alienígenas por cientos, por miles. Como si hubiésemos pisado un avispero.

-Seguir, no nos podemos parar. Comprobar munición y estar preparados para atacar .

-Me quedan dos cargadores -responde Burna.

-Tres -dice Skud.

-Dos –responden Ivanova y Duncan al unísono.

-¡Ahorrar munición, solo objetivos certeros! ¡Duncan, continúa intentando comunicarte o no saldremos de aquí!

-Ok. Base de vipers, ¿me copian? Base, base de vipers -repite una y otra vez, a la vez que intenta seguir el paso del resto.

-Vipers, adelante -responde la emisora casi de inmediato y que todos pueden recibir en sus intercomunicadores.

-¡Gracias a Dios! -exclama la doctora rusa.

-Estamos completamente rodeados, necesitamos extracción inmediata. ¿Tienen nuestra posición?

-Afirma -responde la radio, a la vez que una gran explosión aniquila aun buen número de alienígenas y una aeronave les da una pasada a gran velocidad y baja altitud.

-¡Es el Hechicero! -grita Burna. Pero distraída mirando hacia la aeronave, no percibe que un ciborg se abalanza sobre ella con sus dos cuchillos desplegados, aunque no es ella su objetivo, sino un warcum que intentaba atacarla por la espalda. Al cual parte por la mitad, blandiendo sus afiladas hojas de lado a lado.

-¡Patrick! -exclama Skud sorprendido.

El RAC tiene un brazo destrozado, aun así, lo sigue utilizando a duras penas. Algunas de sus antenas están rotas y su sistema hidráulico tiene diversas fugas, lo que visualmente parece que esté sangrado, dándole un aspecto más humano.

-Hojalata, no sabes lo que me alegro de verte -dice Burna.

-¿Dónde está Eric, lo has visto? -pregunta Kosuke.

-No, creía que estaba con vosotros.

-Hechicero, no vamos a poder salir. Tendréis que recogernos aquí mismo -dice Kosuke por su intercomunicador.

-Copiado, viramos por la derecha e intentaremos daros apoyo desde el aire -dice una voz conocida por todos.

-¡Formemos un círculo y aprovechar vuestros cañones de impulsos! -grita Kosuke-. ¡Abrid fuego!

Casi de inmediato empiezan a disparar contra los seres que les atacan por todas direcciones. La aeronave que comienza a descender con sus puertas laterales abiertas, disparando con sus cañones frontales y ejecutando a toda bestia que se pone a su alcance. Con sus ametralladoras laterales, los artilleros hacen barridos para despejar la zona de embarque. Una nueva pirámide se hunde creando más grietas por las que caen decenas de estos seres y provocando una gran nube de polvo. Este momento de incertidumbre es aprovechado por los vipers para acercarse a la aeronave, que ha tomado tierra y dos componentes del equipo rojo han bajado para darles cobertura.

-¡Vamos, vamos! -grita Kosuke, a la vez que corren hacia la aeronave.

El último en subir es el líder japonés, al mirar atrás, ve al robot que no los acompaña, quedándose parado junto a una de las enormes grietas.

-¿Qué haces? -dice Kosuke en voz baja, ya que con todo el estruendo a su alrededor no lo oirá, pero podrá leer sus labios.

El RAC lo mira unos segundos, para luego saltar hacia las profundidades de una de las grietas. Al entrar Kosuke en la aeronave, Ivanova lo mira con lágrimas en los ojos.

-¿Dónde está Patrick?

-Creo que se ha quedado para buscar a Eric.

-¿Crees que podría estar vivo?

-Si lo está, él lo encontrará.

De repente, una de aquellas avispas gigantes de color rojizo, ataca a uno de los soldados que se han quedado fuera apoyando la entrada de los vipers. Al clavarle el agijón en el pecho de casi cinco centímetros, este cae desplomado. El insecto lo suelta y entra en la aeronave, pero su cabeza es decapitada nada más entrar, con un hábil movimiento de la espada del samurái japonés. Entre Duncan y Burna lo introducen en la aeronave a la vez que el soldado que quedaba fuera también entra sin dejar de disparar.

-¡Cerrar, cerrar! -grita rojo cinco.

En cuanto entra, se cierran todas las compuertas, incluidas las laterales. El viejo marine tira de paso y la aeronave empieza su despegue. Sobre el fuselaje se escucha cómo golpean numerosos de estos seres, sin embargo, la estructura de la aeronave es lo suficientemente fuerte como para aguantar estos impactos.

-Vamos, tú puedes -dice el marine.

Cuando se encuentran a unos doscientos pies, algo sucede.

-¿Qué pasa? -pregunta Kosuke-. ¿No arreglaron los desperfectos?

-Sí, la repararon hace sólo unas horas, pero no es eso. Algo nos impide salir, de alguna manera están interfiriendo en la aeronave. Sentaos y abrochaos, esto se pone feo, no tengo control.

El Hechicero empieza a virar hacia la izquierda y a hundirse lentamente sin que el piloto pueda hacer nada por evitarlo.

-¡Nos vamos a estrellar! -exclama McGregor, que intenta maniobrar la aeronave, pasando entre dos pirámides, esta se dirige hacia unos grandes árboles. Los ocupantes adoptan la posición de emergencia ante el impacto inminente, mientras rojo dos yace en el suelo y rueda de lado a lado convulsionando.

El Hechicero choca con uno de los árboles, rompiendo ramas y el enorme tronco, que hace que se desquebraje ligeramente el fuselaje frontal.

-¡Esperar, vuelvo a tener el control! -dice el piloto, a escasos metros del suelo.

Por fin la aeronave coge altura y algo de velocidad, alejándose de aquel infierno.

-¡Ha sido Eric, está vivo! -dice Kosuke excitado-. ¡Debemos volver!

-Sería un suicidio -dice el veterano marine-. La aeronave ha sufrido grandes daños, a duras penas llegaremos a la isla.

-McGregor tiene razón. No podemos hacer nada, acabarían con nosotros nada más aterrizar -dice la doctora, que apoya su mano en el hombro del japonés.

-Pero por un momento he podido sentirlo, he notado su fuerza. Nos ha vuelto a salvar y nosotros lo abandonamos.

-¿Lo sigues sintiendo? -pregunta Skud.

-No.

La aeronave continúa su vuelo, dejando atrás aquella maldita jungla, dejando atrás Dratnu Dua.

Tres años después.

Lo que en la antigüedad debió ser un lugar de gran apogeo para los mayas, ahora solo eran ruinas devastadas por la batalla que aconteció aquí hace unos años entre una civilización alienígena, un grupo de guerreros y Eric, Eric Orcan.

Cuatro aeronaves, cuatro hechiceros, se encuentran posados a lo largo de aquella grandísima plaza, así como decenas de soldados que parecen inquietos, sin dejar de apuntar con sus armas hacia la espesa arboleda que les rodea, algo más allá de las semidestruidas pirámides.

-Este sitio me pone los pelos de punta -dice uno de ellos, masticando chicle de manera compulsiva.

-Es la primera vez que vengo, ¿sabes qué ocurrió aquí? -pregunta su compañero.

-No. Se escuchan muchas historias, pero nadie sabe sin son ciertas, solo ellos saben lo que ocurrió realmente -responde, señalando a un pequeño grupo que desciende de una de las aeronaves-. Se hacen llamar vipers.

Al bajar del hechicero, el guerrero japonés se les queda mirando fijamente durante unos segundos, para después seguir andando con el resto, hasta llegar a una de las enormes grietas.

-¿Crees que nos ha oído? A esta distancia es imposible, ¿verdad?

-Guarda silencio, esos tíos me acojonan más que este lugar.

-Kosuke, ¿quieres volver a bajar a las cuevas? Esta es la quinta vez que venimos y nunca encontramos nada. Todo, absolutamente todo desapareció. Hasta el hechicero que dejamos en la jungla. No quedan restos de los cadáveres, de aquella inmensa aeronave alienígena, de nada en absoluto. Parece que viviéramos una pesadilla y que nada fuera real -dice Ivanova.

-Pero lo fue. Mira esto -responde, a la vez que saca una foto de un bolsillo de su chaleco, que desdobla para enseñárselo a la doctora.

-¿Qué es? Parece escritura japonesa.

-Lo encontré escrito con sangre en una roca, la primera vez que volvimos después de lo ocurrido. Es un kanji japonés que significa demonio.

-¿Y?

-Mira -dice Kosuke, mostrándole ese mismo kanji tatuado en su muñeca. Solo Eric pudo hacerlo.

-Quizá nos dejó un aviso, para que no intentáramos buscarlo.
-Él nunca nos haría daño, creo que le debemos bajar una vez más. Se lo debemos.
-Como tú quieras. Burna, Skud, ¿listos?
-Afirma.

CAPÍTULO 41

¡OS ARREPENTIRÉIS!

13:50. Sur de España.
-¿Cuándo piensas llevarlo a la guardería?
-El año que viene no me quedará otra que llevarlo al cole, déjame disfrutar de él.
El teléfono de Marta suena sobre una pequeña mesa metálica que hay junto a la barbacoa, tamborileando cada vez que vibra.
-¡Mamá, es tu teléfono!
-Sí, voy. Ten cuidado de Eric.
-Rocío se levanta del borde de la piscina, en la que tenía sus piernas metidas en el agua y se dirige hacia un niño de unos dos años, de grandes ojos verdes y pelo rubio, para cogerlo de ambas manos.
-¡Anda, es tu otra abuela! -dice Marta, mientras una gran sonrisa ilumina su rostro y se recuesta en una hamaca-. ¿Cuándo vienes?
Tras unos minutos de banal charla, Marta gesticula para llamar la atención de Rocío.
-Trae a Eric, que su abuela quiere hablar con él.
Desde el teléfono se escucha como una mujer habla con aquel pequeño.
-Lo que hubiera disfrutado de su hijo.
-Mamá, no empieces.
-Perdona hija, es que me apena mucho que nunca llegara a saber de tu embarazo. ¿Te dieron algo más de información la gentuza esa de NORVIX?
-No, que no sepas. Una vez que nos ingresaron el dinero por el accidente, ya no volvieron a contactar conmigo. Papá estuvo hablando varias veces con ellos, pero ya sabes que no le gusta hablar del tema.
-¿Y qué hay de sus compañeros? Aquella rusa y el japonés.
-Se portaron muy bien y desde que se enteraron del nacimiento de Eric, no han parado de mandarme regalos. Incluso un tal doctor Fisher, abrió una cuenta en su nombre y todos los meses le hacen un ingreso. Es más, me dijeron que el mes que viene vendrán a España a conocer al niño.
-¿Ellos no te contaron nada?
-Sí, aunque nada nuevo. Tras el accidente del helicóptero, este empezó a arder y nada se pudo hacer por rescatar el cuerpo de Eric. Pero, sabes qué, a veces noto su presencia y tengo unos sueños con él que parecen tan reales -dice Rocío con lágrimas en los ojos, sin terminar la frase.
Su madre rápidamente le coge la mano para consolarla.

Mientras, sentado en el césped, el pequeño habla con su abuela

por el móvil, este ve un pequeño animalito de color amarillento que se acerca a sus piernas desnudas. Es un alacrán que con sus pinzas abiertas va buscando un lugar donde esconderse de la luz del sol. Al toparse con una de las piernas del niño, este lo coje con su diminuta mano, pero inmediatamente el escorpión trata de clavar su aguijón en la piel del niño, sin embargo, esta se acoraza de inmediato. Al hacer esto, sus ojos se tornan de un azul intenso y aprieta su mano con fuerza, aplastando a aquel desdichado arácnido.
-¿Qué es ese olor? -dice Marta, que recoge el teléfono con el que hablaba el niño, sin percatarse de lo que tiene en la otra mano-. Bueno cariño, pues entonces te esperamos la semana que viene.
Cuando Rocío se acerca al niño, ve que tiene algo en la mano.
-Pero ¿qué es esto? -dice Rocío, limpiándole la mano con su propia camiseta, sin darse cuenta de que es un pequeño escorpión lo que quedaba de aquel pobre animal.
-Anda, lavaos las manos que vamos a comer, que tu padre viene hoy más tarde -dice Marta.

03:10 de la noche. Océano Pacífico.

Una oscura aeronave vuela al ras de las olas a gran velocidad.

-Estamos llegando a la isla de Miyake -dice una suave voz, siempre calmada.

-Ahora se van a arrepentir de haber elegido la Tierra, de haberme elegido a mí -responde una voz mucho más grave.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

Bokken: Espada hecha de una sola pieza de madera, utilizada en diversas artes marciales en entrenamientos y exhibiciones, en sustitución de la espada real, la katana.

Cámara FLIR: Cámara de infrarrojos que detecta el calor (energía de infrarrojos) y la convierte en una señal eléctrica, procesada para reproducir una imagen térmica en un monitor.

Chinkum o Jin Gum: Espada utilizada en el arte marcial coreano del Kumdo (Gumdo). Similar a la conocida Katana japonesa, esta espada de procedencia china difiere algo en longitud y curvatura, siendo esta algo más larga y de menor curvatura. Pudiendo ser utilizada tanto con una mano, como con ambas manos.

Claymore: Mina antipersonal utilizada por las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, desde la guerra de Vietnam. Es una mina direccional y activada por control remoto.

DARPA: Defense Advanced Research Projects Agency. Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados de Defensa.

Dojang: Nombre que se le da en las artes marciales coreanas, a la escuela, a la estancia que se utiliza para entrenar.

GVN: Gafas de Visión Nocturna.

HMD: Abreviatura de Helmet Mounted Display. Similar al HUD, es un dispositivo que se usa para proyectar información a los ojos del piloto en algunos aviones y helicópteros de combate de última generación.

HUD: Abreviatura de Head Up Display. El HUD ayuda al piloto a aumentar la consciencia situacional, mostrando simbología con la trayectoria en una vista externa del piloto. Esta ayuda puede ser utilizada, por ejemplo, en las fases de aproximación o aterrizaje, así como en fases de combate, dependiendo el modo que tengamos seleccionado.

ID Card: Identification Card. Tarjeta de identificación.

Kumdo: El Kumdo o Hankumdo, es el arte marcial coreano del manejo de la espada. Han (coreano), Kum (espada) y Do (camino).

PEM: Pulso Electromagnético.

Merc: Diminutivo de mercenario.

Piernógrafo: Soporte utilizado por los pilotos que, durante el vuelo suele ir sujeto mediante tiras de velcro a una de las piernas del piloto. Este, normalmente dispone de distintos apartados que le sirven al piloto para llevar fichas de aeródromo, listas de comprobaciones, listado de frecuencias… Variará en diseño, tamaño y apartados, dependiendo del tipo de aeronave que se vaya a volar o del tipo de vuelo o misión que se vaya a realizar.

Qi: Término que en la medicina tradicional china o en artes marciales chinas, se podría traducir como flujo de energía vital.

Sabon nim: Se podría traducir del coreano como maestro honorable. En Taekwondo, este grado le viene dado a los maestros que alcanzan el grado de IV a VI dan. Un gran maestro que alcanzara el grado de IX dan se llamaría Sasong nim, aunque la realidad es que en occidente se suele generalizar el nombre de Sabon nim para todos los grados de maestros.

TALOS: Tactical Assault Light Operator Suit. Uniforme Ligero de Asalto Táctico.

Tanto: Espada japonesa corta, de tamaño algo superior al de un cuchillo, con una hoja de entre 15 y 30 centímetros.

EL AUTOR

RAUL ORTEGA CAZALLA

(Córdoba 1968)

Veterano piloto del ejército que participó en misiones como Kosovo o Bosnia. Desde 2007 es examinador y coordinador de formación, en una de las compañías aeronáuticas más importantes de España.
Estudioso de distintas disciplinas marciales, ostenta, entre otros, el grado de cinturón negro 5º dan de Taekwondo.

Desde muy joven, fue introducido en el arte de la escritura por su padre, el conocido periodista y locutor de radio Francisco Ortega conocido como Paco Peñas. Sus narraciones son el resultado de transliterar sus vivencias y conocimientos de una manera dinámica e imprevisible.

G21. La Colmena
© 2022 Raúl A. Ortega Cazalla
Todos los derechos reservados.